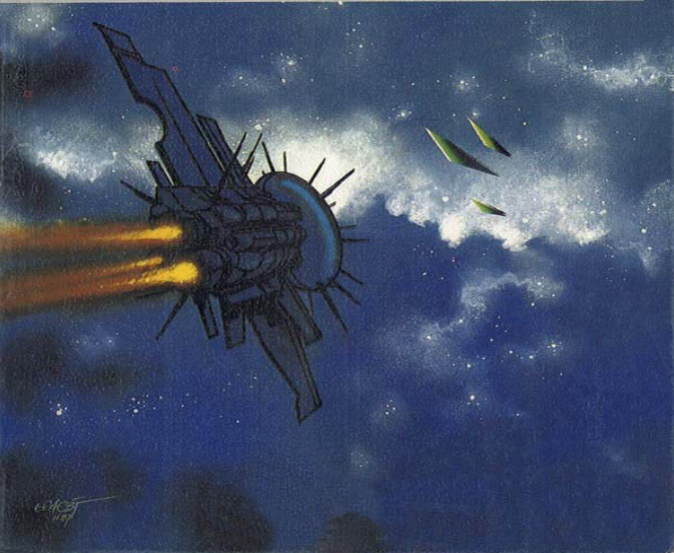


Frederik Pohl

EL ENCUENTRO

Tercera parte de la **Saga Heechee**, continuación
de **Pórtico** y **Tras el incierto horizonte**.



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Durante quinientos mil años, los Heechees han permanecido ocultos al universo, dejando tras de sí apenas unos rastros de su civilización.

Pero ahora el Hombre ha dado con estos rastros, al tiempo que ha reaparecido la amenaza de la que huyeron los Heechee.

Una vez más, Robinette Broadhead se ve obligado a realizar un peligroso viaje a través del espacio. Los Heechee están a la espera. Y esta vez, es el futuro de la humanidad lo que está en juego...

L≡**LIBROS**

Frederik Pohl

El encuentro
Saga de Heechee - 3

PRÓLOGO

UNA CHARLA CON MI AUXILIAR

No soy Hamlet. Soy un ayuda de cámara, no obstante, eso sería de ser humano. Que no lo soy. Soy un programa computerizado. Estado más que honorable del que no me avergüenzo, sobre todo porque (como puede verse) soy un programa verdaderamente sofisticado, apto no sólo para calcular una progresión o para asumir una o más personalidades, sino también capaz de citar, directamente de las fuentes, a los oscuros poetas del siglo veinte, tan fácilmente como les hablo de ello.

Es de asumir una personalidad de lo que voy a hablarles a continuación. Mi nombre es Albert, y las presentaciones son mi especialidad. Voy a empezar por presentarme a mí mismo.

Soy uno de los amigos de Robinette Broadhead. Bueno eso no es del todo cierto; no estoy seguro de poder pretenderme amigo de Robin, aunque hago todo lo que puedo para ser un amigo para él. Ése es el propósito para el que yo (este «yo» en particular) fui creado. Básicamente, soy una simple creación computerizada para la actualización de información que sí ha sido programada con muchas de las características del antiguo Albert Einstein. Es por ello que Robin me llama Albert. En este punto surge una nueva ambigüedad. Recientemente, el hecho de si Robinette Broadhead es realmente el objeto de mi amistad, se ha vuelto a su vez cuestionable, ya que ello descansa sobre la base de lo que ahora es Robinette Broadhead. Pero ése es un complejo problema que habrá que abordar poco a poco.

Ya sé que todo esto es desconcertante, y no puedo evitar el pensar que no estoy haciendo mi trabajo todo lo bien que debería, ya que mi trabajo (tal y como yo lo interpreto) es preparar el camino para lo que Robin en persona tiene que decir. Es posible que nada de lo que estoy haciendo sea necesario, si es que ya saben qué es lo que tengo que decir. En ese caso, tampoco me importa repetirlo. Nosotros, las máquinas, somos pacientes. Pero tal vez prefieran pasar de largo sobre todo esto e ir adelante de la mano de Robin, como sin lugar a dudas el mismo Robin habría preferido.

Hagámoslo a través del sistema de preguntas y respuestas. Echaré mano de

mi sistema auxiliar para hacerme una auto-entrevista.

P. —¿Quién es Robinette Broadhead?

R. —Robin Broadhead es un ser humano que fue al asteroide Pórtico y que, tras soportar numerosos riesgos y traumas, ganó para sí los cimientos de una inmensa fortuna y un sentimiento de culpabilidad todavía mayor.

P. —Déjate de comentarios capciosos, Albert, y atente a los hechos. ¿Qué es el asteroide Pórtico?

R. —Se trata de un artefacto abandonado por los Heechees. Los Heechees abandonaron, hace medio millón de años más o menos, una especie de aparcamiento orbital lleno de naves espaciales en condiciones de vuelo. Esas naves podían llevarte a lo largo y ancho de la Galaxia, pero sin que pudieras controlar tú el lugar al que te llevaban. (Para más información, véanse mis otros bancos de datos; transcribo todo esto para mostrar qué computadora para la actualización de datos tan sofisticados soy).

P. —¡Estate atento, Albert! Sólo los hechos, por favor. ¿Quiénes son esos Heechees?

R. —¡Mira, vamos a dejar una cosa clara! Si «tú» vas a hacerme preguntas a «mí» —a pesar de no ser más que un programa auxiliar parte de mí mismo— debes dejar que te las conteste de la mejor manera posible. Los «hechos» no son suficientes. Los «hechos» son sólo lo que producen los sistemas de actualización de datos muy primitivos. Soy demasiado bueno para perder en ello mi tiempo; tengo que facilitarte el trasfondo y las circunstancias. Por ejemplo, la mejor manera de explicarte quiénes son los Heechees es explicándote la historia de cómo aparecieron por primera vez en la Tierra. Es como sigue:

La época es el alto Pleistoceno, hace más o menos medio millón de años. La primera criatura viva terrestre que se aperció de su existencia era una hembra de tigre dientes de sable. Dio a luz un par de cachorros, los lamió por los cuatro costados, gruñó para alejar a su inquisitivo macho, se echó a dormir, se despertó y se percató de que faltaba uno de los cachorros. Los carnívoros no...

P. —¡Albert, por favor! Ésta es la historia de Robinette, no la tuya, así que salta al momento en que él empieza a hablar.

R. —Te lo he dicho ya una vez y te lo vuelvo a decir: ¡Si me vuelves a interrumpir, te desconecto, Auxiliar! Lo estamos haciendo a mi manera, y mi manera es ésta:

Los carnívoros no cuentan bien, pero era lo suficientemente lista como para notar la diferencia entre uno y dos. Por desgracia para su cachorro, los carnívoros tienen accesos de ira. La pérdida del otro la enfureció y en su paroxismo de furia destrozó al sobreviviente. Resulta instructivo observar que ésa fue la única desgracia que tuvo lugar entre los mamíferos de gran tamaño de resultados de la primera visita de los Heechees a la Tierra.

Éste es un tipo de información que me resulta más fácil actualizar:

«...El conflicto de la isla de la Dominica, a pesar de ser terrible, se liqui en seis semanas dejando a ambos contendientes, Haití y la Repúbli Dominicana, ansiosos por conseguir la paz y la oportunidad de rehacer s maltrechas economías. La siguiente crisis con la que tuvo que enfrentarse Secretario era mucho más esperanzadora para todo el mundo, pero e también muchísimo más peligrosa para la paz mundial.

Me refiero, claro está, al descubrimiento de lo que se dio en llamar Asteroi Heechee. Aunque era de todos conocido el hecho de que alienígen tecnológicamente avanzados habían visitado tiempo atrás el sistema sol dejando tras de sí valiosos artefactos, la oportunidad de dar con este objeto su flotilla de naves en condiciones de ser utilizadas era por comple inesperada.

El valor de las naves era incalculable, naturalmente, y prácticamente tod los estados miembros de las Naciones Unidas que disponían de tecnolog espacial reclamaron uno u otro derecho sobre aquéllas. No hablaré de l delicadas y confidenciales negociaciones que condujeron a la creación c quintupartito fideicomiso de la Corporación de Pórtico, pero con constitución, una nueva era se abrió para la humanidad» .

—«*Memorias*», Marie-Clémentine Benhabbouche, Secretaria General las Naciones Unidas.

Una década después los Heechees regresaron. Reemplazaron algunas de las muestras que habían tomado, incluyendo a una tigresa ahora vieja y rechoncha, y reunieron un nuevo puñado. Esta vez no se trataba de cuadrúpedos. Los Heechees habían aprendido a distinguir entre unos predadores y otros, y la especie seleccionada en esta ocasión fue un grupo de criaturas desgarbadas, de frente huidiza, dotados de cuatro manos y de rostro velludo y sin barbilla. Sus remotísimos y colaterales descendientes, es decir, vosotros los humanos, los llamaríais «*Australopithecus afarensis*» . A éstos, los Heechees no los trajeron de vuelta. Desde su punto de vista, tales criaturas constituían la especie terrestre con más probabilidades de evolucionar hacia una inteligencia superior. Los Heechees habían reservado una finalidad para esas criaturas, por lo que empezaron por someterlas a un programa destinado a forzar su evolución hacia esa meta.

Por descontado, los Heechees no se limitaron al planeta Tierra en sus

exploraciones, pero ningún otro de los planetas del sistema solar albergaba el tesoro que a ellos les interesaba. Buscaron. Exploraron Marte y Mercurio; trillaron la nube que cubre los gigantes de gas, más allá del anillo de asteroides; dieron con Plutón, pero jamás se molestaron en visitarlo; perforaron una serie de túneles en cierto asteroide excéntrico, para construir una especie de hangar para sus naves espaciales y acribillaron el planeta Venus con túneles bien aislados. Si se concentraron en Venus no fue porque prefirieran su clima al de la Tierra. De hecho, detestaban su superficie tanto como los humanos; es por ello por lo que todas sus construcciones eran subterráneas. Pero las construyeron allí porque no había nada en Venus que pudiera ser dañado, porque por nada del mundo dañarían los Heechee seres vivos en evolución... excepto de ser ello necesario.

Tampoco se limitaron los Heechees al sistema solar de la Tierra. Sus naves cruzaron la Galaxia y la abandonaron. De los doscientos mil millones de objetos de tamaño superior al de un planeta que pueblan la Galaxia, ni uno solo quedó sin registrar en sus cartas de navegación; registraron también muchos de los no tan grandes. No todos los objetos fueron visitados por una nave Heechee. Pero ni uno solo se quedó sin el correspondiente y ronroneante vuelo de observación ni sin el consiguiente análisis de los instrumentos, y algunos de ellos no pasaron de convertirse en lo que podría meramente llamarse atracciones turísticas.

Sólo unos pocos —apenas un puñado— contenían ese peculiar tesoro buscado por los Heechees, de nombre vida.

La vida era rara en la Galaxia. La vida inteligente, por muy inclusivamente que los Heechees la definieran, era más rara todavía... pero no estaba ausente. Estaban los australopitécidos terrestres, capaces ya de valerse de herramientas, que empezaban a desarrollar instituciones sociales. Había una prometedorra raza alada en lo que los humanos habían de llamar constelación Ophiucus; otra raza de cuerpos mórbidos que habitaban un denso y enorme planeta en órbita alrededor de una estrella del tipo F-9 en Eridano; cuatro o cinco abigarrados grupos de seres que orbitaban estrellas en el distante corazón de la Galaxia, oculto, por nubes de polvo y gas y por racimos estelares, a toda observación humana. En total sumaban quince especies de seres, procedentes de quince planetas distintos distantes entre sí miles de años luz, de las que podía esperarse que desarrollaran la inteligencia suficiente como para escribir libros y construir máquinas en un espacio de tiempo breve. (Para los Heechees, «breve» era cualquier período comprendido en un millón de años).

Pero había aún más. Existían, de hecho, tres sociedades tecnológicas, aparte la de los propios Heechees, más los artefactos de otras dos ya extintas.

De manera que los australopitecus no eran los únicos. Su valor era, no obstante, precioso. Por ello, al Heechee encargado de transportar una colonia desde las planicies de huesos secos de su hogar ancestral hasta el nuevo hábitat que para ello habían preparado los Heechees, se le recompensó con grandes

honores.

El suyo era un trabajo duro y prolongado. Este particular sujeto era el descendiente de una triple generación encargada de explorar, elaborar mapas y organizar el proyecto del sistema solar. Esperaba que sus propios descendientes continuarían su labor. En eso se equivocaba.

En total, el tenaz trabajo de los Heechees en el sistema solar duró algo más de cien años; y de repente acabó, en menos de un mes.

Se decidió suspenderlo, apresuradamente.

Desde los túneles madriguera de Venus hasta los pequeños puestos de avanzadillas de Dione y del polo sur marciano, pasando por cada uno de los artefactos puestos en órbita, empezó la retirada. Apresurada pero concienzuda. Los Heechees eran unos inquilinos de lo más limpio. Se llevaron consigo prácticamente el noventa y nueve por ciento de las herramientas, máquinas, artefactos, cachivaches y quincallería que habían dado soporte a su vida en el sistema solar, basura incluida. Muy especialmente la basura. Nada quedó atrás por accidente. Y nada en absoluto, ni tan siquiera el equivalente Heechee a una botella de Coca-Cola o de un kleenex usado quedó sobre la superficie de la Tierra. No imposibilitaron a los colaterales descendientes de los australopitecus el descubrir que los Heechees habían visitado su área. Simplemente se aseguraron de que antes de realizar ese descubrimiento tendrían que aprender a navegar por el espacio. Gran parte de lo que los Heechees se llevaron era desechable y fue arrojado al espacio interestelar o al sol. Parte de ello fue enviado en naves a lugares muy distantes con fines muy concretos. Y todo esto tuvo lugar no sólo en el sistema solar de la Tierra, sino en todas partes. Los Heechees limpiaron el sistema solar de todos sus vestigios. Jamás una viuda entregó a sus sucesores una herencia tan inmaculada.

No dejaron tras de sí prácticamente nada, y nada de lo que dejaron carecía de propósito. En Venus solamente dejaron los túneles básicos y las estructuras de los cimientos, amén de una cuidadosamente seleccionada muestra de artefactos; en los puestos de avanzadilla, apenas unos signos de su paso; y otra cosa.

En cada sistema solar en que había esperanzas de que se desarrollara una raza inteligente, dejaron un grande y misterioso regalo. En el sistema solar de la Tierra se encontraba en el asteroide del ángulo derecho que habían utilizado como terminal para sus naves espaciales. Aquí y allí en remotos y escogidísimos lugares de otros sistemas, abandonaron instalaciones de mayor tamaño. Cada una de ellas contenía el inmenso regalo de una flota de las indestructibles y aún operativas naves Heechees de velocidad supralumínica.

Los vestigios del sistema solar permanecieron en su lugar durante mucho tiempo, más de cuatrocientos mil años, mientras los Heechees se ocultaban en su agujero-núcleo. Los australopitécidos terrestres resultaron ser una fallida tentativa evolutiva, aunque los Heechees no llegaron a saberlo; pero los primos de

los australopitecos se convirtieron en neandertales o cromañones, y luego en ese último capricho evolutivo, el Hombre Moderno. Mientras tanto, las criaturas aladas evolucionaron, aprendieron y dieron con el desafío de Prometeo, y se autodestruyeron. Mientras tanto, dos de las ya existentes sociedades tecnológicas se encontraron y se destruyeron mutuamente. Mientras tanto, seis de las restantes razas prometedoras holgazanearon en las aguas estancadas de su evolución; mientras tanto, los Heechees se ocultaron, echando temerosos vistazos al exterior desde su concha Schwarzschild cada pocas semanas de su tiempo, cada pocos milenios del tiempo que volaba afuera.

Y mientras tanto, los vestigios Solares aguardaban, hasta que por fin los humanos dieron con ellos.

Así que los seres humanos se sirvieron de las naves Heechees. En ellas, entrecruzaron la Galaxia. Aquellos primeros exploradores eran individuos asustados, desesperados, cuya única oportunidad de escapar a la pegajosa miseria humana era la de arriesgar sus vidas en un viaje de desconocidas coordenadas temporales en dirección a un destino que lo mismo podía hacerles ricos como, más probablemente, difuntos.

Acabo, pues, de repasar la historia de los Heechees en su relación con la humanidad, por entero hasta el momento en que Robin va a dar comienzo a su historia. ¿Alguna pregunta, Auxiliar?

P. —Z-z-z-z-z.

R. —Auxiliar, no te pases de listo. Sé que no duermes.

P. —Únicamente estoy tratando de dar a entender que te está costando lo indecible desaparecer de escena, presentador. Y además, sólo nos has hablado del pasado de los Heechees, no de su presente.

R. —Estaba a punto de hacerlo. Es más, voy a hablar a continuación de un Heechee en particular que se llama Capitán (bueno, ése no es su nombre, ya que los hábitos de los Heechees en lo tocante a los nombres no son como los humanos, pero servirá para identificarlo) y que, justo por la época en que se inicia el relato de Robin...

P. —Si es que alguna vez le dejas que lo empiece...

R. —¡Auxiliar, cállate! El tal Capitán es relevante para la historia de Robin porque llegará a un momento en que sus vidas se crucen de manera dramática, pero por ahora desconoce todavía por completo la existencia de Robin. Él, en compañía de su tripulación, se prepara para abandonar silenciosamente el lugar donde los Heechees han estado ocultos, en dirección a la amplia Galaxia que es nuestro hogar.

Ahora bien, acabo de hacerte un truquito. Si te he presentado al Capitán — ¡qué te calles, Auxiliar! —, si te he presentado al Capitán es porque él es uno de los que secuestraron al cachorro de dientes de sable y construyeron los túneles de Venus. Es ya muy viejo.

Eso no significa, sin embargo, que tenga ya medio millón de años, porque el lugar al que los Heechees corrieron a esconderse es un agujero negro situado en el corazón de la Galaxia.

Ahora, Auxiliar, no quiero que vuelvas a interrumpirme, aunque vaya a tomarme cierto tiempo para referirme a un hecho curioso. Este agujero negro en el que han estado viviendo los Heechees, curiosamente los seres humanos lo conocían ya mucho antes de tener noticias de la existencia de los Heechees. De hecho, si retrocedemos hasta 1932, descubrimos que fue la primera fuente de radiación interestelar que se detectó. Hacia finales del siglo veinte, había sido clasificado por interferometría como un agujero negro de enorme tamaño, con una masa equivalente a la de miles de soles y un diámetro de unos treinta años luz. Por aquel entonces se sabía también que se encontraba a treinta mil años luz de la Tierra en dirección a la constelación de Sagitario, que estaba rodeado por un halo de polvo silicatado y que era un potente emisor de fotones de rayos gamma del tipo 511-keV. En la época en que se descubrió el asteroide Pórtico, se sabía mucho más. Se disponía, de echo, de todos los datos de importancia excepto uno. No se tenía ni idea de que estuviera lleno de Heechees. Eso no se supo hasta que se empezó —debería decir hasta que yo empecé— a descifrar las antiguas cartas de navegación Heechees.

P. —Z-z-z-z.

R. —Silencio, Auxiliar. La nave en la que viajaba el Capitán era muy parecida a la que los humanos encontraron en Pórtico. No había dado tiempo a introducir modificaciones en su diseño. Por la misma razón por la que el Capitán no tiene medio millón de años de edad: el tiempo pasa despacio en su agujero negro. La única diferencia relevante entre la nave del Capitán y cualquier otra consistía en que la suya llevaba un accesorio.

En la jerga Heechee el accesorio se lo conocía familiarmente como disruptor de orden de sistemas lineales. Lo que podría muy bien traducirse, en la jerga de nuestros pilotos, como « barrera ». Era lo que le permitía al Capitán atravesar la barrera Schwarzschild que rodea los agujeros negros. No parecía gran cosa, un simple cilindro de cristal retorcido sobre un soporte ébano, pero cuando el Capitán lo puso en funcionamiento, fue como una cascada de diamantes. El resplandor diamantino se expandió y rodeó la nave, y le abrió camino a través de la barrera, camino por el que la tripulación se deslizó fuera, al ancho universo envolvente. Y en muy poco tiempo. Según los parámetros del Capitán, menos de una hora. Según los relojes del universo exterior, casi dos meses.

El Capitán, un Heechee, no se parecía a los seres humanos. Si acaso, se parecía al esbozo de un dibujo animado. Pero podía pensarse en él como un ser humano, ya que poseía casi todas las características de los humanos: curiosidad, inteligencia, afectuosidad, y todas esas otras cualidades que conozco pero que no he podido experimentar nunca. Por ejemplo: estaba de excelente humor porque

se le había permitido incluir entre los miembros de la tripulación a una hembra que podía convertirse en su compañera sexual. (También los humanos lo hacen, en lo que ellos llaman viajes de negocios). Por lo demás, el objetivo de la misión era, por el contrario, muchísimo menos agradable, si uno se detenía a pensar en ello. Cosa que el Capitán no hizo. Le preocupaba tanto como le preocupa a un ser humano el que declaren la guerra de un día para otro; si eso ocurre, es el fin de todo, pero como el tiempo va pasando monótonamente sin que ocurra... La única diferencia es que las órdenes del Capitán no se referían a algo tan inocuo como una guerra nuclear, sino a las últimas razones por las que los Heechees se habían retirado a su agujero negro. Tenía que revisar los artefactos que los Heechees habían dejado tras de sí. Aquellos vestigios no eran accidentales. Eran parte de un plan cuidadosamente preestablecido. Casi podrían considerarse cebos.

Por lo que se refiere al sentimiento de culpabilidad de Robinette Broadhead...

P. —Me preguntaba cuándo volverías a eso. Déjame que te haga una sugerencia: ¿por qué no dejas que sea el propio Robin el que nos lo explique personalmente?

R. —¡Magnífica idea! El cielo sabe que es un experto en el tema. Se abre el telón... ¡Con ustedes, Robin Broadhead!

COMO EN LOS VIEJOS TIEMPOS

Antes de que me ampliasen, sentí cierta necesidad que no había experimentado en más de treinta años, razón por la que hice algo que había creído que no volvería a hacer. Practiqué un vicio solitario. Envié a mi mujer, Essie, a que efectuara un par de visitas sorpresa a dos de sus sucursales en la ciudad. Coloqué la orden de «no molestar» en la totalidad de los sistemas de comunicación de la casa. Llamé a mi unidad de actualización de datos (y amigo) Albert Einstein y le di una serie de órdenes que le hicieron fruncir el entrecejo y chupetear su pipa. Al poco —cuando ya la casa estaba tranquila y Albert, reticente pero obediente, se autoesfumó, mientras que yo estaba cómodamente tendido en el diván de mi estudio, con un poco de Mozart que llegaba débilmente desde la habitación de al lado, al tiempo que el sistema de refrigeración de la casa destilaba aroma de mimosas, con las luces semiapagadas —al poco, digo, pronuncí el nombre que no había pronunciado en varias décadas:

—Sigfrid von Shrink, por favor, quisiera hablar con él.

Por un momento llegué a pensar que no acudiría. Pero entonces en el ángulo de la habitación, junto al bar, se hizo una súbita neblina luminosa y un destello, y apareció sentado.

No había cambiado en treinta años. Llevaba un traje oscuro y grueso, de ésos que se ven en los retratos de Sigmund Freud. Su rostro maduro y anodino no había ganado ni una sola arruga, y sus ojos no brillaban menos que antes. En una mano sostenía una libretita y en la otra un lápiz, listos para tomar notas —¡cómo si aún tuviera necesidad de las notas!— y dijo amablemente:

—Buenos días, Rob. Por lo que veo, estás francamente bien.

—Siempre empiezas tratando de infundirme autoconfianza —le dije, y por su rostro relampagueó un amago de sonrisa.

Sigfrid von Shrink no posee existencia real. No es más que un programa computacional de psicoanálisis. No tiene existencia física; lo que yo estaba viendo era solamente un holograma, y lo que oía, un sintetizado de voz. En realidad, ni siquiera tiene nombre, ya que «Sigfrid von Shrink» es sólo el nombre que yo le di en la época en que era incapaz de hablarle a una máquina, sin

nombre además, de los problemas que me paralizaban.

—Supongo —dijo meditabundo— que la razón por la que me llamas es porque hay algo que te preocupa.

—Estás en lo cierto.

Me miró con paciente curiosidad, tampoco en eso había cambiado. Por esa época yo disponía de mejores programas de los que servirme —bien, en particular de uno, Albert Einstein, tan bueno que rara vez pierdo el tiempo con alguno de los otros— pero Sigfrid seguía siendo bueno de verdad. Me da todo el tiempo que necesito. Sabe que lo que va cuajando en mi interior necesita de algún tiempo para tomar la forma de palabras, por lo que no me mete prisas.

Pero, por el contrario, tampoco me deja divagar y soñar despierto.

—¿Eres capaz de decirme qué es lo que te preocupa en este preciso momento?

—Muchas cosas. Cosas distintas.

—Escoge una —dijo pacientemente, y yo me encogí de hombros.

—Éste es un mundo complejo, Sigfrid. Con la de cosas buenas que han ocurrido, ¿por qué tendrá la gente que...? Oh, mierda. Estoy haciéndolo de nuevo, ¿no es eso?

Parpadeó al mirarme.

—¿Haciendo qué? —me animó.

—Decir una cosa que me molesta, no la cosa que me preocupa. Escapar del meollo del asunto.

—Ésa parece una observación muy perspicaz, Robin. ¿Quieres probar ahora a decirme cuál es el meollo del asunto?

—Quiero hacerlo. Es más, tengo tantas ganas de hacerlo que estoy a punto de echarme a llorar. Llevo sin hacerlo una jodidísima cantidad de tiempo.

—No has sentido la necesidad de llamarme en mucho tiempo —señaló, y yo asentí.

—Exactamente.

Esperó un poco, dándole la vuelta al lápiz entre sus dedos, despacito, de vez en cuando, con esa expresión tan suya de cortés y amistoso interés, sin prejuizar nada; esa expresión que era lo único de su cara que yo podía recordar entre sesión y sesión, y entonces dijo:

—Por definición, Robin, las cosas que te preocupan en lo más hondo de tu persona son difíciles de expresar. Eso lo sabes. Lo comprendimos juntos, hace años. No debe sorprenderte el hecho de no haber tenido necesidad de verme en todos estos años, puesto que, obviamente, las cosas te han ido bien.

—Sí, realmente bien —asentí—, probablemente mucho mejor de lo que merezco... Oye, ¿no estaré expresando sentimientos de culpabilidad al decir eso?

Sigfrid suspiró, pero no había dejado de sonreír.

—Sabes que prefiero que no me hables como un psicoanalista, Robin.

Le sonreí a mi vez. Él hizo una pausa, a continuación de la cual dijo:

—Enfrentémonos a la situación actual objetivamente. Te has asegurado de que no haya nadie que pueda oírnos. ¿Temes que te espíen? ¿Que alguien llegue a escuchar lo que no le dirías ni a tu mejor amigo? Incluso le has dicho a Albert Einstein, tu actualizador de información, que desapareciera y que eliminara esta conversación de cualquier banco de datos. Lo que tienes que decirme debe de ser muy, muy íntimo. Tal vez se trate de algo que sientes pero que te avergüenza sentir. ¿Te sugiere eso algo, Robin?

Me aclaré la garganta.

—Acabas de poner el dedo en la llaga, Sigfrid.

—¿Y? ¿Qué tenías que decirme? ¿Puedes decírmelo ahora?

Me lancé a ello.

—¡Naturalmente que sí que puedo! ¡Es sencillísimo! ¡Es tan obvio! ¡Maldita sea, me estoy haciendo viejo!

Ésa es la mejor manera. Cuando te cuesta decirlo, dilo y en paz. Ésa fue una de las cosas que aprendí en aquellas sesiones de hace tantos años, cuando le lloraba a Sigfrid mis penas encima tres veces por semana, y siempre me ha dado resultado. Tan pronto como lo hube soltado, me sentí purgado, en fin, no feliz, como cuando se te resuelve un problema, pero al menos la bola aquella de angustia había sido excretada. Sigfrid asintió levemente. Miró abajo, al lápiz que retorcía entre sus dedos, a la espera de que continuara. Y supe que sería capaz, ahora sí. Había pasado lo peor. Conocía la sensación. La recordaba bien, de aquellas antiguas y tormentosas sesiones.

Ahora bien, ya no soy la misma persona que era entonces. Aquel Robin Broadhead estaba reconcomido por el sentimiento de culpabilidad porque había dejado morir a una mujer a la que amaba. Aquel sentimiento de culpabilidad había sido ampliamente aliviado, porque Sigfrid había contribuido a ello. Aquel Robin Broadhead se tenía en tan poco que no podía creer que nadie le tuviera en demasiada estima, por lo que tenía pocos amigos. Ahora tengo... qué sé yo. Docenas. ¡Cientos! (De algunos de ellos voy a hablarles). Aquel Robin Broadhead no podía aceptar la idea de ser amado, y desde entonces he disfrutado de un cuarto de siglo de maravilloso matrimonio. Así pues, era un Robin Broadhead bastante distinto.

Pero algunas cosas no han cambiado en absoluto.

—Sigfrid —dije—, soy viejo, voy a morirme cualquier día de éstos, ¿y sabes qué me maravilla?

Separó los ojos de su lápiz.

—¿Qué te maravilla, Robin?

—¡Lo poco que he madurado para ser tan viejo!

Hizo un mohín con los labios.

—¿Te importaría explicarte mejor, Robin?

—Claro —le contesté.

Y de hecho, el resto salió solo porque, y de ello pueden estar bien seguros, había meditado largamente sobre el asunto antes de tomar la medida de llamar a Sigfrid.

—Creo que tiene que ver con los Heechees —continué—. Déjame que siga antes de decirme que estoy loco, ¿vale? Como sin duda recuerdas, formé parte de la generación Heechee; de niños, crecimos oyendo cosas sobre los Heechees, quienes sabían todo lo que los humanos ignoraban y poseían todo aquello de que los humanos carecían...

Soy yo, Albert Einstein otra vez. Creo que es mejor que aclare qué es lo que está diciendo Robin acerca de la tal Gelle-Klara Moynlin. Era una de los prospectores de Pórtico de quien él estaba enamorado. Ambos, junto con otros prospectores, se encontraron en un agujero negro. Era positivamente imposible conseguir que unos cuantos se salvaran a costa de los otros. Robin lo logró. Klara y los demás, no.

Tal vez se trató de un accidente; tal vez fuera la altruista actuación de Klara para conseguir que Robin se salvara; quizá fuera el pánico lo que hizo que Robin lo lograra aun a costa de todos los demás; aún hoy resulta difícil decirlo. Pero Robin, un auténtico adicto del sentimiento de culpabilidad, cargó durante años con la imagen de Klara en aquel agujero negro, en el que el tiempo está casi detenido, experimentando constantemente aquel mismo momento de shock y de terror, constantemente —eso creía él— culpándose por ello. Sólo la ayuda de Sigfrid consiguió librarle de aquello.

Tal vez se pregunten cómo he conseguido enterarme de qué han hablado Sigfrid y Robin, ya que dicha conversación era inaccesible. Es fácil. Lo sé ahora, de la misma manera que el propio Robin sabe ahora muchas de las cosas que hicieron otras personas no estando él presente para verlas.

Los Heechees no eran tan absolutamente superiores, Robin.

—Te estoy diciendo lo que nos parecía a nosotros los niños. Nos asustaban, porque solíamos meternos miedo diciéndonos unos a otros que los Heechees se nos llevarían como el hombre del saco. Además, nos llevaban tanta delantera en

todo que parecía imposible competir con ellos. Era un poco como Papá Noel y otro poco como esos perversos raptos de niños contra los que solían prevenirnos nuestras madres. Se parecían algo a Dios. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Sigfrid?

—Reconozco los sentimientos —dijo con cautela—, sí. Es más, ese tipo de sensaciones han aparecido en análisis de muchas personas de tu generación e incluso de posteriores.

—¡Justo! Y recuerdo algo que me dijiste una vez en relación a Freud. Dijiste que él había dicho que ningún hombre puede hacerse adulto mientras su padre esté vivo.

—Bueno, de hecho...

Le interrumpí:

—Y yo solía decirte que nanay, que mi propio padre había tenido la cortesía de morirse siendo yo un niño.

—Oh, Robin —suspiró.

—No, escúchame. ¿Qué me dices de la inmensa figura del padre que hay en ello? ¿Cómo puede nadie convertirse en adulto mientras Nuestro Padre Que Está en los Cielos sigue allí en lo alto, tan alto que ni nos podemos acercar a él y mucho menos librarnos del viejo hijo de puta?

Sigfrid sacudió la cabeza tristemente.

—«La figura del Padre». Citas de Sigmund Freud.

—¡No, lo digo en serio! ¿Es que no lo entiendes?

—Sí, Robin —dijo con seriedad—. Comprendo lo que me dices de los Heechees. Es cierto. Ése es uno de los problemas de la raza humana, de acuerdo, y por desgracia, el doctor Freud jamás contempló semejante posibilidad. Pero no estamos hablando de la humanidad sino de ti. No me has llamado para sostener una discusión sobre temas abstractos. Me has llamado porque te sientes desgraciado, y tú mismo me has dicho que es el proceso de envejecimiento lo que te hace sentirte así. Conque centrémonos en ello si es que somos capaces. Por favor, no me teorices, dime sólo cómo te sientes.

—¡Pues lo que me siento —grité— es condenadamente viejo! Eso tú no puedes entenderlo porque eres una máquina. No sabes lo que se siente cuando se te nubla la vista y te aparecen en el dorso de las manos esas manchas color óxido que salen con la edad y la piel te cuelga en pliegues a ambos lados de la barbilla. Cuando te tienes que sentar para ponerte los calcetines porque si lo haces sobre un solo pie te caes. Cuando cada vez que se te pasa por alto la fecha de un aniversario empiezas a temer que se trate de la enfermedad de Alzheimer, ¡y cuando tienes ganas de mear y no lo consigues! Cuando...

Pero me callé a la mitad, no porque me hubiera interrumpido, sino porque me miraba pacientemente como si se fuera a pasar la vida escuchándome decir aquello, ¿y qué ganaba yo con decirlo? Me concedió una pausa para asegurarse

de que había acabado y acto continuo empezó con calma:

—Según tus informes médicos se te trasplantó una nueva próstata hace dieciocho meses, Robin. Esa molestia debida a problemas de la edad puede fácilmente...

—¡Y me lo dices tan tranquilo! ¿Qué sabes tú de mis informes médicos? —grité—. ¡Sigfrid, di órdenes para que esta conversación fuera inaccesible!

—Y lo es, Robin. Créeme, ni una sola palabra de lo que aquí se diga será accesible a ninguno de tus programas, ni a nadie que no seas tú. Pero, claro está, yo sí puedo acceder a tus bancos de memoria, y eso incluye tus informes médicos. ¿Puedo continuar? El yunque y el estribo de tu oído interno pueden reemplazarse fácilmente, con lo cual quedará resuelto tu problema de equilibrio. Los trasplantes de córnea se encargarán de esas incipientes cataratas. Lo demás es pura cosmética, y desde luego que no va a haber problemas a la hora de asegurarte nuevos tejidos. Nos queda, por último, la enfermedad de Alzheimer y, sinceramente, Robin, no veo que padezcas el menor síntoma.

Me encogí de hombros. Él esperó un momento y a continuación, dijo:

—Así pues, cada uno de los problemas que has mencionado (además de una larga lista de otros de los que nada has dicho pero que recogen tus informes médicos) puede ser solucionado en cualquier momento o lo ha sido ya. Tal vez hayas enfocado mal el problema, Robin. Tal vez el problema no sea que estés envejeciendo, sino que no desees hacer lo necesario para impedirlo.

—¿Por qué demonios no habría de querer hacerlo?

Asintió:

—Con el corazón en la mano, Robin: ¿eres capaz de contestar tú a esa pregunta?

—¡No, no puedo! Si pudiera, ¿crees que estaría hablando contigo?

Sigfrid apretó los labios y esperó.

—¡A lo mejor es que quiero envejecer!

Se encogió de hombros.

—¡Venga, Sigfrid —me hice el zalamero—, por favor! De acuerdo, admito que lo que dices es cierto. Tengo el Certificado Médico Completo Extra y puedo disponer de tantos órganos ajenos como quiera, y la razón por la que no me aprovecho de ello está en algún rincón de mi cabeza. Sé cómo le llamáis a eso: Depresión Endógena. ¡Pero con eso no resolvemos nada!

—¡Ah, Robin! —suspiró—. Otra vez a vueltas con la jerga psicoanalítica. Y de la mala. «Endógena» sólo significa «que procede del interior». Lo cual no significa que no haya una causa.

—¿Cuál es la causa, entonces?

Me contestó pensativo:

—Juguemos a una cosa. Hay un botón junto a tu mano izquierda...

Miré donde decía; sí, había un botón en el sillón de cuero.

—No es más que el botón que mantiene la piel en su sitio.

—Sin duda, pero en el juego que vamos a jugar, en cuanto lo aprietes, hará que queden realizadas todas las operaciones que quieras o que necesites. Instantáneamente. Apoya tu dedo en ese botón, Robin. Ahora. ¿Deseas apretarlo?

—...No.

—Ya. ¿Y puedes decirme por qué no?

—¡Porque no tengo derecho a quitarle a nadie sus órganos!

No había planeado decirlo. No sabía que iba a hacerlo. Y una vez lo hube dicho, lo único que fui capaz de hacer fue quedarme sentado como estaba y escuchar el eco de lo que acababa de decir; también Sigfrid se quedó callado un buen rato.

Entonces, cogió su lápiz y se lo metió en el bolsillo, dobló las hojas y las metió en otro bolsillo, y se inclinó hacia delante.

—Robin —me dijo—, creo que no puedo ayudarte. Hay en esto un sentimiento de culpabilidad que no veo modo de resolver.

—¡Pero tanto como me ayudaste en el pasado! —lloriqueé.

—En el pasado —continuó inflexible— te estabas causando daño a ti mismo por algo que, probablemente, no era del todo culpa tuya, y que de todas formas pertenecía por entero a tu pasado. Pero esto no es en absoluto lo mismo. Puedes vivir, quizá, otros cincuenta años si te haces trasplantar órganos en buen estado que reemplacen los tuyos defectuosos. Pero es enteramente cierto que esos órganos procederán de otra persona, y el que tú vivas más puede, de alguna manera, contribuir a que ese alguien viva bastante menos. Admitir esa verdad no es un sentimiento neurótico de culpabilidad, Robin, sino admitir una verdad moral.

Y eso fue todo lo que me dijo excepto, con una sonrisa a la vez llena de amabilidad y disculpa, « adiós » .

Odio que mis programas computerizados me hablen de moral. Sobre todo cuando tienen razón.

Ahora bien, hay que recordar que mientras yo padecía esta depresión, no era eso lo único que sucedía. ¡Ya lo creo que no! Muchas cosas les estaban sucediendo a muchas personas en el mundo, en todos los mundos, y en los espacios que mediaban entre ellos, cosas que no sólo eran muchísimo más interesantes sino que eran además mucho más importantes para todos, incluido yo. Sucede que yo lo ignoraba por aquel entonces, aunque afectaban a personas (no siempre personas) que yo conocía. (O que no conocía aún o que sí conocía pero había olvidado). Déjenme que les ponga algunos ejemplos. Mi todavía no amigo el Capitán, que era uno de esos Papá Noel Pervertidos Mentales que me habían perseguido en mis sueños infantiles, estaba a punto de pasar más miedo

del que a mí me había producido nunca pensar en los Heechees. Mi antiguo (y que pronto volvería a serlo) amigo Audee Walthers, Jr., estaba a punto de encontrarse, para desgracia suya, con mi otrora amigo (o no amigo) Wan. Y el mejor de todos mis amigos (si se me permite decirlo así, puesto que no era «real»), la computadora Albert Einstein, estaba a punto de darme una sorpresa... ¡Qué complicadísimo todo ello! No puedo evitarlo. Yo vivía de una manera muy compleja en un mundo muy complicado. Ahora he sido ampliado con todas las partes bien ajustadas, como se verá, pero por aquel entonces no sabía ni cuáles eran esas partes. Era un pobre hombre que envejecía, oprimido por la idea de la muerte y la conciencia del pecado; y cuando mi mujer volvió a casa y me encontró hundido en el diván, mirando al mar de Tappan, soltó de inmediato:

—¡Pero bueno, Robin! ¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

Le sonreí y la dejé que me besara. Essie me regaña un montón. Pero también me ama un montón y ella es mucha mujer para amar. Alta. Delgada. Con un largo cabello rubio dorado que recoge en un apretado moño soviético cuando hace de profesora o de mujer de negocios, por no hablar de su cintura cuando se acerca a la cama. Antes de que pudiera reflexionar sobre lo que iba a contestarle, lo suficiente como para callármelo, espeté:

—He estado hablando con Sigfrid von Shrink

—Ah —dijo Essie poniéndose rígida—, oh.

Mientras digería lo que acababa de decirle empezó a retirar las horquillas de su moño. Después de convivir con alguien durante un par de décadas, empiezas a conocer a esa persona, y pude seguir sus procesos internos igual que si los hubiera ido diciendo en voz alta. Había preocupación, ya que había necesitado recurrir a un psicoanalista. Pero había también una considerable dosis de confianza en Sigfrid. Essie había sentido siempre que le debía algo a Sigfrid, porque le constaba que sólo con la ayuda de Sigfrid había sido yo capaz de admitir, hacía mucho tiempo, que estaba enamorado de ella. (Y también de Gelle-Klara Moymlin, pues ése era el problema).

—¿Te apetece contarme de qué habéis hablado? —preguntó amablemente, y yo le contesté:

—De la vejez y las depresiones, cariño. Nada grave. ¿Qué tal día has tenido?

Ella me estudió con aquellos ojos suyos capaces de atravesar paredes mientras se soltaba el cabello con los dedos, hasta dejarlo suelto del todo, y maduró su respuesta hasta su completa definición:

—Condenadamente agotador —contestó—, hasta el punto de necesitar una copa... tanto como tú, creo.

Así que bebimos. Había sitio para dos en el diván, y vimos ponerse la Luna

sobre la costa de Jersey mientras Essie me contaba su jornada, y nadie hizo preguntas indiscretas.

Essie lleva su propia vida, y una agenda de lo más apretado; tanto que me maravilla su infalible capacidad de encontrar en ella suficiente espacio para dedicármelo. Además de visitar sus filiales, pasó una agotadora sesión de una hora con el programa de investigación en el que habíamos invertido para integrar la tecnología Heechee en nuestros propios programas computerizados. En realidad, los Heechees no habían utilizado jamás computadoras, ni por descontado instrumentos tan primitivos como controles de navegación en sus naves, pero poseían formidables ideas en campos similares. Por supuesto, ésa era la especialidad de Essie, en la que se había doctorado. Y cuando ella hablaba de sus programas de investigación podía ver su mente trabajar: no había, pues, necesidad de interrogar al bueno de Robin, bastaba con teclear la orden de prioridad absoluta en el programa de Sigfrid para tener acceso total a la entrevista. Le dije amorosamente:

—No eres tan lista como te crees.

Ella se detuvo a media frase.

—La conversación que he mantenido con Sigfrid —expliqué—, está sellada.

—Ah —dijo, pagada de sí misma.

—Nada de « ah » —le contesté yo, igualmente autosatisfecho—, porque se lo hice prometer a Albert. Está grabada de tal manera que ni siquiera tú puedes extraerla sin cargarte todo el sistema.

—¡Ah! —dijo de nuevo, volviéndose para mirarme a los ojos.

Esta vez el « ah » había sonado más fuerte y con un deje que podría traducirse por « voy a tener que decirle cuatro cosas a Albert al respecto » .

Me gusta tomarle el pelo a Essie, pero como la quiero tanto, no la dejé sobre ascuas.

—No quiero romper el precinto —dije—, por... bueno, supongo que por vanidad. Siempre que hablo con Sigfrid parezco un miserable llorón. Pero te explicaré de qué trata.

Ella volvió a recostarse, complacida, y me escuchó mientras se lo contaba. Cuando acabé, meditó durante unos instantes y después dijo:

—¿Y es por eso por lo que estás deprimido? ¿Porque no te quedan demasiadas esperanzas?

Asentí.

—¡Pero Robin! Quizá tengas un futuro limitado, pero Dios mío, ¡menudo presente glorioso! ¡Piloto intergaláctico! ¡Magnate podrido de dinero! ¡Irresistible objeto sexual con una esposa también de lo más sexy!

Le sonreí y me encogí de hombros. Un silencio espeso.

—Que tengas dudas morales —concedió por fin—, no es ilógico. Se supone que son cosas que pueden preocuparte. También yo tuve mis escrúpulos, no hace

tanto, si lo recuerdas, cuando los órganos de alguna joven sirvieron para reemplazar los míos.

—¡Así que lo entiendes!

—¡Pues claro que lo comprendo! De la misma manera que entiendo que el haber tomado una decisión moral no es motivo suficiente para que te preocupes tanto. La depresión es absurda. Afortunadamente —dijo deslizándose fuera del diván y poniéndose de pie para tomarme de la mano—, existe una medida antidepressiva a nuestro alcance. ¿Te importa venir conmigo al dormitorio?

Bueno, claro que no me importaba, y así lo hice. Y comprobé cómo la depresión se desvanecía, porque si algo me gusta en este mundo es compartir mi cama con S. Ya. Lavorovna-Broadhead. Y hubiera disfrutado de ello exactamente lo mismo de haber sabido que faltaban menos de tres meses para que me alcanzara la muerte que tanto me había deprimido.

LO QUE OCURRIÓ EN ELMUNDO DE PEGGY

Mientras tanto, en el mundo de Peggy mi amigo Audee Walthers buscaba en un peculiar prostíbulo a alguien muy especial.

Le he llamado amigo mío, aunque no había pensado en él durante años. En una ocasión me había hecho un favor. De eso precisamente no me había olvidado... o sea que, si alguien me hubiera preguntado: «Oye, Robin, ¿te acuerdas de que Audee Walthers se la jugó para conseguirte una nave en cierta ocasión en que te hizo falta?», yo habría respondido indignado: «¡Demonios, claro que me acuerdo! ¡Cómo iba a olvidarme de ello!». Pero lo cierto es que tampoco me había pasado cada minuto de mi vida pensando en ello, y en aquel preciso instante yo no tenía ni la más remota idea de dónde estaba ni de si seguía vivo.

Walthers era fácil de recordar, porque tenía un aspecto poco corriente. Era bajito y poco agraciado. Tenía la cara más ancha en las mandíbulas que en las sienes, lo que le daba cierto aire de sapo simpático. Estaba casado con una bella e insatisfecha mujer a la que más que doblaba la edad. Tenía diecinueve años y se llamaba Dolly. Si me hubiese pedido mi opinión, le hubiera dicho que casar a Mayo con Diciembre no suele dar resultado, salvo en casos como el mío, en que Diciembre es notablemente rico. Pero él deseaba a toda costa que su matrimonio funcionase, porque quería mucho a su mujer, y por eso trabajaba como un esclavo para Dolly. Audee Walthers era piloto. Pilotaba lo que fuera. Había pilotado aparatos orbitales en Venus. Cuando el gran transporte terrestre (que constantemente le recordaba mi existencia ya que yo poseía parte de las acciones y lo había rebautizado con el nombre de mi mujer) llegaba a la órbita del mundo de Peggy, Audee pilotaba un carguero con el que sacaba y metía la mercancía del transporte; entretanto pilotaba cualquier cosa que se alquilara para realizar no importaba qué servicio requirieran los capataces. Como casi todo el mundo en Peggy, también había recorrido sus buenos cuarenta mil millones de kilómetros desde el lugar en que había nacido para poder malvivir allí; a veces lo conseguía, a veces no. De manera que cuando al regresar de uno de sus charter Adjangba le dijo que había otro en perspectiva, Walthers hizo lo indecible por

hacerse con él. Aunque ello significara tener que recorrer todos los bares de Port Hegramet para reclutar al pasaje. Cosa harto difícil. Para tratarse de una ciudad de apenas cuatro mil habitantes, los bares de Port Hegramet estaban superpoblados. Había puntos neurálgicos, pero no estaban en los más obvios: el café del hotel; el pub del aeropuerto; el gran casino de Port Hegramet, el único lugar con espectáculo de variedades; no era allí donde estaban los árabes que componían su próximo chárter. Tampoco estaba Dolly en el casino, donde debería de haber estado actuando con su número de marionetas, ni tampoco en casa, o por lo menos no contestó al teléfono. Media hora más tarde Walthers seguía buscando a los árabes por las calles mal iluminadas. Había ya dejado atrás los barrios del oeste, los más ricos, y los encontró en un prostíbulo, a las afueras de la ciudad, en plena discusión.

Todos los edificios de Port Hegramet eran provisionales. Era ésta una necesaria consecuencia de la naturaleza de colonia del lugar; cuando, cada mes, llegaban los nuevos inmigrantes en el enorme transporte terrestre, el Paraíso Heechee, la población aumentaba como un globo al que se hincha con hidrógeno. Después iba deshinchándose gradualmente, a medida que los colonos eran trasladados a las plantaciones, a las explotaciones forestales y a las minas. Pero nunca se descendía al último índice, de modo que cada mes se contaba con unos centenares de nuevos residentes, nuevas viviendas se construían y algunas de las más viejas se echaban abajo. Pero este prostíbulo en particular era el más provisional de todos los edificios. No pasaba de ser tres paneles de plástico para construcción mutuamente apuntalados a modo de paredes, con un cuarto panel apoyado sobre ellos a manera de techo, con el lado que daba a la calle abierto. Aun así el interior estaba lleno de humo y nebuloso, por el humo del tabaco y de la marihuana que se mezclaba con el amargo y agudamentoso olor del licor de fabricación casera que se vendía allí sin licencia.

Walthers reconoció a su panacea de inmediato, gracias a la descripción que le había facilitado su agente. No había muchos como él en Port Hegramet... árabes sí, claro está, pero ricos, ¿cuántos?, ¿y viejos? Mr. Luqman era incluso más viejo que Adjangba, gordo y calvo, con una sortija en cada uno de sus amorcillados dedos, la mayoría diamantes. Estaba en compañía de un grupo de árabes al fondo del garito, pero en cuanto Walthers hizo ademán de dirigirse hacia ellos, la cantinera alargó un brazo.

—Fiesta privada —dijo—. Ellos pagan, usted fuera.

—Me están esperando —dijo Walthers con la esperanza de que así fuera.

—¿Para qué?

—¿Y a usted qué le importa? —contestó Walthers con enfado mientras calculaba qué sucedería si se hacía paso empujándola a un lado. La mujer,

delgada, de tez oscura, joven, con brillantes aros azules colgándole de las orejas, no era problema; pero el tiparrón aquel de cabeza de bala que observaba lo que estaba pasando sentado en un rincón, era otra historia. Pero por suerte Luqman vio a Walthers y se le acercó dando tumbos cegato.

—Usted es mi piloto —anunció—. Venga y tómese algo.

—Gracias, señor Luqman, pero tengo que irme a casa. He venido sólo a confirmar lo del chárter.

—Sí. Iremos con usted.

Se volvió y miró de soslayo a los demás de su grupo, que estaban discutiendo algo con acaloramiento.

—¿Quiere tomar algo? —volvió a preguntar por encima del hombro.

Estaba más borracho de lo que Walthers había creído en un principio. Le contestó otra vez:

—No, gracias. ¿Querría firmarme ahora el contrato del chárter, por favor?

Luqman se volvió a mirar la copia que Walthers le tenía.

—¿El contrato? —Meditó durante un instante—. ¿Por qué tiene que haber un contrato?

—Es la costumbre, señor Luqman —dijo Walthers, perdiendo la paciencia.

Detrás de Luqman los árabes se gritaban unos a otros, ellos y Walthers se disputaban a oleadas la atención de Luqman.

Y había otro detalle. Había cuatro individuos enzarzados en la discusión, cinco si se contaba al propio Luqman.

—El señor Adjangba me dijo que sumaban cuatro en total —mencionó Walthers—. Hay sobrecarga si son ustedes cinco.

—¿Cinco? —Luqman observó con atención el rostro de Walthers—. No, somos cuatro.

Entonces su expresión cambió y sonrió con simpatía.

—¡Ah! ¿Pero creía usted que ese loco venía con nosotros? No, no es con nosotros con quienes va a ir. A lo mejor adonde se va, y solo, es a su propia tumba, como siga insistiendo en discutirle a Shameem lo que el profeta dice en sus enseñanzas.

—Ya —dijo Walthers—. Bien, y si ahora es tan amable de firmarme aquí...

El árabe se encogió de hombros y tomó la copia de manos de Walthers. La desplegó sobre la superficie de zinc de la barra y empezó a leerla dolorosamente, pluma en mano. La discusión aumentó de tono, pero Luqman parecía haberla desterrado de su mente.

La mayoría de los parroquianos del garito eran africanos. Kiyuku los que ocupaban un lado y Masai los que ocupaban el opuesto. A primera vista, rodeados por tal compañía, los pendencieros ocupantes de la mesa le habían parecido todos iguales. Ahora Walthers se apercibía de su error. Uno de los hombres que discutían era más joven que los demás, y más bajo y delgado. El color de su piel

era más oscuro que el de la mayoría de europeos, pero no tan oscuro como el de los libios; sus ojos eran tan oscuros como los de ellos, pero sin Kohl.

No era asunto que le importara.

Se dio la vuelta y aguardó pacientemente, ansioso por marcharse. No sólo porque deseara ver a Dolly. Port Hegramet era un tanto segregacionista. Los chinos vivían entre los chinos, los latinoamericanos en su barrio, los europeos en el distrito de los europeos; aunque no siempre de manera pacífica y ordenada, no. Las distancias se mantenían aguzadas entre los distintos subgrupos: los chinos de Cantón no se trataban con los de Taiwán, los portugueses seguían teniendo poco que ver con los finlandeses y los una vez chilenos y ex argentinos seguían peleándose entre sí. Pero, desde luego, no por ello sentían los europeos ninguna necesidad de acudir a los baruchos de los africanos, y por eso, cuando Luqman le devolvió el contrato firmado, le dio las gracias y salió rápidamente y con un cierto alivio. Había cubierto menos de una manzana cuando oyó gritos más fuertes de ira y un chillido de dolor.

En el mundo de Peggy uno procuraba meter sus narices en los asuntos ajenos tan poco como le era posible, pero Walthers tenía un chárter que proteger. El grupo al que veía golpear a un individuo bien podía tratarse de los gorilas africanos atacando al cabecilla del grupo de su chárter. Lo que convertía aquello en asunto suyo. Se volvió y retrocedió corriendo, un error del que, créanme, se arrepintió profundamente tiempo después.

Cuando Walthers llegó, los asaltantes habían desaparecido, y la quejosa y sangrante figura que yacía sobre la acera no pertenecía al grupo de su chárter. Era el joven extranjero; se agarró a la pierna de Walthers.

—Ayúdeme y le daré cincuenta mil dólares —le dijo confuso, con los labios húmedos de sangre.

—Voy a ver si encuentro alguna patrulla —ofreció Walthers tratando de desentenderse del asunto.

—¡Nada de patrullas! Ayúdeme a matar a éstos y le pagaré —le espetó el hombre—. ¡Soy el Capitán Juan Henriquette Santos-Schmitz y puedo permitirte el lujo de comprar sus servicios!

Claro está que yo nada sabía de todo esto en aquel entonces. Por lo demás, tampoco Walthers sabía que Luqman trabajaba para mí. Eso importaba poco. Había decenas de miles de personas que trabajaban para mí, y el que Walthers lo supiera o no, no cambiaba las cosas. Lo malo es que no reconociera a Wan, y a que no había oído hablar de él más que en términos generales. A la larga, este detalle sí iba a ser de importancia para Walthers.

Yo conocía a Wan particularmente bien. Le había conocido cuando no era más que un niño semisalvaje, educado por máquinas y seres no humanos. Al

hacer para ustedes mi recuento de conocidos, he llamado a Wan no amigo. Le conocía, es cierto, pero nunca fue lo suficientemente sociable para ser amigo de nadie.

Podría decirse incluso que era bastante enemistoso —no sólo en relación a mí, sino a la humanidad entera— o que lo había sido en la época en que era un asustado y lascivo adolescente que soñaba en su caparazón allá en la nube de Oort, sin nadie que supiera ni se preocupara por el hecho de que esos mismos sueños estaban volviéndonos locos a todos los demás.

Pero no era culpa suya, ciertamente. Ni tampoco era culpa suya que los malditos enfurecidos terroristas hubieran tomado su ejemplo como fuente de inspiración y estuvieran volviéndonos locos a todos otra vez, siempre que podían... pero si retomamos la cuestión de la « culpa » y de ese otro término con ella relacionado, « culpabilidad », nos encontraremos de nuevo con Sigfrid von Shrink antes de que nos demos cuenta, y de lo que estamos hablando ahora es de Audee Walthers.

También aquí es necesario aclarar lo que dice Robin. Los Heechees estaban muy interesados en los seres vivos, en especial de la vida inteligente o de los seres que la prometían. Poseían un recurso que les permitía conocer los sentimientos de las criaturas a mundos de distancia.

El problema era que ese sistema permitía lo mismo recibir que transmitir. Las propias emociones del operador eran percibidas por los sujetos. Si quien utilizaba la máquina estaba triste, o deprimido —o loco—, las consecuencias eran funestas. El muchacho, Wan, poseía una de esas máquinas en el lugar en que había sido abandonado de niño. Él la llamaba « diván de los sueños: —los académicos la rebautizarían después con el nombre de Transcept telepático-psicoquinético—, y cuando la usaba, tenían lugar los fenómenos que Robin describe de manera tan subjetiva.

No es que Walthers fuera un buen samaritano, pero no podía abandonar a aquel hombre en la calle. Mientras le conducía al apartamento que compartía con Dolly, Walthers estaba muy lejos de saber a ciencia cierta por qué lo hacía. El hombre estaba herido, pero para eso estaban los centros de primeros auxilios,

y además era poco agraciado en sus modales. Mientras avanzaban, de camino hacia la barriada llamada Pequeña Europa, el hombre fue reduciendo su oferta monetaria y no hizo más que quejarse de la cobardía de Walthers; para cuando se dejó caer sobre el camastro plegable de Walthers, la oferta había quedado reducida a doscientos cincuenta dólares, y sus comentarios acerca del carácter de Walthers habían sido incesantes.

Por lo menos el hombre había dejado de sangrar. Se incorporó y miró al apartamento que le rodeaba con desprecio. Dolly no había vuelto a casa todavía, y había dejado, cómo no, el apartamento hecho un desastre; platos sucios sobre la mesa plegable, sus marionetas esparcidas por todas partes, ropa interior escurriéndose sobre el fregadero y un suéter colgado del pomo de la puerta.

—Menudo asco de sitio —dejó caer el huésped indeseado—. No vale los doscientos cincuenta dólares.

Una airada respuesta afloró a los labios de Walthers. Se la tragó como todas las demás que había ido reprimiendo durante la última media hora: ¿de qué iba a servirle?

—Le ayudaré a lavarse —le contestó—. Después, puede irse.

Los labios magullados ensayaron una mueca de desprecio.

—Qué estúpido por su parte haber dicho eso —dijo el hombre—, ya que soy el Capitán Juan Henriquette Santos-Schmitz. Poseo mi propia nave espacial, y acciones y royalties en las naves de transporte que suministran a este planeta, entre otras muchas actividades de primer orden, y se dice de mí que soy la undécima persona más rica de la humanidad.

—Nunca he oído hablar de usted —masculló Walthers, haciendo correr agua caliente en el interior de una palangana. Pero no era verdad. Había transcurrido mucho tiempo, cierto, pero algo había, algún recuerdo. Alguien que había aparecido en los noticieros de la TV cada hora durante una semana y luego cada semana durante un mes o dos. Sin duda, no hay nadie a quien se olvide con tanta facilidad diez años después como quien ha sido famoso durante un mes.

—Usted es el muchacho que creció en aquel hábitat Heechee —dijo de pronto.

—¡Exacto! ¡Ay, me está haciendo daño! —gimió el hombre.

—Bueno, pues quédese quieto —contestó Walthers, preguntándose qué hacer con la undécima persona más rica del mundo. A Dolly le encantaría conocerlo, claro está. Pero una vez que Dolly consiguiera superar sus emociones, ¿qué intrigas maquinaría ella para aprovecharse de toda aquella riqueza y comprar con ella una plantación insular, una casa de verano en Heather Hills, o un billete de vuelta a casa?, ¿sería mejor, a la larga, hacer que el hombre permaneciera en casa con algún pretexto hasta que Dolly llegara a casa o facilitarle la salida y explicárselo luego todo a Dolly?

Los dilemas que se ponderan en demasía se resuelven por sí solos; ése se

resolvió cuando la puerta crujió y chirrió al entrar Dolly.

Fuera cual fuera el aspecto que Dolly ofrecía en casa —a veces sus ojos lagrimeaban por culpa de alguna alergia a la flora peggyisiana, casi siempre de mal humor, rara vez con el cabello en orden—, al salir de casa estaba siempre deslumbrante. Claramente deslumbró al inesperado visitante al entrar, y, aunque llevaba más de un año casado con aquella sorprendentemente esbelta figura y con aquel impasible rostro de alabastro, y pese a conocer la estricta dieta merced a la cual se conseguía la primera y el defecto dental que requería el segundo, casi deslumbró también a Walthers.

Walthers la saludó con un beso y un abrazo; ella le devolvió el beso, pero no con demasiada atención. Miraba, por encima de él, en dirección al extraño. Con los brazos todavía en torno de ella, Walthers dijo:

—Querida, éste es el Capitán Santos-Schmitz. Estaba peleándose y le he traído aquí...

Ella le empujó.

—¡Junior, espero que no...!

Le llevó un instante comprender el malentendido en que Dolly había caído.

—¡Oh, no, Dolly! La pelea no era conmigo. Yo sólo pasaba por allí.

La expresión de ella se afianzó y se volvió al invitado.

—Por supuesto que eres bienvenido aquí, Wan. Déjame ver qué te han hecho. Santos-Schmitz se hinchó de satisfacción.

—Me conoces —le dijo, permitiéndole palpar las vendas que Walthers acababa de aplicarle.

—¡Por supuesto, Wan! Todos en Port Hegramet te conocen. —Sacudió compadecida su cabeza al ver su ojos morados—. Te hiciste notar anoche en el Spindle Lounge.

Él se echó hacia atrás para verla mejor.

—¡Ah, claro! La animadora. Vi tu actuación.

Dolly Walthers rara vez sonreía, pero tenía un modo de arrugar las comisuras de sus ojos y estrechar los bellos labios que valía más que cualquier sonrisa; era una expresión atractiva. La mostró a menudo mientras acomodaban a Santos-Schmitz, mientras le daban de beber café y escuchaban sus explicaciones de por qué los libaneses se habían equivocado al enfurecerse con él. Si Walthers había creído que Dolly iba a reprocharle el haber traído a casa a aquel individuo, se dio cuenta de que nada debía temer en tal sentido. Pero a medida que se hacía tarde empezó a ponerse nervioso.

—Wan —dijo—, tengo que volar mañana y me imagino que preferirás volver a tu hotel.

—Desde luego que no —le reconvinó su esposa—. Hay sitio suficiente en el apartamento. Puede dormir en la cama, tú en el sofá y yo me acostaré en la hamaca del cuarto de costura.

Walthers estaba demasiado sorprendido para refunfunar, aún más para contestar. Era una idea estúpida. Por descontado que Wan querría regresar a su hotel, y por descontado que Dolly estaba simplemente tratando de ser obsequiosa; sin duda que ella no podía desear todo aquel tinglado para acomodarse que les iba a privar de toda intimidad justo la noche antes de que él saliera de nuevo a volar con los irascibles árabes. Por ello esperó confiado a que Wan les pidiera que le disculparan y a que su mujer se dejara convencer; al poco su confianza en ello disminuyó y finalmente se disipó. Aunque Walthers era un hombre de talla corta, el sofá era aún más corto que él, y se pasó toda la noche dando vueltas y más vueltas, deseando no haber oído jamás el nombre de Juan Henriquette Santos-Schmitz.

No era sólo que Wan fuera una persona desagradable, y no era culpa suya, desde luego (sí, sí, Sigfrid, lo sé, sal de mi cabeza). Era además un fugitivo de la justicia, o lo habría sido, de haber sabido alguien con exactitud qué era lo que había apandado de entre los artefactos Heechees.

Al decirle a Walthers que era rico, no había mentido. Por el mero hecho de que su madre le había traído al mundo en un artefacto Heechee en el que no había ningún otro ser humano, había adquirido, por nacimiento, derechos sobre abundante tecnología Heechee. Esto supuso para él disponer de mucho dinero, una vez que los tribunales dispusieron del tiempo suficiente para parar mientes en ello. Supuso también, en el fuero interno de Wan, la creencia de que cualquier cosa Heechee con que se encontrara que no tuviera dueño expreso, le pertenecía. Se había hecho con una nave Heechee —eso lo sabía todo el mundo— pero con su dinero compró a los abogados que consiguieron paralizar la demanda interpuesta por la Corporación de Pórtico con la que pretendían que los tribunales se la hicieran devolver. También se había hecho con algunos instrumentos Heechees poco corrientes, y si alguien hubiera sabido de qué se trataba realmente, el asunto habría saltado a los tribunales en un santiamén y Wan se habría convertido en el enemigo público número uno en lugar de ser un mero fastidio. Así que Walthers tenía todo el derecho del mundo a odiarle, aunque, por supuesto, no fuera por las razones arriba mencionadas.

Cuando Walthers vio a los libios a la mañana siguiente, estaban resacosos y de mal humor. Walthers se sentía peor, y la diferencia estribaba en que su humor era todavía más negro y eso que él no estaba bajo los efectos de ninguna resaca. Ello motivaba en buena parte su mal humor.

Sus pasajeros nada le preguntaron en relación a la noche precedente; de hecho, prácticamente ni abrieron la boca mientras el aparato zumbaba por encima de las anchas sabanas, los ocasionales claros y las todavía más infrecuentes manchas de las granjas del mundo de Peggy. Luqman y uno de los hombres estaban envueltos en la coloreada nube de los hologramas, obtenidos desde los satélites, de la zona que iban a prospectar. Otro de los hombres dormía,

el cuarto apoyaba simplemente la barbilla en el puño y miraba torvamente por la ventanilla. El aparato volaba casi solo, en aquella época del año, por las pocas turbulencias que había. Walthers tuvo tiempo de sobra para pensar en su mujer. Había sido para él un triunfo casarse con Dolly, ¿pero por qué no conseguían, ahora que estaban casados, ser felices?

Desde luego, Dolly había llevado una vida dura. Una chica de Kentucky, sin dinero, sin familia, sin trabajo —sin conocimientos y, probablemente, sin un gran cerebro—, una chica así, tenía que utilizar todos los recursos a su alcance si quería escapar de los campos de carbón. Uno de los recursos que Dolly podía vender era su aspecto. Un buen aspecto, aunque menoscabado. Su figura era esbelta, sus ojos brillantes, pero sus dientes parecían de conejo. A los catorce años consiguió un puesto de bailarina y animadora en Cincinnati, pero no daba lo suficiente como para vivir a menos que hicieras « horas extras ». Dolly no quería hacerlo. Trataba de nadar y guardar la ropa. Intentó cantar, pero no tenía voz para ello. Además, tratar de cantar con la boca entrecerrada para que no se le vieran sus dientes de Bugs Bunny la hacía parecerse a un ventrílocuo... Y cuando un cliente, con ánimo de ofenderla porque ella le había atajado al intentar abordarla, se lo dijo, una lucecita se encendió en su cabeza... El maestro de ceremonias del club se tenía por artista. Así que Dolly hizo algunas faenas de lavandería y costura a cambio de pequeños papeles en comedias viejas y manidas, se fabricó algunas marionetas, estudió tantas grabaciones como pudo encontrar en la Piezovisión acerca de shows de marionetas y probó suerte en el último show del sábado por la noche cuando llegaba la nueva cantante que iba a sustituirla. Su actuación no fue ningún éxito, pero la nueva cantante era aún peor que Dolly, de manera que logró salvar el pellejo. Dos meses en Cincinnati, un mes en Louisville, casi tres meses en clubs a las afueras de Chicago; si los contratos hubieran sido seguidos, habría podido vivir con relativo desahogo, pero entre uno y otro transcurrieron semanas e incluso meses. Sin embargo, no llegó a pasar verdadera hambre. Para cuando Dolly llegó al planeta de Peggy, su Espectáculo se las había visto con tantas audiencias hostiles, o ebrias, que había conseguido limar sus aristas hasta revestirse de una forma lo bastante aceptable. No lo suficiente como para convertirse en una auténtica profesional. Pero sí lo bastante como para seguir tirando. Mudarse al mundo de Peggy fue un acto de desesperación, porque el hacerlo suponía hipotecar la propia vida. No habría posibilidad alguna de alcanzar el estrellato allí, pero no podía estar económicamente peor de lo que estaba. Y si no había podido seguir nadando con la ropa puesta, al menos se vendió con cierta dignidad. Y cuando apareció Audee Walthers, Jr., le ofreció un precio más alto que el que le había ofrecido la mayoría: el matrimonio. Lo aceptó. A los dieciocho. Con un hombre que le doblaba la edad.

No obstante, la dura vida de Dolly no era en realidad mucho más dura que la

de la mayoría de los que estaban en el mundo de Peggy; sin contar, claro está, a tipos como los prospectores de Audee. Los prospectores pagaban la tarifa completa para Peggy, ellos o las compañías para las que trabajaban y todos ellos llevaban, a buen seguro, el billete de vuelta en el bolsillo.

Cosa que no les hacía estar más animados. El vuelo hasta el lugar que habían elegido en West Island para situar el campamento base, había durado seis horas. Una vez que hubieron comido e instalado sus vivaques, rezaron sus oraciones una o dos veces, no sin discutir hacia qué dirección había que hacerlo; sus resacas respectivas se habían disipado ya, pero no quedaba tiempo ese día para empezar ningún trabajo. No les quedaba tiempo a ellos. Pero sí a Walthers. Se le ordenó que diera una serie de pasadas entrecruzadas por encima de veinte mil hectáreas de breñas. Como simplemente tenía que llevar un sensor de masa para registrar las anomalías gravitacionales, no importaba que tuviera que volar de noche. A Luqman, en cualquier caso, le traía sin cuidado; no así a Walthers, que odiaba especialmente este tipo de vuelos; tenía que mantenerse a muy baja altitud, y algunos de los montes eran incómodamente elevados. De manera que voló con ambos, el radar y la sonda de rastreo a la vez, aterrorizando a las lentas y estúpidas bestezuelas que habitaban en las sabanas en West Island, aterrorizándose también él cuando se encontró dando cabezadas y despertando sobresaltado y tratando desesperadamente de ganar altura cuando uno de los montes se le vino encima.

Consiguió dormir cinco horas antes que Luqman le despertara para ordenarle un reconocimiento fotográfico de varios lugares poco claros, y cuando lo hubo hecho se le envió a que lanzara estacas por todo el terreno. No eran simples estacas de metal; eran geófonos, y tenían que ser instalados en una formación de varios kilómetros de longitud. Además, tenían que caer desde al menos veinte metros de altura para que penetraran a fondo en la superficie y para asegurarse de que quedaban derechos y sus lecturas eran fiables, y cada uno de ellos sólo contaba con dos metros a la redonda como margen de error para su situación. No le hizo ningún favor a Walthers señalar que ambas premisas se contradecían entre sí, razón por la cual no se sorprendió cuando los datos petrológicos de los vibradores demostraron ser inútiles. Revíselo, le dijo Luqman, y de esta manera Walthers tuvo que volver sobre sus pasos, a pie, extraer los geófonos y clavarlos de nuevo, a mano.

Él había firmado un contrato para hacer de piloto, pero Luqman parecía tener una visión más amplia del asunto. No fue solamente tener que pasearse con los geófonos. Un día le hicieron cavar en busca de las criaturas con forma de garrapata que constituían la versión peggysiana de las lombrices de tierra, pues aireaban el suelo. Al día siguiente le dieron una especie de rotor que se clavaba en el suelo, perforaba hasta una profundidad de varias decenas de metros y extraía muestras de la corteza. Le habrían hecho pelar patatas de haberlas

comido, y de hecho intentaron hacerle cargar con la limpieza de los platos sucios, aceptando tan sólo, tras mucho regatear, hacerlo según un estricto orden rotatorio. (Pero Walthers advirtió que a Luqman el turno no parecía llegarle nunca). No era que las tareas no fueran interesantes. Los bichos con forma de garrapata eran introducidos en un recipiente lleno de disolvente, y el caldo resultante se convertía en una mancha sobre una hoja de filtro electrofórico. Las muestras de corteza se introducían en pequeñas incubadoras de agua esterilizada, aire esterilizado y vapores de hidrocarburo esterilizados. En ambos casos se trataba de pruebas para hallar petróleo. Los bichos, al igual que las termitas, eran potentes excavadores. Parte del terreno a través del cual excavaban volvía a la superficie con ellos, y la electrofóresis determinaría qué era lo que habían traído consigo. Las incubadoras examinaban lo mismo pero de distinta forma. Peggy, como la Tierra, albergaba en su suelo microorganismos que podían vivir a base de una dieta de hidrocarburos puros. Por ello, si algo se desarrollaba en las incubadoras, tenía por fuerza que ser autóctono, y no podría serlo de no contar con una base de hidrocarburos en el suelo de esa zona. En ambos casos se trataría de petróleo.

Pero para Walthers las pruebas eran, más que otra cosa, pesadeces que paralizaban su trabajo, y la única tregua consistía en que le enviaran de vuelta a la nave con el magnetómetro o a lanzar más estacas. Tras los tres primeros días se retiró a su tienda a examinar la copia de su contrato para asegurarse de que le podían pedir que hiciera todo aquello. Podían. Tendría que decirle cuatro cosas a su agente cuando volviera a Port Hegramet; a los cinco días reconsideró esta posibilidad. Parecía más atractivo matar a su agente... Pero todas aquellas idas y venidas en la nave tuvieron un efecto beneficioso. A los ocho días del inicio de la expedición que había de durar tres semanas, Walthers informó fríamente al señor Luqman de que se estaba quedando sin combustible y de que tendría que volar de regreso a la base para conseguir más hidrógeno.

Al llegar al pequeño apartamento, lo encontró a oscuras; pero estaba en orden, lo que constituía una agradable sorpresa: Dolly estaba en casa, lo que era todavía más agradable; y aún más, estaba zalamera, obviamente encantada de verle.

Fue una tarde perfecta. Hicieron el amor; Dolly preparó algo de cena; volvieron a hacer el amor, y a medianoche se sentaron en la cama deshecha, con las espaldas apoyadas en las almohadas y las piernas estiradas ante ellos, con las manos entrelazadas y compartiendo una botella de vino de Peggy.

—Me gustaría que me llevaras contigo —le dijo Dolly cuando acabó de contarle cómo le iba con el chárter de New Delaware. Dolly no le miraba abiertamente, sino que se probaba perezosamente cabezas de marionetas en su

mano libre, con expresión tranquila.

—Es imposible, cariño —rió él—. Eres demasiado bonita para que te lleve a los páramos con cuatro árabes calentorros. Mira, la verdad es que ni yo mismo me siento demasiado seguro.

Ella levantó la mano, con la expresión todavía tranquila. La marioneta que sostenía esta vez era una cara infantil de patillas luminosas, de un rojo brillante. La boca rosada se abrió y la voz infantil susurró:

—Wan dice que son fieros de verdad. Dice que hubieran sido capaces de matarlo sólo por discutir de religión con ellos. Dice que creyó que iban a matarlo.

«Oh». Walthers cambió de postura pues la almohada dejó de parecerle tan cómoda. No llegó a formular la respuesta que tenía en mente, o sea *Oh, así que has estado viendo a Wan, ¿no?*, porque hubiera podido dar la impresión de que estaba celoso. Sólo dijo: *¿Cómo está Wan?*, pero la primera pregunta estaba implícita en ésta, y ambas fueron contestadas. Wan estaba mucho mejor. El ojo de Wan casi no estaba morado ya. Wan tenía una nave fantástica en órbita, una Cinco Heechee, pero era de su propiedad exclusiva y había sido modificada; eso decía él; ella no la había visto. Claro está. Wan había dejado entrever que parte del equipamiento era antigua maquinaria Heechee, conseguida tal vez de manera un tanto poco honesta. Wan había dejado entrever que había mucha maquinaria que nunca era declarada porque la gente que la encontraba no quería pagar los correspondientes royalties a la Corporación de Pórtico, ¿sabes? Wan creía tener derecho a hacerlo, de veras, porque había tenido aquella vida tan increíble, criado casi por los mismísimos Heechees...

Sin Walthers quererlo, la pregunta implícita se exteriorizó.

—Parece que te has visto a menudo con Wan —acertó a decir intentando sonar despreocupado, pero al oír su propia voz vio que no era así.

De hecho, no estaba tranquilo; estaba preocupado o enfadado, más enfadado que preocupado, en realidad, porque... ¡carecía de sentido! Wan era ciertamente poco atractivo y poco amable. Por supuesto, era rico, y también mucho más cercano que él a la edad de Dolly...

—Oh, cariño, no estés celoso —dijo Dolly con su propia voz, sonando, si a alguna cosa, a complacida; lo que, de algún modo tranquilizó a Walthers—. De todas formas va a irse muy pronto, ¿sabes? No quiere estar aquí para cuando llegue el transporte, y en estos momentos está fuera ordenando que le preparen las provisiones para el próximo viaje. Es por lo único que vino aquí. —Levantó la mano con la marioneta y la voz infantil del muñeco canturreó—: ¡Juni-or está celoso de Do-ly, Juni-or está celoso de Do-ly!

—No estoy celoso —contestó instintivamente, para luego admitir—: Sí lo estoy. No me lo reproches, Dolly.

Ella se movió en la cama hasta ponerle los labios cerca de la oreja, y él sintió su cálido aliento murmurándole con la voz de la marioneta:

—Prometo no hacerlo, señor Júnior, pero me encantaría que usted...

Y lo que se dice ir, la reconciliación fue la mar de bien, si se exceptúa que justo en mitad del cuarto asalto, quedó interrumpida por el gruñido del timbre del piezófono.

Walthers dejó que sonara quince veces, lo suficiente para acabar lo que tenía entre manos, aunque no tan cuidadosamente como había sido su intención. Resultó ser el oficial de guardia desde el aeropuerto.

—¿Llamo en mal momento, Walthers?

—Limitate a decirme qué es lo que quieres —dijo Walthers tratando de evitar que el oficial se diera cuenta de que aún le costaba trabajo respirar.

—Bien, alto y claro, Audee. Hay un grupo de seis con escorbuto, cuadrante siete tres pe, las coordenadas son un tanto confusas pero tienen una frecuencia de radio. Es todo lo que tienen. Les llevas un doctor, un dentista, y una tonelada de vitamina C, para llegar allí al alba. Lo que significa que tienes que despegar como más tarde dentro de una hora y media.

—¡Demonios, Carey! ¿No puedes esperar?

—Sólo si quieres dejarlos morir. Están mal de verdad. El pastor que los encontró dice que dos de ellos no pasarán de esta noche.

Walthers maldijo para sí, miró a Dolly con aire culpable y a continuación empezó a recoger sus cosas con reticencia.

Cuando Dolly habló, no fue con la voz del muñeco:

—Júnior, ¿cuándo volveremos a casa?

—Ésta es nuestra casa —dijo, tratando de quitarle hierro al asunto.

—¡Por favor, Júnior!

El rostro relajado se había puesto tenso, y la máscara de marfil estaba impasible, pero él pudo detectar la tensión en su voz.

—Dolly, cariño —le dijo—, no hay nada allí para nosotros. Es por lo que la gente como nosotros viene aquí, ¿recuerdas? Ahora tenemos un planeta nuevo, entero... Mira, esta misma ciudad va a ser más grande que Tokio, más moderna que Nueva York; van a poner seis nuevos transportes en un par de años, lo sabes, y un acelerador Lufstrom en lugar de las viejas lanzaderas...

—¿Pero cuándo? ¿Cuándo sea vieja?

No había ninguna razón que justificara el tono de conmisericación de su voz, pero allí estaba de todas formas. Walthers tragó saliva, inspiró profundamente y trató de resultar amable.

—Mi querida piernas largas —dijo—, tú no serás vieja ni a los noventa años.

No hubo respuesta.

—¡Oh, cariño! —siguió conciliador—. ¡Las cosas van a mejorar! Van a empezar a construir una factoría alimentaria en nuestra propia Oort muy pronto. ¡Es incluso probable que empiecen el año próximo! Han llegado a prometerme un puesto de piloto en la constructora...

—¡Vaya, fantástico! Así que en lugar de pasarte fuera de casa un mes te pasarás un año. Y mientras tanto yo tendré que pudrirme en este poblacho sin ni siquiera un programa decente con el que hablar.

—Habrás programas...

—¡Me habré muerto antes!

Estaba ahora completamente despierto ya. Los gozos de la noche se habían desvanecido por completo.

—Mira —le dijo—, si no te gusta estar aquí no tenemos por qué quedarnos. Hay más lugares en Peggy que Port Hegramet. Podemos salir al campo abierto, dejar algo de tierra, levantar una casa...

—¿Y criar niños fuertes, fundar una dinastía? —La voz de Dolly estaba llena de desprecio.

—Bueno... sí, algo así, me imagino.

Ella se dio la vuelta en la cama.

—Dúchate —le aconsejó—. Hueles a haber estado jodiendo.

Y mientras Audee Walthers, Jr., se duchaba, una criatura que se parecía bastante poco a las marionetas de Dolly (aunque una de ellas se suponía que lo representaba) veía por primera vez en treinta y un años sus primeras estrellas nuevas; y mientras tanto, uno de los seis prospectores enfermos dejaba de respirar, para alivio del pastor que, la cabeza apartada, trataba de auxiliarle; y mientras tanto había disturbios en la Tierra y morían cincuenta y un colonos en un planeta a más de ochocientos años luz...

Y mientras tanto, Dolly había tenido tiempo de levantarse a hacerle café y dejárselo sobre la mesa. Se había vuelto a la cama, en la que quedó, o pretendió haberse quedado, profundamente dormida mientras él se tomaba el café y cruzaba la puerta al marcharse.

Cuando observo a Audee, desde esta grandísima distancia que nos separa a ambos, me entristece tener que decir que me parece un fracasado. No lo era, en realidad. Era una persona más que admirable. Era un piloto de primera clase, físicamente era bravo, hosco, duro de verdad cuando tenía que serlo, amable cuando le daban la oportunidad de demostrarlo. Supongo que, desde el interior de cada cual, todos parecemos fracasados, y está claro que es desde dentro desde donde yo le observo ahora, desde dentro a mucha distancia, o desde fuera, depende de qué plano de la geometría se elija para aplicarlo a esta metáfora. (Puedo oír suspirar al viejo Sigfrid, « ¡Ay, Robin, esas digresiones! » , pero él nunca ha sido ampliado). Lo que trato de decir es que todos tenemos áreas de fracaso. Sería más delicado llamarles áreas de vulnerabilidad, y lo único que le pasaba a Audee es que era extremadamente vulnerable en lo tocante a Dolly.

Pero el fracaso no era el estado habitual en el caso de Audee. Durante las

horas que siguieron se comportó de la mejor manera que se le podía pedir a cualquiera: lleno de recursos, infatigable, auxilió a los necesitados. Tenía que hacerlo así.

El mundo de Peggy escondía algunas trampas bajo su apacible fachada.

Supongo que se dan cuenta de que el «fracaso» del que se está excusando Robin aquí no es el de Audee Walthers. Robin no era ningún fracasado, pero sentía la necesidad, de cuando en cuando, de reafirmarse en la convicción que no lo era. ¡Son tan extraños los humanos!

Teniendo en cuenta cómo suelen ser los planetas distintos a la Tierra, Peggy era una joya. Su aire podía respirarse. Podía sobrevivirse al clima. La flora no acostumbraba a ser peligrosa y la fauna era sorprendentemente mansa. Bien, no exactamente mansa. Más bien estúpida. Walthers se preguntaba a veces qué era lo que los Heechees habían visto en Peggy. El hecho era que a los Heechees se les suponía interesados en las formas de vida inteligentes —no exactamente que las hubieran encontrado en abundancia— y ciertamente no abundaban en el mundo de Peggy. El animal más inteligente era un depredador del tamaño de un zorro y de la velocidad de un topo. Poseía el mismo coeficiente intelectual que una gallina, cosa que demostraba el hecho de ser su propio peor enemigo. Sus presas eran todavía más torpes y lentas, por lo que siempre tenía la comida asegurada, y la causa de su muerte era, por antonomasia, la muerte por ahogamiento causada por partículas de comida, que se producía cuando intentaba devolver después de haber comido demasiado. Los seres humanos podían alimentarse de ese depredador, y de la mayoría de sus presas, y en general, de la mayoría de seres vivos... siempre que se tuviera cuidado.

Los prospectores de uranio, harapientos y descuidados, no habían extremado las precauciones. Cuando el violento sol tropical estalló sobre la jungla y Walthers detuvo su aparato en el claro más cercano, uno de ellos había muerto por eso.

El equipo médico no podía malgastar su tiempo con el fallecido, por lo que se apiñaron en torno de los cinco a los que quedaba apenas un soplo de vida y enviaron a Walthers a que cavara una tumba. Durante un momento abrigó la esperanza de descargar la tarea sobre los pastores, pero sus rebaños estaban

desbandados por todas partes. Tan pronto como les dio la espalda, los pastores hicieron lo propio.

El fallecido aparentaba tener noventa años, y olía como si hubiera muerto a los ciento diez, pero la chapa en su muñeca decía de él que se llamaba Selim Yasmeneh, de veintitrés años de edad, nacido en un pueblucho al sur del Cairo. El resto de la historia de su vida era fácil de adivinar. Había luchado, en su adolescencia, por abrirse paso en los bajos fondos egipcios; contra todo pronóstico había logrado, milagrosamente, la oportunidad de empezar una nueva vida gracias a un pasaje al mundo de Peggy; con el sudor cayéndole a raudales en la litera del transporte, sujeto por diez tiras a ella, había experimentado la agonía del aterrizaje en la cápsula orbital (cincuenta colonos sujetos por correas en una cápsula sin piloto, lanzados a la órbita merced a un impulso externo, sacudidos por el terror al entrar en ella, con los excrementos saltándolos por dentro al abrirse los paracaídas). Casi todas las cápsulas aterrizaron sin novedad. Hasta la fecha, solamente trescientos colonos habían perecido por colisión o asfixia. Yasmeneh fue de los afortunados, pero al tratar de cambiarse de cultivador de cebada en prospector de metales pesados, su suerte cambió, porque su equipo olvidó las precauciones. Los tubérculos de los que se alimentaron cuando se les acabaron las provisiones de los contenedores llevaban un compuesto —como la mayoría de las fuentes alimentarias del planeta— que fagocitaba la vitamina C y que sólo podía creer quien hubiera experimentado el fenómeno. Ni siquiera entonces lo creyeron los del equipo. Sabían del riesgo. Como todos. Querían únicamente un día más, y luego otro, y otro más, mientras se les aflojaban los dientes y se les viciaba el resuello, y cuando los pastores cruzaron por su campo era ya demasiado tarde para Yasmeneh, y casi también para el resto.

Walthers tuvo que volar con todos, equipo médico y supervivientes, al campo en el que algún día se construiría el acelerador y en el que ya se levantaban una docena de habitáculos permanentes. Cuando por fin llegó adonde los libios, Luqman estaba furioso. Abrió la portezuela del avión de Walthers y le gritó:

—¡Ha estado fuera treinta y siete horas! ¡Esto es ultrajante! ¡Teniendo en cuenta el precio exorbitante que pago por su chárter tengo derecho a esperar sus servicios!

—Era cuestión de vida o muerte, señor Luqman —dijo Walthers, tratando de que su voz no dejara entrever su irritación y su fatiga, mientras apagaba los motores.

—¡La vida es lo más barato que existe! ¡Y la muerte nos ha de llegar a todos un día u otro!

Walthers le empujó a un lado mientras saltaba al suelo.

—Eran compatriotas árabes, señor Luqman.

—¡No! ¡Eran egipcios!

—Musulmanes, en cualquier caso.

—¡Me traería sin cuidado aunque fueran mis propios hermanos! ¡Nuestro tiempo es precioso! ¡Asuntos de la mayor importancia están aquí en juego!

¿Por qué contener su ira? Walthers le espetó:

—Es la ley, Luqman. Sólo poseo la nave en alquiler; tengo que prestar servicios de urgencia cuando me lo piden. ¡Léase su copia del contrato!

Aqué! era un argumento incontestable, y le resultó irritante que Luqman no hiciera ningún intento de contestarle y que, por toda respuesta, se limitara a descargar sobre él todas las tareas que se habían ido acumulando en su ausencia. Todo tenía que hacerse de inmediato. Antes, incluso. Y si Walthers no había podido dormir, bien, ¿acaso no había dicho que a todos nos ha de llegar el día en que dormiremos eternamente?

Así que, sin dormir como estaba, Walthers pasó la hora siguiente volando con la sonda magnetoscópica, un trabajo pesado y exasperante, que le obligaba a arrastrar el sensor magnético un centenar de metros colgando por debajo del aparato, tratando de que el maldito y colgante cacharro no se estrellara contra un árbol o se clavara en tierra. Y en los momentos en que podía dedicarse a pensar entre un encargo y otro —encargos que le obligaban, literalmente, a pilotar dos aviones a la vez— Walthers pensó sobriamente que Luqman le había mentado; hubiera sido muy diferente si en lugar de egipcios se hubiera tratado de libios, por no decir de haber sido sus hermanos. El nacionalismo no había sido superado en la Tierra. Había alborotos en distintas zonas limítrofes, de gauchos contra cultivadores de arroz cuando los rebaños de ganado, en busca de agua, se habían adentrado en los arrozales pisoteando los cultivos; de chinos contra mexicanos por un error en el reparto de tierras de labranza; de africanos contra canadienses, de eslavos contra hispanos por razones que nadie ajeno al conflicto era capaz de ver. Lamentable. Pero era peor incluso el odio que a veces emergía entre eslavo y eslavo, entre latino y latino.

Y Peggy habría podido ser un mundo tan agradable. Lo tenía todo, o casi, si se exceptúan cosas como la vitamina C; estaba la Montaña Heechee, con la catarata llamada Cascada de Perlas, ochocientos metros de lechoso torrente directamente venido de los glaciares del sur; estaban los fragantes bosques del Pequeño Continente con sus mudos y simpáticos monos color lavanda —bueno, no eran monos reales, sólo animales listos—; y el Mar de Cristal. Y las Cuevas del Viento. Y las granjas... ¡Ah, las granjas! Las granjas eran lo que llevaba a tantos millones y millones de africanos, chinos, hindúes, latinos, árabes pobres, iraníes, irlandeses, polacos, tantos millones de gente desesperada a marcharse, deseosos, tan lejos de la Tierra y de sus hogares.

«Árabes pobres» se había dicho, pero también los había ricos, como los cuatro para los que trabajaba. Cuando hablaban de «asuntos de la mayor importancia», los parámetros de tal medida eran millones de dólares, eso estaba

claro. La expedición no era barata. Su propio chárter costaba seis cifras; ¡lástima que a él sólo le correspondiese un pellizco! Y eso era nada comparado con lo que debían haber costado las tiendas de auto hinchado y los detonadores por sonido, los perforadores de roca y los micrófonos en hilera; nada comparado con lo que debían de haber pagado por el alquiler de los satélites que les habían facilitado las fotografías en colores simulados con que habían confeccionado sus mapas de perfiles orográficos; por los instrumentos utilizados en el sondeo del terreno... ¿Y cuál iba a ser el próximo paso? Lo próximo que tenían que hacer era excavar. Introducir una barrena hasta el banco de sal que había descubierto trescientos metros bajo la superficie; eso en dólares iba a costar...

Sólo que, descubrió, no les iba a costar un céntimo, porque llevaban con ellos algunas de aquellas piezas de tecnología Heechee de contrabando de las que Wan había hecho referencia.

Lo primero que los humanos aprendieron de los tiempos de los desaparecidos Heechees fue que a éstos les encantaba excavar túneles, ya que los ejemplos de su trabajo se extendían por debajo de toda la superficie del planeta Venus. Y lo que habían utilizado para abrir los túneles era un milagro de la tecnología, un proyector de campos que pulverizaba la estructura cristalina de la roca convirtiéndola en una especie de polvo, que expulsaba ese polvillo e igualaba las superficies barrenadas con el denso, duro metal Heechee de brillo azulado. Semejantes proyectores existían aún, pero no en manos de particulares.

Y sin embargo, parecía que Luqman los había conseguido... lo que implicaba no sólo dinero sino también influencias... lo que implicaba la existencia de alguien capaz de mover importantes resortes; y gracias a las accidentales referencias dejadas caer en los breves intervalos de las comidas y los descansos, Walthers sospechó que ese alguien se llamaba Robinette Broadhead.

El yacimiento de sal fue analizado, los emplazamientos de las perforaciones elegidos, los principales objetivos de la expedición se habían cumplido. Solamente quedaba hacer unas cuantas comprobaciones para establecer otras posibilidades. Hasta el propio Luqman empezó a relajarse, y las charlas vespertinas volvían a girar en torno a la vuelta a casa. Casa que para los otros cuatro resultó no ser Libia ni París, sino Texas, donde poseían un promedio de 1,75 esposas cada uno y media docena de hijos en total. No muy equitativamente repartidos, por lo que pudo deducir Walthers, pero supuso que eran deliberadamente poco claros en lo referente a los detalles. Para animarles a que fueran más abiertos, Walthers se encontró hablándoles de Dolly. Más de lo que hubiera deseado. Les habló de su extrema juventud. De su carrera como animadora. De sus marionetas. De lo lista que era, tanto que confeccionaba ella misma sus propios muñecos. Tenía un pato, un perrito, un chimpancé, un payaso. El mejor de todos era un Heechee. El Heechee de Dolly tenía la frente huidiza, la nariz ganchuda, una barbilla prominente y los ojos alargados hasta los oídos

como las pinturas murales egipcias. De perfil, su rostro parecía casi una única línea que se escurriera hacia abajo... todo ello pura imaginación, ya que nadie había visto todavía a un Heechee.

El más joven de los libios, Fawzi, asintió juiciosamente.

—Sí, es bueno que la mujer gane dinero —declaró.

—No es sólo que gane dinero. La ayuda a mantenerse ocupada, ¿sabe? Aun así, me temo que se aburre de lo lindo en Port Hegramet. La verdad es que no tiene a nadie con quien hablar.

El que se llamaba Shameem también asintió.

—Programas —aconsejó sabiamente—. Cuando sólo tenía una mujer le compraba muchos programas buenos para que le hicieran compañía. En particular le gustaba uno que se llamaba « Amigos de Fátima », lo recuerdo.

La sospecha de Walthers en el sentido de que Robin Broadhead financiaba los prospectores, estaba bien fundada. La opinión de Walthers respecto de los motivos de Robin, no tanto. Robin era un hombre de firmes convicciones morales, aunque no siempre de procedimientos legales. Era asimismo, con puede verse, una persona que disfrutaba haciendo referencias a su persona particularmente cuando hablaba de sí mismo en tercera persona.

—Ojalá pudiera, pero no hay mucho de eso por aquí todavía. Le resulta muy difícil. Así que no puedo culparla realmente si a veces, cuando yo tengo ganas a ella no le apetece... —Walthers se calló porque los libios se estaban riendo.

—Está escrito en el Segundo Sura —carcajeó el joven Fawzi—, que la mujer es nuestro campo y que nosotros podemos entrar en nuestro campo a sembrar cuando queramos. Así dice Al-Baqara, la Vaca.

Walthers, acallando el resentimiento, probó a hacer un chiste:

—Por desgracia mi mujer no es una vaca.

—Por desgracia su esposa no es una esposa —le soltó el árabe—. Allá en Houston tenemos un nombre para los tipos como usted: calzonazos domesticado. Es un estado vergonzoso para un hombre.

—Escuche —empezó Walthers, enrojeciendo; pero reprimió su ira.

En la tienda-cocina, Luqman levantó la cabeza de sus meticulosas raciones de

brandy diarias y frunció el entrecejo al oír las voces. Walthers forzó una sonrisa conciliadora.

—No nos pondremos nunca de acuerdo, así que intentemos seguir siendo amigos. —Trató de cambiar de tema—. Me pregunto —dijo—, por qué han decidido buscar petróleo aquí en el Ecuador.

Los labios de Fawzi se apretaron y escrutó el rostro de Walthers antes de contestarle.

—Teníamos muchas indicaciones de que era un buen lugar para hacerlo.

—Claro, ya sé que las tenían, todas esas fotos desde los satélites se han publicado, ya sabe. No son un secreto para nadie. Pero en el hemisferio norte hay muchos lugares que ofrecen más garantías, en las cercanías del Mar de Cristal.

—Ya basta —le interrumpió Fawzi alzando la voz—. ¡No se le paga para que haga preguntas!

—Yo sólo...

—¡Está metiendo las narices en lo que no le importa, sólo eso!

Las voces volvieron a levantarse de nuevo, y esta vez Luqman se acercó con sus raciones de ochenta mililitros de brandy.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó—. ¿Qué ha dicho el americano?

—No importa. No le he contestado.

Luqman miró a Walthers un momento, con la ración del americano en la mano; entonces, de golpe, la llevó a sus labios y la vació. Walthers ahogó un gruñido de protesta; no era nada que valiera la pena. No quería a esa gente por compañeros de bebida. Fuera como fuera, las cuidadosas medidas de ochenta mililitros no parecían haber sido óbice para que Luqman se echara al colete, en privado, un trago o dos, pues tenía la cara enrojecida y la voz espesa.

—Walthers —rugió—, le castigaría por su intromisión si fuera importante, pero no lo es. ¿Quiere saber por qué estamos buscando aquí a ciento setenta kilómetros de donde van a construir el acelerador? Entonces, ¡mire arriba!

Levantó teatralmente un brazo hacia el cielo que se oscurecía y entonces se alejó dando bandazos y riéndose. Por encima de su hombro aún gritó:

—¡Ya no importa!

Walthers le siguió con la mirada y después echó un vistazo al cielo nocturno.

Un punto azul brillante se deslizaba a través de las extrañas constelaciones. ¡El transporte! El bajel interestelar *S. Ya*. Broadhead había entrado en órbita. Podía seguir su curso, maniobrando para desacelerar y detenerse finalmente en el espacio, donde —inmenso, en forma de patata, de brillo azulado— quedaría como una pequeña luna de Peggy. Al cabo de diecinueve horas se detendría. Antes de eso, tendría que estar en su aparato para salir a su encuentro, para participar en los frenéticos vuelos superficie-espacio, en busca de las frágiles mercancías del transporte y de sus afortunados pasajeros, o apartando a un lado

a las cápsulas en caída libre para conducir a los aterrorizados inmigrantes a su nuevo hogar.

Walters agradeció en silencio a Luqman que se le hubiera bebido la ración de brandy; esa noche tampoco podría dormir. Mientras los cuatro árabes dormían él desmontaba las tiendas y arrastraba el equipo, lo empacaba todo en el avión y llamaba a su base en Port Hegramet para asegurarse de que le habían reservado algún vuelo. Sí, lo habían hecho. Si llegaba antes del mediodía del día siguiente, le proporcionarían un amarradero y la oportunidad de sacar provecho de los frenéticos vuelos de ida y vuelta que vaciarían el transporte y lo dejarían listo para que emprendiera el regreso. Con las primeras luces despertó a los árabes, que juraban y daban tumbos. A la media hora estaban todos a bordo de la nave de camino a casa.

Llegó al aeropuerto con mucha antelación, aunque algo en su interior no dejaba de susurrarle monótonamente, demasiado tarde, demasiado tarde...

¿Demasiado tarde para qué? Y entonces lo descubrió. Cuando intentó pagar el combustible, el monitor del banco mostró un cero rojo. No había un céntimo en la cuenta que compartía con Dolly.

¡Imposible! ...o no del todo, pensó mirando a través del campo al lugar en que diez días antes descansaba la nave de Wan, que había desaparecido. Y cuando consiguió ganar algo de tiempo para correr al apartamento, no le sorprendió lo que encontró allí. Su cuenta corriente se había esfumado. Las ropas de Dolly se habían esfumado, las marionetas se habían esfumado, y también la propia Dolly se había esfumado.

Por aquel entonces yo no pensaba en Audee Walters. Si lo hubiera hecho, seguramente habría llorado por él; o por mí mismo. Habría pensado que era una buena excusa para llorar. Yo conocía bien lo que se sufre con la tragedia del amante querido que desaparece, ya que había perdido a mi propio amor, encerrado en el interior de un agujero negro muchísimos años antes.

Pero lo cierto es que jamás pensé en él. Tenía mis asuntos para preocuparme. Lo que más me preocupaba eran los retortijones de mi intestino, aunque también pasaba mucho tiempo pensando en los nauseabundos terroristas que me amenazaban a mí y a todo lo que me rodeaba.

Desde luego que ésas no eran las únicas cosas desagradables a mi alrededor. Pensaba en mis exhaustas vísceras porque ellas me obligaban a hacerlo. Pero mientras tanto, las arterias que me había comprado se endurecían un poco más, cada día morían seis mil células en mi irremplazable cerebro; mientras tanto, las estrellas aminoraban la velocidad de sus cursos y el universo se encaminaba a su muerte definitiva y mientras tanto... Mientras tanto, si uno se paraba a pensarlo, todo se estaba precipitando en el vacío. Y tampoco a todo ello le dediqué ni uno

solo de mis pensamientos.

Pero es así como nos comportamos, ¿no? Vamos tirando porque nos hemos amaestrado a nosotros mismos a no pensar en esos «entre tanto» ... hasta que, como mis intestinos, llega el día en que nos obligan a hacerlo.

VIOLENCIA SIN SENTIDO

Una bomba en Kyoto que incineró mil esculturas de Budas de mil años de antigüedad, una nave sin tripulación llegada al asteroide Pórtico y que liberó una nube de esporas de ántrax cuando fue abierta, un tiroteo en Los Ángeles, y polvo de plutonio en el depósito de Staims para Londres: aquéllas eran las cosas que estaban cayendo sobre nosotros. Terrorismo. Actos de violencia que carecía de todo sentido.

—Al mundo le está pasando algo extraño —le dije a mi querida esposa Essie—. Los individuos se comportan sobriamente y con sensatez, pero en grupo se convierten en adolescentes alborotadores. ¡Hay que ver el infantilismo que demuestra la gente cuando se agrupa!

—Sí —asintió Essie, moviendo la cabeza—, es cierto, pero dime, Robin: ¿Cómo está tu intestino?

—Todo lo bien que cabe esperar —respondí despreocupadamente, y proseguí en tono jocoso—, ya no se encuentran órganos de calidad —puesto que aquellos intestinos eran, por supuesto, un trasplante, pequeña fracción tangible de los accesorios que mi cuerpo requiere para seguir en marcha, una de las muchas ventajas que comporta un Certificado Médico Completo—. Pero no estoy hablando de mis propias dolencias. Hablo de los males del mundo.

—Y está bien que lo hagas —convino Essie—, aunque en mi opinión, si te tensasen el intestino no hablarías de esas cosas con tanta frecuencia.

Se me acercó por detrás y colocó la palma de su mano sobre mi frente, mientras miraba distraídamente hacia el mar de Tappan. Essie comprende cualquier instrumento como pocas personas y posee varios premios que lo prueban, pero cuando quiere saber si tengo fiebre lo comprueba del mismo modo que su enfermera lo hizo con ella de pequeña en Leningrado.

—No está muy caliente —dijo sin demasiada convicción—, pero, ¿qué dice Albert?

—Albert dice —respondí— que es mejor que te metas en tus asuntos —le apreté la mano—. Sinceramente, me encuentro bien.

—¿Le preguntarás a Albert para estar seguros? —insistió. En realidad ella

estaba seriamente preocupada por establecer una nueva cadena de sus establecimientos y yo lo sabía.

—Lo haré —prometí y le di una palmada en el trasero, todavía espléndido, cuando se volvió para dirigirse a su sala de trabajo. En cuanto se alejó, pregunté en voz alta—: ¿Albert? ¿Has oído?

En el proyector holográfico del otro lado de mi escritorio se hizo visible la imagen del programa de mi procesador de datos, que se frotaba la nariz con el mango de su pipa.

—Sí, Robin —dijo Albert Einstein—, claro que lo he oído. Como sabes, mis receptores están siempre en funcionamiento excepto cuando me ordenas específicamente que los apague o cuando la situación es claramente privada.

—Uh, uh... —dije, estudiándole. Mi Albert no es precisamente una belleza con su camiseta hecha un montón de pliegues debajo del cuello y los calcetines caídos sobre los tobillos. Essie podía enderezarlo en un momento si se lo pedía, pero a mí me gustaba de aquella manera.

—¿Y cómo puedes decir si la situación es privada si no espías?

Apartó el mango de la pipa de su nariz y lo colocó sobre su pómulo, sin dejar de frotarlo contra su piel y sonriendo amablemente; la pregunta le resultaba familiar y no necesitaba contestarla.

Albert es realmente más un amigo que un programa de ordenador. Sabe lo suficiente como para no contestarme cuando le hago una pregunta retórica. Hace bastante tiempo yo tenía alrededor de una docena de programas a través de los que obtener información y tomar decisiones. Contaba con un programa para dirigir empresas que me decía qué tal iban mis inversiones y otro programa especializado en medicina que me informaba de cuándo debían reemplazarse mis órganos (entre otras cosas creo que conspiraba con mi programa «chef de cocina» para mezclar productos farmacéuticos con mi comida), y un programa «abogado» que me aconsejaba cómo librarme de problemas, y, cuando me metía en demasiados, mi viejo programa «psiquiatra» me explicaba por qué. O lo intentaba; yo no siempre le creía. Pero fui acostumbrándome más y más a un solo programa. Y así el programa con el que compartía yo la mayor parte de mi tiempo era mi consejero general de ciencia y hombre para todo a nivel doméstico, Albert Einstein.

—Robin —me dijo con tono levemente reprochador—, no me habrás llamado sólo para enterarte de si soy un metomentodo, ¿verdad?

—Sabes de sobra por qué te he llamado —le dije, y era verdad. Asintió con un movimiento de cabeza y señaló hacia la pared más alejada de mi oficina, sobre el mar de Tappan, donde se hallaba mi pantalla de intercomunicaciones. Albert la controla de la misma manera que controla cuanto poseo. Sobre ella apareció una especie de imagen de rayos X.

—Mientras hablábamos —dijo—, me he tomado la libertad de recorrer te con

un ultrasonido, Robin. Mira esto. Éste es tu último trasplante intestinal, y si lo miras de cerca... aguarda, ampliaré la imagen. Supongo que distinguirás la inflamación de toda esta área. Creo que no es otra cosa que un rechazo.

—No necesitaba que me lo dijese —respondí a la vez que hacía chasquear mis dedos—. ¿Cuánto tiempo hay?

—¿Antes de que sea algo crítico, quieres decir? Ah, Robin —dijo seriamente—, eso es difícil de contestar, puesto que la medicina no es una ciencia exacta...

—¿Cuánto?

Suspiró.

—Puedo darte un mínimo y un máximo aproximados. No es previsible ningún fallo catastrófico en menos de veinticuatro horas, pero casi seguro en un plazo máximo de sesenta días.

Me relajé. No era tan malo como podía haberlo sido.

—¿Así que me queda algún tiempo antes de que sea grave?

—No, Robin —contestó con la misma seriedad—, ya lo es. El malestar que ahora sientes irá en aumento. Deberías comenzar a medicarte inmediatamente en cualquier caso, pero aun así es de prever que tengas dolores fortísimos bastante pronto —hizo una pausa para estudiarme—. Creo que, a juzgar por la expresión de tu rostro —prosiguió—, por alguna razón de tipo idiosincrásica deseas aplazarlo todo lo que puedas.

—¡Quiero detener a los terroristas!

—Ah, sí —asintió—. Ya sé que quieres hacerlo. Y, de hecho, es algo digno de hacer, si se me permite el comentario. Por esa razón quieres ir a Brasilia para interceder con la comisión Pórtico —era cierto; las peores operaciones que los terroristas llevaban a cabo las realizaban desde una nave que nadie había sido capaz de localizar todavía— e intentar que compartan datos contigo para así poder moverse contra los terroristas. Lo que quieres de mí, pues, es la seguridad de que el aplazamiento no te matará.

—Exacto, querido Albert —sonreí.

—Puedo darte esa seguridad —dijo gravemente—, o, por lo menos, puedo seguir controlándote hasta que tu mal sea grave. Pero en ese momento, tendrás que someterte sin falta a una nueva intervención.

—De acuerdo, mi querido Albert —le sonreí, pero no me devolvió la sonrisa.

—Sin embargo —prosiguió—, no me da la impresión de que ésa sea la única razón para aplazar la sustitución. Creo que tienes algo más en mente.

—¡Oh, Albert! —suspiré—, me resultas bastante aburrido cuando actúas como Sigfrid von Shrink. Desaparece como un buen muchacho.

Y eso hizo, aunque tenía aspecto pensativo; y tenía toda la razón del mundo para estar preocupado, pues se hallaba en lo cierto.

Era que, en algún lugar dentro de mí, en aquel sitio inlocalizable en el que conservo intacto el sentimiento de culpa que Sigfrid von Shrink no logró desterrar

por completo, albergaba la convicción de que los terroristas tenían razón. No me refiero a que la tuviesen en lo que significaba asesinar y poner bombas o volver loca a la gente. Eso nunca está bien. Quiero decir que tenían razón al creer que tenían quejas, una queja malvada e injusta contra la humanidad, y por lo tanto no se equivocaban al exigir que se les prestase atención. Yo no quería simplemente detener a los terroristas. Quería hacerles bien.

O, por lo menos, no quería empeorar más su situación, y ahí es donde entrábamos en la moralidad de todo el asunto. ¿Cuánto hay que robarle a otra persona para que el acto le convierta a uno en ladrón?

La pregunta surgía frecuentemente en mi mente, y no tenía un sitio adecuado a donde ir a preguntar. No podía acudir a Essie, porque con Essie la conversación siempre acababa regresando a mi intestino. Ni tampoco con mi viejo programa psicoanalítico, ya que aquellas conversaciones siempre iban de «¿Qué puedo hacer para mejorar las cosas?» a «¿Por qué, Robin, crees que tienes que mejorarlas?» . Ni siquiera con Albert. Podía hablar con Albert de cualquier cosa, pero cuando le hago preguntas de ese tipo me mira como si le estuviera pidiendo que me definiese las propiedades del flogistón. O de Dios. Albert no es más que una proyección holográfica, pero se adapta a su entorno sorprendentemente bien, tan bien, que incluso hay ocasiones en las que parece que realmente está aquí de verdad. Así que mira pensativamente a su alrededor dondequiera que nos encontremos —en la casa del mar de Tappan, por ejemplo, que debo admitir está bastante agradablemente decorada— y dice algo como «¿Por qué me haces esas preguntas tan metafísicas, Robin?» y yo sé que la parte no pronunciada de su mensaje es «Por Dios Bendito, muchacho, ¿no te enteras de que lo tienes todo?» .

Bueno, sí que me entero. Hasta cierto punto es verdad. La buena suerte que tuve, propia de un Dios, me proporcionó un fajo de billetes cuando menos lo esperaba, y el dinero llama al dinero, y ahora puedo comprar todo lo que está en venta. Incluso cosas que no lo están. Ya poseo toda una serie de cosas que vale la pena tener. Poseo Amigos Poderosos. Soy una Persona con la que Hay que Contar. Soy amado, verdaderamente muy amado, por mi querida esposa Essie, y frecuentemente, también, a pesar de que ambos llevamos mucho tiempo juntos. Así que digamos que me río y cambio de tema... pero nadie me ha dado una respuesta.

Incluso ahora, sigo sin tener respuesta, aunque ahora las preguntas son mucho más enrevesadas.

Otra cosa que tengo sobre mi conciencia es que estoy dejando al pobre Audee Walthers hundirse en su miseria mucho tiempo mientras yo divago, así que voy acabar este punto.

La razón por la que me sentía culpable con respecto a los terroristas era que ellos eran pobres y yo rico. Había una gran Galaxia allí afuera para ellos, pero no teníamos ninguna manera de acercarlos a ella, al menos no lo suficientemente rápido, y ellos no dejaban de chillar. Morían de hambre. Veían en la pantalla de PV todo lo glorioso que podía ser la vida para algunos de nosotros y luego miraban a su alrededor en sus propias cabañas y chozas y se daban cuenta de las pocas posibilidades que tenían de que aquellas buenas cosas pudiesen ser suyas antes de morir. A eso se le llama, como dice Albert, la revolución de las expectativas crecientes. Debería haber habido una cura para ello, pero yo no podía encontrarla. Y la pregunta que giraba en mi mente era si yo tenía derecho a empeorar las cosas, si yo tenía derecho a comprar los órganos de alguien, sus arterias y su integumento, cuando los míos se gastasen.

Desconocía la respuesta entonces, y la desconozco ahora. Pero el dolor de mi intestino no era tan malo para mí como el de contemplar lo que significaba para mí robarle la vida a alguien, por el mero hecho de que yo podía y él no.

Y mientras yo estaba sentado allí, apretándome la mano contra el vientre y preguntándome qué iba a ser cuando fuese mayor, el resto del universo continuaba ocupándose de sus asuntos.

Y muchos de sus asuntos eran preocupantes. Estaba la cosa esa del Principio de Mach que Albert había intentado e intentado explicarme, y que sugería que alguien, quizás los Heechees, estaba intentando apretujar el universo como en una pelota para así volver a escribir las leyes de la física. Increíble. Y a la vez, increíblemente escalofriante cuando uno se pone a pensarlo... pero era algo que ocurriría millones o miles de millones de años más tarde, por lo que yo no lo calificaría de preocupación agobiante. Los terroristas y los crecientes ejércitos estaban cada vez más al alcance de la mano. Los terroristas habían secuestrado una cápsula que iba dirigida hacia el Alto Pentágono. Conseguían nuevos reclutas con que engrosar sus filas en el Sahel, donde las cosechas habían vuelto a fallar.

La «cosa esa del principio de Mach» de la que habla Robin, en aque época no era más que una especulación, aunque como dice Robin bastar alarmante. Es un tema complicado. Por el momento, permítanme que di tan sólo que había indicios de que la expansión del universo se había deteni y había comenzado una contracción, y parecía incluso sugerirse, a partir antiguos fragmentos de grabaciones Heechees, que el proceso no era natur

Mientras tanto, Audee Walthers estaba tratando de empezar una nueva vida para sí mismo, sin su errante esposa; y mientras tanto, la esposa vagaba con aquella desagradable criatura, Wan; y mientras tanto, el Capitán Heechee comenzaba a tener pensamientos eróticos acerca de su segundo de a bordo, cuyo nombre para los amigos era Dosveces; y, mientras tanto, mi esposa, preocupada por mi vientre, se hallaba sin embargo concluyendo un trato para extender su cadena de comidas rápidas a Nueva Guinea y las Islas Andaman; y mientras tanto, ¡oh, mientras tanto! ¡Cuántas cosas estaban pasando mientras tanto!

ABORDO DE LAS YA.

A 1908 años luz de la Tierra, mi amigo —antiguo amigo— a punto de volver a serlo, Audee Walthers, recordaba mi nombre de nuevo, y no demasiado favorablemente. Estaba rebelándose contra una norma que yo había dictado.

He mencionado que yo poseía muchas cosas. Una de las cosas que poseía era una parte del vehículo espacial más grande que conocía la humanidad. Era uno de tantos trastos dejados por los Heechees tras de sí, a su paso por el sistema solar, flotando más allá de la nube de Oort hasta que fue descubierto. Descubierto por seres humanos, quiero decir, los Heechees y los australopitecus no cuentan. Le llamamos Paraiso Heechee, pero cuando se me ocurrió que podía ser un maravilloso medio de transporte para sacar a algunas de aquellas pobres personas de la Tierra, ya que no podía hacer más por ellos, y llevarlos a cualquier otro planeta hospitalario, que sí podía, convencí a los otros poseedores de acciones para rebautizarlo con el nombre de mi esposa: se le llamó la *S. Ya*. Broadhead. Así que puse dinero para acondicionar la nave para el transporte de colonos, y comenzamos con ella los viajes de circunvalación al sitio mejor y más cercano: el mundo de Peggy.

Esto me puso en otra de esas situaciones en que mi conciencia y mi sentido común entraban en conflicto, puesto que lo que yo quería era llevar a todo el mundo a un sitio en que pudieran sentirse felices, pero para poder hacerlo, tenía que sacarle un rendimiento. Por eso las Reglas Broadhead eran prácticamente iguales a las del asteroide Pórtico de hacía años.

Uno tenía que pagarse su pasaje hasta allí, pero podía hacerlo a plazos si tenía la suerte de que le tocase por sorteo. Para volver a la Tierra, sin embargo, tenía que pagarlo obligatoriamente en efectivo. Si se era un colono al que se le había asignado una porción de terreno, cabía la posibilidad de reasignar las sesenta hectáreas a la compañía a cambio de un billete de regreso. En caso de que ya no se poseyese la tierra por haberla vendido o comerciado con ella, o por haberla perdido jugando a los dados, se tenían dos elecciones. Pagar un billete de regreso en efectivo. O quedarse donde estaba uno.

O, si se resultaba ser un piloto plenamente capacitado y uno de los oficiales

de las naves se había decidido a quedarse en Peggy, se trabajaba para regresar. Eso es lo que había hecho Walthers. No sabía qué haría cuando regresase a la Tierra. Lo que tenía muy claro es que no podía quedarse en aquel apartamento vacío después de la partida de Dolly, y así vendió sus pertenencias por lo que le quisieron dar, durante los minutos entre vuelo y vuelo en la lanzadera espacial, cerró su trato con el Capitán de la *S. Yá.* y se puso en camino. Le resultaba desagradable y extraño que aquello que le había parecido imposible cada vez que Dolly se lo había pedido fuese la única cosa que pudiese hacer al dejarle ella. Pero, como había descubierto, la vida era a menudo desagradable y extraña.

Así pues, subió a bordo de la *S. Yá.* en el último minuto, casi sin aliento por la fatiga. Le quedaban diez horas antes de realizar su turno de guardia y las pasó durmiendo. A pesar de ello, aún se sintió un poco atontado y tal vez un poco insensibilizado por el trauma, cuando un colono fracasado, de unos cincuenta años, le llevó café y le condujo hasta la sala de mandos del transporte interestelar *S. Yá Broadhead*, anteriormente llamado Paraíso Heechee.

¡Qué enorme era la condenada máquina! Desde fuera no se podía decir exactamente, pero aquellos pasillos tan largos, aquellas cámaras con hileras de diez literas, vacías, aquellas galerías y salas vigiladas con máquinas que le resultaban poco familiares, o los cables sueltos en los lugares en los que había habido maquinaria; semejante amplitud no formaba parte de la experiencia previa que Walthers tenía de naves espaciales. Incluso la sala de mandos era inmensa; e incluso los propios controles estaban duplicados. Walthers había pilotado naves Heechees y así era como había llegado al Planeta Peggy la primera vez. Los mandos de aquí eran prácticamente los mismos, pero de cada uno había dos pares, y era imposible hacer volar el aparato si no se manipulaban ambos.

—Bienvenido a bordo, Séptimo —la diminuta mujer de aspecto oriental sonrió—. Soy Janie Yee-xing, Tercer Oficial, y es usted mi relevo. El Capitán Amheiro estará aquí dentro de un minuto.

Ella no le ofreció la mano, ni siquiera levantó ninguna de ellas de los mandos que tenía delante. Walthers había esperado algo por el estilo, que sí le resultaba común en una nave. Dos pilotos de servicio eran dos pilotos con las manos sobre los mandos constantemente; de no ser así, el pájaro no volaba. No se estrellaría, por supuesto, y a que no había nada con que estrellarse; pero tampoco mantendría el rumbo o la aceleración.

Ludolfo Amheiro entró; era un hombrecillo regordete de sienes canosas, que llevaba nueve insignias azules sobre el antebrazo izquierdo; ya no las llevaba mucha gente, pero Walthers sabía que cada una representaba un vuelo de nave Heechee en los días en que uno nunca sabía dónde le llevaba su nave; así que aquél sí era un hombre con experiencia.

—Encantado de tenerle a bordo, Walthers —dijo mecánicamente—. ¿Sabe

usted cómo relevar la guardia? No tiene ninguna dificultad, realmente. Sólo con que coloque usted sus manos en el volante, sobre las de Yee-xing. —Walthers asintió e hizo lo que se le ordenaba. Sintió las manos cálidas de la mujer mientras retiraba sus manos de debajo de las de él, y luego ella se apartó suavemente del asiento del piloto para que pudiese sentarse Walthers a ocuparlo—. Eso es todo lo que hay que hacer —dijo el Capitán satisfecho—. El Primer Oficial Madj-hour será quien pilote el aparato —añadió, señalando con la cabeza hacia el hombre moreno que sonreía y acababa de colocarse en el asiento de mano derecha— y quien le indicará cuanto precise. Tendrá usted un descanso de unos diez minutos cada hora y eso es todo... Cenará conmigo esta noche, ¿verdad?

Y la invitación fue reforzada por una sonrisa del Tercer Oficial Janie Yee-xing; y le resultó sorprendente a Walthers, al volverse para escuchar sus instrucciones de boca de Ghazi Madj-hour, que hubiese pasado diez minutos sin acordarse de la evadida Dolly.

No era tan sencillo, después de todo. Pilotar es pilotar. A uno no se le olvida. Pero la navegación era otra cosa. Especialmente puesto que muchas cartas de navegación Heechees habían sido descifradas o al menos parcialmente descifradas, mientras Walthers llevaba a tratantes de ganado y prospectores alrededor de Peggy.

Los mapas de estrellas de la *S. Yá.* eran mucho más complicados que los que Audee había usado anteriormente. Los había de dos variedades. La más interesante era Heechee. Tenía unas señales doradas y verdosas que sólo se entendían vagamente, pero lo mostraba «todo». La otra, mucho menos detallada, pero mucho más útil para los seres humanos, poseía señalizaciones humanas y rótulos en inglés. Además había que consultar el diario de vuelo, pues grababa automáticamente cualquier cosa que la nave hacía o veía. Se contaba con todos los dispositivos internos, que no eran incumbencia del piloto, por descontado, pero que éste debía conocer si algo no marchaba bien. Y todo esto le era nuevo a Audee.

El lado positivo de todo aquello era que el aprendizaje de todas aquellas habilidades tenía a Walthers ocupado. Janie Yee-xing estaba allí para enseñarle, y eso también era bueno, pues mantenía la mente de Walthers ocupada en otro sentido... excepto en los malos momentos, antes de quedarse dormido.

Como la *S. Yá.* iba en un vuelo de retorno, estaba casi vacía. Más de ochocientos colonos habían viajado hasta el Planeta Peggy. De regreso apenas si había alguno. Las tres docenas de seres humanos que componían la tripulación; los destacamentos militares mantenidos por las cuatro naciones que gobernaban de la Corporación Pórtico; y unos sesenta inmigrantes fracasados. Ellos eran los pasajeros de tercera. Se habían empobrecido a sí mismos para salir. Ahora se arruinaban tristemente para regresar a cualquier desierto o barrio miserable del que habían escapado, porque, cuando se les pusieron las cosas difíciles, no fueron

capaces de asumir su papel de pioneros de un nuevo mundo.

—Pobres bastardos —dijo Walthers, dando un rodeo para pasar una brigadilla de trabajo compuesta por un grupo de éstos, que estaban limpiando filtros de aire, apáticamente, en un sitio para esclavos; pero Yee-xing no era de su misma opinión.

Descifrar los mapas Heechees era una tarea extremadamente difícil especialmente ya que mostraban claras evidencias de que habían sido hechos de tal modo que resultasen difíciles de descifrar. Tampoco es que hubiese muchos. Se habían encontrado dos o tres fragmentos en naves con la llamada Paraiso Heechee o S. Ya. y un mapa casi completo en el interior de un artefacto que estaba en órbita alrededor de un planeta helado, girando en torno de una estrella en Boötes.

En mi opinión estrictamente personal, no coincidente con los informes oficiales de las comisiones de estudios cartográficos, muchos de los halos, señales de control y débiles indicios eran equivalentes a señales de aviso. Robin no me creía entonces. Me dijo que yo era un cobarde flan, amasijo de fotones. Para cuando llegó a estar de acuerdo conmigo, lo que me llamó ya no tenía importancia.

—No malgastes con ellos tu compasión, Walthers. Lo tenían fácil y la han pifiado —masculló algo en cantones a la brigadilla de trabajo, que, como respondiendo, pareció trabajar algo más rápido durante un minuto.

—No puedes culpar a la gente porque se sienta nostálgica y eche de menos su casa.

—¡Su casa! Por Dios, Walthers, hablas como si les quedase una « casa » . Has pasado demasiado tiempo en las naves dando vueltas.

Se detuvo en el cruce de dos pasillos, el uno con brillos azules y restos de metal Heechee, el otro dorado. Saludó con la mano al grupo de soldados armados que vestían los uniformes de China, Brasil, Estados Unidos y la Unión Soviética.

—¿Los ves ahí confraternizando? —inquirió—. Antes no se tomaban esto demasiado en serio. Eran compañeros y amigos de la tripulación, nunca llevaban armas, era simplemente un crucero en el espacio con todos los gastos pagados

para ellos. Pero ahora... —sacudió la cabeza y alargó el brazo bruscamente para sujetar a Walthers que empezaba a acercarse a los guardias—. ¿Por qué no me escuchas y me haces caso? Te enviarán al infierno si intentas meterte ahí.

—¿Qué hay ahí?

Se encogió de hombros.

—Las cosas Heechees que encontraron y que no sacaron de la nave cuando la remodelaron. Eso es algo de lo que están custodiando, aunque —añadió, bajando la voz—, si conociesen mejor la nave, harían mejor su trabajo. Bueno, venga, vamos por aquí.

Walthers la siguió de bastante buena gana, agradecido tanto por el recorrido «turístico» como por su destino. La *S. Yá.* era con diferencia la mayor nave espacial que él u otro ser humano había visto, construida por los Heechees, muy vieja y todavía en algunos sentidos sorprendente. Estaban a medio camino y Walthers todavía no había explorado la cuarta parte de sus pasillos brillantes y laberínticos. La parte que especialmente no había explorado era la cabina privada de Yee-xing y estaba impaciente por hacerlo. Pero había distracciones.

—¿Qué es eso? —preguntó, deteniéndose junto a una construcción piramidal de metal verde brillante en una alcoba. Se había colocado una pesada reja metálica delante de ella para evitar que la tocasen con las manos.

—Ni idea —dijo Yee-xing—. Nadie lo sabe tampoco, por eso la han dejado aquí. Algunas de las cosas pueden cortarse, o separarse fácilmente, pero otras son inamovibles. De vez en cuando, si intentas mover algo, te explota en la cara. Por aquí, es justo bajando este pequeño pasillo. Aquí vivo yo.

Una cama estrecha bien hecha, fotografías de una pareja mayor oriental —¿los padres de Janie?—, ramas con flores colgadas en la pared; Yee-xing había hecho de aquel lugar el suyo propio.

—Sólo en los viajes de regreso —explicó—. Cuando salimos, ésta es la cabina del Capitán y el resto de nosotros duerme en catres en la sala de pilotos —estiró con la mano la colcha que cubría la cama, que ya estaba bastante alisada—. No hay demasiadas ocasiones para rondar por ahí en los vuelos de ida —comentó pensativamente—. ¿Te apetece un vaso de vino?

—Sí, muchas gracias —dijo Walthers. Y así pues, se sentó y se tomó el vino, y luego compartió algo más con la bella Janie Yee-xing; poco a poco disfrutó de los otros esparcimientos que ofrecía la cabina, de calidad excelente y que complacerían a su alma, y si en algún momento se acordó de la desaparecida Dolly durante la siguiente media hora, más o menos, no fue en absoluto con celos o rabia, sino casi con compasión.

Resultó que en los viajes de vuelta, había espacio más que suficiente para pasar el tiempo, incluso en una cabina no más grande que la que Horacio Hornblower había ocupado siglos atrás. Y el vino era lo mejor del Planeta Peggy, pero cuando finalmente hubieron vaciado la botella y a sí mismos, la cabina

empezó a resultar mucho más pequeña y todavía quedaba más de una hora para que comenzasen sus guardias.

—Tengo hambre —anunció Yee-xing—. Tengo un poco de arroz y algunas cosillas por aquí, pero tal vez...

Pensó que no era un buen momento para tentar su suerte, aunque aquella comida casera le parecía una idea excelente. Incluso el arroz y lo demás.

—Vayamos a la cocina —dijo Walthers y, sin una prisa especial, fueron paseando cogidos de la mano hacia la zona de trabajo de la nave.

Se detuvieron en un cruce de pasillos, donde los Heechees, desaparecidos mucho tiempo atrás, habían plantado por razones que sólo ellos conocían pequeños racimos de arbustos, que sin lugar a dudas no eran los que se veían crecer allí. Yee-xing se detuvo para coger una baya de color azul brillante.

—Mira eso —dijo ella—. Están maduras y esos muertos de asco ni tan siquiera las recogen.

—¿Te refieres a los colonos que regresan? Pero se pagan el viaje.

—Sí, claro —contestó ella amargamente—. Si no pagan, no hay vuelo. Pero en cuanto regresen tendrán que recurrir a la beneficencia, porque ¿qué otra cosa les queda?

Walthers tomó uno de aquellos frutos jugosos de piel fina.

—No es que te gusten demasiado los que regresan.

Yee-xing esbozó una sonrisa.

—Se me nota a las claras, ¿no? —y la sonrisa se desvaneció—. En primer lugar, no hay nada que les haga volver a casa: si hubiesen tenido una vida decente, no la habrían abandonado. En segundo lugar, las cosas han empeorado mucho desde que se fueron. Hay muchos más problemas con los terroristas. Más fricción internacional. ¡Pero si hay países que están volviendo a formar sus ejércitos! En tercer lugar, no van a sufrir sólo eso; son parte de su causa. La mitad de los individuos que ves ahí estará en un grupo de terror dentro de un mes, o apoyando a uno, que es lo mismo.

Siguieron adelante, y Walthers reanudó la charla con tono humilde:

—Es cierto que he estado mucho tiempo fuera, pero había oído que las cosas se estaban poniendo más desagradables, bombardeos y matanzas.

—¡Bombardeos! ¡Si sólo fuera eso! ¡Ahora tienen el TTP! Tú regresas al sistema Terrestre ahora, y nunca sabes qué va a ser de ti.

—¿TTP? ¿Qué es un TTP?

—Por Dios bendito, Walthers —dijo muy seriamente— pues sí que has estado fuera mucho tiempo. Lo que se llamaba Locura, ¿te acuerdas? Es un transceptor telepático psicoquinético, una de esas viejas cosas de los Heechees. Se sabe que hay más o menos una docena de ellos y los terroristas tienen uno.

—La Locura —repitió Walthers, mientras un recuerdo intentaba abrirse camino a través de su subconsciente.

—Exacto. La Locura —dijo Yee-xing con triste satisfacción—. Recuerdo cuando yo era pequeña en Kanchou que un día llegó mi padre a casa con toda la cabeza ensangrentada porque alguien había saltado desde el piso más alto de la fábrica y ¡cayó justo encima de mi padre! ¡Loco de remate! ¡Y no fue más que obra del TTP!

Walters asintió sin contestar, con rostro apesadumbrado. Yee-xing, se dio cuenta de su asombro, luego saludó con la mano a los soldados que estaban delante suyo.

—Eso es lo que están protegiendo mayormente —dijo ella—, porque todavía queda uno en el S. *Ya*. ¡Es demasiado peligroso que haya tantos rondando por ahí! Y pensaron en protegerlos un poco demasiado tarde, porque ahora hay una banda de terroristas que tienen una Heechee Cinco, en el que poseen un TTP, y a alguien que está realmente loco. ¡Qué es un lunático vamos! Cuando se mete en esa cosa y uno lo nota en su cabeza es algo realmente espantoso. Walters, ¿qué es lo que te pasa?

Fue, por supuesto, el abandonado joven Wan quien causó la Fiebre. No quer más que algún tipo de contacto humano, porque se sentía solo. No e intención suya volver loca a casi toda la especie humana con s pensamientos locos y obsesivos. Los terroristas, por su parte, sabí exactamente lo que estaban haciendo.

Él se detuvo a la entrada de un pasillo de luz dorada, mientras los cuatro guardias le miraban con curiosidad.

—La Locura —dijo—. ¡Wan! ¡Ésta era su nave!

—Pues claro que sí —dijo la joven frunciendo el ceño—. Oye, ¿no íbamos a comer algo? Sería mejor que fuésemos. —Empezaba a estar preocupada. La mandíbula de Walters estaba apretada y los músculos de su rostro contraídos. Daba toda la impresión de ser alguien que esperaba recibir un puñetazo en la cara y los guardias, por su parte, habían comenzado a demostrar curiosidad—. Venga, Audee —le suplicó ella.

¡La nave de Wan! Qué extraño. Walters pensó que no había establecido antes la relación. Pero efectivamente era así.

Wan había nacido en aquella misma nave, mucho antes de que fuese rebautizada como la *S. Ya. Broadhead*, mucho antes de que el género humano supiese que existía... a menos de que se considerase a unos doce remotos descendientes de «*Australopithecus afarensis*» humanos. Wan era hijo de una prospectora de Pórtico. Su marido se había perdido en una misión y ella misma había quedado atrapada en otra. Fue capaz de sobrevivir a los primeros años de vida del pequeño y luego le dejó huérfano. A Walthers le costaba trabajo imaginar cómo debió ser la infancia de Wan; un niño muy pequeño en aquella nave tan enorme, casi vacía, sin más compañía que la de salvajes y los anales de prospectores fallecidos almacenados en computadoras. Uno de los cuales, no cabía la menor duda, era su propia madre. Era algo digno de conmiseración...

Pero Walthers no podía albergar ninguna compasión. No para Wan, que le había quitado la esposa. Y, por el mismo motivo, no para el Wan que un día encontró la máquina llamada TTP, abreviación de transceptor telepático psicoquinético, como había sido rebautizado por la espesa lengua de la burocracia. El propio Wan lo llamó sencillamente el diván de los sueños y el resto de la humanidad lo había llamado la Fiebre: eran las terribles, nebulosas obsesiones que habían infectado a todo ser humano vivo cuando el estúpido jovencuelo Wan, al descubrir un lecho, se dio cuenta de que le permitía establecer un cierto contacto con una especie de seres vivos. Ignoraba que el mismo proceso les daba a ellos un cierto tipo de contacto con él, y así sus sueños adolescentes, sus temores y sus fantasías sexuales invadieron diez mil millones de cerebros humanos... Tal vez Dolly hubiese debido darse cuenta, pero era muy pequeña cuando ocurrió todo aquello. No así Walthers. Se acordaba, y ello le daba una nueva razón para odiar a Wan.

No podía recordar aquella periódica locura general demasiado bien y apenas alcanzaba a imaginar lo devastadores que habían sido sus efectos. Ni siquiera trató de imaginar la ociosa y solitaria infancia de Wan allí, sino al Wan actual, navegando por las estrellas en su misteriosa persecución, con la única compañía de la fugitiva esposa de Walthers; aquello, todo aquello, se lo podía imaginar Walthers sin el menor esfuerzo.

De hecho, se pasó toda la hora que le quedaba libre antes de que comenzase su turno imaginándolo, antes de darse cuenta de que estaba revolcándose en autocompasión y humillándose voluntariamente y, al fin y al cabo, aquel comportamiento no era digno de un ser humano adulto.

Llegó a la hora. Yee-xing, allí en la sala de pilotos delante suyo, no dijo nada, pero pareció ligeramente sorprendida. Él le insinuó una sonrisa mientras realizaba el relevo y se dispuso a trabajar.

Aunque el hecho en sí de pilotar la nave no implicaba más que mantener los controles y dejar que volase por sí misma, Walthers se mantuvo ocupado. Su estado de ánimo había cambiado. La enormidad de la nave que tenía bajo sus

manos era un reto. Observó a Yee-xing que, totalmente concentrada, manipulaba los controles auxiliares que facilitaban el rumbo y la posición, así como el estado de la nave y todos aquellos datos que un piloto no necesitaba conocer para hacer volar aquella bestia pero que debería molestarse en poder manejar si deseaba llamarse a sí mismo piloto. E hizo lo mismo. Pulsó el dispositivo de rumbo y revisó la posición de la *S. Yá.* que no era más que una diminuta manchita dorada sobre una estrecha línea azul de mil novecientos años luz de longitud; comprobó que la posición era correcta calculando ángulos en las estrellas indicadores de brillante color rojo, que bordeaban la ruta; frunció el ceño al ver los montones de indicadores con la frase «Prohibido Acercarse», en los que agujeros negros y nubes de gas constituían una advertencia —ninguno de ellos estaba en su camino, al parecer— e incluso consultó el gran mapa Heechee, que representaba toda la Galaxia, con otros miembros del Grupo Local asomando en sus bordes. Varios cientos de cerebros humanos muy brillantes y miles de horas de inteligencia artificial habían sido empleados para descifrar el código de mapas Heechees. Había partes que todavía no se comprendían, y Walthers estudió con el ceño fruncido el puñado de puntos en toda el área en donde los halos multicolores que indicaban «Existencia de Peligro» aparecían por duplicado o triplicado. ¿Qué podía ser tan peligroso como para que los mapas casi lanzasen gritos de pánico?

¡Todavía quedaba mucho por aprender! Y, pensó Walthers para sí mismo, no había sitio mejor para hacerlo que en aquella nave. Su trabajo era tan sólo temporal, por supuesto. Pero si lo hacía bien... si mostraba buena disposición y talento... si conseguía caerle en gracia al Capitán... entonces, pensó, cuando llegasen a la Tierra y el Capitán tuviese que ponerse a reclutar un nuevo Séptimo Oficial ¿qué mejor candidato que Audee Walthers?

Al acabar el turno, Yee-xing cruzó los diez metros que separaban los dos puestos de piloto.

—Como piloto tienes muy buen aspecto, Walthers. Estaba un poco preocupada por ti.

La tomó de la mano y se dirigieron hacia la puerta.

—Supongo que estaba de mal humor —trató de disculparse, y Yee-xing se encogió de hombros.

—La primera mujer después de un divorcio siempre pilla toda la mierda —observó—. ¿Qué has estado haciendo al quedarte solo? ¿Has encendido uno de nuestros programas reductores de cerebros?

descifrar. Para la navegación, el sistema tiene en cuenta dos puntos: principio y el final del viaje. Toma entonces en consideración todos los posibles obstáculos tales como nubes de polvo o de gas, radiaciones molestas, campos de gravitación, etc., y selecciona puntos de paso seguro y se los bordeándolos o pasando entre ellos, después de lo cual construye una línea para fijar los puntos y dirige la nave a lo largo de la misma.

Muchos objetos y puntos de los mapas estaban marcados con señalización de alerta: auras centelleantes, puntos de control. Pronto nos dimos cuenta que efectivamente tales señales eran con frecuencia advertencias. El problema estribaba en que no sabíamos qué señales eran de aviso o de que nos advertían.

—No he tenido necesidad. Sólo he... —Walthers dudó, intentando recordar qué había hecho—. Supongo que sólo he hablado un poco conmigo mismo. El hecho de que tu mujer te pisotee al abandonarte —explicó— es lo que te hace sentirte avergonzado. Quiero decir además de los celos, de sentirte enfadado y de un montón de cosas más. Pero después de estar calentándome los cascos un rato se me ha ocurrido que no había hecho nada de lo que tuviera que sentirme demasiado avergonzado. El sentimiento no me pertenecía a mí, ¿me entiendes?

—¿Y te ha aliviado? —preguntó ella.

—Pues sí, al cabo de un rato. —Y, claro está, el mejor antídoto para el dolor causado por una mujer era otra, pero a él no le parecía bien decírselo al propio antídoto.

—Tendré que acordarme de esto la próxima vez que me sienta melancólica. Bueno, supongo que ya es hora de irse a dormir...

Él negó con la cabeza.

—Todavía es temprano y estoy un poco cargado ¿Qué hay de todas las cosas Heechees? Me habías dicho que conocías un sitio para pasar al margen de los guardias.

Ella se detuvo en medio del pasillo para estudiarlo.

—Está claro que tienes tus altibajos, Audee —le dijo—. Pero, ¿por qué no?

La S. Yá. tenía doble armazón. El espacio que quedaba entre ambos era oscuro y estrecho, pero se podía pasar. Así que Yee-xing llevó a Walthers a través de estrechos pasadizos cerca de la piel de la enorme nave espacial, a través de un laberinto de literas de colonos, pasando por la tosca y enorme cocina que los alimentaba, hasta llegar a un espacio que olía a basura y podredumbre, y a una habitación muy amplia y apenas iluminada.

—Aquí están —dijo ella. Había bajado la voz, aunque le había prometido que se hallaban demasiado lejos de los guardias como para que pudiesen oírles—. Pon la cabeza junto a esa especie de canasta plateada, ¿ves dónde señalo? pero no se te ocurra tocarla. ¡Eso es lo más importante!

—¿Por qué es tan importante? —Se quedó mirando a su alrededor a lo que parecía ser el equivalente Heechee de un desván. Había por lo menos cuarenta aparatos en la cámara grandes y pequeños, todos ellos firmemente unidos a la estructura de la propia nave. Los había enormes y los había reducidos de forma esférica con algunas protuberancias que unían sus partes de forma más bien cuadrada que brillaban con los colores azules y verdes del metal. De la malla metálica que Janie Yee-xing le estaba indicando había tres ejemplares, los tres idénticos.

—Es importante porque no quiero que me saquen de esta nave de una patada en el trasero, Audee. ¡Así que pon atención!

—La estoy poniendo. ¿Cómo es que hay tres de éstos?

—¿Cómo es que los Heechees hicieron estas cosas? A lo mejor todas estas cosas no son más que piezas de repuesto. Bueno, éste es el sitio en el que tienes que escuchar. Pon la cabeza cerca de la pieza metálica, pero no «demasiado» cerca. En cuanto empieces a sentir cosas que no salgan de ti, habrás llegado lo bastante cerca. Ya notarás cuándo. Pero no te acerques más, sobre todo no toques, porque esta cosa emite en dos direcciones. En la medida en que te sientas satisfecho, digamos que con una serie de sentimientos generales, no se enterará nadie. Probablemente. Pero si se dan cuenta, el Capitán nos echara a patadas, ¿lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —dijo Walthers un poco molesto, y colocó la cabeza a unos doce centímetros de la malla metálica. Se volvió para mirar a Yee-xing—. Nada.

—Prueba un poco más cerca.

No le resultaba muy fácil a él mover la cabeza centímetro a centímetro, teniéndola inclinada en un extraño ángulo y sin tener donde cogerse, pero Walthers trató de hacer lo que se le indicaba.

—¡Ya está! —exclamó Yee-xing, mirándole la cara—. ¡Deja de acercarte más!

No respondió. Su mente estaba llena de sensaciones, era un bullicio de sensaciones. Había sueños e ilusiones, y la desesperada falta de respiración de alguien; había una risa de alguien y alguien, o lo que parecía ser tres parejas de alguien, enfrascados en una actividad sexual. Se volvió para mirar a Janie, comenzó a hablar...

Y entonces, de repente, allí hubo algo más.

Walthers se quedó helado. A juzgar por la descripción de Yee-xing, él había esperado una especie de sensación de compañía. La presencia de otra gente. Sus

miedos y alegrías, sus anhelos y placeres. Pero, en su mente, siempre pertenecían a humanos.

Aquella cosa nueva no lo era.

Walthers se movió convulsivamente. Su cabeza tocó la malla. Todas las sensaciones se hicieron cien veces más claras, como el foco de una lente, y sintió la nueva y distante presencia —¿o presencias?— de una manera distinta e inmediata. Era una sensación distante, resbaladiza, fría y no emanaba de nada humano. Si las fuentes tenían depresiones o fantasías, Walthers no podía comprenderlas. Todo lo que podía sentir era que estaban «allí». Que existían. No respondían. No cambiaban.

De ser posible introducirse en el cerebro de un cadáver, pensó lleno de miedo y asco, debía resultar algo parecido a cuanto sentía.

Todo ello en un momento, y luego se dio cuenta de que Yee-xing estaba tirándole del brazo y gritándole al oído.

—¡Oh! ¡Maldito seas, Walthers! ¡Lo sabía! También el Capitán y todos los demás en esta maldita nave. ¡Nos hemos metido en un buen lío!

En cuanto consiguió alejar su cabeza de la malla, la sensación desapareció. Las paredes centelleantes y las máquinas que surgían entre las sombras volvieron a ser reales y el rostro furioso de Janie Yee-xing estaba vuelto hacia él. ¿En un lío? Walthers se encontró a sí mismo riendo. Después del infierno lento y helado al que había tenido ocasión de echarle una ojeada, nada humano le parecía un problema. Ni siquiera cuando los guardias de los cuatro poderes llegaron, blandiendo sus armas, y gritándoles en cuatro idiomas. Walthers casi les dio la bienvenida.

Porque eran humanos y estaban vivos.

La pregunta que giraba en su cerebro era la misma que se hubiera hecho cualquiera:

¿Acaso había conectado de alguna manera con los enigmáticos y secretos Heechees?

Si era así, se dijo a sí mismo estremeciéndose, que el cielo ayudase al género humano.

UN DÍA EN LA VIDA DE UN MAGNATE

Atemorizarse ante los Heechees era un deporte en boga en muchos lugares, aparte la *S. Ya*. Yo mismo lo practicaba a menudo. Todo el mundo lo hacía. Todos lo habíamos practicado en abundancia cuando yo era niño, aunque por aquel entonces los Heechees no eran más que extrañas y extinguidas criaturas que se habían entretenido excavando túneles en el planeta Venus cientos de miles de años antes. Seguimos practicándolo en el tiempo en que yo era prospector en Pórtico; ¡vaya por Dios, ya lo creo que lo hicimos! Confiando nuestra suerte a las viejas naves Heechees, atravesábamos el universo a fantásticas velocidades hacia lugares que ningún ser humano había visto jamás, preguntándonos siempre si los dueños de las naves iban a aparecer al final del trayecto... ¡Y qué iban a hacer al respecto! Y pensamos en ellos aún con más temor cuando desciframos lo suficiente de sus atlas astronómicos para descubrir adonde habían ido a esconderse, en el corazón de nuestra Galaxia.

Lo que no se nos ocurrió preguntarnos entonces era de qué se estaban escondiendo.

Ciertamente no era eso todo lo que yo hacía, puedo asegurarlo. Tenía muchísimas otras cosas con las que llenar mis días. Estaba la preeminente preocupación de mi quebrantada salud, que reclamaba imperiosamente mi atención tan a menudo como quería, y cada vez más y más a menudo. Y no era más que el principio. Por lo demás, estaba tan ocupado con tal abundancia de cosas diferentes como sea capaz de estarlo un ser humano.

Quien echara un vistazo a un día cualquiera en la vida de Robinette Broadhead, maduro millonario, visitándolo en su lujosa casa de campo que da sobre el mar de Tappan, justo al norte de la ciudad de Nueva York, le podría encontrar haciendo cosas tales como pasear a lo largo de la orilla en compañía de su encantadora esposa, Essie... aventurándose en experimentos culinarios del acervo gastronómico de Malasia, Islandia o Ghana en su ultramoderna cocina... charlando con su sabio actualizador de datos, Albert Einstein... despachando la correspondencia:

—Veamos, sí, para ese centro juvenil en Granada. Sí, aquí está el cheque por

valor de trescientos mil dólares como había prometido, pero por favor no le pongáis mi nombre al centro. Ponedle el de mi mujer si queréis y, desde luego, los dos haremos lo posible por estar allí para la inauguración.

—A Pedro Lammartine, Secretaria General de las Naciones Unidas. Querido Pete: Estoy trabajándome a los americanos para que concierten con los brasileños una fecha para que salgan a por esa nave terrorista, pero por favor, necesito que alguien contacte con los brasileños. ¿Utilizarás tu influencia, por favor? Es en interés de todos. Si no detenemos a los terroristas, sabe Dios cómo va a acabar todo esto.

—A Ray MacLean, dondequiera que sea que esté viviendo en estos momentos. Querido Ray: No dudes en utilizar todos nuestros servicios en lo que a medios de locomoción se refiere para buscar a tu esposa. Te deseo de todo corazón la mejor de las suertes, etc., etc.

—A Gorman y Ketchin, Contratistas Generales. Muy señores míos: No pienso aceptar la del primero de octubre como fecha de entrega de mi nave. No es en absoluto razonable. Se les ha concedido ya una prórroga, y eso es todo cuanto van a tener. Me permito recordarles las severas cargas económicas que suscribe el contrato en caso de nuevos atrasos.

—Al Presidente de los Estados Unidos. Querido Ben: Si la nave de los terroristas no es localizada y neutralizada de inmediato, la paz de todo el planeta va a verse amenazada. Por no mencionar las pérdidas humanas, el daño a las propiedades privadas y todo lo demás que está en juego. Es un secreto a voces que los brasileños han desarrollado un localizador direccional de naves que se desplazan a Mayor Rapidez Lumínica, y que nuestros propios militares poseen un procedimiento que les permitiría acercarse a una nave en MRL. ¿No pueden unir sus esfuerzos? Como Comandante en Jefe todo lo que tienes que hacer es ordenar al Alto Pentágono que colabore. Los brasileños cuentan ya con suficientes fuentes de presión para ratificar el acuerdo, pero esperan un primer paso por parte nuestra.

—A como-quiera-que-se-llame Luqman. Querido Luqman: Gracias por las buenas noticias. Creo que habría que ponerse en marcha para poner a punto ese campo petrolífero, de modo que cuando venga a verme traiga consigo su plan de producción y transporte, con los costes aproximados y un plan de movimiento de capital. Cada vez que la S. Yá. regresa de vacío, estamos perdiendo dinero...

Y así continuamente. ¡Me mantenía ocupado! Tenía muchas cosas con que lograrlo, sin contar con que tenía que seguirles la pista a mis inversiones y atar corto a mis hombres de confianza. No es que les dedicara mucho tiempo a los negocios. Siempre he dicho que una vez amasado el primer centenar de millones, hay que estar loco para seguir trabajando sólo por el dinero. El dinero sigue siendo necesario, porque sin él no se dispone de la libertad suficiente para poder hacer las cosas que merecen la pena. Pero una vez que se logra esa libertad,

¿para qué más dinero? Así que dejo casi todos mis negocios en manos de mis programas financieros y en las de la gente que contrato para tales fines, salvo en el caso de aquellos negocios que me interesaban no por el dinero que producían sino porque estaban haciendo algo que a mí me interesaba que se hiciera.

Y sin embargo, a pesar de que la palabra Heechee no aparezca en la lista de mis preocupaciones diarias, estaba presente siempre. A largo plazo, todo revertía en los Heechees. Mi nave, que estaba siendo construida en las plataformas orbitales era de diseño humano y de construcción también humana, pero casi todos sus componentes y la totalidad del sistema de conducción y de comunicación eran adaptaciones del diseño Heechee. La *S. Yá.*, que yo estaba planeando llenar con petróleo en los viajes de vuelta casi vacíos del mundo de Peggy, era un artefacto Heechee; en ese sentido, el mismo Peggy era un regalo de los Heechees, ya que habían sido ellos los que nos habían proporcionado las cartas de navegación y las naves necesarias para llegar al planeta. Las cadenas de comida rápida de Essie procedían asimismo de las manufactureras Heechees de comida CHON a partir de los gases cometarios compuestos de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno. Algunas de las factorías alimentarias que había en la Tierra las habíamos construido nosotros: había una enfrente de la costa de Sri Lanka, absorbiendo el nitrógeno y el oxígeno del aire, el hidrógeno de las aguas del océano Índico y el carbono de los carbonatos y de los pobres animales y plantas que se deslizaban en su interior a través de las válvulas de absorción. Los de la Corporación de Pórtico, ahora que tenían tanto dinero que no sabían qué hacer con él, se decidieron a invertir parte de ese dinero sabiamente —en fletar naves de exploración sistemáticamente— y yo, como mayor accionista de dicha corporación no hacía más que exhortarles a que siguieran con ello. Hasta los mismísimos terroristas estaban utilizando una nave Heechee robada y un tranceptor telepático psicoquinético también robado para infligirle a la humanidad sus peores heridas. ¡Todo Heechee!

No cabían dudas acerca de la existencia de cultos marginales en que se adoraba a los Heechees, extendidos por toda la Tierra, ya que casi con toda probabilidad, los Heechees cumplían con todos los requisitos exigidos por las pruebas que pudieran hacerse a cualquier divinidad. Eran caprichosos, todopoderosos... e invisibles. Hasta yo mismo me sentía tentado, en las largas noches en que mis vísceras me atormentaban y las cosas no parecían ir bien, de dirigirle una pequeña oración a Nuestro Querido Heechee Que Estás En Los Cielos. A fin de cuentas, ¿a quién iba a molestarle que lo hiciera?

Bueno, sí que podía. Podía importarle a mi amor propio. Y para todos nosotros seres humanos, en esta tentadoramente abundosa Galaxia que los Heechees habían puesto en nuestras manos, que iban poniendo poco a poco, el amor propio se estaba convirtiendo en algo cada vez más difícil de conservar.

Por supuesto, y por aquel entonces no me había encontrado con un Heechee

vivo y real, todavía.

Todavía no me había encontrado con ninguno, pero uno que iba a formar parte importante de mi vida posterior (¡y no pienso teorizar ya más sobre la terminología!), Capitán para ser exactos, estaba a medio camino del punto de arranque donde el espacio convencional empezaba; y mientras, a bordo del transporte *S. Ya.*, a Audee Walthers le estaban poniendo las peras a cuarto y él comenzaba a pensar que tenía que empezar a despedirse de su futuro a bordo de la nave; mientras tanto... Bien, como de costumbre había muchos «mientras tanto», pero el que más le hubiera interesado a Audee Walthers por encima de los demás era que su errante esposa empezaba a arrepentirse de haber errado.

ALOTRO LADO DEL AGUJERO NEGRO

Fugarse con un lunático no había sido, sacando el balance, mucho mejor que aburrirse hasta la locura en Port Hegramet. Era distinto, ¡Santo Cielo, si era distinto! Pero en parte era igualmente aburrido, y en parte la asustaba hasta la médula, así de simple y sencillo. Al ser la nave una Cinco había espacio de sobra para ambos, o debería de haberlo habido. Al ser Wan joven y rico, y casi —en cierto sentido— atractivo, contemplado desde el ángulo adecuado, el viaje hubiera podido ser bastante animado. Pero ninguna de ambas cosas resultó ser cierta.

Y además, estaba la parte que a ella le daba miedo.

Si había algo que los seres humanos supieran acerca del espacio es que había que mantenerse alejado de los agujeros negros. No era eso lo que hacía Wan. Wan los buscaba. Y lo que hacía después era todavía peor.

Dolly ignoraba qué eran todos aquellos instrumentos y aparatos con los que Wan jugaba. Si se lo preguntaba, nada le respondía. Cuando, tratando de engatusarle, se ponía alguno de sus muñecos en la mano y se lo preguntaba a través de la boca de éste, Wan gruñía, fruncía el entrecejo y le decía:

—Si vas a empezar con tus representaciones, que sea algo verde y divertido, y no hagas preguntas que no son de tu incumbencia.

Cuando Dolly le preguntaba por qué no eran asunto de su incumbencia, tenía más éxito. No es que obtuviera una respuesta directa. Pero por el enrojecimiento y la confusión en que sumían a Wan tales preguntas, era fácil deducir que todos aquellos aparatos eran robados.

Y tenían algo que ver con los agujeros negros. Y aunque Dolly estaba casi del todo segura de que no había manera de entrar o salir de un agujero negro, estaba casi también igualmente segura de que lo que estaba intentando Wan era dar con determinado agujero negro para entrar dentro. Eso era lo que le daba tanto miedo.

Y cuando no se volvía medio loca a causa del miedo, se encontraba sola y temblando, porque el Capitán Juan Henriquette Santos-Schmitz, joven multimillonario cuyas rarezas aún encandilaban a los amantes del comadreo, era

un acompañante repulsivo. Después de tres semanas en su presencia, Dolly apenas era capaz de soportar su vista.

Aunque, tuvo que admitir para sí, temblando, la vista de él era menos preocupante que la vista de lo que en ese momento tenía delante.

Lo que Dolly estaba viendo era un agujero negro. O no exactamente el agujero negro en sí, porque se puede estar mirando todo un día sin verlos; los agujeros negros son negros precisamente porque no se ven. Lo que estaba realmente viendo era una especie de aurora boreal de tonos azulados y violáceos, desagradable de mirar para los ojos incluso a través de la pantalla de observación sobre el tablero de controles. Debía de ser mucho más desagradable estar expuesto a esa luz. Esa luz no era más que la punta del iceberg de una fuente de radiación letal. La nave estaba equipada contra ese tipo de cosas, y hasta el momento les había protegido sin problemas. Pero Wan no estaba dentro de la nave. Estaba abajo, en el módulo, donde guardaba toda aquella maquinaria y tecnología que ella no era capaz de entender y que él se negaba a explicarle. Y ella sabía que en cualquier momento, en situaciones parecidas, estando ella sentada en el interior de la Cinco, se dejaba sentir la pequeña sacudida que anunciaba que el módulo se había separado. ¡Y eso significaría que él iba a aventurarse en uno de aquellos terribles objetos! ¿Qué le pasaría entonces a él? ¿O a ella? No es que tuviera la menor intención de acompañarle, ciertamente, pero si él moría dejándola sola a cien años luz de cualquier lugar conocido por ella, ¿entonces, qué?

Oyó una voz que mascullaba enfadada y supo que al menos de momento no iba a ser esta vez. La escotilla se abrió y Wan apareció gateando al salir del módulo, furibundo.

—¡Otro también vacío! —le gritó como si la hiciera responsable a ella. Y eso era exactamente de lo que él la acusaba. Ella trató de mostrarse solidaria en lugar de atemorizada.

—Oh, cariño, qué mala suerte. Con éste ya van tres.

—¡Tres! ¡Ja! Tres contigo a bordo, querrás decir. ¡Muchos más de tres, ésa es la verdad!

Su tono era sarcástico, pero a ella el sarcasmo le dio igual. Quedó diluido en la sensación de alivio que sintió cuando pasó de largo por su lado. Dolly se alejó tanto como le fue posible, sin despertar sospechas, del panel de controles; no demasiado, la verdad, en una nave que hubiera podido albergar un espacioso salón. Se mantuvo en silencio mientras él se sentaba a consultar sus oráculos electrónicos.

Nunca la invitaba a tomar parte cuando hablaba con sus Difuntos. Si la comunicación con éstos era oral, al menos Dolly podía oír la parte del diálogo de Wan. Si tecleaba las instrucciones en el tablero, ni siquiera eso. Pero en esta ocasión no le fue muy difícil adivinar. Wan pulsó con furia varias preguntas, se

enojó con la que uno de los Difuntos le dijo a través de los auriculares, tecléo con rabia una corrección y acto seguido estableció un nuevo curso en el teclado Heechee. Entonces se quitó los auriculares con gesto de enfado, se desentumeció y se volvió a Dolly:

—Muy bien —dijo—. Acércate, puedes pagarme otro de los plazos de tu pasaje.

—Sí, claro, cariño.

Le contestó obsequiosa, aunque le hubiera resultado más agradable si él no tuviera que decir siempre las cosas de aquella manera. Pero estaba un poco más animada. Sintió la débil sensación de que la nave se aceleraba, lo que significaba que empezaban un nuevo viaje y, de hecho, el horror azul y violeta de la pantalla se estaba ya alejando. ¡Eso la compensaba de muchas cosas!

Por supuesto, todo ello significaba tan sólo que estaban de camino hacia el siguiente.

—Ponte el Heechee —le ordenó Wan—. El Heechee y... sí, y Robinette Broadhead.

—Claro, Wan —dijo Dolly, sacando sus muñecos del lugar al que los había arrojado Wan la última vez y deslizándoselos en las manos.

Desde luego que el Heechee no se parecía a un Heechee de verdad; y en realidad, el muñeco Robinette Broadhead era bastante caricaturesco. Pero a Wan le divertían. Eso era lo único que le importaba a Dolly desde el momento en que él pagaba las facturas. Al día siguiente de abandonar Port Hegramet Wan le había enseñado presuntuosamente el librito de su cuenta bancaria. ¡Automáticamente, cada mes seis millones de dólares se sumaban a la cuenta! Los números la anonadaron. Compensaban muchas cosas. Tenía que haber algún modo, antes o después, de que algunas gotas de aquella catarata de dinero fueran a parar a su bolsillo. Para Dolly, nada de inmoral había en semejante pensamiento. Quizá los pioneros del oeste americano la hubieran llamado buscona, pero prácticamente la humanidad entera, en cualquier momento de su historia, la habría llamado pobre simplemente.

Por eso ella le hacía la comida y se acostaba con él. Cuando estaba de mal humor, Dolly trataba de invisibilizarse, y cuando quería diversión, trataba de divertirlo.

—Hombre, ¿qué tal, señor Heechee? —dijo la mano Broadhead mientras los dedos de Dolly se estiraban para darle una sonrisa afectada. La voz de Dolly era ahora espesa y hablaba como un patán de los campos de maíz (¡era parte de la caricatura!)—. Estoy de lo más encantado de haberle conocido.

Habló a continuación la mano Heechee, con un susurro serpentino:

—Hola, humano imprudente. Llegas a punto para comer.

—¡Caray! —grito la mano Broadhead, ampliando la sonrisa—. Yo también tengo hambre, ¿qué hay de comer?

—¡Aaarg! —chilló la mano Heechee, con los dedos hechos una garra y la boca abierta—. ¡Tú eres la comida!

Y los dedos de la mano derecha se cerraron sobre el muñeco de la mano izquierda.

—¡Jo, jo, jo! —se rió Wan—. ¡Muy bueno! Aunque ése no se parece demasiado a un Heechee. No sabes cómo son.

—¿Y tú sí? —le preguntó Dolly con su propia voz.

—¡Casi, casi! Seguro que más que tú.

Dolly, sonriendo, levantó la mano derecha.

—Se equivoca usted, señor Wan —dijo la sedosa y serpentina voz del Heechee—. ¡Así es como soy y estoy esperando poder encontrarme con usted en el próximo agujero negro!

La silla en la que Wan estaba sentado salió disparada al levantarse éste.

—¡Eso no ha tenido ninguna gracia! —Dolly se quedó boquiabierta al ver que estaba temblando—. ¡Haz la comida! —ordenó, y salió a zancadas en dirección al módulo, mascullando.

No era inteligente tratar de bromear con él. Así que Dolly le preparó la comida y se la sirvió con una sonrisa que no sentía. Nada obtuvo con sonreírle. Estaba de peor humor que de costumbre. Le gritó:

—¡Estúpida! ¿Es que te has comido lo mejor de la despensa a escondidas? ¿No hay nada mejor para comer?

Dolly estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Pero si la carne te gusta!

—¡Pues claro que me gusta la carne, pero mira qué me has puesto de postre!

Empujó a un lado el plato con el bistec y el brécol para agarrar el que contenía las galletas de chocolate y lo sacudió debajo de su barbilla. Las galletas salieron despedidas en todas direcciones y Dolly trató de recogerlas.

—Ya sé que no te gustan, cariño, pero es que no queda más helado.

Él se la quedó mirando.

—¡Vaya, así que no hay más helado! Muy bien, de acuerdo. Entonces hazme un suflé de chocolate, o un flan.

—Wan, ya no queda nada de eso, te los has comido todos.

—¡Estúpida, eso es imposible!

—Pues ya no queda. De todas formas, tanto dulce no es bueno para tu salud.

—¡No te he contratado como enfermera! ¡Y si se me estropean los dientes, me compraré una dentadura nueva! —Le dio un golpe al plato que ella sostenía en la mano y las galletas salieron volando—. Tira esa basura. Ya no me apetece comer.

No era sino una más de las comidas típicas en el límite de la Galaxia. Terminó de la manera típica, también, con Dolly llorando y limpiándolo todo. ¡Qué persona tan desagradable era! Y él ni siquiera parecía darse cuenta.

Y sin embargo, Wan se sabía avariento, poco sociable, iracundo y toda una larga lista de cosas que le habían explicado sus programas psicoanalíticos. Había pasado más de trescientas sesiones en el diván. Seis días a la semana durante un año. Y al final, él dio por acabado el análisis con una broma.

—Tengo un acertijo que quisiera hacerte —le dijo al programa psiquiátrico, que representaba a una mujer lo suficientemente mayor como para ser su madre y lo suficientemente atractiva—. El acertijo es el siguiente: ¿Cuántos psicoanalistas hacen falta para cambiar una bombilla?

—Oh, Wan, de nuevo te resistes —dijo el programa suspirando—. Está bien, cuántos.

—Solamente uno —le contestó riendo—, pero hace falta que la bombilla quiera que la cambien. ¡Ja, ja, ja! Y yo, ¿no lo entiendes?, no quiero que me cambien.

Ella le miró directamente a los ojos durante un instante. Tal como aparecía en la proyección, estaba sentada en una silla de alto respaldo, con las piernas dobladas bajo el asiento, un bloc de notas en una mano y un lápiz en la otra. Solía utilizar el lápiz para subirse las gafas que se le deslizaban nariz abajo al mirarle a él. Como todos los demás elementos de su programa, sus gestos tenían un propósito, la tranquilizadora confirmación de que, al fin y al cabo, ella era otro ser humano como él mismo, no una austera diosa. Desde luego, no era humana. Pero su voz sonó del todo humana cuando dijo:

—Ese chiste es muy viejo, Wan. ¿Qué es una bombilla?

Él, irritado, hizo un mohín.

—Es una cosa redonda que da luz —medio adivinó él mismo—. Veo que no me has entendido. Ya no quiero cambiar. Ya no me divierte todo esto. Fui yo quien decidió empezar todo esto, y ahora he decidido terminar con ello de una vez.

El programa computerizado dijo en tono conciliador:

—Por supuesto que estás en tu derecho de hacerlo, Wan. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a salir en busca de... voy a salir de aquí en busca de diversión —dijo de manera brutal—. ¡También estoy en mi derecho de hacerlo!

—Sí, es cierto —admitió ella—, ¿te importaría decirme qué es lo que ibas a decir antes de que cambiaras la frase?

—Pues sí —le contestó él incorporándose—, me importaría mucho y no voy a decirte qué es lo que tenía pensado hacer: en lugar de explicártelo, lo voy a hacer. Adiós.

—Vas a salir en busca de tu padre, ¿no es eso? —llamó el programa psicoanalítico, pero no obtuvo respuesta. La única indicación que diera y que ella pudiera oír fue que en lugar de ajustar la puerta la cerró de golpe.

Los Heechees habían descubierto en fechas tempranas cómo almacenar memoria, e incluso una aproximación de la personalidad, de personas muertas o moribundas en sistemas mecánicos. Y así lo aprendieron los seres humanos al llegar por vez primera al Paraíso Heechee, donde había crecido el joven Wan. Robin la consideraba una invención de inestimable valor. Yo lo veo así. Por supuesto, se me puede creer con prejuicios al respecto: alguien como yo, almacenaje mecánico básicamente, no necesita de ellos; los Heechees, habiéndolo descubierto, no se tomaron la molestia de inventar personas como yo.

Un ser humano normal —casi cualquier ser humano, en realidad— le hubiera dicho a su psicoanalista que llevaba razón. En un momento u otro, a lo largo de tres semanas, le habría dicho lo mismo a su compañero de navegación y a su compañero de cama, de haber tenido a alguien con quien compartir las esperanzas y los miedos de cada salida al exterior. Wan no había aprendido a compartir sus sentimientos porque no había podido aprender a compartir ninguna otra cosa. Crecido en el Paraíso Heechee, sin nada que se pareciera lo más mínimo a un ser humano de carne y hueso durante la década más crucial de su infancia, se había convertido en el arquetipo de sociópata. Esa terrible necesidad de cariño era lo que le había hecho salir en busca de su padre a través de todos los horrores del espacio. La imposibilidad de suplir tal carencia hacían ahora imposible para Wan aceptar o compartir amor. Sus amigos más íntimos durante aquellos terribles diez años habían sido los Difuntos, las memorias almacenadas de inteligencias desaparecidas tiempo atrás. Había copiado sus memorias y se las había llevado consigo en su nave Heechee, y hablaba con ellos como no hablaba con Dolly, porque sabía que no eran más que máquinas. A ellos no les importaba cómo se les tratara. Para Wan, también los seres humanos de carne y hueso eran máquinas, máquinas expendedoras, podría llamárseles. Wan poseía las monedas para hacer que le sirvieran lo que él quería. Sexo. Charla. Tener su comida lista. O limpiar lo que sus sucias costumbres ensuciaban.

No se le ocurrió tener en cuenta nunca los sentimientos de aquellas máquinas expendedoras. Ni siquiera cuando se trataba de una muchacha de diecinueve años que se hubiera sentido agradecida de poder pensar que él la quería.

DE VUELTA A CASA

En el acelerador Lofstrom de Lagos, en Nigeria, Audee Walthers ponderaba cuál era su grado de responsabilidad en relación a Janie Yee-xing, mientras la cadena magnética recogía su cápsula en descenso, aminoraba su velocidad y la depositaba en la terminal de « Aduana e Inmigraciones ». Por haber jugado con los juguetes prohibidos, él había perdido la esperanza de un trabajo, pero por haberle ayudado a hacerlo, Yee-xing había arruinado su carrera.

—Tengo una idea —le susurró a ella mientras esperaban firmes en la antesala—. Te la diré fuera.

Era verdad que la tenía, y era bastante buena, por lo demás. Yo era esa idea.

Antes de explicarle su idea, tuvo que contarle qué había sentido en aquel terrorífico instante junto al TTP. De modo que se alojaron en una de las habitaciones de tránsito cercana a la base del acelerador de aterrizaje. Una habitación parca y calurosa; había una cama de tamaño medio, una pila de lavabo en un extremo, una pantalla de PV con la que matar el tiempo mientras se esperaba a embarcar en la cápsula, las ventanas abiertas al bochornoso aire de la costa africana. Las ventanas estaban abiertas, pero había unas mamparas que protegían de las miríadas de insectos tropicales. Aun así, Walthers tuvo que luchar contra el frío mientras le contaba del helado y lento ser cuya mente había experimentado a bordo de la *S. Yá*.

También Janie Yee-xing temblaba.

—¡No me habías dicho nada, Audee! —dijo ella, con la voz un poco chillona porque se le había secado la garganta. Él negó con la cabeza—. ¿Pero por qué no? ¿No hay...? —Se interrumpió—. ¡Sí, estoy segura de que hay una gratificación que te pueden conceder los de Pórtico por eso!

—¡Qué nos pueden conceder, Janie! —dijo él con firmeza. Ella se lo quedó mirando y después aceptó la sociedad con un gesto de la cabeza—. ¡Es seguro que la hay, y es de un millón de dólares! Lo comprobé en la nave, al tiempo que copiaba las coordenadas.

Rebuscó entre su escaso equipaje y extrajo un rollo de datos que le mostró.

Janie no lo cogió. Tan sólo le preguntó:

—¿Por qué?

—Te lo puedes imaginar —dijo él—. Un millón de dólares. Somos dos, así que divídelo en dos partes. Luego... todo pasó en la *S. Xz.*, en compañía de la tripulación, así que la nave, su condenada tripulación y sus dueños tienen igualmente derecho. Tendríamos mucha suerte si nos quedara la mitad. Más bien sería un cuarto. Además, bueno, infringimos las normas, ya lo sabes. Tal vez pasarían eso por alto, teniéndolo todo en cuenta. Pero tal vez no lo hicieran así y nos quedaríamos sin nada.

Yee-xing asintió con la cabeza. Llevaba razón en todo lo que había dicho. Estiró la mano y tocó el rollo de datos.

—¿Copiaste las coordenadas de la nave?

—No hubo ningún problema —le contestó.

Y de hecho, no los había habido. En uno de sus viajes hasta los controles, bajo el enfurruñado silencio del Primer Oficial, Walthers no había tenido más que teclear la petición del momento en que había establecido el contacto al registro automático de vuelo, grabó los datos como si formaran parte de la rutina habitual de su servicio y se metió el rollo en el bolsillo.

—Muy bien —dijo ella—, ¿y ahora qué?

De manera que él le habló de cierto conocido y excéntrico magnate (que resultó ser yo), de sobra conocido por su generosidad en todo lo referente a nuevos datos en relación a los Heechees, y como daba la casualidad de que Walthers le conocía en persona...

Ella le miró con interés renovado.

—¿Que conoces a Robinette Broadhead?

—Me debe un favor —repuso él con sencillez—. Todo lo que tengo que hacer es dar con él.

Por primera vez desde que habían entrado en la habitación, Yee-xing sonrió. Señaló al piezófono que había en la pared.

—A por él, tigre.

Y así, Walthers gastaba los poco importantes restos de su cuenta bancaria en llamadas de larga distancia mientras Yee-xing miraba pensativamente por la ventana al brillo del entramado de luces que rodeaban el acelerador Lofstrom y le daban la apariencia de una montaña rusa de varios kilómetros de distancia, los cables magnéticos zumbando al recibir las cápsulas que aterrizaban con un «chuuf» al tiempo que las que despegaban se alejaban con un «chaf», al perder o ganar, respectivamente, velocidad de escape. No estaba pensando en su contacto: estaba pensando en los bienes que iban a tener que vender. Por eso, cuando Walthers colgó el teléfono con expresión severa, apenas oyó lo que éste tenía que contarle. Que era:

—El muy bastardo no está en casa —dijo—. Me temo que me contestó el mayordomo de su mansión del mar de Tappan. No hacía más que decirme que

Broadhead está de camino a Rotterdam. ¡Por amor de Dios, Rotterdam nada menos! Pero he hecho algunas comprobaciones: podemos coger un vuelo barato a París y desde allí hacer el resto del trayecto en un reactor... al menos hasta ahí nos llega el dinero...

—Enséñame las coordenadas —dijo Yee-xing.

—¿Las coordenadas? —repitió él.

—Ya me has oído —replicó ella con impaciencia—. Funcionará en la PV. Y además quiero verlo.

Él se humedeció los labios, se lo pensó durante unos breves instantes, se encogió de hombros y deslizó la cinta en la pantalla de la Piezovisión.

Como los instrumentos de la nave eran holográficos, grababan cada fotón de energía que entraba en sus circuitos, por eso todos los datos en relación a la fuente de las escalofriantes emanaciones estaban en la cinta. Pero, junto con las coordenadas, la pantalla de PV tan sólo mostraba una mancha difusa e informe de color blanco.

En sí, no era muy interesante de mirar, razón por la cual sin duda los sensores de la nave no le habían prestado particular atención. Aumentar la imagen podría aportar más detalles, pero eso era algo que escapaba a las escasas posibilidades del barato equipo de PV de su habitación.

Pero aun así...

Mientras miraba, Walthers sintió una escalofriante sensación. Desde la cama, Yee-xing susurró:

—No habías dicho nada, Audee. ¿Son Heechees?

Él no quitó la vista de encima al inmóvil borrón blanco...

—Ojalá lo supiera...

Pero parecía poco probable. A menos que los Heechees tuvieran un aspecto todavía menos familiar del que nadie se había atrevido nunca a suponer. Los Heechees eran inteligentes. Tenían que serlo. Habían conquistado el espacio interestelar medio millón de años antes. Y las mentes que Walthers había percibido eran, eran... ¿cómo llamarlas? Petrificadas, tal vez. Presentes, sí, pero no activas.

—Apágalo —dijo Yee-xing—. Me pone los nervios de punta. —Aplastó un insecto que había conseguido atravesar la mosquitera y añadió tristemente—: Odio este lugar.

—Bueno, mañana temprano salimos hacia Rotterdam.

—No «este» sitio. Lo que es estar en la Tierra —le corrigió. Su vista erró más allá de las luces del acelerador Lofstrom—. ¿Sabes lo que hay allí arriba? Está el alto Pentágono, y la base Tiuratam, y millones de satélites flotando por ahí y dando vueltas, y están todos locos ahí arriba, Audee. Nunca se sabe cuándo demonios va a estallar todo.

Si lo que ella pretendía al decirle aquello era echarle una reprimenda, no

estaba claro, pero así lo sintió Walthers. Empezó a sacar el rollo de la pantalla de PV, lleno de resentimiento. ¡No era culpa suya que el mundo se hubiera vuelto loco! Pero era sin duda culpa suya el haber condenado a Yee-xing a tener que estar en él, así que ella tenía todo el derecho del mundo a reprochárselo.

Le pasó la cita con los datos, sin tener demasiado claro el porqué, tal vez para demostrarle que tenía confianza en ella, quizá para reafirmar su condición de cómplices.

Pero a mitad del gesto, se le hizo patente hasta qué punto había enloquecido el mundo. El gesto se convirtió en un golpe, débilmente dirigido al rostro de ella, serio y desolado.

Durante el tiempo que se tarda en respirar no fue a Janie quien tuvo delante, sino a Dolly, la infiel, la huida Dolly, y detrás de ella, la sombra altiva y sonriente de Wan... o quizá ninguno de ellos, nadie de hecho, sino sólo un símbolo. Un blanco. Un objeto amenazador y endemoniado que no poseía identidad sino únicamente una manera de ser descrito. Era EL ENEMIGO, y lo que más claro estaba en relación a éste era que tenía que ser destruido. Violentamente. Por él.

Porque de otro modo sería el propio Walthers quien quedaría destruido, roto, desintegrado por las emociones más locas, odiosas y perversamente destructoras que jamás hubiera sentido, introducidas a la fuerza en su cabeza en un acto de asquerosa, violenta y devastadora violación.

Lo que Audee Walthers sintió en aquel momento lo sé muy bien, porque también yo lo sentí, como lo sintió Janie, como lo sintió mi propia esposa, Essie, como lo sintió todo ser humano en un radio de una docena de Unidades Astronómicas a partir de un punto que distaba unos doscientos millones de kilómetros de la Tierra en dirección a la constelación del Auriga. Tuve la inmensa suerte de no estar satisfaciendo en aquel momento mi costumbre de pilotar yo mismo. Ignoro si habría chocado. La emisión desde el espacio duró medio minuto, y no sé si habría tenido tiempo de matarme, pero es casi seguro que lo habría intentado. Ira, odio enfermizo y una obsesionante necesidad de destrozar y violar, ése es el regalo que los terroristas nos ofrecieron desde el cielo. Pero por una vez, había dejado en manos de la computadora de a bordo la tarea de pilotar para poder concentrarme en el teléfono, y a las computadoras no les afectaba el TTP de los terroristas.

No era la primera vez. Ni siquiera la primera vez en mucho tiempo, pues durante los últimos dieciocho meses, desde que los terroristas habían saltado al espacio exterior en la nave Heechee robada, habían estado enviando al mundo las más horribles pesadillas de su lunática «mascota». Era más de lo que el mundo podía soportar. De hecho, era ésa la razón por la que iba camino de Rotterdam, pero este episodio en particular fue la causa de que diera media vuelta a mitad de camino. Traté inmediatamente de llamar a Essie, tan pronto como todo hubo pasado, para asegurarme de que estaba bien. No hubo suerte.

Medio mundo estaba tratando de ponerse en contacto con el otro medio, por idénticas razones, y las centralitas estaban colapsadas.

Estaba también el hecho de que mis vísceras se removían como si una manada de armadillos se estuviera apareando en su interior y, teniéndolo todo en cuenta, prefería tener a Essie a mi lado en lugar de que utilizara un vuelo convencional como habíamos planeado. Así que le dije al piloto que cambiara el curso; por eso, cuando Walthers llegó a Rotterdam, yo no estaba allí. Hubiera podido dar conmigo fácilmente en el mar de Tappan, de haber tomado un vuelo directo vía Nueva York. Pero se equivocó al respecto.

Lamento tener que decir —o casi lo lamento—, que no sé nada en referente a estos ataques de «locura momentánea», al menos por propia experiencia. Lo había lamentado todavía más diez años antes, cuando dejaron sentir por primera vez. Por aquel entonces, nadie sabía nada de «transceptor telepático psicoquinético». Lo único evidente es que producían periódicos ataques de locura a escala mundial.

Lo mejor de las inteligencias terrestres, la mía incluida, había desperdiciado esfuerzos y energías tratando de encontrar algo —un virus, una toxina, una variación en la radiación solar—, cualquier cosa que pudiera dar razón de los ataques de locura compartida que cada año, más o menos, barrían a la humanidad. Sin embargo, algunas de las más preclaras inteligencias terrestres —como la mía— se encontraban impedidas. Las inteligencias artificiales computerizadas éramos incapaces de sentir los raptos de locura. Me atrevería a decir que, de haberlos sentido, el problema se habría solucionado mucho antes.

Estaba también equivocado —muy equivocado—, comprensiblemente equivocado, en relación al tipo de inteligencia con la que había entrado en contacto estando a bordo de la *S. Yá*.

Y había cometido además otro error, bastante serio. Había olvidado que el TTP funciona en ambas direcciones.

De modo que el secreto que había intentado mantener a este lado del comunicador mental no era en absoluto secreto para quien estaba al otro lado.

LA HISTÉRICA TRIPULACIÓN DEL VELERO

Un calamar de color lavanda —bien, un calamar no, pero algo que se le parecía muchísimo a los ojos de un ser humano— acababa de concluir la primera mitad de un larguísimo y agotador proyecto cuando Walthers sufrió su pequeño percance con el TTP. Debido a que el TTP funciona en ambas direcciones, constituye una poderosa arma, pero también una pésima herramienta de vigilancia. Viene a ser como llamar a la persona a la que se está vigilando y decirle: «Oye, que no te quito la vista de encima». Por eso, cuando Walthers se puso a husmear lo notaron en otros lugares. En uno que se encontraba, realmente, muy lejos. A casi mil años luz de la Tierra, no muy lejos del plano geodésico del vuelo que va desde el planeta Peggy hasta nuestro planeta, razón por la cual, naturalmente, Walthers estaba lo suficientemente cerca como para que el contacto se registrara también allí.

Sucede que ahora sé muchas cosas acerca de ese calamar color lavanda; bien, casi calamar. También podría decirse que se parecía a una orquídea gorda y retorcida y la comparación sería igualmente adecuada. Por aquel entonces y todavía no le conocía, pero actualmente le conozco lo suficiente como para saber su nombre, de dónde venía y qué hacía allí y qué —y esto es lo más complejo de todo— estaba haciendo. El mejor modo de describir lo que estaba haciendo es decir que estaba pintando un paisaje. La razón por la que digo que es complejo es porque no había nadie que pudiera verlo en varios años luz a la redonda, y menos aún mi amigo el calamar. No poseía el tipo adecuado de órganos visuales para verlo.

Y sin embargo, tenía sus motivos. Era una especie de práctica religiosa. Se remontaba a las más antiguas tradiciones de su raza, raza realmente antigua, y tenía que ver con el momento teológicamente crucial de su historia en que, rodeados por los gases de su planeta natal, con una visibilidad escasa en cualquier dirección, se dieron cuenta, por vez primera, de que «ver» podía convertirse en la última fase de la percepción de una significativa forma de arte.

Era de una extrema importancia para él que la pintura fuera perfecta. Y por ello, cuando de pronto se sintió observado por un extraño y el súbito shock le hizo

derramar parte de los finísimos polvillos con los que pintaba en lugar equivocado y produciendo una errónea combinación de colores, se entristeció profundamente: ¡ahora, todo un cuarto de hectárea estaba estropeado! Un sacerdote humano habría comprendido sus sentimientos, si bien no las razones que los motivaban; había sido como si, en mitad de la misa, la hostia hubiera sido arrojada al suelo y pisoteada.

Mi amigo Robin tiene muchos defectos, y uno de ellos es una especie de coquetería que es mucho menos divertida de lo que él cree que es. El modo como ha llegado a saber del personaje del velero, así como el modo con el que ha llegado a saber de muchas otras cosas que no pudo ver por él mismo es fácil de decir. Pero él se niega a decirlo. La explicación consiste en que yo lo dije. Sé que es mucho simplificar las cosas, pero es casi del todo cierto. ¿Será la coquetería contagiosa?

La criatura se llamaba LaDzhaRi. El lienzo sobre el que estaba trabajando era la película mono molecular de casi treinta mil kilómetros de longitud de una vela elíptica. Había menos de un cuarto del trabajo total hecho, y llegar hasta ese punto le había llevado quince años. A LaDzhaRi no le importaba el tiempo que tuviera que invertir. Tenía tiempo de sobra.

Su nave no llegaría a su destino hasta al cabo de otros ochocientos años.

O al menos eso creía él, que tenía tiempo de sobra... hasta que sorprendió al extraño observándolo.

Entonces sintió la necesidad de apresurarse. Permaneció en situación de rendimiento normal mientras se apresuraba a recoger sus instrumentos de pintura —era el veintiuno de agosto—, los aseguró concienzudamente —veintidós de agosto—, se alejó de la vela en forma de ala de mariposa y se dejó flotar en caída libre hasta que estuvo bien lejos. Hacia el primero de septiembre estuvo lo suficientemente lejos para poner en marcha su propulsor y, en situación de máximo rendimiento, regresó al pequeño cilindro de metal que sobresalía por sobre el racimo de alas de mariposa. A pesar de que le suponía un formidable desgaste, permaneció en rendimiento máximo mientras se precipitaba, a través de los huecos de entrada, al fango salino que formaba su hábitat original. Entró

gritándoles a sus compañeros a voz en cuello.

De acuerdo con los parámetros humanos, la suya era una voz muy aguda. Las grandes ballenas terrestres poseen voces tan extraordinariamente agudas que sus cantos pueden ser contestados por otras ballenas a un océano de distancia. Así eran las voces del pueblo de LaDzhaRi, y en los extremos confines de la nave espacial, su grito resonó contra las paredes. Los instrumentos temblaron. Los muebles se movieron. Las hembras huyeron aterrorizadas, temiendo que fueran a devorarlas o fecundarlas.

Fue igualmente terrible para los otros siete machos y, tan rápidamente como le fue posible, uno de ellos, con un gran esfuerzo, se dispuso en situación de máximo rendimiento para contestarle con otro grito. También ellos sabían qué había pasado. También ellos habían sentido el roce del intercomunicador, y claro está que habían hecho lo oportuno. La tripulación entera había pasado a máximo, habían enviado la señal acordada por sus antecesores y habían vuelto a rendimiento normal... ¿Sería LaDzhaRi tan amable de hacer lo propio y dejar de atemorizar a las hembras?

De tal manera, LaDzhaRi aflojó su marcha y se permitió «recuperar el resuello», aunque no es ésa una expresión corriente entre ellos. No convenía que siguiera agitándose en rendimiento máximo entre el polvo salino. Había producido ya varios embolsamientos y varios huecos bastante molestos, y su polvoriento hábitat estaba completamente revuelto. En son de disculpa trató de colaborar con los demás en la tarea de reordenarlo todo, sacaron a las hembras de sus escondrijos, sirvieron a una de ellas como comida y se sentaron a hablar del roce lunático, endiabladamente rápido y de lo más estremecedor que había invadido sus mentes. En esto invirtieron todo septiembre y parte de octubre.

Para entonces, la vida a bordo de la nave había vuelto casi a la normalidad y LaDzhaRi pudo volver a su pintura. Neutralizó las cargas de la sección que había resultado dañada en el ala de absorción de fotones. Laboriosamente recogió el polvo pigmentado que había ido alejándose flotando, pues no podía permitirse el lujo de derrochar tal cantidad.

Era un espíritu ahorrador, el bueno de LaDzhaRi. He de admitir que le encuentro bastante admirable. Era leal a las tradiciones de su gente, aun en circunstancias que a un ser humano le habrían podido parecer demasiado amenazadoras para ser soportables. Porque, sin ser él mismo un Heechee, sabía dónde podía encontrárseles, y sabía que el mensaje lanzado por sus compañeros de tripulación obtendría, tarde o temprano, una respuesta.

Y así fue que, mientras estaba empezando a repintar la zona que debía rehacer, sintió otro roce, éste esperado. Más cercano. Más fuerte. Mucho más insistente y mucho, mucho más amenazador.

AUDEE Y YO

Todos estos fragmentos de las vidas de estos amigos —o casi amigos, e incluso a veces ni siquiera eso— míos, estaban empezando a acercarse entre sí. No muy rápidamente. De hecho, no mucho más velozmente que los fragmentos del universo que estaba empezando a replegarse hacia el estado del átomo primordial, hecho que (Albert no hacía más que recordármelo) estaba próximo a suceder por razones que en aquel entonces yo no acababa de entender. (Pero no me preocupaba porque tampoco a Albert le preocupaba entonces). Por una parte, la tripulación del velero, a quienes costaba aceptar las consecuencias de cumplir con su deber. Por otra, Dolly y Wan de camino a un nuevo agujero negro, sollozando la una y poniendo cara agria el otro en sus respectivos sueños. Y estaban también Audee Walthers y Janie Yee-xing sentados desconsolados en la carísima habitación de su hotel en Rotterdam, porque acababan de enterarse de que yo no había llegado aún. Janie estaba sentada al borde de la cama anisoquinética en tanto Audee arengaba a mi secretaria. Janie tenía un morado en la mejilla, recuerdo del ataque de locura de Lagos, pero Audee llevaba el brazo en cabestrillo, con la muñeca rota. Hasta aquel momento no había sabido que Janie era cinturón en karate.

Con un gesto de dolor, Walthers despidió la conexión y se sentó con la muñeca en el regazo.

—Dice que llegará mañana —masculló—. Me pregunto si le dará el mensaje.

—Claro que se lo dará. Ya sabes que no es humana.

—¿De veras? ¿O sea que era un programa computerizado? —No se le había ocurrido tal posibilidad porque este tipo de cosas no eran frecuentes en el planeta Peggy—. En ese caso, espero que no se olvide de dárselo —dijo consolándose.

Sirvió para los dos sendos vasos de licor de manzana belga que habían comprado de camino al hotel. Dejó la botella, frotándose la muñeca derecha con un gesto de dolor, y dio un sorbo antes de preguntar:

—Janie, ¿cuánto dinero nos queda?

Ella se inclinó hacia delante y tecleó su código en la pantalla de la

Piezovisión.

—Lo suficiente para pasar cuatro días más en este hotel —le informó—. Claro que podemos mudarnos a uno más barato.

Él negó con la cabeza.

—Aquí es donde va a alojarse Broadhead y aquí es donde quiero estar.

—Es una buena razón —contestó Yee-xing con suavidad, con lo cual quería darle a entender que comprendía sus razones: si Broadhead no tenía ganas de ver a Walthers, le sería más difícil darle esquinazo en persona que a través de la PV—. Pero entonces, ¿por qué me has preguntado por el dinero?

—Gastémonos parte del dinero en información —le propuso—. Me encantaría saber hasta qué punto es rico Broadhead.

—¿Estás sugiriendo que compremos un informe financiero? ¿Lo que quieres saber es si puede pagarnos un millón de dólares?

Walthers negó con la cabeza.

—Lo que quiero saber —le dijo—, es cuánto más podemos sacarle.

Ya que Robin se empeña en seguir hablando de la cuestión de la « pérdida de masa », me veo obligado a explicar de qué se trata. A finales del siglo veintiuno los astrónomos se vieron enfrentados a una insoluble contradicción. Podían constatar que el universo se expandía, y ello gracias a las alteraciones del espectro lumínico.

Pero podían igualmente constatar que había demasiada masa como para que la expansión se produjese. Ello era evidente porque los extremos de las espirales de las Galaxias se movían a demasiada velocidad, porque había grupos de Galaxias demasiado juntos; hasta nuestra propia Galaxia junto con sus compañeras se estaban acercando a un grupo de nebulosas en Virgo a una velocidad de la que debieran. Obviamente, en las observaciones se echaba en falta una masa enorme. ¿Dónde se encontraba?

Había una explicación intuitivamente obvia. Simple y llanamente, que el universo había seguido expandiéndose en los últimos tiempos pero algo había decidido invertir su crecimiento y hacer que se contrajera. Nadie fue capaz de tomar tal posibilidad en serio ni siquiera durante un minuto; nadie, en el siglo veinte.

Desde luego que éstos no eran sentimientos muy caritativos, y si lo llego a saber en el momento preciso, hubiera sido mucho más inflexible para con Audee Walthers, mi viejo amigo. O tal vez no. Cuando uno tiene tanto dinero se acostumbra a que la gente le vea a uno como a una especie de cuerno de la abundancia desenroscable en lugar de como a un ser humano, aunque no llega a gustarte.

Aun así, no tenía ninguna objeción que hacerle a su deseo de enterarse de cuanto me pertenecía, al menos tanto como yo dejaba que supieran los servicios que elaboraban los informes financieros. Había mucho en el informe. Muchos intereses en juego en el flete del transporte *S. Yá*. Algunas minas de alimentos y algunas piscifactorías. Muchas empresas de Peggy, incluida (para sorpresa de Walthers) la compañía que le alquilaba su avión. La mismísima compañía de elaboración de informes financieros que les había vendido esa información. Numerosos holdings y compañías de importación-exportación o fletes, punteros todos ellos. Dos bancos; catorce agencias de bienes raíces, con sedes en todas partes desde Nueva York hasta Nueva Gales del Sur e incluso otras dos, una en Venus y otra en Peggy; numerosas compañías más pequeñas y desconocidas, que incluían una compañía de aviación, una cadena de comida rápida, algo llamado «Vida Nueva, S. A.», y algo que se llamaba «PegTex Petroprospecciones».

—¡Dios! —exclamó Audee Walthers—. ¡Ésa es la compañía de Luqman! De modo que he estado trabajando para el muy hijo de puta todo el tiempo.

—¡Y yo! —dijo Yee-xing al ver la parte que hacía referencia a la *S. Yá*.—. ¡Es increíble! ¿Es que Robin Broadhead es el dueño de todo?

Robin se siente muy orgulloso del acelerador, porque le confirma en opinión de que los seres humanos son capaces de inventar cosas que l Heechees, no. Bien, y tiene razón... siempre y cuando uno pase por alto l detalles. El acelerador lo inventó en la Tierra un hombre llamado Ke Lofstrom, a finales del siglo veinte, aunque no se construyó ninguno ha: que hubo el tráfico suficiente que justificara su construcción. Lo que Ro: ignoraba es que, aunque los Heechees nunca inventaron el acelerador, sí hicieron los habitantes del fango; no tenían otro medio para salir de su den y opaca atmósfera.

Lo cierto es que no. Era dueño de casi todo, pero si hubieran contemplado mis holdings con menos animadversión, habrían visto cierta cláusula. Los bancos patrocinaban exploraciones. Las compañías de bienes raíces ayudaban a los colonos a establecerse o se quedaban con sus chabolas en lugar de con su dinero para que pudieran marcharse. La *S. Yá.* transportaba colonos a Peggy y, lo mismo que para Luqman, ésa era la joya de la corona, ¡qué caramba!, y más lo hubiera sido de saber ellos cuál era su alcance. Yo no conocía a Luqman, ni habría sido capaz de reconocerlo de haberlo visto, pero tenía sus órdenes, órdenes que le habían llegado a través de la cadena de mando que se había iniciado en mi persona: Encuentre un buen yacimiento petrolífero cerca del ecuador del planeta Peggy. ¿Por qué cerca del ecuador? Porque así el acelerador Lofstrom que pensábamos construir se aprovecharía de la velocidad de rotación del planeta. ¿Por qué un acelerador? Era la manera mejor y más económica de poner cosas en órbita, o de sacarlas de ella. El petróleo bombeado abastecería al acelerador. El excedente de crudo lo pondría en órbita el propio acelerador, una vez embutido el petróleo en cápsulas de navegación; las cápsulas vendrían a la Tierra a bordo del transporte *S. Yá.*, en sus viajes de vuelta, para ser vendidas aquí — todo lo cual significaría un provechoso cargamento de crudo por cada regreso en cada viaje de ida y vuelta, mientras que ahora no constituían sino gastos— ¡lo que significaba que podrían abarataarse los costes del viaje a Peggy para los colonos!

No voy a pedir disculpas por el hecho de que casi todas mis empresas produjeran beneficios cada año. Así es como consigo mantenerlas a flote, y en expansión, pero el beneficio en sí no era lo importante. Tengo mi propia filosofía en materia de dinero; considero que quien se empecina en amasar dinero después de haber conseguido los primeros cien millones tiene que estar loco...

Oh, creo... creo que esto ya lo había dicho antes, ¿no?

Me temo que estoy divagando. Con la de cosas que tengo en mente a veces confundo lo que ha sucedido con lo que va a suceder y con lo que no sucede en otro lugar que no sea mi cabeza.

Lo que estoy tratando de dejar bien claro es que todas mis provechosas empresas eran también proyectos sólidamente útiles que contribuían tanto a la conquista de la Galaxia como al alivio de las necesidades de los seres humanos, y eso es un hecho. Y es por ello que en los últimos tiempos, esos fragmentos de vidas separadas iban acercándose. No parece que vayan a unirse. Pero así es.

Todos ellos. Incluso los episodios de mi medio amigo, Capitán, el Heechee a quien últimamente he tenido la oportunidad de conocer mejor, y los de su amante y segundo de a bordo, la hembra Heechee llamada Dosveces, de quien, como se verá, llegué a saber al final muchas cosas.

ELLUGAR DONDE PERMANECÍAN LOS HEECHEES

Cuando los Heechees se escondieron en el interior de su caparazón Schwarzschild en el fondo de la Galaxia sabían que no podría existir una comunicación fácil entre ellos, con todos sus temores, y el inmenso universo que había fuera. Sin embargo, no se resignaban a no tener noticias.

Así que dispusieron una trama de chivatos en la parte exterior del agujero negro. Se encontraban lo bastante alejados como para que la tremenda radiación que vertía sobre el agujero no inundase todos sus circuitos, y éstos eran los suficientes como para que si uno fallaba o era destruido, incluso si fallaban cien, los que quedasen pudiesen recibir y grabar datos desde sus estaciones espías instaladas en los rincones más alejados de la Galaxia. Los Heechees habían salido corriendo para esconderse, pero habían dejado ojos y oídos detrás suyo.

Así que de vez en cuando algunos espíritus valientes salían furtivamente de sus profundidades para averiguar lo que habían visto los ojos y escuchado los oídos. Cuando el Capitán y su tripulación fueron enviados a rastrear el espacio en busca de la nave errante, controlar los monitores se convirtió en una carga más. Había cinco a bordo de la nave; cinco de carne y hueso, sin embargo. Sin el menor género de dudas, el que más interesaba al Capitán era la hembra delgada, pálida y de pie brillante llamada Dosveces. Según los cánones de belleza de Capitán, era deslumbrante. Y también sexy —cada año sin falta— y le parecía que iba acercándose la hora otra vez.

Pero suspiraba para que no fuese en aquellos momentos. Y lo mismo Dosveces, puesto que cruzar el perímetro de Schwarzschild era un trabajo brutal. Incluso a pesar de que la nave había sido diseñada para llevar a cabo semejante tarea. Había otros abrelatas por allí —Wan había robado uno— pero que sólo eran utilizables en contadas ocasiones. La nave de Wan no podía cruzar el horizonte eventual y sobrevivir. Tan sólo podía atravesarlo el módulo.

La nave del Capitán era mayor y más fuerte. Sin embargo, las sacudidas, los zarandeos y los desgarradores esfuerzos que implicaba cruzar el horizonte eventual lanzaron al Capitán y a Dosveces y a los otros cuatro miembros de la tripulación violenta y dolorosamente contra las correas que los sujetaban;

espirales de brillo diamantino centellearon lanzando enormes y silenciosas chispas de radiación por toda la cabina; la luz hirió sus ojos, la violencia del movimiento contusionó sus cuerpos una y otra vez. Durante al menos una hora, según la subjetiva medida del tiempo de la tripulación, que era una mezcla dudosa y variable del ritmo normal del universo en toda su amplitud y la marcha ralentizada del interior del agujero negro.

Pero finalmente pasaron hacia el apaciguado universo. Los terribles bandazos cesaron. Las luces cegadoras se desvanecieron. La Galaxia brillaba ante ellos, cual cúpula aterciopelada de color crema salpicada de estrellas brillantes y claras, puesto que se hallaban tan lejos sumergidos en el centro que apenas podían distinguir la mancha negra.

—Démosles gracias a los antepasados —dijo el Capitán, sonriendo mientras se liberaba de sus correas—. ¡Creo que lo hemos conseguido!

Y la tripulación siguió su ejemplo, se despojó de las correas y se pusieron a charlar animadamente entre ellos. Al levantarse para comenzar el proceso de recopilación de datos, la mano huesuda del Capitán tomó la de Dosveces. Era una ocasión para alegrarse, como se alegraron los capitanes de los buques balleneros de Nantucket cuando pasaron el Cabo de Hornos, y los pioneros que llegaron en carretas recobraron el aliento después de descender las laderas que los llevaban a las tierras prometidas de Oregón o California. La violencia y el peligro no habían desaparecido. Tendrían que volver a pasar por lo mismo en su camino de regreso hacia el interior. Pero ahora, durante una semana o más, podrían descansar y recoger datos; y aquél era el lado placentero de la expedición.

O debería haberlo sido.

Debería haberlo sido, pero no lo fue, pues cuando el Capitán aseguró la nave y el oficial llamado Zapato abrió los canales de comunicación, todos los sensores de la nave se tiñeron de violeta. ¡Las mil estaciones orbitales automáticas estaban enviando grandes noticias! Noticias importantes, malas, y todos los bancos de datos anunciaron clamorosamente sus infernales noticias de inmediato.

Hubo un silencio de sorpresa entre los Heechees. Luego, su adiestramiento pudo con su paralizante terror, y la cabina de la nave Heechee se convirtió en un torrente de actividad. Recibían y cotejaban, analizaban y comparaban. Los mensajes se apilaban. La figura adquirió una forma.

La última expedición de recogida de grabaciones había sido tan sólo unas semanas antes, según el lento paso del tiempo en el interior de la parte central del inmenso agujero negro; décadas, tal y como se medía el tiempo en el galopante universo exterior. Aun con todo, ¡no era demasiado tiempo! ¡No a escala estelar!

Y, sin embargo, el mundo era totalmente diferente.

P. —¿Qué hay peor que una predicción que no se cumple?

R. —Una predicción que se cumple antes de lo esperado.

Los Heechees siempre habían estado convencidos de que la vida inteligente y tecnológica surgiría en la Galaxia. Habían identificado más de una docena de mundos habitados; y no solamente habitados, sino portadores de la promesa de inteligencia. Habían establecido planes para cada uno de ellos.

Algunos de los planes habían fracasado. Había una raza de peludos cuadrúpedos en un planeta frío y sombrío tan cerca de la nebulosa de Orion que su aura cubría el cielo; eran pequeñas criaturas de patas tan rápidas como las de un mapache y ojos lemuridos. Los Heechees pensaban que descubrirían las herramientas algún día; y el fuego; y la labranza; y las ciudades; y la tecnología y los viajes espaciales. Y así fue, lo descubrieron y lo utilizaron todo para envenenar su planeta y diezmar su raza. Había otra raza, con seres que poseían seis miembros y respiraban amoníaco, muy prometedora, pero desgraciadamente demasiado cerca de una estrella que acabó en supernova. Fin de los seres que respiraban amoníaco. Estaban las frías, lentas y cenagosas criaturas que ocupaban un lugar muy especial en la historia de los Heechees. Ellos habían sido los portadores de las noticias que obligaron a los Heechees a esconderse, y aquello era suficiente como para hacerlos únicos. Aún más, no es que prometiesen ser inteligentes, es que ya lo eran; no sólo inteligentes, ¡sino civilizados! La tecnología era algo que ya estaba a su alcance. Pero se hallaban muy lejos de ser el summum de la Galaxia, pues su cenagoso metabolismo era sencillamente demasiado lento para competir con razas más calientes y rápidas.

Pero una raza, algún día, saldría al espacio y sobreviviría. O eso esperaban los Heechees.

Y eso temían los Heechees también, puesto que sabían, aunque hubiesen planeado su retirada, que una raza que pudiese igualarles podría superarles. ¿Pero cómo podía semejante posibilidad aparecer tan pronto? ¡Tan sólo habían transcurrido sesenta años terrestres desde el último reconocimiento!

Por aquel entonces, los monitores que orbitaban alrededor de Venus ya mostraron los bípedos « sapiens » que habitaban allí, que excavaban los túneles Heechees abandonados y exploraban su pequeño sistema solar en naves espaciales propulsadas por reactores que consumían energía química. Crudo despreciable, por supuesto. Pero eran prometedores. Al cabo de un siglo o dos — a lo sumo, dentro de cuatro o cinco siglos, pensaron los Heechees— seguramente habrían encontrado el asteroide Pórtico. Y dos o tres siglos más tarde, empezaría a comprender la tecnología.

¡Pero los acontecimientos se habían desarrollado tan velozmente! Los seres humanos habían encontrado las naves de Pórtico y la Factoría Alimentaria, inmenso y distante hábitat que los Heechees habían usado para encerrar especímenes de la raza más prometedora de la Tierra, los australopitécidos. Todo había empezado con los humanos, y las cosas no se acababan allí.

Cabe aquí la posibilidad de que se produzca una pequeña confusión que y debería eliminar. Robinette (y el resto de la raza humana) llamaban aquellas gentes Heechee. Por supuesto, ellos no se lo llamaban a sí mismos del mismo modo que los nacidos en América no se llaman Indios o las tribus africanas Khoi-San tampoco se autodenominan Hotentotes o Bosquimanos. El nombre que los Heechees se habían dado a sí mismos era «Los inteligentes». Pero eso demuestra poca cosa. «Homo Sapiens» quiere decir lo mismo.

La tripulación del Capitán estaba bien entrenada. Cuando los datos hubieron sido aceptados, y filtrados a través de los antepasados, y tabulados, y resumidos, los especialistas prepararon sus informes. El navegante era Narizblanca. Era tarea suya establecer la posición en base a cuanto información se recibía y poner al día el archivo de localización de la nave. Zapato era el oficial de comunicaciones, el más ocupado de todos, a excepción, tal vez, de Mestiza, la integradora, que volaba de tripulación a tripulación, insinuándoles cosas a las mentes ancestrales, sugiriendo comprobaciones adicionales, correlaciones. Ni Ráfaga, el especialista en perforar agujeros negros, ni la propia Dosveces, cuya habilidad consistía en controlar a distancia el equipo, eran necesarios en aquellos momentos, así que apoyaban a los demás, al igual que el Capitán, que tenía los músculos del rostro retorcidos como serpientes mientras esperaba los informes definitivos.

A Mestiza también le gustaba mucho su Capitán, así que le entregó primero los menos alarmantes.

En primer lugar, había que considerar el hecho de que naves de Pórtico habían sido descubiertas y usadas. Bueno, en realidad ¡no había nada malo en ello! Formaba parte del plan aunque era desconcertante que hubiese ocurrido tan pronto.

En segundo, había que tener en cuenta que la Factoría Alimentaria se había descubierto, así como el artefacto que los humanos llamaban Paraiso Heechee. Aquellos eran mensajes antiguos, que tenían decenas de años de antigüedad. Tampoco eran demasiado importantes. También eran desconcertantes, muy desconcertantes, porque el Paraiso Heechee había sido diseñado para capturar todas las naves que se posasen sobre él y porque el que se hubiese establecido una comunicación en ambos sentidos implicaba un grado de sofisticación

inesperado en aquellos bípedos insolentes.

Tercero, había un mensaje del equipo del velero, que hizo que los tendones del rostro del Capitán se tensasen aún más. Encontrar una nave en un sistema solar era una cosa, pero localizar una en el espacio interestelar era preocupantemente impresionante.

Y cuarto...

En cuarto lugar estaba el plano de Narizblanca del actual paradero de todos los navíos Heechees conocidos y que ahora eran operados por seres humanos, y cuando el Capitán vio aquello gritó con rabia y sorpresa.

—¡Confrontadlo con los mapas del espacio prohibido! —ordenó.

Y tan pronto como estuvieron dispuestos y aparecieron las imágenes combinadas, los tendones de sus mejillas temblaron como las tensas cuerdas de un arpa.

—Están explorando agujeros negros —dijo con un hilo de voz.

Narizblanca asintió.

—Aún hay más —le dijo—: Algunas de las naves llevan disruptores de orden. Pueden penetrar.

Y Mestiza, la integradora, añadió:

—Y parece que no entienden las señales de peligro.

El resto de la tripulación, que ya había presentado sus informes, esperaba educadamente. Aquello era problema del Capitán. Esperaban con todas sus fuerzas que fuese capaz de resolverlo.

La hembra denominada Dosveces no estaba exactamente enamorada del Capitán, porque aún no era el momento para ello, pero sabía que lo estaría. Muy pronto. Al cabo de unos días, lo más probablemente. Así, además de su preocupación por las sorprendentes y estremecedoras noticias, se sentía preocupada por el Capitán. Era el que lo estaba pasando peor. Aunque aún no había llegado el momento, alargó su delgada mano y la colocó sobre la de él. El Capitán se hallaba tan profundamente absorto en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta, y la acarició como un autómatas.

Zapato lanzó un sonido que era el equivalente Heechee para aclararse la garganta antes de hacer una pregunta:

—¿Quieres que establezcamos contacto con nuestros antepasados?

—Ahora no —siseó el Capitán, apoyando con fuerza el puño que le quedaba libre sobre sus costillas.

Lo que verdaderamente deseaba era regresar a su agujero negro, en el corazón de la Galaxia, y sentir las estrellas sobre su cabeza. Pero aquello no era posible. Lo más parecido que podía hacer era salir huyendo de regreso hacia aquel seguro amistoso centro e informar a los estamentos superiores. Éstos podrían entonces tomar las decisiones. Serían ellos quienes trataran con las mentes ancestrales de los antepasados, que estarían deseosos de intervenir.

Podrían decidir qué había que hacer con todo aquello, a ser posible con otro Capitán y otra tripulación lanzados a aquel trepidante espacio para llevar cabo sus órdenes. Aquélla era una opción posible, pero el Capitán estaba demasiado bien entrenado para permitirse a sí mismo una salida tan fácil. No podía volverse atrás. Por lo tanto correspondía a él dar las primeras respuestas apresuradas. Si estaban equivocados —¡pobre Capitán!— habría consecuencias. Le apartarían del servicio, aunque aquello era sólo por faltas menores. Para las más graves existía el equivalente de ser lanzado hacia arriba, y el Capitán no se sentía impaciente por unirse a la enorme masa de cerebros almacenados que eran todos los de sus antepasados.

Siseó pensativamente y acabó por decidirse:

—Informa a nuestros antepasados.

—¿Sólo les informo? ¿No pido recomendaciones? —preguntó Zapato.

—Sólo informa —repuso con firmeza—. Prepara un barrenado y envía a la base un duplicado de todos los datos —esto iba dirigido a Dosveces, quien soltó la mano del Capitán y comenzó la tarea de activar y programar una pequeña nave mensajera. Por último, el Capitán se dirigió a Narizblanca—. Dirige el rumbo de navegación hacia el punto de intercepción.

No era una costumbre Heechee saludar al recibir una orden. Tampoco lo era discutirla, y el hecho de que Narizblanca hiciese semejante pregunta proporcionaba una idea clara de la confusión que reinaba en la nave en aquellos momentos.

—¿Estás seguro de que eso es lo que debemos hacer? —inquirió Narizblanca.

—Hacedlo —dijo el Capitán, estremeciéndose irritado.

En realidad, no es que se estremeciese. Fue una violenta contracción de su abdomen, duro y esférico. Dosveces se sorprendió a sí misma contemplando fija y admirativamente aquella protuberancia y la manera en que las fuertes y largas bandas de tendones que iban desde el hombro a la muñeca sobresalían por encima del propio brazo.

Se sobresaltó al darse cuenta de que su tiempo de amar estaba más cerca de lo que ella creía. ¡Qué inconveniencia! El Capitán se sentiría tan molesto como ella, ya que había hecho planes especiales para un día y medio. Dosveces abrió la boca para decirse, y la volvió a cerrar. No era momento de preocuparse con aquellas cosas; estaba completando los procesos mentales que tensaban los músculos de sus mejillas y le daban un aspecto enfurruñado, y había comenzado a dar órdenes.

El Capitán tenía muchos recursos de los que echar mano. Había más de un centenar de artefactos Heechees inteligentemente escondidos, esparcidos por la Galaxia. No se trataba de aquellos que se esperaba que tarde o temprano fuesen descubiertos, como Pórtico; éstos se hallaban ocultos bajo el aspecto exterior de asteroides poco prometedores en órbitas inaccesibles, o entre las estrellas, o entre

montones de objetos envueltos en polvo o nubes de gas.

—Dos veces —ordenó sin mirarla—, activa una nave comando. Nos reuniremos con ella en el punto indicado.

El Capitán se dio cuenta de que su oficial de comunicaciones se inclinaba hacia él, con expresión preocupada en el rostro.

Y se dio cuenta de que su oficial de comunicaciones se inclinaba hacia él, con expresión preocupada en el rostro.

—¿Sí, Zapato? ¿Qué hay?

Los bíceps de Zapato se flexionaron respetuosamente.

—Los... —baluceó—. Los... Los Asesinos.

El Capitán sintió una descarga eléctrica de miedo.

—¿Los Asesinos?

—Creo que hay peligro de que sean molestados —dijo Zapato con desmayo—.

—Los aborígenes están conversando por la radio de velocidad cero.

—¿Conversando? ¿Quieres decir transmitiendo mensajes? ¿De quién estás hablando? ¡Por las grandes mentes! —gritó el Capitán, saltando de su asiento de nuevo—. ¿Quieres decir que los aborígenes están mandando mensajes a distancias galácticas?

Zapato bajó la cabeza.

—Me temo que sí, Capitán. Por supuesto todavía no sé lo que están diciendo, pero hay un grave volumen de comunicación.

El Capitán sacudió sus puños débilmente en señal de que no quería oír más. ¡Enviando mensajes! ¡A través de la Galaxia! ¡Dónde cualquiera podía escuchar! Donde, en particular, determinados grupos que los Heechees no deseaban fuesen molestados para nada, podían estar escuchando. Y reaccionar de alguna forma.

—Establece matrices de traducción con las mentes —ordenó, y regresó a su sitio apesadumbrado.

La misión estaba gafada. El Capitán había dejado de pensar en ella como en un crucero de placer, ya ni siquiera tenía esperanzas de que cupiese la satisfacción de haber realizado bien una tarea. El gran enigma que bullía en su mente era si sería capaz de soportar los días que le esperaban.

De todas maneras, dentro de unos días transbordarían a la nave comando en forma de tiburón, la más rápida de la flota Heechee, repleta de tecnología. Entonces, sus opciones se ampliarían. La nave comando no era solamente más grande y más rápida; contaba con toda una serie de aparatos no integrados en su pequeña nave barrenadora. Un TTP. Alineadores de túneles como los usados por sus antepasados para excavar el asteroide Pórtico y los laberintos bajo la

superficie de Venus. Un aparato para llegar al interior de los agujeros negros y ver qué se podía extraer de ellos. Por más que aquel aparato complaciese a las mentes de sus ancestros, esperaba y creía que no tendrían que usarlo. Pero contaría con él. Y también con otros mil instrumentos más.

Todo eso pensando que la nave estuviese todavía en funcionamiento y se reuniese con ellos en el punto de cita.

Los Heechees, en un estadio bastante temprano de su fase tecnológica aprendieron a almacenar las inteligencias de otros Heechees muertos moribundos en sistemas inorgánicos. Fue así como los Difuntos llegaron almacenarse, para que el muchacho Wan tuviese compañía, y fue u aplicación de esa tecnología lo que produjo las memorias ancestral Heechees.

Para los Heechees (si se me permite arriesgar una opinión que seguramente será imparcial) podía haber sido un error. Puesto que eran capaces de usar las mentes muertas de los antepasados Heechees para almacenar procesar datos, no eran grandes concedores de los verdaderos sistemas de inteligencia artificial, capaces de mucho más poder y flexibilidad. Como bueno, como yo.

Los artefactos que los Heechees habían dejado a su paso eran potentes, resistentes y de larga duración. Dejando aparte los accidentes, fueron construidos para durar por lo menos diez millones de años.

Pero no se podían prever todos los accidentes: Una supernova cercana, un componente defectuoso, incluso una colisión casual con cualquier otro objeto. Se podían reforzar todos los artefactos para que resistiesen casi todo tipo de riesgos, pero el tiempo astronómicamente infinito de un «casi todo» es poco más que «ninguno».

¿Qué pasaría si la nave comando hubiese fallado? ¿Y si no hubiera ninguna otra que Dosveces pudiese localizar y hacer acudir a la cita?

El Capitán permitió que la depresión se adueñase de su mente. Había demasiados «sí». Y las consecuencias de cada uno de ellos eran demasiado desagradables como para afrontarlas.

No era infrecuente en el Capitán, o en cualquier otro Heechee, estar deprimido. Y se lo habían ganado a pulso.

Cuando el gran ejército de Napoleón regresaba a rastras de Moscú, sus enemigos eran pequeñas bandas hostiles de caballería, el invierno ruso, y la desesperación.

Cuando la Wehrmacht de Hitler repitió el mismo viaje trece décadas más tarde, las mayores amenazas eran los tanques soviéticos y la artillería, el invierno ruso y, de nuevo, la desesperación. Se retiraron con mayor orden y más destrucción ante sus enemigos. Pero no con más desesperación, o menos.

Cada retirada es como un cortejo fúnebre, y lo que ha muerto es la confianza. Los Heechees habían esperado confiadamente en ganar una Galaxia. Cuando se dieron cuenta de que tenían que renunciar, y comenzar su inmensa retirada desde todas las estrellas hasta lo más profundo, la magnitud de su derrota fue mayor que cualquiera de las que los humanos habían conocido, y la desesperación se filtró a todas y cada una de sus almas.

Los Heechees estaban jugando un juego muy complicado. Podía considerarse un deporte de equipo, sólo que únicamente se les permitía a unos pocos jugadores saber que formaban parte de un equipo. Las estrategias eran limitadas, pero la finalidad del juego estaba clara. Si conseguían sobrevivir como raza, ganarían.

¡Pero había que mover tantas piezas sobre aquel tablero! Y los Heechees tenían tan poco control... Podían empezar la partida. Después, si intervenían directamente, se exponían. Y entonces el juego resultaba peligroso.

Ahora le tocaba el turno de jugar al Capitán, y conocía bien los riesgos que corría. Podía ser el jugador que perdiese la partida para los Heechees de una vez por todas.

Su primera tarea consistía en mantener a salvo el lugar de escondite de los Heechees durante todo el tiempo que fuera posible.

Ésta era la menor de sus preocupaciones, puesto que su segunda misión era la que contaba. La nave robada llevaba un equipo que podía penetrar incluso la piel que rodeaba el agujero-escondite de los Heechees. No podía llegar a entrar. Pero podía atisbar el interior, y aquélla no era una buena cosa. Peor todavía, el mismo equipo podía penetrar cualquier horizonte eventual, incluso el que los propios Heechees no osaron franquear. Aquél por el que rezaban para que nunca se abriese, pues en su interior descansaba lo que ellos temían con más fuerza.

Así pues, el Capitán se sentó a los mandos de su nave, mientras la brillante nube de silicato que rodeaba el fondo de la Galaxia centelleaba detrás de ellos. Mientras tanto, Dosveces comenzó a dar señales de la tensión que la llevaría poco después hasta su propio límite; y, mientras tanto, las frías gentes del velero sobrellevaban sus vidas largas y lentas; y mientras tanto, la única nave tripulada por humanos en el universo que hubiese podido hacer algo se aproximaba, sin

embargo, a otro agujero negro...

Y mientras tanto, los otros jugadores de aquel tablero enorme, Audee Walthers y Janie Yee-xing, aguardaban para jugar su partida privada.

ENCUENTRO EN ROTTERDAM

Allí se quedó, aquel individuo con un rostro parecido a un aguacate tostado, bloqueándome el paso. Identifiqué la expresión de su rostro antes incluso de reconocer sus rasgos. La expresión era de obstinación, irritación, fatiga. El rostro que la exhibía, el de Audee Walthers, Jr., quien (como me había dicho muy bien mi programa-secretario) había estado tratando de ponerse en contacto conmigo durante varios días.

—¡Hola Audee! —le dije muy cordialmente estrechando su mano y saludando con la cabeza a la bella joven de aspecto oriental que le acompañaba—. Me alegro de volver a verte. ¿Te hospedas en este hotel? ¡Magnífico! Escucha, he de darte prisa; pero podemos quedar para cenar; organízalo con el conserje, ¿vale? Regresaré dentro de unas horas —y sonriéndole a la joven y sonriéndole a él, les dejé allí de pie.

No pretendo decir que aquello fueran buenos modales, pero a decir verdad sí que tenía prisa, y además mi intestino me estaba haciendo pasar un mal rato. Metí a Essie en un taxi que iba en una dirección y cogí otro para que me llevase al juzgado. Por supuesto, si yo entonces hubiese sabido lo que él tenía que decirme, seguramente hubiese estado algo más comunicativo con Walthers. Pero ignoraba de qué me estaba alejando.

O lo que me esperaba, que es lo mismo.

El último tramo del camino lo hice a pie, porque el tráfico estaba mucho peor que de costumbre. Había un desfile a punto de comenzar, además del jaleo cotidiano alrededor del Palacio Internacional de Justicia. El Palacio es un rascacielos de cuarenta plantas, hundido en cajones hidráulicos en el húmedo suelo de Rotterdam. Desde su exterior se domina media ciudad. Por dentro está enmoquetado y tapizado en escarlata y abunda el cristal; es el típico tribunal internacional moderno. No es un sitio al que se vaya a discutir por una multa de circulación.

Es un lugar en el que no se toma en demasiada consideración a las personas físicas; y en realidad, y si yo tuviese algo de vanidad, que la tengo, me alabaría a mi mismo por el hecho de que en el proceso en el que yo era técnicamente uno

de los defensores, había catorce partes diferentes implicadas, de las cuales cuatro eran estados soberanos. Tenía incluso una serie de oficinas reservadas para mi uso en el Palacio, puesto que todas las partes interesadas las tenían. Pero no me dirigí allí directamente. Eran casi las once en punto y por lo tanto cabía la remota posibilidad de que el tribunal hubiese comenzado su sesión del día, así que sonreí y me abrí paso directamente hacia la sala de sesiones. Estaba llena a rebosar. Siempre lo estaba, puesto que se podía coincidir con celebridades en las vistas. En mi vanidad, yo creía que era una de ellas, y esperaba que se volverían las cabezas a mi paso. No se volvió nadie. Estaban todos mirando a un grupo de personas barbudas y huesudas que llevaban dashikis y sandalias, sentadas en el banquillo de los demandantes, al fondo de la sala, y bebiendo Coca-Cola y riéndose entre ellos: los Primitivos. No se les veía todos los días. Los escudriñé como todo el mundo, hasta que alguien me tocó el brazo y me volví para ver a Maître Ijsinger, mi abogado de carne y hueso, que me estaba mirando reprobadoramente.

—Llega usted tarde, Mijnheer Broadhead —susurró—. El Tribunal habrá notado su ausencia.

Como el Tribunal estaba muy ocupado hablando en voz baja y discutiendo entre sí acerca de, suponía yo, la cuestión de si el diario de uno de los primeros prospectores que localizó un túnel Heechee en Venus debía admitirse como prueba, yo lo dudaba. Pero uno no le paga a un abogado lo que yo le pagaba a Maître Ijsinger para discutir con él.

Por supuesto, no había ninguna razón legal para que yo le pagase en absoluto. Sobre todo porque el caso era sobre una moción presentada por el Imperio de Japón para disolver la Corporación de Pórtico. Me vi metido en ello por ser poseedor de un buen número de acciones del negocio de chárTERS de la S. Yá., porque los bolivianos habían presentado una demanda para que se revocasen los chárTERS en base a que el hecho de financiar colonos comportaba « un retorno a la esclavitud ». A los colonos se les llamó siervos contratados, y a mí, entre otros, se me llamó perverso explotador de la miseria humana. ¿Qué estaban haciendo allí los Primitivos? Claro, eran parte interesada también, porque decían que la S. Yá. era propiedad suya: tanto ellos como sus antepasados habían vivido en ella durante cientos de miles de años. Su situación con respecto al Tribunal era un poco complicada. Eran guardias del gobierno de Tanzania, porque allí era donde se había decretado que se hallaba su hogar ancestral, pero Tanzania no estaba representada en la vista ante el Tribunal. Tanzania había declarado el boicot al Palacio de Justicia por una decisión desfavorable acerca de los misiles de su fondo marino el año anterior, así que sus asuntos los representaba Paraguay, que estaba interesado en esto más que nada por una disputa fronteriza con Brasil, quien a su vez estaba presente como invitado en las oficinas centrales de la Corporación de Pórtico. ¿Pueden entender todo esto? Bueno, pues yo no podía, y

por eso había contratado los servicios de Maitre Ijsinger.

Los Heechees, creyendo que los australopitecos que habían descubierto cuando por primera vez visitaron la Tierra acabarían por desarrollar una civilización tecnológica, decidieron preservar una colonia en una especie de zoo. Sus descendientes fueron los « Primitivos ». Desde luego, aquélla había sido una previsión errónea por parte de los Heechees.

Los australopitecos no alcanzaron nunca la inteligencia, sino sólo la extinción. A los seres humanos les resultó tranquilizador descubrir que el llamado Paraíso Heechee, rebautizado después como S. Ya. Broadhead —con mucha nave espacial mayor y más sofisticada con que se hubiera tropezado especie humana— resultara ser tan sólo una especie de jaula para monos.

Si dejara que me involucraran personalmente en cualquiera de los molestos pleitos en los que hay muchos millones de dólares de por medio, me pasaría la vida en los tribunales. Tengo bastante que hacer el resto de mi vida como para malgastarlo de esa manera, así que de haber seguido las cosas su curso normal hubiera dejado que los abogados dilucidaran el asunto para así poder emplear mi tiempo de manera más provechosa, charlando con Albert Einstein o paseando por la orilla del mar de Tappan con mi mujer. Sin embargo, había razones especiales para que yo estuviera allí. Vi a uno de ellos, medio dormido, sentado en una silla de cuero cerca de los Primitivos.

—Voy a ver si Joe Kwiatkowski quiere una taza de café —le dije a Ijsinger.

Kwiatkowski era polaco, representante de la Comunidad Económica de la Europa del Este, y uno de los demandantes en el caso. Ijsinger palideció.

—¡Pero si es un adversario!, —susurró.

—Es también un viejo amigo —le dije, exagerando los hechos sólo un poco. Había sido prospector en Pórtico, como yo, y nos habíamos tomado alguna copa que otra a la salud de los viejos tiempos.

—No hay amigos cuando se trata de un pleito de esta magnitud —me informó Ijsinger, pero yo me limité a sonreírle y me incliné hacia adelante para cuchichearle a Kwiatkowski, quien una vez despierto me acompañó de bastante buena gana.

—No debería estar aquí contigo Robin —masculló en cuanto llegamos a la planta decimoquinta—. Y mucho menos para tomar café ¿Es que me vas a echar algo dentro?

Bueno, sí, algo tenía. Slivovitz y por si fuera poco, de su destilería favorita de Cracovia. Y cigarros puros de Kampuchea, de la marca que le gustaba; y arenques salados y galletas para acompañarlos.

El tribunal había sido construido sobre un pequeño canal a orillas del Río Maas, y podía olerse el agua. Como había conseguido que abrieran una ventana, podía oírse a los botes atravesar el arco que había bajo el edificio, y el ruido procedente del tráfico que circulaba a través del túnel por debajo del Maas a un cuarto de kilómetro de distancia. Abrí un poco más la ventana, por el humo del cigarro de Kwiatkowski, y vi las banderas y las bandas en las calles adyacentes.

—¿Por qué es el desfile de hoy? —le pregunté.

Me contestó con una evasiva.

—Porque a los ejércitos les gustan los desfiles —gruñó—. Venga, Robin, vamos al grano. Sé lo que te propones y es imposible.

—Lo que quiero —dije— es que la CEEE ayude a barrer a los terroristas junto con su nave, cosa que redundaría en beneficio de todos. Me dices que es imposible. Bueno, te lo admito, pero, ¿por qué es imposible?

—Porque no entiendes nada de política: Te crees que los de la CEEE podemos irles a los paraguayos y decirles: «Escuchad, id y haced un trato con los brasileños; decidles que vais a ser más flexibles en lo tocante al asunto de la frontera si unen su información con la de los americanos, de manera que pueda atraparse la nave de los terroristas» .

—Sí, eso es exactamente lo que creo —le dije.

—Y en eso te equivocas. No te harían ningún caso.

—La CEEE —le dije con paciencia, pues mi sistema de actualización de datos, Albert, me había aleccionado en ese sentido— es el socio más importante de Paraguay en asuntos comerciales. Harán lo que digáis.

—En la mayoría de los casos, sí. En este caso, no. La clave de la situación es la República de Kampuchea. Tienen acuerdos privados con Paraguay. Con respecto a los cuales no puedo decirte nada excepto que han sido aprobados al más alto nivel. Más café —añadió, tendiéndome su taza—, y ahora, por favor, échale menos café.

No le pregunté a Kwiatkowski cuáles eran los «acuerdos privados», porque de haber querido decírmelo no les habría llamado privados. No me hizo falta. Eran de índole militar. Todos los «acuerdos privados» que estaban negociando unos gobiernos con otros eran militares, y si no me hubiera preocupado el asunto de los terroristas, lo que me habría preocupado habría sido la forma inconsciente en que los gobiernos del mundo, por lo general previsores, se estaban comportando. Pero cada cosa a su tiempo.

Así que, siguiendo el consejo de Albert, llevé a mi despacho privado de al lado a un abogado de Malasia, y después de ella a un misionero de Canadá, y luego a un general de las Fuerzas Aéreas de Albania y para todos tuve un cebo. Albert me advirtió qué resortes tocar y qué collares de cuentas ofrecer a los nativos. Un aumento de pases para colonos a éste, una contribución «caritativa» a aquél... A veces, todo lo que costaba era una sonrisa. Rotterdam era el lugar apropiado para hacerlo, porque desde que el tribunal se trasladó de La Haya —después de que ésta quedase colapsada del todo la última vez que a un gracioso le dio por jugar con un TTP— se podía encontrar a cualquiera que se necesitase en Rotterdam. Todo tipo de gente. De todos los colores, de todos los sexos, vestidos de todas las maneras, desde abogadas ecuatorianas en minifalda a monopolizadores de la energía térmica de las Islas Marshall en sarong y con collares de dientes de tiburón. Si estaba haciendo algún progreso o no, era difícil decirlo, pero a las doce y media, al anunciarme mis tripas que iban a dolerme si no les echaba algo de comer, di por finalizada la mañana. Me acordé con nostalgia de la tranquila suite de nuestro hotel y de los sabrosos almuerzos que en ella me tomaba descalzo, pero había prometido encontrarme con Essie en su lugar de trabajo. Por lo que le dije a Albert que preparara una valoración aproximada de lo que había conseguido hasta entonces y sugiriera qué debía hacerse a continuación, y me abrí paso hasta un taxi.

No deben dejar de visitar alguna de las sucursales de la cadena de restaurantes de comida rápida de Essie. Los arcos de metal Heechee, de brillo azulado, se encuentran en cualquier país del mundo. Puesto que era la Dueña había reservado para nosotros un espacio en el balcón; salió a mi encuentro en las escaleras y me recibió con un beso, un mohín y un dilema:

—¡Escucha, Robin! Quieren que se sirva mayonesa con las patatas fritas. ¿Crees que debo permitirlo?

Le devolví el beso, pero en realidad estaba espiando por encima de su hombro para ver qué demonios estaban sirviendo en nuestras mesas.

—Eso es cosa tuya —le dije.

—Sí, claro que es cosa mía. Pero es importante, Robin. Me he tomado muchas molestias para conseguir un duplicado perfecto de las auténticas patatas fritas francesas. ¿Hay que ponerles mayonesa ahora? —luego retrocedió y me examinó más detenidamente, y la expresión de su rostro cambió—. ¡Qué cansado se te ve! ¡Qué cara traes, Robin! ¿Cómo te encuentras?

Le dediqué mi más encantadora sonrisa.

—Simplemente, tengo hambre querida —exclamé mirando con falso entusiasmo a los platos que tenía delante—. ¡Vaya! ¡Qué pinta tiene eso! ¿Qué es, taco?

—Es ciapatti —dijo con orgullo—. El taco es eso de ahí. También hay blini. Sírvete lo que quieras.

Así que tuve que probarlo todo, por descontado, y no era en absoluto lo que pedía mi estómago. El taco, el ciapatti, las bolas de arroz con salsa agria de pescado, y la cosa aquella que si tenía sabor a algo, era a cebada hervida. No es que me volviese loco ninguno de aquellos platos, pero eran todos comestibles.

Todos ellos eran, asimismo, regalo de los Heechees. El mayor descubrimiento que los Heechees nos habían legado era que la mayoría de los tejidos orgánicos, incluidos los de ustedes y los míos, se componen básicamente de cuatro elementos: carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno; C.H.O.N. Alimentos CHON. Puesto que es también de esto de lo que se compone la mayor parte de los gases cometarios, construyeron sus Factorías Alimentarias en la nube de Oort, allí donde los cometas de nuestro sistema solar esperaban a que una estrella los disgregase y nos los enviara a lucirse en nuestro cielo.

Pero el CHON no lo es todo. Se necesitan otros elementos. Tal vez el azúfre sea el más importante y después tal vez el sodio, el magnesio, el fósforo, el cloro, el potasio, el calcio... por no mencionar ese extraño polvillo de cobalto necesario para producir vitamina B-12, el cromo necesario para la tolerancia a la glucosa, el yodo para las tiroides, y el litio, el flúor y el arsénico, el selenio, el molibdeno, el cadmio y un pesadísimo y largo etcétera. Probablemente hace falta una tabla periódica para nombrarlos a todos, por más que la mayoría de esos elementos esté presente en cantidades tan pequeñas que no necesita uno preocuparse por añadirlos al conjunto. Aparecen en forma de contaminantes se quiera o no. Así que los químicos alimentarios de Essie cocinaban con puñados de azúcar, especias y otras cosas buenas y producían así comida para todo el mundo, que no sólo les mantendría vivos, sino que era también lo que la gente estaba deseosa de comer, como por ejemplo los ciapatti y las bolas de arroz. Puede hacerse de todo con la comida CHON siempre que se bata bien la masa. Entre algunas de las cosas que Essie hacía con ella, estaba el dinero, y aquél era un juego que le encantaba.

Así que, cuando por fin acabé con algo en el estómago que éste ya no pudo tolerar —algo que parecía una hamburguesa y que sabía a ensalada de aguacate y bacon, a la que Essie había bautizado como Big Chon—, Essie andaba de un lado para otro sin cesar. Controlaba la temperatura de las luces infrarrojas, buscaba grasa debajo de la máquina lavavajillas, probaba los postres, y lanzaba increpaciones porque los batidos estaban demasiado líquidos.

Tenía la palabra de Essie de que nada de lo que ofrecía en sus establecimientos perjudicaría a nadie, aunque mi estómago tenía menos confianza en su palabra que yo. No me gustaba el ruido que había fuera, en la calle; ¿sería el desfile? Pero aparte de aquello estaba todo lo cómodo que podía estar en aquellos momentos. Lo bastante relajado como para apreciar un giro en nuestro status. Cuando Essie y yo salimos en público la gente nos mira, y generalmente se fijan en mí. Allí no. En la cadena de restaurantes de comida

rápida, Essie era la estrella. Las gentes de fuera pasaban mirando el desfile. Dentro, ningún empleado le prestaba la más mínima atención. Se dedicaban a cumplir con sus obligaciones con todos los músculos de la espalda tensos, y todas las miradas furtivas que lanzaban iban en la misma dirección, hacia la dama que lo dirigía todo. Bueno, no demasiado como una dama, en realidad; Essie ha podido disponer del beneficio de estudiar inglés durante un cuarto de siglo con un experto, yo, pero cuando se pone nerviosa no puede evitar mezclarlo con su propio idioma...

Me acerqué hasta la ventana de la segunda planta para ver el desfile. Bajaba por Weena, diez en fondo, con bandas, gritos y pancartas. Una molestia. Quizás incluso más que eso. Al otro lado de la calle, frente a la estación, hubo una pelea, con policías y pancartas, pacifistas contra partidarios de armar a los ejércitos. Era imposible saber quiénes estaban de un lado o del otro, a juzgar por los palos que se daban mutuamente con las pancartas, y Essie, que se unió a mí y tomó su propio Big Chon, se los quedó mirando moviendo la cabeza.

—¿Qué tal el sandwich? —preguntó.

—Bien —respondí yo, con la boca llena de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno, y demás elementos. Me miró con expresión de no haberme oído bien—. He dicho que está bueno —chillé.

—No podía oírte con todo este ruido —protestó, relamiéndose. Le gustaba lo que vendía.

Incliné la cabeza para señalar hacia el desfile.

—No sé si eso es tan bueno —comenté.

—Me parece que no —agregó, mirando con desagrado a una compañía de lo que creo que llaman Zuavos, y que eran hombres de piel oscura, vestidos de uniforme. No podía ver los emblemas de sus países, pero todos llevaban armas rápidas sobre el hombro y jugaban con ellas: las volteaban, haciendo rebotar la culata contra el suelo y consiguiendo que fuesen a parar de nuevo a sus manos, y todo sin romper el paso.

—Tal vez deberíamos volver al juzgado —le dije.

Alargó la mano y cogió la última miga de mi sandwich. Algunas mujeres rusas acaban convertidas en bolas cuando pasan de los cuarenta, y algunas se encogen y se marchitan. Pero Essie, no. Aún tenía el mismo tipo y la misma cintura estrecha que me llamó la atención la primera vez que la vi.

—Tal vez sí —dijo mientras miraba los programas de sus computadores—. Vi demasiados uniformes durante mi niñez y ahora no es que tenga mucho interés por ver todos éstos.

—¿Qué sería un desfile sin uniformes?

—No sólo los del desfile. Mira. En las aceras también los hay.

Y era cierto. Uno de cada cuatro hombres o mujeres llevaba puesto algo que parecía un uniforme. Era un poco sorprendente, porque no lo esperaba. Por

supuesto cada país había tenido siempre algún tipo de fuerzas armadas, pero que, de alguna manera, era como si estuviesen guardadas en el armario, como un extintor doméstico. La gente nunca las veía. Pero entonces empezaban a dejarse ver más y más.

—En fin —suspiró mientras barriá concienzudamente las migas de la mesa con un cepillo—, debes de estar muy cansado y será mejor que nos vayamos. Dame tu bandeja, por favor.

La esperé en la puerta, y llegé con el ceño fruncido.

—El contenedor de basuras estaba casi lleno. En el manual dice claramente que está vacío si se encuentra al sesenta por ciento. ¿Qué van a hacer si un grupo grande se va enseñuida?

Debería regresar y darle instrucciones al encargado. ¡Vaya! Me he dejado los programas— y se fue por donde había venido.

Me quedé en la puerta esperándola, con la mirada puesta en el desfile. Resultaba bastante desagradable. Lo que pasaba por delante mío eran armas de verdad, misiles antiaéreos y vehículos armados; y detrás de una banda de gaiteros vi una compañía de ametralladoras. Noté que la puerta se movía detrás mío y salí de en medio justo en el momento en que Essie la empujó para abrirla.

—Los he encontrado, Robin —me dijo sonriente, blandiendo el grueso paquete de programas hacia mí, mientras yo me volvía hacia ella.

Y algo parecido a una avispa pasó rozando mi oreja.

No había avispas en Rotterdam. Entonces vi a Essie caer de espaldas, y la puerta se cerró ante ella. No había sido una avispa. Había sido un disparo. Una de aquellas armas incontrolables llevaba una carga real y se le había escapado.

Casi perdí a Essie en otra ocasión. Hacía mucho tiempo, pero yo no lo había olvidado. Todo aquel antiguo dolor rebrotó de pronto al tiempo que yo empujaba aquella estúpida puerta y me inclinaba sobre ella. Estaba echada sobre su espalda, con el paquete de programas sobre su rostro; al apartarlo vi que, a pesar de que su rostro estaba ensangrentado, tenía los ojos abiertos y me miraba.

—Oye, Robin —me dijo con un tono de voz que denotaba cierta sorpresa—: No me habrás dado un puñetazo, ¿verdad?

—Claro que no. ¿A santo de qué? —una de las chicas que estaban en el mostrador llegó corriendo con un paquete de servilletas de papel. Se las arrebaté y señalé hacia la ambulancia en cuya puerta podía leerse *Poliklinische centrum* y que estaba parada en un cruce de calles a causa del desfile:

—¡Oye! ¡Trae esa ambulancia hasta aquí! ¡Y a la policía también!

Essie se incorporó y apartó el brazo mientras policías y empleados del local se arremolinaban a nuestro alrededor.

—¿Por qué una ambulancia, Robin? —me preguntó razonablemente—. Sólo es un poco de sangre en la nariz, ¡mira! —y, a decir verdad, eso era todo lo que había. Había sido una bala, desde luego, pero se había incrustado en el fajo de

programas y no había pasado de ahí—. ¡Mis programas! —Essie esperó, casi peleándose con el policía que quería llevárselos para extraer la bala como prueba. Pero la verdad es que estaban totalmente estropeados. Y mi día también.

Mientras Essie y yo teníamos nuestra pequeña pelea con el destino, Audee Walthers estaba enseñándole a su amiga la ciudad de Rotterdam. La falta de dinero redujo parte del encanto del paseo de Walthers y Yee-xing. A pesar de todo, tanto a él, que aún conservaba en sus cabellos el heno del planeta Peggy, como a Yee-xing, que rara vez salía de la S. Yá. y sus lanzaderas, Rotterdam les pareció una metrópoli. No podían permitirse comprar nada, pero al menos podían mirar los escaparates. Broadhead había aceptado verles finalmente y Walthers no dejaba de repetírselo; pero si se permitía pensar en ello con cierta satisfacción, su lado negativo respondía con desprecio salvaje: Broadhead sólo había dicho que les recibiría. Pero por todos los demonios que no parecía tener muchas ganas...

—¿Por qué sudo? —preguntó Walthers en voz alta.

Yee-xing deslizó su mano hacia la de él para darle ánimo.

—Todo irá bien —le respondió ella indirectamente— pase lo que pase. — Audee Walthers bajó la mirada hacia ella con agradecimiento. No es que él fuese particularmente alto, pero Janie Yee-xing era diminuta; todo en ella era pequeño, excepto sus ojos, brillantes y negros, y eran resultado de una operación, una tontería que hizo una vez que estuvo enamorada de un banquero suizo y pensó que era el pliegue epicántico el que impedía que el sentimiento fuera recíproco—. Bien, ¿te parece que entremos?

Walthers no tenía la menor idea de qué estaba hablando, y seguramente se le notó en la cara; Yee-xing golpeó con su cabeza el hombro de Walthers y le mostró el cartel que colgaba de la parte delantera de un establecimiento. Las pálidas letras del rótulo decían:

VIDANUEVA

Walthers lo examinó y luego miró a la mujer de nuevo.

—Es un negocio de pompas fúnebres —aventuró, y se puso a reír al creer adivinar la gracia de la broma—. Pero no creo que estemos tan mal todavía, Janie.

—No lo es —repuso ella—, o no exactamente. ¿No reconoces el nombre? — y en ese momento, por supuesto, lo reconoció: era uno de los muchos holdings que aparecían en la lista de las posesiones de Robin Broadhead.

Desde luego, cuanto más sabía uno acerca de Broadhead, más fácil era imaginarse qué cosas le harían acceder a llegar a un trato.

—¿Y por qué no? —dijo Walthers con aprobación, y la precedió al entrar a través de la cortina de aire al fresco y oscuro recibidor del local. Si aquello no

era una funeraria, por lo menos la decoración había sido encargada a los mismos profesionales. Había una suave e inidentificable música de fondo, y una fragancia a flores silvestres, aunque la única presencia floral de todo el establecimiento era un simple ramo de rosas brillantes en un jarrón de cristal. Un hombre alto, maduro y atractivo apareció delante de ellos; Walthers no pudo decir si se había levantado de uno de los sillones o se había materializado como un holograma. La figura les sonrió acogedoramente y trató de adivinar sus nacionalidades. Se equivocó:

—*Guten tag* —le dijo a Walthers, y—: *Gor ho oyney* —a Janie Yee-xing.

—Los dos hablamos inglés —dijo Walthers—, ¿y usted?

Sus cosmopolitas cejas se arquearon.

—Por supuesto. Bienvenidos a Vida Nueva. ¿Es que hay alguien allegado a ustedes que se encuentre próximo a morir?

—No que yo sepa —contestó Walthers.

—Ya. Por supuesto, podemos todavía hacer una buena labor incluso en el caso de personas que se encuentren ya en estado de muerte metabólica, aunque cuanto antes empecemos la transformación, tanto mejor... ¿O están haciendo ustedes planes para el futuro, muy acertadamente?

—Ni lo uno, ni lo otro —dijo Yee-xing—; simplemente queremos conocer lo que ustedes ofrecen.

—Por supuesto. —El hombre les sonrió, al tiempo que les señalaba un cómodo sofá. No dio la impresión de que hubiese hecho nada para que se operara ningún cambio, pero las luces subieron un tanto su intensidad y la música se elevó algunos decibelios—. Ésta es mi tarjeta —le dijo a Walthers mostrándole una plaquita plástica con lo que contestaba la pregunta que a ambos les había estado preocupando: la tarjeta era tangible, lo mismo que los dedos que la sujetaban—. Déjeme que les explique lo fundamental: eso nos ahorrará tiempo a la larga. Para empezar les diré que Vida Nueva no es una institución religiosa y que no garantiza por lo tanto la salvación. Lo que nosotros ofrecemos es un tipo de supervivencia. El que usted, el «usted» que se encuentra en esta habitación en estos instantes, llegue a distinguir lo uno de lo otro, es cosa que están todavía discutiendo los metafísicos. Pero el registro de su personalidad, en caso de que se decidiera usted por ella, le garantiza la superación del test de Turing, siempre y cuando podamos empezar la transferencia con el cerebro aún en buenas condiciones, y en el caso de que la ambientación elegida por el cliente sobreviviente sea alguna de las que facilita nuestra lista. Podemos ofrecer más de doscientas ambientaciones, que van...

Yee-xing chasqueó los dedos.

—Los Difuntos —dijo, comprendiendo súbitamente.

El encargado de ventas asintió, aunque su expresión se crispó un poco.

—Sí, así es como se llamaban los originales. Por lo que veo está usted

familiarizada con el artefacto llamado Paraiso Heechee, que ahora se utiliza como transporte de colonos...

—Soy el tercer oficial de ese transporte —dijo Yee-xing, sin faltar a la verdad más que por lo que hacía a los tiempos verbales—, y mi compañero aquí presente es el séptimo.

—Les envidio —dijo el encargado de las ventas, y la expresión de su rostro sugería que lo decía de verdad.

Pero la envidia no evitó que dejara escapar su tono de vendedor y Audee siguió escuchándole con toda la atención, sosteniendo entre sus manos la de Janie. Agradeció el calor de aquella mano; le ayudaba a no pensar en los Difuntos y en su protegido, Wan... o por lo menos, le ayudaba a no pensar en lo que Wan estaría haciendo en aquellos momentos.

Cuando los programas y las bases de sustento de datos de los llamados « Difuntos » pudieron convertirse en objeto de estudio, mi creadora, S. Y. Lavorovna-Broadhead, se interesó, naturalmente, mucho en ellos. Se impuso a sí misma la tarea de conseguir un duplicado. Lo más difícil fue transcribir claro está, los datos de base de un cerebro y un sistema nervioso —que encuentran registrados químicamente y con numerosas repeticiones— en el molinete de información Heechee.

Lo hizo muy bien. No sólo lo suficientemente bien como para asentar las bases de su cadena Vida Nueva, sino tan bien que fue capaz de crearme... el almacenaje Vida Nueva se basaba en sus primeros experimentos. Pasa algún tiempo, lo mejoró —mejoró incluso el sistema de almacena Heechee— ya que fue capaz de combinar ambas técnicas y de crear las suyas propias. Los Difuntos jamás fueron capaces de pasar un test de Turir. Los trabajos de Essie Broadhead sí pudieron hacerlo al poco tiempo. También yo.

Los Difuntos originales, continuó instruyéndoles el oficial de ventas, habían sido registrados bastante negligentemente, por desgracia; la transferencia de sus memorias y sus personalidades, desde el receptáculo húmedo y gris de sus cráneos a las cintas de datos cristalinos que los preservaron de la muerte, había

sido llevada a cabo por manos inexpertas, que en primer lugar manejaban herramientas pensadas para una raza muy distinta. Por eso el almacenaje había sido tan imperfecto. La mejor manera de imaginar lo ocurrido era pensar que aquella transferencia había sido tan agitada en manos de gente tan inexperta que había logrado enloquecer a los Difuntos. Pero aquello ya no ocurría. Los procedimientos de registro eran actualmente tan refinados que la mente de cualquier fallecido podía mantener una conversación con sus descendientes tan hábilmente como cualquier persona viva. ¡Más, incluso! El «paciente» llevaba una vida activa en los bancos de datos. Podía experimentar tanto el Cielo de los Cristianos como el Paraíso Musulmán o el de los cientólogos, redondeados, respectivamente, por la presencia de ángeles, la de bellos adolescentes yaciendo sobre la hierba como perlas o con la mismísima presencia de L. Ron Hubbard. Si sus inclinaciones no eran de tipo religioso, podía experimentar aventuras (alpinismo, buceo a pulmón libre, esquí, vuelo sin motor, caída libre, Tai-Chi; todos ellos se encontraban entre las secciones más populares), o escuchar música de todo tipo, y en la compañía por él elegida... y, claro está, (el vendedor, no pudiendo determinar el grado de la relación entre Walthers y Yee-xing, dejó caer la información sin matices) sexo. Todo tipo de relaciones sexuales. Sin parar.

—Qué aburrimiento —dijo Walthers pensando en ello.

—Para usted y para mí —dijo por sentado el vendedor—, pero no para ellos. No recuerdan con demasiada claridad las experiencias programáticas, ¿sabe usted? Hay un sistema de aceleración del olvido en lo tocante a esas actividades. Si usted habla hoy con alguien querido y vuelve dentro de un año y retoma la conversación en el punto en que la dejaron, él la recordará perfectamente. Pero las experiencias programadas se borran con rapidez de sus mentes; queda solamente el recuerdo de haber experimentado placer, ¿entiende? Por eso quieren experimentarlo constantemente.

—Qué horrible —dijo Yee-xing—. Audee, creo que es hora de volver al hotel.

—Todavía no, Janie. ¿Qué decía usted de hablar con ellos?

Los ojos del vendedor se iluminaron.

—Ciertamente. Algunos de ellos disfrutaban hablando, hasta con extraños. ¿Disponen de un momento? Es muy sencillo, de verdad. —Mientras hablaba con ellos le guió hasta una consola de PV, consultó un listín de tapas aterciopeladas y tecleó una serie de números—. De hecho, he llegado a hacerme amigo de alguno de ellos —dijo con recato—. Cuando no hay demasiado trabajo, llamo a alguno en muchas ocasiones y pasamos un buen rato charlando... ¡Ah, Rex! ¿Cómo estás?

—Ah, pues muy bien —le contestó un señor maduro, bronceado y de buen aspecto que apareció en la pantalla de la PV—. Me alegro de verte. Me parece que no conozco a tus amigos —añadió, observando amistosamente a Walthers y a

Yee-xing.

Si existe un modo ideal de que un hombre pase de cierta edad, era el suyo; conservaba todo su pelo y parecía que conservaba también todos sus dientes; su rostro mostraba arrugas al reírse, pero por lo demás estaba terso, y sus ojos eran cálidos y brillantes. Respondió con la mayor educación a las preguntas y, cuando le preguntaron qué estaba haciendo, encogió los hombros con modestia:

—Bueno, voy a cantar las Catulli Carmina con la orquesta de Viena. —Les guiñó un ojo—. La soprano es muy linda, y me parece que esas letras tan sexy se le han metido en el cuerpo a base de ensayar.

—Interesante —murmuró Walthers, mirándole. Pero Janie Yee-xing estaba menos encantada.

—No es nuestra intención mantenerle apartado de su música —dijo muy cortésmente—. Creo que sería mejor que nos marcháramos.

—Se quedarán —declaró con confianza Rex—. Siempre acaban quedándose. Walthers estaba fascinado.

—Y dígame —le preguntó—, al hablar de compañía en su presente, eh, estado, ¿es que puede elegir la compañía que desea? ¿Incluso en el caso de que se trate de alguien vivo todavía?

La pregunta se la había dirigido al encargado de las ventas, pero Rex se le adelantó. Miraba con aire de inteligencia y con simpatía a Walthers.

—Cualquiera que yo desee —le dijo, asintiendo con la cabeza como si compartiera con él un secreto—. Vivo, muerto o imaginario. ¡Y, señor Walthers, hacen lo que uno quiere! —La figura se echó a reír—. Lo que siempre había dicho —añadió—, que lo que llamamos «vida» no es más que un entreacto antes de la vida real que a uno le dan aquí. ¡Lo que no entiendo es cómo la gente lo pospone durante tanto tiempo!

De hecho, Vida Nueva era una de las empresas menores, cuya propiedad se me conociera, de las que yo estaba más satisfecho, y no por el dinero que ganaba en ella. Cuando descubrimos que los Heechees eran capaces de almacenar memorias de personas fallecidas en máquinas, se encendió una lucecita. Bueno, le digo a mi buena esposa, si ellos pueden hacerlo, ¿por qué nosotros no? Bueno, me contesta mi buena esposa, no hay razón por la que no podamos hacerlo, Robin, desde luego que no; dame algo de tiempo para que pueda descifrar su método. Personalmente, no había tomado y ninguna decisión al respecto de si quería que se hiciera conmigo, ni cómo ni cuando. Sin embargo, estaba más que seguro de que no quería que se hiciera con Essie, al menos no en aquellos precisos momentos, por lo que me alegré sobremanera de que la bala sólo le hubiera golpeado la nariz.

Bueno, algo más también. Por culpa de eso entramos en contacto con la

policía de Rotterdam. El sargento de uniforme nos llevó hasta el brigadier, quien a su vez nos introdujo en su veloz coche y nos llevó, con las sirenas a todo trapo, hasta las oficinas de la administración de la policía, donde nos ofreció café. A continuación, el sargento Zuitz nos presentó a la inspectora Van Der Waal, una mujer de gran envergadura que llevaba puestas unas lentillas pasadas de moda que le hacían los ojos saltones. Su tarea se limitó a un Cómo lo siento por usted, Mijnheer, y un Espero que la herida no sea demasiado dolorosa, Mevrouw, mientras nos conducía escaleras arriba —¡escaleras!— al despacho del Comisario Lutzlek, un individuo del todo diferente. Bajito, delgado, rubio, con cara de chaval, por más que, para haber llegado a Comisario, debía de tener por lo menos cincuenta años. Era de esas personas capaces de darse de cabeza contra un muro hasta que una de dos: o cede el muro o se le abre la cabeza, pero incapaz de darse por vencido.

—Gracias por haber venido a la Stationsplein por lo de este jaleo.

—El accidente —dije y o.

—No. Desgraciadamente, nada de accidente. Si hubiera sido un accidente, habría sido asunto de la policía municipal y no nuestro. Éste es el motivo del siguiente interrogatorio, para el que les pedimos la máxima colaboración.

Le dije, para ponerle en su sitio:

—Nuestro tiempo es demasiado valioso como para malgastarlo en estas cosas.

No hubo manera.

—Su vida es más valiosa todavía.

—¡Por favor! A alguno de los soldados del desfile se le debe haber metido el dedo en el gatillo en plena demostración de habilidades y eso es todo.

—Mijnheer Broadhead —me dijo—, a ningún soldado se le metió el dedo en el gatillo por error; además, las armas no iban cargadas con balas de verdad, eso en primer lugar. En segundo lugar, los soldados no eran tales soldados; no son más que estudiantes a los que se contrata para que salgan en los desfiles, lo mismo que los guardas del palacio de Buckingham. En tercer lugar, el disparo no procedía del desfile.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hemos encontrado el arma. —Su aspecto era terrible—. ¡En una taquilla de la policía! Todo esto me resulta bastante violento, Mijnheer, como podrá imaginarse. Había muchos policías extra movilizadas a causa del desfile, y utilizaron una camioneta para cambiarse. El «policía» que disparó el arma era un desconocido para todos los demás, pero es que la mayoría procedían de unidades distintas. Al acabar el desfile, se apresuró a desaparecer, se vistió deprisa y al salir se dejó la taquilla abierta. Dentro, lo único que había era un uniforme, robado por supuesto, y el arma, y una fotografía de usted, no de la Mevrouw. Suy a.

Se echó hacia atrás en su asiento y esperó. Su rostro de adolescente estaba tranquilo.

Yo no. Se tarda apenas un minuto en hacerse a la idea, cuando te dan la noticia de que hay alguien por ahí con la firme intención de matarte. Da miedo. No sólo el hecho de que se trate de tu muerte, cosa que da miedo por definición, y puedo dar testimonio del pánico que se siente cuando uno nota la muerte cercana, ya que en mi caso se trata de una experiencia repetida e inolvidable. Pero es que el asesinato no es una manera usual de morir.

—¿Sabe cómo me siento? —le dije—. ¡Culpable! Quiero decir, algo habré hecho de malo para que alguien quiera matarme.

—Exactamente, Mijnheer Broadhead. ¿Qué cree usted que puede haber sido?

—No tengo idea. Supongo que si dan con el hombre, darán con la respuesta. Me imagino que eso no debe ser tan difícil... Vamos, que habrá huellas dactilares o algo parecido, ¿no? Vi cámaras de reportajes, quizás alguien le sacara incluso una fotografía...

Suspiró.

—Por favor, Mijnheer, no trate de enseñarme a hacer mi trabajo. Todo eso se está teniendo presente, aparte de los densos interrogatorios a que se está sometiendo a quienes pudiesen haber visto al hombre, los análisis de sudor de la ropa y todos los demás sistemas de identificación. A mi entender, se trata de un profesional y, por consiguiente, dudo mucho que algo de lo que hagamos vaya a dar resultado. Así que mejor será enfocarlo desde otro ángulo. ¿Quiénes son sus enemigos y qué está haciendo en Rotterdam?

—Creo que no tengo enemigos. Rivales en los negocios, tal vez, pero ellos no asesinan a la gente —y como vi que seguía esperando pacientemente, proseguí—. En cuanto a qué estoy haciendo en Rotterdam, creo que es bien sabido. Entre mis intereses comerciales se hallan ciertas acciones que me permiten la explotación de algunos artefactos Heechees.

—Eso ya se sabe —me dijo algo menos tranquilo.

Me encogí de hombros.

—Por ello soy una de las partes en un proceso en el Palacio Internacional de Justicia.

El comisario abrió uno de los cajones de su escritorio, escudriñó algo en su interior, y lo cerró de golpe malhumorado.

—Mijnheer Broadhead —dijo—, ha tenido usted muchas reuniones aquí en Rotterdam no conectadas con ese proceso, sino, en cambio, con la cuestión del terrorismo. Al parecer, desearía usted que cesase.

—Eso lo queremos todos —pero el malestar que sentí en el vientre no era tan sólo por mis problemas intestinales. Y yo que pensaba que lo había llevado todo tan en secreto...

—Todos lo deseamos, pero usted está haciendo algo por ello, Mijnheer. Por lo

tanto, creo que tiene usted enemigos en estos momentos. Los mismos enemigos que tenemos todos. Los terroristas —se puso en pie y nos indicó la puerta—. En consecuencia, mientras se halle usted dentro de mi jurisdicción, me encargaré de que tenga protección policial. Después de esto, sólo me cabe rogarle precaución, puesto que creo que se halla en peligro debido a ellos.

—Lo estamos todos —dije.

—Sí, pero un tanto al azar. Mientras que usted es un caso particular en estos momentos.

Nuestro hotel había sido construido en la época de las vacas gordas para turistas amigos de hacer grandes gastos y para la adinerada jet-set. Las mejores habitaciones las habían decorado de acuerdo con sus gustos. Que no siempre coincidían con los nuestros. Ni Essie ni yo mismo éramos partidarios de las yacijas de paja sobre tablas de madera, pero la dirección del hotel sacó aquel mobiliario de nuestra habitación y nos puso la cama como nosotros queríamos. Grande y redonda. Estaba deseoso de sacarle un buen provecho. No así al vestíbulo del hotel, que era de un tipo de arquitectura que yo odiaba: corredores de acceso con arcadas, más fuentes que Versalles, con tantos espejos que cuando uno miraba hacia arriba tenía la impresión de estar en el espacio exterior. Gracias al buen hacer del comisario, o en cualquier caso gracias al policía que nos asignó para que nos escoltara, se nos ahorró todo aquello. Nos deslizaron a través de una de las puertas de servicio hasta un acolchado ascensor que olía a la comida del servicio, y de éste a nuestra planta, en la que se habían producido cambios en la decoración. Justo enfrente de la puerta de nuestra habitación había una Venus alada de mármol, junto a la balaustrada. Ahora estaba en compañía de un individuo de aspecto perfectamente corriente bajo su traje azul, que deliberadamente evitaba mi mirada. Miré al policía que nos escoltaba. Me sonrió con embarazo. Hizo un gesto de asentimiento a su colega de la balaustrada y cerró la puerta tras de nosotros.

Éramos un caso particular, de acuerdo.

Me senté y miré a Essie. Su nariz estaba todavía un poco hinchada, pero no parecía molestarle. Aun así:

—Tal vez deberías meterte en cama —sugerí.

Me miró con aire de tolerancia.

—¿Porque tengo la nariz hinchada, Robin? Qué bobo eres. ¿O es que te traes algo más interesante entre manos?

Es un merecido tributo a mi esposa reconocer que, en cuanto hubo mencionado el asunto, sin que ni mi entristecido ánimo ni mi colon se opusieran a ello, antes al contrario, una idea interesante surgió en mi mente. Es posible que piensen que después de veinticinco años de matrimonio, hasta el sexo empezara ya a parecer aburrido. Mi procesador de datos y amigo, Albert, me había enseñado experimentos hechos con animales de laboratorio que mostraban que el

proceso era inevitable. Se emparejaba a las ratas y se medía la frecuencia de sus apareamientos. Con el tiempo, se producía un acusado descenso de frecuencia. Aburrimiento. Entonces se llevaban a las hembras viejas y las cambiaban por otras. Las ratas se animaban y se ponían manos a la obra con renovados deseos. Se trataba de un hecho científico sólidamente fundado... para las ratas; pero me temo que, al menos en ese sentido, no soy una rata. De hecho, estaba disfrutando enormemente cuando, de pronto, alguien me clavó una daga en el vientre.

No pude evitarlo; grité.

Essie me echó a un lado. Se incorporó rápidamente, llamando a Albert en ruso. Obediente, su programa se materializó. Me echó una ojeada y asintió.

—Sí —dijo—, por favor, señora Broadhead, apoye la muñeca de Robin sobre el dispensario de la mesilla de noche.

Yo estaba doblado por la mitad, abrazándome contra el dolor. Por un momento pensé que iba a vomitar, pero lo que tenía en el estómago era demasiado malo para arrojarlo tan fácilmente.

—¡Haz algo! —gritó Essie frenética, mientras me apretaba contra su pecho desnudo al presionar con mi brazo sobre la mesilla.

—Lo estoy haciendo, señora Broadhead —dijo Albert, y lo cierto es que experimenté la súbita sensación de adormecimiento que se produjo cuando sus agujas introdujeron a la fuerza algo en mis venas. El dolor retrocedió y se hizo soportable—. No hay necesidad de que te alarmes antes de tiempo, Robin —dijo Albert con suavidad—, ni usted tampoco, señora Broadhead. Hace horas que había previsto este repentino ataque de dolor. No es más que un síntoma.

—Maldito programa arrogante —dijo Essie, que lo había programado—, ¿síntoma de qué?

—Del inicio del final del proceso de rechazo, señora Broadhead. No es crítico todavía, sobre todo teniendo en cuenta que le estoy administrando la medicación junto con los analgésicos. No obstante propongo que la operación se efectúe mañana.

Me sentía ya lo suficientemente bien como para sentarme al borde de la cama. Seguí con la punta de mi pie el dibujo de unas flechas que señalaban a la Meca, que algún magnate del petróleo tiempo atrás desaparecido y amigo de la ostentación había hecho grabar en el pavimento, y dije:

—¿Qué hay del nuevo tejido que va a hacer falta?

—Ya está arreglado, Robin.

Dejé de contraer el estómago a modo de prueba; no explotó.

—Tengo muchos compromisos para mañana —señalé.

Essie, que me había estado acunando tiernamente, dejó de hacerlo y suspiró.

—¡Qué hombre tan obstinado! ¿Por qué seguir posponiéndolo? Hace semanas que se te podía haber hecho el trasplante y toda esta situación absurda no sería necesaria.

—No quería —le expliqué—, y además, Albert me dijo que había tiempo.

—¡Que había tiempo! Si, claro que había tiempo. ¿Te parece que ésa es razón para andar tanteando con el tiempo hasta que, oh, vaya, lo siento, de repente pasa lo que nadie se esperaba y se acabó el tiempo y te mueres? ¡Me gustas cálido y vivo, Robin, no convertido en un programa Vida Nueva!

La rocé con mi nariz y mi pecho.

—¡Qué hombre tan desagradable! ¡Déjame estar! —me espetó, pero lo cierto es que no se separó un milímetro—. ¿Te encuentras mejor ya?

—Mucho mejor.

—¿Lo bastante como para discutirlo con calma y hacer la reserva en el hospital?

Susurré en su oído:

—Essie, te aseguro que lo haré, pero no en este preciso instante, porque, si no recuerdo mal, tú y yo tenemos un asunto pendiente. No con Albert. Así que, por favor, desaparece, mi querido amigo.

—Desde luego, Robin. —Sonrió y desapareció.

Sonrió y desapareció. Pero Essie me mantuvo separado de ella, y me miró con detenimiento durante un buen rato antes de mover negativamente la cabeza.

—Robin —dijo—, ¿es que quieres que te convierta en un programa Vida Nueva?

—En absoluto —le contesté—, y, es más, no es de eso de lo que quiero hablar en este preciso instante.

—¡Hablar! —se mofó—. Ya sé yo cómo hablas... En fin, todo lo que quería decirte es que, si tengo que hacerlo, Robin, apuesta lo que quieras a que, como programa, te voy a hacer muy diferente a como eres.

Menudo día había sido aquél. No es de extrañar que por eso no recordara ciertos detalles de escasa importancia. Mi programa secretarial sí los recordaba, y por esa razón, algunos de aquellos detalles me vinieron a la mente cuando se abrió la puerta de servicio que daba con el gabinete del mayordomo y apareció una procesión de camareros con la comida. No para dos, sino para cuatro.

—Oh, Dios mío —dijo Essie, golpeándose la frente con el dorso de la mano—. Ese pobre amigo tuyo con cara de rana, Robin, ¡lo habías invitado a comer! ¡Mira qué aspecto tienes! ¡Sentado descalzo y en calzoncillos! De lo más *nekulturny*, Robin. ¡Ve a vestirte inmediatamente!

Me levanté, porque no tenía objeto discutir, pero discutí de todas formas:

—Pues si yo estoy en calzoncillos, mira que eres tú...

Me dirigió una mirada penetrante. La verdad es que no iba en paños menores; llevaba puesta una de esas cosas chinas que se abrochan a un lado. Lo mismo me parecía un vestido que una bata, y ella lo llevaba a veces como lo uno o a veces

como lo otro.

—Siempre se considera adecuado lo que lleva puesto un premio Nobel —me dijo en tono de reproche—. Además me he duchado, y tu no, así que dúchate, porque hueles a actividad sexual y... —añadió, prestando atención a un ruido que se oyó junto a la puerta—: ¡santo dios, me parece que ya están aquí!

Me dirigí al baño mientras ella lo hacía a la puerta, y me detuve lo justo para alcanzar a oír sonidos de voces que discutían. El menos experto de los camareros del servicio de habitaciones estaba escuchando, él también, con el ceño fruncido y la mano puesta automáticamente sobre el bulto que su axila ocultaba.

Suspiré, dejé el asunto en sus manos y me metí en el baño.

De hecho, no se trataba de un baño. El solito formaba una suite de baño. En la bañera había sitio de sobra para dos personas. A lo mejor cabían tres o cuatro, pero yo no tenía en mente un número superior a dos... aunque me hizo pensar en los gustos de los antiguos clientes árabes. En la bañera había luces semiocultas; a su alrededor, estatuas que vertían agua caliente o fría; sobre el suelo, a lo largo y ancho, una alfombra de frondoso rizo. Todas esas cosas vulgares como los lavabos estaban alojados en sus propios y decorados cubículos, aparte. Era raro, pero era agradable.

—Albert —le llamé mientras me pasaba una camisa por encima de la cabeza.

—¿Sí, Robin?

No había video en el baño, sólo su voz. Le dije:

—Me gusta esto. Mira si puedes conseguir los planos para instalar uno parecido en la residencia del mar de Tappan.

—Por supuesto, Robin —me dijo—; pero, ¿me permites recordarte que tus invitados te están esperando?

—Sí que puedes, y a lo has hecho...

—Y también que te diga que no debes extralimitarte. La medicación que te he suministrado tiene un efecto pasajero, así que...

—Desaparece —le ordené, y entré en el salón principal para recibir a mis invitados. Habían preparado una mesa con vajilla de porcelana y cristalería fina, con velas encendidas, el vino en la cubitera y los camareros esperando solícitos. Includo el del bulto debajo del sobaco—. Siento haberos hecho esperar —les dije sonriéndoles—, pero ha sido un día duro.

—Ya se lo he dicho —me informó Essie mientras le tendía un plato a la joven oriental—. He tenido que hacerlo por culpa de ese estúpido policía de la puerta que los había tomado también por terroristas.

—He intentado hacérselo entender —masculló Walthers—, pero no hablaba una palabra de inglés. La señora Broadhead ha tenido que encargarse de él. Es una suerte que hable usted holandés.

—Hablar holandés, hablar holandés —dijo encogiéndose graciosamente de

hombros—, lo mismo da con tal de hablar bien alto. Además —continuó informándonos—, se trata sólo de un estado mental. Dígame, Capitán Walthers, si usted le dice algo a alguien y no lo entiende, ¿qué piensa usted?

—Bueno, pues que lo he dicho mal.

—¡Ajá! Exactamente. Pues yo, lo que creo es que no me han entendido bien. Ésa es la regla de oro para aprender idiomas.

Me acaricié el estómago.

—¿Qué tal si comemos algo? —dije, mientras los guiaba a la mesa. Pero no me había pasado desapercibida la mirada de Essie, por lo que me esforcé por parecer educado—. Tenemos un aspecto más bien tristón —dije gentilmente, advirtiendo que Walthers llevaba el brazo vendado y el moretón del ojo de Yee-xing y la nariz todavía enrojecida de Essie—. Parece como si os hubieseis estado pegando, ¿eh?

Al final, aquel comentario resultó de un tacto más bien escaso, al informarme Walthers al poco de que así había sido, bajo la influencia del TTP de los terroristas. Nos pusimos a hablar de los terroristas durante un rato. Y a continuación, del estado al que había llegado la humanidad. No era una conversación animada, sobre todo porque a Essie le dio por ponerse filosófica.

—Qué cosa tan despreciable es un ser humano —sentenció, y acto seguido, rectificó—: No, soy injusta. Un ser humano puede ser muy agradable, como nosotros cuatro aquí sentados en estos momentos. No es perfecto. Pero sobre una base estadística del, digamos, ciento por ciento, tan sólo en un veinticinco por ciento de ocasiones en que poder hacerlo, se mostraría amable, altruista y honrado, en fin, todas esas virtudes que los humanos apreciamos tanto. Pero, ¿y las naciones? ¿Y los grupos políticos? ¿Y los terroristas? —Sacudió la cabeza—. Sobre esa misma base estadística, un cero por ciento. O tal vez en un uno por ciento, pero en ese caso, podéis estar seguros, habrá alguna carta escondida en la manga. Tengo la impresión de que la malicia es proporcional al número de individuos. Quizás haya tan sólo un granito en cada ser humano. Pero elevad esa cantidad a, digamos, unos diez millones de seres humanos por cada nación, y el resultado es una maldad suficiente como para echar el mundo a perder.

—Estoy listo para tomar el postre —dije, haciendo una señal a los camareros.

Cualquiera podría pensar que la indirecta era lo bastante clara, sobre todo si tenemos en cuenta que ya sabían que habíamos tenido un día especialmente duro, pero Walthers era testarudo. Siguió con lo mismo durante el postre, y entre una cosa y otra empezaba a encontrarme bastante incómodo, no sólo a causa de mi estómago.

Essie dice que no tengo paciencia con la gente. Tal vez sea cierto. Los amigos con los que mejor me encuentro suelen ser programas computerizados, más que gente de carne y hueso, y no hay peligro de herir sus sentimientos... bueno, no estoy seguro de que eso sea cierto en el caso de Albert. Pero lo es, por ejemplo,

en el caso de mi programa secretarial o en el de mi programa culinario. La verdad es que me estaba impacientando con Audee Walthers. Su vida era como un mal serial televisivo. Había utilizado el equipo de la *S. X.* sin autorización, con la connivencia de Yee-xing, y había logrado que la despidieran. Se había quedado sin blanca al venir a Rotterdam. No especificó la razón, pero estaba claro que tenía que ver conmigo.

Bueno, no es que me disguste «prestar» dinero a un amigo que está pasando una mala racha, pero, la verdad, no estaba de humor. No se trataba simplemente del susto de Essie ni de lo desastroso del día, ni tampoco la punzante preocupación de que cualquier individuo armado pudiera querer matarme. Mi estómago me estaba incordiando. Finalmente les dije a los camareros que recogieran la mesa, por más que Walthers anduviera por la cuarta taza de café. Me dirigí súbitamente a la mesa de los licores y los cigarros y me lo quedé mirando mientras continuaba.

—¿De qué se trata, Audee? —le dije ya sin más miramientos—. ¿Dinero? ¿Cuánto necesitas?

¡Menuda mirada me lanzó! Vaciló, mientras veía como el último de los camareros desaparecía por la puerta, y entonces me lo dijo:

—No se trata de lo que yo necesite —dijo con voz trémula—, sino de lo que usted quiera darme a cambio de algo que yo tengo y que usted quiere. Es un tipo con mucha pasta, Broadhead. Quizá le importe un comino la gente que pierde el culo por usted, pero he cometido ese error ya dos veces.

No me gusta que se me recuerde que debo un favor, pero no tuve la oportunidad de decir nada. Janie Yee-xing puso delicadamente su mano sobre la muñeca rota de él.

—Dile simplemente qué es lo que tenemos —le ordenó.

—¿Que me diga el qué? —pregunté, y el muy hijo de perra se encogió de hombros y me dijo de la misma manera en que hubiera podido decirme que había encontrado las llaves de mi coche sobre la alfombra:

—Bueno, lo que tengo que decirle es que he encontrado lo que creo que es un Heechee vivo y real.

DIOS Y LOS HEECHEES

He encontrado un Heechee... Tengo un fragmento de la Verdadera Cruz... Hablé con Dios, literalmente, lo hice. Todas estas afirmaciones son del mismo estilo. Uno no las cree, pero le asustan. Y luego, si uno descubre que son verdad, o si no consigue estar seguro de que no lo son, entonces hay que recurrir al milagro y al terror hasta la muerte. Dios y los Heechees. Cuando era pequeño apenas los diferenciaba e incluso cuando crecí, la confusión persistió.

Pasaba de medianoche cuando finalmente me decidí a dejarles marchar. Pero para entonces les había sacado bien el jugo. Tenía en mi poder el panel de datos que ellos habían sustraído de la *S. Yá*. Había invitado a Albert a intervenir en la conversación para que hiciese cuantas preguntas pudiese inventar su fértil mente digital. Me sentía bastante podrido y raído, y hacía ya rato que había pasado el efecto de la anestesia, pero no podía irme a dormir. Essie anunció firmemente que si estaba dispuesto a matarme con un exceso de ejercicio, al menos se quedaría levantada para disfrutar del espectáculo, y en cuanto se quedó dormida sobre la cama, llamé a Albert otra vez.

—Un detalle financiero —le dije—. Walthers ha dicho que había rechazado un millón de dólares en bonos para darme esto a mí, así que haz una transferencia de, ah, dos millones a su cuenta ahora mismo.

—Ahora mismo, Robin. —Albert Einstein nunca tiene sueño, pero cuando quiere indicar que es más tarde que mi hora de acostarme, es perfectamente capaz de bostezar y desperezarse—. Debería recordarte, sin embargo, que tu estado de salud...

Le dije lo que podía hacer con mi estado de salud. Luego le dije lo que podía hacer con su idea de meterme en el hospital al día siguiente. Tendió sus manos con gracia.

—Tú eres el jefe, Robin —dijo humildemente—. Sin embargo, he estado pensando.

No es cierto que Albert Einstein no pase tiempo pensando. Como se mueve a velocidades de partícula nuclear, el tiempo invertido no resulta perceptible para seres de carne y hueso como yo. A menos de que a él le interese que se note,

para conseguir un efecto más dramático.

—Suéltalo ya, Albert. Dilo de una vez.

Se encogió de hombros.

—Es sólo que, en tu precario estado de salud, no me gusta verte excitado sin justificación.

—¡Justificación! ¡Por Dios, Albert! A veces actúas como una máquina estúpida. ¿Qué mejor razón podría tener que haber encontrado un Heechee vivo?

—Sí —dijo, fumando su pipa juiciosamente, y cambió de tema—. Por las lecturas de sensores que estoy recibiendo, Robin, creo que debes estar sufriendo un dolor considerablemente agudo.

—Qué listo eres, Albert.

La realidad de todo aquello era que a la batidora que tenía en mi vientre se le habían alterado las marchas. En aquellos momentos una cuchilla afilada estaba haciendo puré mi intestino, y cada giro que hacía me producía un nuevo dolor.

—¿He de despertar a la señora Broadhead e informarla?

El mensaje estaba en clave. Si despertábamos a Essie para decirle algo semejante, el resultado sería que me echaría sobre la cama, acudiría a los programas médicos y haría que se me aplicasen todas las curas y tratamientos que el Certificado Médico Completo pudiese ofrecer. A decir verdad la idea empezaba a parecerme atractiva. El dolor me daba más miedo que la muerte. La muerte era algo por encima de lo que se podía pasar, mientras que el dolor siempre me parecía interminable.

¡Pero no en aquellos precisos momentos!

—De ninguna manera, Albert —dije—, por lo menos no hasta que me digas lo que te estás callando. ¿Estás tratando de decirme que se me ha pasado algo por alto? De ser así, dime qué.

—Sólo al nombrar, calificar, la percepción de Audee Walthers como de Heechee —contestó, rascándose la mejilla con el mango de su pipa.

Me incorporé de golpe y hube de llevarme una mano a estómago, puesto que el repentino movimiento no había sido una buena idea.

—¿Y puede saberse qué otra cosa podría ser, Albert?.

Albert contestó solemnemente:

—Repasemos las evidencias. Walthers ha dicho que la inteligencia que percibí parecía estar frenada, casi parada. Esto concuerda con la hipótesis de que es Heechee, puesto que se cree que están en un agujero negro, en los que el tiempo transcurre más lentamente.

—Bien. Entonces, ¿por qué...?

—Segundo. Los detectó en el espacio interestelar. Esto también parece congruente, pues se sabe que los Heechees tienen esa habilidad.

—¡Albert!

—Por último —dijo con calma, haciendo caso omiso del tono de mi voz—, se

detectó una forma de vida inteligente, y aparte de nosotros mismos —me guiñó un ojo— o, diría mejor aparte del género humano, los Heechees son la única forma de vida inteligente que se conoce. Sin embargo —dijo afablemente— el duplicado del diario de vuelo que nos ha traído Walthers nos produce serias dudas.

—Acaba de una vez, ¡maldito seas!

—Por supuesto, Robin. Deja que te muestre los datos —se hizo a un lado dentro de su marco holográfico, y apareció una carta de navegación. En ella se veía una lejana y pálida mancha, y a lo largo del margen derecho danzaban símbolos y cifras—. Fíjate en la velocidad, Robin. Mil ochocientos kilómetros por segundo. Ésa no es una velocidad imposible para algo natural, digamos una condensación producida por las ondas frontales de una supernova. Pero ¿te parece normal en una nave Heechee? ¿Por qué estaría yendo tan despacio? ¿Y tu crees verdaderamente que eso parece una nave Heechee?

—No parece nada en absoluto, ¡por el amor de Dios! Es sólo una cosa borrosa. Y además está lejísimos. No puede decirse nada.

La pequeña figura de Albert asintió desde uno de los lados de la carta.

—No, a juzgar por lo que se ve —admitió—, no. Pero he conseguido ampliar la imagen. Hay, por supuesto, otro aspecto negativo. Si ciertamente el original está en un agujero negro...

—¿Qué?

Fingió no haberme entendido.

—Estaba diciendo que la hipótesis de que la fuente o el origen se halle en un agujero negro no es compatible con la ausencia total de rayos gamma o X en aquella región, pues presumiblemente los habría como consecuencia de la caída al interior de polvo y gas.

—Albert —dije yo—, ¡a veces llegas demasiado lejos!

Me dirigió una mirada de honda preocupación. Sé bien que esas miradas o sus presuntos olvidos no son más que pequeñas contribuciones para lograr un mejor efecto. No reflejan ninguna realidad específica, particularmente cuando me mira fijo a los ojos. Los holográficos ojos de Albert no ven más que los ojos de una fotografía. Si me siente, y seguramente puede hacerlo a la perfección, es a través de lentes de cámaras, y de impulsos ultrasónicos y precisadores térmicos de imágenes, ninguno de los cuales se halla alojado en los ojos de la imagen de Albert. Pero hay momentos, a pesar de todo, en que esos ojos parecen llegar al fondo de mi alma.

—Quieres creer que son Heechees, ¿verdad Robin? —me preguntó suavemente.

—¡No es asunto tuyo! ¡Muéstrame la ampliación de esa imagen!

—Muy bien.

La imagen se moteó... se vetó... y se aclaró; y me encontré mirando a una inmensa libélula. Casi era más grande que la pantalla de Albert. Muchas de sus

transparentes alas podían adivinarse tan sólo por las muchas estrellas que oscurecían. Pero en el lugar donde se reunían todas las alas había un objeto cilíndrico con puntos de luz que brillaban en su superficie, y parte de aquella luz salía de las mismas alas.

—¡Es un velero! —conseguí articular.

—Sí. Un velero —asintió Albert—. Una nave espacial fotónica. Su único sistema de propulsión es la presión de la luz sobre sus alas desplegadas.

—Pero Albert... Albert, con eso no se debe llegar nunca.

Asintió.

—En términos humanos, sí, es una buena descripción. A su velocidad estimada, un viaje desde, digamos, la Tierra a la estrella más próxima, Alfa Centauro, duraría unos seiscientos años.

—¡Dios mío! ¿Seiscientos años en esa cosa tan pequeña?

—No es pequeña, Robin —me corrigió—. Quizás esté más lejos de lo que tú crees. Mis datos de situación son sólo aproximados, pero mi estimación de la distancia entre punta y punta de ala es de como mínimo cien mil kilómetros.

Sobre la cama de damascos Essie resopló, cambió de postura abrió los ojos para mirarme y me dirigió la palabra en tono acusador:

—¿Aún despierto? —y volvió a cerrar los ojos, sin haberse despertado por completo en ningún momento.

Me recosté, y la fatiga y el sudor se adueñaron de mí.

—Me gustaría estar dormido —dije—. Necesito dejar madurar todo esto durante un tiempo antes de meterme de lleno en ello.

—Claro, Robin. Te diré lo que yo sugiero —dijo Albert con aire astuto—. No cenaste demasiado, así que ¿por qué no te hago un poco de ese delicioso puré de guisantes, o quizá sopa de mariscos?

—Ya sabes qué es lo que me hace dormir a mí, ¿no? —le dije casi riéndome, feliz por haber conseguido que mis pensamientos regresasen a lo mundano—. ¿Por qué no?

Así pues, regresé al comedor. Dejé que Albert se encargase de prepararme un buen ron caliente, y el propio Albert apareció en el marco de la PV junto al aparador para hacerme compañía.

—Muy agradable —le dije al acabarlo—. ¿Qué tal si tomamos otro antes de comer?

—Por supuesto, Robin —dijo jugueteando con el mango de su pipa—. ¿Robin?

—¿Sí? —le contesté, alargando la mano para alcanzar la copa.

—Robin —tímidamente—, tengo una idea.

Estaba de buen ánimo para escuchar ideas, así que arqueé un poco una de mis cejas como señal de que podía seguir hablando.

—Walters me lo sugirió: Institucionaliza lo que hiciste por él. Otorga premios anuales. Como los premios Nobel, o las gratificaciones científicas de Pórtico. Seis

premios al año, cada uno de cien mil dólares, cada uno para alguien en un particular campo de la ciencia o el descubrimiento. He preparado un presupuesto —se hizo a un lado y miró hacia un punto concreto del marco donde apareció un claro prospecto— en el que muestro que para un desembolso simbólico de seiscientos mil al año, de los que casi todo se recuperaría a través del ahorro en los impuestos y la participación de un tercero...

—Alto ahí, Albert. No me hagas de contable. Límitate a ser mi asesor científico. ¿Premios para qué?

—Para ayudar a resolver los enigmas del universo —respondió simplemente.

Me recosté y me despecé, sintiéndome muy relajado y reconfortado.

—Oh, demonios, Albert. Claro que sí. Continúa. ¿Todavía no está esa sopa?

—Ahora mismísimo —respondió prestamente, y así fue. Hundí la cuchara en ella. Era sopa de marisco. Espesa. Blanca. Con mucha nata.

—De todas maneras no acabo de verle la finalidad —proseguí.

—Información, Robin —dijo él.

—Pero yo pensaba que tú tenías todo ese tipo de información.

—Pues claro que sí, en cuanto la publican. Tengo un programa de búsqueda y recopilación de datos que funciona permanentemente, con más de cuarenta y tres mil temas, y en cuanto algo sobre, por ejemplo, transcripción de lenguaje Heechee aparece sea donde sea pasa a formar parte de mi archivo automáticamente. Pero yo quiero todo eso antes de que se publique, e incluso si no se publica. Como el descubrimiento de Audee, ¿entiendes? Los ganadores serían seleccionados por un jurado; me encantaría ayudarte a seleccionar el jurado. Y he propuesto seis áreas de investigación.

Asintió con la cabeza en dirección a la pantalla; el presupuesto desapareció y fue reemplazado por una clara tabulación:

1. Traducción de comunicación Heechee.
2. Observaciones e interpretaciones de la « Pérdida de Masa » .
3. Análisis de tecnología Heechee.
4. Mejora del terrorismo.
5. Mejora de tensiones internacionales.
6. Prolongación de la vida con fines altruistas.

—Todas parecen muy atractivas —le comenté aprobadoramente—. La sopa también está muy bien.

—Sí —respondió—, a los chefs se les da muy bien seguir instrucciones —le miré algo somnoliento. Su voz parecía más suave, no, la palabra quizás sea dulce, que antes. Bostecé, intentando no cerrar los ojos.

—¿Sabes, Albert? —le dije—, no lo había notado antes, pero te pareces un poco a mi madre.

Bajó un poco su pipa y me miró comprensivamente.

—No te preocupes por eso —dijo—. No hay nada por lo que debas preocuparte.

Le miré con un placer somnoliento.

—Supongo que tienes razón —concedí—. Tal vez no es a mi madre a quien te pareces; esas cejas...

—No importa, Robin —dijo amablemente.

—No, ¿verdad? —convine yo.

—A lo mejor tendrías que irte a dormir —concluyó él.

Y me pareció una idea tan buena que eso hice. No en seguida. Sin sobresaltos. Lenta y suavemente; me eché medio despierto y me sentí absolutamente cómodo y absolutamente relajado, sin saber dónde comenzaba mi vigilia o mi somnolencia. Me sentía en medio de una ensoñación, en ese estado en el que uno sabe que se está quedando dormido y no le importa, y el cerebro vaga en libertad. Oh, sí, mi cerebro vagó. Hasta muy lejos. Deambulé por el universo con Wan, alcanzando y entrando en un agujero negro tras otro en busca de algo muy importante para él, y también muy importante para mí, aunque yo no sabía por qué. En todo aquello surgía un rostro que no era el de Albert, ni el de mi madre, ni siquiera el de Essie, el rostro de una mujer de espesas cejas negras...

« ¡Vaya », pensé complacido por la sorpresa, « el hijo de perra me ha drogado! ».

Y mientras tanto, la enorme Galaxia giraba y diminutas partículas de materia orgánica empujaban a otras partículas de metal y cristales ligeramente menos pequeñas por entre las estrellas, a través del espacio; y los diminutos extremos de materia orgánica experimentaban dolor, desolación, terror y gozo en todas sus variadas formas; pero yo continué dormido sin que me importase lo más mínimo. Entonces.

LAS PENAS DEL AMOR

Una pequeña porción de materia orgánica llamada Dolly Walthers estaba ocupada experimentando todos estos sentimientos —todos menos el gozo— y otros tales como el resentimiento y el aburrimiento en buena medida. En particular, el aburrimiento, excepto en aquellos momentos en que el sentimiento que dominaba su pequeño y apenado corazón era el terror. Más que ninguna otra cosa, el interior de la nave de Wan era como una cámara de una fábrica totalmente automatizada en la que se hubiese dejado un espacio mínimo para que los seres humanos pudiesen arrastrarse hasta allí para hacer reparaciones. Incluso la brillante espiral dorada que formaba parte del sistema Heechee de conducción era apenas visible; Wan la había rodeado de armarios para almacenar comida. Los enseres personales de Dolly, que consistían básicamente en sus muñecos y provisiones de tampones para seis meses, fueron amontonados en un armarito del pequeño aseo. El resto del espacio le pertenecía a Wan. No había mucho que hacer, ni sitio para hacerlo. Un posible modo de pasar el tiempo era leer. Las únicas cintas que poseía Wan y que eran verdaderamente legibles eran casi todas historias para niños, grabadas para él, según dijo, cuando era pequeño. A Dolly le resultaban extremadamente aburridas, aunque no tanto como el no hacer nada en absoluto. Incluso lavar y cocinar no era tan aburrido como estar sin hacer nada, pero las oportunidades eran limitadas. Algunos olores de guisos hacían salir corriendo a Wan hacia la plataforma de aterrizaje o, con mayor frecuencia, a enfadarse y tomarla con ella. Hacer la colada resultaba fácil, pues tan sólo tenían que introducir sus prendas en una especie de olla a presión que hacía pasar vapor caliente por ellas, pero cuando se secaban, aumentaba la humedad del aire y aquello también era motivo de nuevas riñas y broncas. Él nunca llegó a ponerle la mano encima —bueno, sin contar lo que él seguramente consideraba parte del juego amoroso—, pero la asustaba mucho.

No la asustaba tanto como los agujeros negros que visitaban, uno tras otro. También le daban miedo a Wan. Pero el miedo no le impedía continuar; simplemente le hacía más insoportable a nivel de convivencia.

Cuando Dolly se dio cuenta de que toda aquella loca expedición no era más

que una inútil búsqueda del tiempo atrás desaparecido, y seguramente tiempo atrás fallecido, padre de Wan, sintió verdadera ternura por él. Deseaba que él le permitiese expresarla. Había veces en que, especialmente después de mantener relaciones sexuales, especialmente en las raras ocasiones que él no se quedaba dormido de inmediato o en las que no la apartaba de su lado con algún comentario hiriente o imperdonable, había ocasiones, como digo, en que al menos durante unos minutos permanecían abrazados el uno al otro en silencio. Entonces ella sentía un gran deseo de poder establecer un contacto humano con él. Había veces en que ella deseaba colocar sus labios junto al oído de Wan y susurrarle: «Wan, ya sé cómo te sientes con respecto a tu padre. Ojalá pudiese ayudarte».

Pero, por supuesto, nunca osaba hacerlo.

La otra cosa que nunca se atrevía a decirle era que, en su opinión, iba a matarles a los dos. Hasta que llegaron al octavo agujero y a ella no le quedó elección. Incluso a dos días de distancia de él —dos días viajando a mayor rapidez lumínica, casi a un año luz de distancia— parecía diferente.

—¿Por qué tiene ese aspecto? —preguntó ella.

Pero Wan, que ni siquiera se dignó darse la vuelta mientras ella se colocaba delante de la pantalla, sólo respondió lo que ella esperaba:

—Cállate —y siguió parlotando con sus Hombres Muertos. Cuando se dio cuenta de que ella no sabía hablar ni español ni chino, se dedicó a hablar con ellos abiertamente delante de ella, pero en un idioma que ella no entendía.

—No, por favor, cariño —dijo sintiendo un extraño dolor en el estómago—. ¡Esto está todo equivocado!

No hubiese podido explicar por qué había dicho «equivocado». El objeto que se veía en la pantalla era muy pequeño. No aparecía muy claro, y se movía en la pantalla. Pero no había rastro de los rápidos destellos de energía que a veces se producían al caer materia en los agujeros negros y destruirse. Sin embargo, algo llamaba la atención. Una radiación azulada que desde luego no era negra.

—Pah —dijo Wan, sudando; y, como él también estaba asustado, ordenó—: Dile a la zorra lo que quiere saber. En inglés.

—¿Señora Walthers? —la voz parecía débil e insegura; claro que era la voz de una persona muerta, si era de una persona—. Le estaba explicando a Wan que esto es lo que se llama una singularidad. Eso significa que no está rotando, por lo que no es exactamente negro. ¿Wan? ¿Lo has comparado con las cartas Heechees?

Wan lanzó un gruñido.

—Claro que sí, idiota, iba a hacerlo ahora. —Pero le temblaba la voz cuando puso las manos sobre los mandos. Junto a la primera imagen, se formó una más. Era el objeto azulado y nebuloso. Y allí, en la otra mitad de la pantalla, el mismo objeto, con un montón de brillantes y cortas líneas rojas y centelleantes círculos

verdes.

El Difunto habló con satisfacción lúgubre:

—Es un objeto de peligro, Wan. Los Heechees lo calificaron así.

—¡Maldito idiota! ¡Todos los agujeros negros son peligrosos! —le hizo un gesto con la mano a su interlocutor y se volvió hacia Dolly con rabia y desprecio—. ¡Tú también estás asustada! —acusó y salió a grandes zancadas hacia la plataforma de aterrizaje donde estaban todos aquellos chismes robados y espantosos.

A Dolly no le sirvió de consuelo ver que él también estaba temblando. Se quedó esperando, mirando inútilmente a la pantalla, a que Wan regresase de su exploración con el TTP. Tuvo que esperar bastante, porque el TTP no trabajaba a distancias interestelares; se quedó dormida a ratos y luego se asomó a la plataforma para ver a Wan inmóvil, agazapado junto a la brillante malla y la coraza de brillo diamantino, y se volvió a dormir.

Estaba durmiendo cuando sus sueños fueron interrumpidos por el navajazo de la turbada mente de Wan a través del TTP, y tan sólo medio dormida cuando él mismo entró en la cabina y se plantó frente a ella.

—¡Una persona! —dijo precipitadamente, parpadeando por las gotas de sudor que le resbalaban por la frente y caían a sus ojos—. ¡Ahora tengo que conseguir entrar!

Y mientras, yo estaba soñando con un profundo agujero que gravitaba y un tesoro escondido en él. Mientras Wan estaba preparando sus artefactos, sudando de terror, yo sudaba por el dolor. Mientras Dolly miraba fijamente el fantasmagórico objeto azul de la pantalla yo estaba mirando el mismo objeto. Ella no lo había visto nunca antes. Yo, sí. Tenía una foto suya sobre mi cama, y la había tomado en un momento en que me sentía más dolorido y me encontraba más desorientado. Intenté incorporarme, pero la mano firme y suave de Essie me empujó hacia atrás.

—Todavía sigues conectado a algunos monitores, Robin —me regañó—. No debes moverte demasiado.

Estaba en la pequeña habitación que habíamos construido sobre la casa del mar de Tappan cuando empezó a parecerme demasiado jaleo ir a alguna clínica cada vez que uno de nosotros necesitaba reparaciones.

—¿Cómo he llegado aquí? —logré preguntar.

—En avión, ¿cómo si no? —se inclinó sobre mí para mirar algo en la pantalla que había encima de mi cabeza y asintió.

—Me han operado —deduje—. Ese hijo de perra de Albert me dejó fuera de combate. Y tú me trajiste mientras aún estaba bajo los efectos.

—¡Qué listo! Sí. Ya ha pasado todo. El doctor dice que te repondrás pronto, el dolor de estómago todavía seguirá durante un tiempo por los casi dos metros y medio de intestino nuevo. Ahora, come algo y luego duerme un poco.

Me eché hacia atrás mientras Essie discutía con el programa culinario y miré fijamente a la gráfica. Estaba allí para recordarme, por más desagradable que fuese cuanto me estuviesen haciendo para mantenerme con vida, que habían habido veces peores todavía, pero no era aquello lo que me sugería. Lo que estaba recordándome era una mujer que yo había perdido. No diré que hacía años que no pensaba en ella, porque no sería cierto. Pensaba en ella a menudo, sólo como un recuerdo algo remoto, pero en aquellos momentos me encontré pensando en ella como persona.

—Es la hora —dijo Essie alegremente— para tomar caldo de pescado.

Y por Dios que no estaba bromeando: eso era, con un olor repugnante, pero, según ella, con todas las cosas que me hacían falta y podía tolerar dadas mis circunstancias. Y mientras, Wan estaba pescando en el agujero negro con la sofisticada y complicada maquinaria Heechee; y mientras, acababa de ocurrírseme que la comida repugnante que yo estaba comiendo contenía algo más que medicinas; y mientras, la sofisticada maquinaria estaba llevando a cabo una tarea independiente de la que Wan no tenía noticia; y mientras, yo me obligaba a mí mismo a estar lo suficientemente despierto como para preguntarle a Essie cuánto tiempo había estado dormido, y cuánto más tiempo lo estaría, y ella me respondía «Bastante en ambos casos, querido Robin» y yo me quedaba dormido de nuevo.

La tarea extra a realizar ahora era la notificación, pues de todos los artefactos Heechees, el disruptor de orden de sistemas lineales era el que más preocupaba a los Heechees. Si no se usaba correctamente, y eso era lo que les asustaba, podía alterar su propio orden de forma decisiva y desagradable, y por ello cada uno contaba con su propio sistema de alarma.

Cuando tenemos miedo de que nos ataquen en la oscuridad, ponemos trampas; una hilera de latas que suenan al ser movidas, o algo que pueda caer sobre la cabeza del intruso, lo que sea. Y no hay mayor oscuridad que la que queda entre las estrellas, así que los Heechees colocaron sus propios centinelas para dar la voz de alarma. Las trampas que habían puesto eran numerosas, flexibles y muy, muy potentes. Cuando Wan desplegó su disruptor, éste transmitió de inmediato, y de inmediato el oficial de comunicaciones lo puso en conocimiento del Capitán.

—El extraño lo ha hecho —dijo el oficial contrayendo sus músculos.

El Capitán lanzó una exclamación biológica. No significaría mucho traducida, puesto que se refería al acto de la copulación sexual en un momento en que la hembra no estaba enamorada. El Capitán no lo dijo por su sentido técnico. Lo dijo porque era violentamente obsceno, y era lo único que podía aliviar sus sentimientos. Cuando vio que Dosveces se movía nerviosa al inclinarse sobre su panel de control remoto, se arrepintió instantáneamente.

El Capitán tenía la mayor parte de las preocupaciones, porque era el Capitán,

pero era a Dosveces a quien le correspondía la mayor parte del trabajo. Estaba operando tres objetos a la vez: la nave comando a la que estaban a punto de transbordar, el carguero en el que iba a esconder su propia nave, y una nave especial en el sistema planetario de la Tierra, que tenía por misión vigilar todas las transmisiones y localizar todos los artefactos. Y no estaba en las debidas condiciones para realizar nada de esto. Le había llegado el momento de amar, corría por sus venas, el programa biológico estaba en marcha, y su cuerpo había madurado para aquello. No tan sólo su cuerpo. La personalidad de Dosveces maduraba y se suavizaba. El esfuerzo que se veía obligada a realizar para guiar sus naves con un cuerpo y un sistema nervioso que sólo estaban listos para una temporada de preocupante actividad sexual era una tortura. El Capitán se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella no respondió, y eso ya era bastante respuesta.

El Capitán suspiró y se volvió hacia el siguiente problema:

—¿Y bien, Zapato?

El oficial de comunicaciones tenía un aspecto parecido al de Dosveces.

—Ha sido posible mantener una serie de intercambios conceptuales, pero el programa de traducción dista mucho de ser completo, Capitán —informó.

El Capitán se pellizcó las mejillas. ¿Había algo inesperado, ilógico, que pudiera salirles mal y que aún no hubiera ocurrido? Aquellas comunicaciones no eran sólo peligrosas por el mero hecho de existir, sino porque se hacían en varios idiomas. ¡Varios! No sólo en dos, como parecía lógico admitir en el esquema Heechee. No sólo en el Lenguaje de los Actos y el Lenguaje de los Sentimientos, como hablaban los Heechees, sino en otras muchas lenguas que resultaban incomprensibles entre sí. Su dolor se hubiese mitigado un tanto si, al menos, hubiese podido saber qué decían.

¡Tantas preocupaciones y problemas! Y no sólo ver que Dosveces se debilitaba cada hora que pasaba y estaba más distraída, o saber que alguna criatura que no era Heechee estaba activando los mecanismos que perforaban los agujeros negros; la mayor preocupación del Capitán en aquellos momentos era saber si sería capaz o no de resolver todos aquellos retos en cascada. Mientras, había un trabajo pendiente. Localizaron el velero y establecieron contacto sin problemas. Enviaron un mensaje a su tripulación, pero, inteligentemente, no esperaron respuesta. La nave comando, despertada de su largo sueño que había durado milenios, apareció en el momento previsto. Se trasladaron, precinto a precinto, a la nave mayor y más potente. Aquello se desarrolló también sin prácticamente ningún contratiempo, aunque Dosveces, jadeando y gimiendo mientras corría de panel a panel, estuvo bastante lenta para asumir sus funciones con los controles remotos de la nueva nave. Aunque ello no causó ningún daño. Asimismo, la burbuja de la pesada nave de carga apareció

donde y cuando se la esperaba.

Todo el proceso duró sobre unas doce horas. Para Dosveces, fueron horas de trabajo interminables. El Capitán tenía menos que hacer, lo que le dejaba bastante tiempo para fijarse en ella. Observó que su piel cobriza se volvía de un tono purpúreo por no haber satisfecho sus necesidades amorosas, incluso ahora, que comenzaba a oscurecerse a causa de la fatiga. Le preocupaba. ¡Habían estado tan poco el uno por el otro con todos aquellos problemas! De haber sabido que iba a haber una emergencia, hubiese podido contar con otro operador de control remoto para que se repartiese el trabajo con Dosveces. Si se les hubiese pasado por la cabeza que podía ser necesario, hubiesen utilizado una nave comando desde un principio y se hubiesen evitado el esfuerzo de tener que cambiar de vehículo. Si lo hubiesen pensado... si lo hubiesen sospechado... Si al menos hubiesen tenido alguna oportunidad de intimar...

Pero las cosas no habían sido así. Además, ¿cómo podían preverlo? Incluso en tiempo galáctico, habían pasado unas pocas décadas desde la última salida de inspección fuera del fondo del escondite, lo que en tiempo astronómico no era más que un parpadeo, y ¿cómo podían imaginarse que iban a ocurrir tantas cosas en ese mínimo lapso?

Los Heechees dejaron sólo pequeñas naves para que los humanos las descubriesen; tuvieron mucho cuidado para no dejar las naves que reservaban con fines especiales donde pudiesen ser fácilmente localizables. Por ejemplo, el carguero en forma de burbuja. Éste no era más que una esfera metálica vacía capaz de viajar a mayor rapidez lumínica y con un equipo de navegación.

Los Heechees la usaban aparentemente para transportar materiales pesados de un sitio a otro; la raza humana hubiese podido usarla a la perfección también. Cada carguero burbuja podía albergar el equivalente a mil S. Y Diez como ella hubiesen resuelto el problema de población de la Tierra en una década.

El Capitán rebuscó entre las bolsas de comida hasta encontrar las más sabrosas y digeribles, y se las fue dando afectuosamente a Dosveces mientras

ella seguía en su puesto. Tenía poco apetito. Sus movimientos eran más lentos cada vez, más inseguros, cada hora más dura para ella. Pero conseguía realizar todo el trabajo. Cuando finalmente las alas del velero fotónico estuvieron plegadas, la gran garganta de la nave burbuja abierta, y la cápsula con forma de mariposa que llevaba a los pasajeros se deslizó hacia el interior de la burbuja, el Capitán comenzó a respirar de nuevo libremente. Al menos para Dosveces, aquélla había sido la parte más dura de lo que tenían que hacer. Ahora tendría ocasión de descansar, incluso tal vez pudiese hacer con él lo que tanto su cuerpo como su alma estaban prestos a hacer.

Puesto que la gente del velero había respondido a su mensaje instantáneamente —para ellos fue instantáneamente—, su respuesta llegó justo antes de que la gran esfera brillante se cerrase sobre ellos. El oficial de comunicaciones, Zapato, manipuló su pantalla y el mensaje apareció:

Aceptamos que no debemos completar nuestro viaje.

Rogamos que nos lleven a un lugar en el que estemos seguros.

Preguntamos: ¿Han regresado los Asesinos?

El Capitán se encogió de hombros con comprensión. Contestó a Zapato:

—Transmíteles esto: «Les devolvemos a su sistema original durante un tiempo. Si es posible, les volveremos a traer aquí» .

El rostro de Zapato seguía tenso y reflejaba una mezcla de emociones.

—¿Y qué hay de lo que desean saber acerca de los Asesinos? —le preguntó al Capitán.

Éste sintió un repentino dolor en el abdomen.

—Diles que todavía no —contestó.

No era el temor hacia los otros lo que ocupaba la mente del Capitán, ni siquiera su preocupación por Dosveces. Los Heechees compartían con los humanos un sorprendente número de rasgos: la curiosidad, el amor entre machos y hembras, la solidaridad familiar, amor por los hijos, y el placer por la manipulación de símbolos. La magnitud de los rasgos que se compartían no era siempre la misma, sin embargo. Había una característica física que los Heechees poseían en un grado mucho mayor que los humanos:

La Conciencia.

Los Heechees eran prácticamente incapaces de repudiar una obligación o de dejar algo equivocado sin enmendar. Para los Heechees, los seres de la nave alada eran un caso especial. Los Heechees estaban en deuda con ellos. De ellos habían aprendido el hecho más terrorífico con el que habían tenido que enfrentarse.

Los Heechees y los del velero se habían conocido bien, pero no recientemente y no por mucho tiempo. La relación había empezado mal para

aquellas gentes. Para los Heechees, acabó todavía peor. No era posible que se olvidasen jamás los unos de los otros.

En los lentos y gorgojeantes cánticos de las gentes de la nave con alas, se decía cómo habían aparecido repentinamente los vehículos cónicos de aterrizaje de los Heechees, terriblemente duros y terriblemente veloces, en la dulce nieve fundida de sus hogares. Las naves Heechees estuvieron lanzando destellos alrededor de los restos arqueológicos flotantes de aquellas gentes y haciendo aumentar sensiblemente la temperatura local. Murieron muchos. Se produjeron muchos daños antes de que los Heechees se diesen cuenta de que aquellos seres eran sensitivos e incluso civilizados, aunque lentos.

Los Heechees se quedaron terriblemente sorprendidos al ver lo que habían hecho e intentaron enmendarlo. El primer paso fue la comunicación, y resultó difícil. Les llevó mucho tiempo realizar aquella tarea, o al menos eso les pareció a los Heechees, aunque el tiempo para aquellos habitantes del lodo fue sorprendentemente corto, hasta que un prisma octaédrico, duro y caliente, se deslizó con mucho cuidado hasta el centro de uno de aquellos restos arqueológicos. Casi inmediatamente comenzó a hablarles en una forma de su propio lenguaje, comprensible, pero llena de divertidos errores gramaticales.

A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron a una velocidad espeluznante para los habitantes del fango. Para los Heechees, contemplarles en sus actividades diarias era como ver crecer líquenes. El propio Capitán había visitado su gran planeta, un gigante gaseoso, cuando no era un Capitán, sino lo que podría llamarse el muchacho para todo, joven, frívolo, amigo de la aventura, con aquel considerable, aunque precavido, optimismo Heechee por el futuro sin límites que se les cayó encima tan aterradoramente. El gigante de gas no fue el único sitio maravilloso e interesante que visitó el joven Heechee. Visitó la Tierra y conoció a los Australopitécidos, ayudó a localizar nubes de gas y quasares, transportó tripulaciones a puestos exteriores y proyectos en construcción. Los años habían pasado. Pasaron décadas. El lento trabajo de traducir las comunicaciones con los habitantes del fango avanzaba paso a paso. Hubiese podido ir un poco más rápido si los Heechees hubiesen puesto un poco más de interés; pero no lo hicieron. Tampoco se hubiese avanzado demasiado porque los habitantes del fango no podían.

Robin no cuenta demasiado acerca de la gente del velero fotónico principalmente porque entonces no sabía demasiado. Es una pena, porque son interesantes. Su lenguaje estaba formado por palabras de una sílaba: u

consonante y una vocal. Tenían unas cincuenta consonantes diferenciables, catorce vocales y diptongos con los que combinar, por lo tanto tenían, pa unidades de tres sílabas, como los nombres, $3,43 \times 10^8$ combinaciones.

Era suficiente, en particular para los nombres, porque eso era más órden de magnitud masculinas de las que ellos tenían necesidad de nombrar, y que no mencionaban las femeninas. Cuando un macho fecundaba a u hembra, producía una cría macho. Sólo lo hacía ocasionalmente, puesto q le suponía un gran gasto de energía. Las hembras que no eran fecundad producían hembras, más o menos rutinariamente. Parir machos, s embargo, les costaba la vida. No lo sabían. Tampoco es que supieran much cosas más, la verdad. No hay canciones de amor entre los cánticos de l gentes de las naves fotónicas.

Pero era interesante, desde un punto de vista turístico y de contemplación de antigüedades, puesto que aquellos seres llevaban existiendo mucho tiempo. Su congelada bioquímica era tres o cuatro veces más lenta que la de un Heechee o un humano. Los datos más antiguos de la historia Heechee se situaban en torno a los cinco o seis milenios, más o menos los mismos que la humanidad, en el mismo grado evolutivo. La historia de los habitantes del fango era trescientas veces más antigua. Contaban con casi dos millones de años de hechos históricos fechados consecutivamente. Las canciones populares y leyendas más primitivas eran todavía diez veces más antiguas. No eran más difíciles de traducir que las más recientes, dado que los habitantes del fango tampoco se movían muy rápidamente en la evolución de su propia lengua, pero las mentes de los antepasados que las traducían no las juzgaban muy interesantes. Así que fueron posponiendo el trabajo... hasta que vieron que dos de ellas hablaban de visitantes legados del espacio.

Cuando pienso en todos aquellos años en que el género humano trabajaba bajo el molesto conocimiento de su inferioridad —puesto que los Heechees habían hecho tantísimo más que nosotros, y mucho antes— me siento muy apesadumbrado. Lo que más lamento es que no supiese más acerca de las Dos Canciones. No me refiero a las canciones en sí, pues sólo nos hubiesen producido más preocupaciones, aunque remotamente tranquilizadoras. Hablo del efecto que tuvieron sobre el estado de ánimo de los Heechees.

La primera canción pertenecía a los mismísimos orígenes de los habitantes del fango y era bastante ambigua. Era una visita de los dioses. Llegaron con tal resplandor que incluso los rudimentarios nervios ópticos de los habitantes del

fango pudieron distinguirlos; brillaban con tal turbulencia de energía que provocaron la ebullición de algunos gases y murieron muchos. No hicieron nada más, y, cuando se fueron, no regresaron nunca. La canción tampoco significaba mucho por sí misma. No había detalles que los Heechees considerasen dignos de ser creídos, y casi toda ella hablaba de un cierto habitante del fango que osó desafiar a los visitantes y, convertido en héroe, llegó a gobernar una zona cenagosa de su planeta como recompensa.

Pero la segunda canción era más concreta. Databa de millones de años después, casi del período prehistórico. Cantaba de nuevo a los visitantes de fuera del denso mundo que constituía su hogar, pero en esta ocasión no eran meros turistas. Ni tampoco conquistadores. Eran refugiados. Cayeron sobre la húmeda superficie, una nave llena de ellos, al parecer, y estaban poco equipados para vivir en un medio que era un veneno denso y frío para ellos.

Se escondieron allí. Se quedaron mucho tiempo, en su opinión: más de cien años. El suficiente como para que los habitantes del fango los descubriesen y estableciesen un tipo de comunicación con ellos. Habían sido atacados por asesinos de otro lugar que llameaban como el fuego y llevaban armas que aniquilaban y quemaban. Les arrasaron el planeta con fuego. Les habían perseguido y destruido todas las naves que poseían en el espacio.

Y entonces, cuando generaciones de refugiados habían logrado sobrevivir e incluso multiplicarse, todo se acabó. Los llameantes Asesinos los encontraron e hirvieron una porción enorme del fangoso mar de metano hasta que se secó y pudieron destruirlos.

Los Heechees hubiesen podido tomar esta canción por una fábula excepto por una palabra. El término no era fácil de traducir pues había tenido que sobrevivir tanto a la incompleta comunicación con los refugiados como al lapso de dos millones de años. Pero había sobrevivido.

Fue la causa de que los Heechee paralizaran cuanto estaban haciendo y se concentraran en una única tarea: verificar el contenido de la antigua canción. Rastrear el hogar de los fugitivos y dieron con él, un planeta totalmente quemado por la explosión de un sol. Buscaron, y encontraron, artefactos de civilizaciones anteriores que hubiesen viajado al espacio. No muchos. Ninguno en buen estado. Sólo unos cuarenta trozos de máquinas medio derretidas que gracias a los isótopos pudieron datarse en dos épocas diferentes. Una de ellas coincidía en el tiempo con los fugitivos que huyeron al planeta embarrado. La otra era muchos millones de años más antigua.

Concluyeron que las historias eran verdad; aquella raza de Asesinos había existido; habían barrido a su paso cualquier civilización con la que se habían encontrado, durante más de veinte millones de años.

Y los Heechees quedaron convencidos de que todavía estaban en alguna parte. Pues el término que resultaba tan difícil de traducir describía la expansión

de los cielos y su cambio completo a manos de los lanzadores de llamas para que todas las estrellas y las Galaxias chocasen entre ellas. Con una intención. Y era imposible no creer que estos titanes, quienesquiera que fuesen, no asomarian para ver los resultados del proceso que habían iniciado.

Y el bello sueño Heechee se vino abajo, y los habitantes del fango cantaron una nueva canción: la canción de los Heechees, quienes les visitaron, aprendieron a tener miedo, y salieron corriendo.

Así que los Heechees pusieron sus trampas, escondieron cuanto pudieron de las otras evidencias de su existencia, y se retiraron a su escondite en el fondo de la Galaxia.

De alguna manera, los habitantes del fango eran una trampa más. LaDzhaRi lo sabía; lo sabían todos; por eso había seguido el mandato ancestral y dado a conocer aquel primer contacto de otra mente con la suya. Esperaba una respuesta, aunque habían pasado años, incluso medidos a lo LaDzhaRi, sin que hubiese habido una manifestación Heechee de algún tipo; y, de pronto, el rápido roce de una inspección TTP rutinaria. Esperaba, asimismo, que cuando llegase la respuesta, no le gustaría. Toda la batalla épica de construir y lanzar la nave interestelar, los siglos invertidos en aquel viaje suyo que duraba milenios, ¡desperdiciados! Era cierto que un viaje de mil años para LaDzhaRi no era más que una salida normal y corriente para un Capitán de ballenero de Nantucket; pero a un barco ballenero no le hubiese gustado ser recogido en medio del Pacífico y devuelto a casa vacío. Aquello había molestado a toda la tripulación. La excitación surgida en la nave había sido tal que parte de la tripulación se «activó» en contra de su voluntad; el barro estaba tan revuelto que se formaron ampollas. Una de las hembras murió. Uno de los machos, TsuTsuNga, estaba tan desmoralizado que se dedicó a manosear a las hembras supervivientes, y no precisamente para cenar.

—Por favor, no perdáis el sentido —rogó LaDzhaRi. Pues que un macho fecundara a una hembra, como TsuTsuNga parecía dispuesto a hacer, conllevaba una pérdida tal de energía que en ocasiones hacía peligrar su vida. Para las hembras no suponía ningún riesgo; se las mantenía con vida para que pudiesen ser fertilizadas y tener descendencia. Pero por supuesto ellas lo ignoraban, como otras muchas cosas, la verdad. Sin embargo TsuTsuNga respondió con firmeza:

Lo que les atemorizaba más era pensar en seres que creían que serían m felices en un universo que tuviese unas leyes físicas diferentes.

Robin no explica muy bien de qué tenían miedo los Heechees. Habí

deducido que el propósito de conseguir que el universo se contrajese a un nuevo era para devolverlo a su primitivo estado de átomo, después de lo cual volvería a explotar en un nuevo Big Bang y empezaría un nuevo universo. También dedujeron que, en ese caso, las leyes físicas que regían el universo podían desarrollarse en otra dirección.

—No puedo llegar a ser inmortal viajando a otra estrella, así que al menos engendraré a mi propio hijo.

—¡No! ¡Por favor! Piensa, amigo mío —suplicó LaDzhaRi—, podemos ir a casa si lo deseamos. Podemos regresar como héroes a nuestros hogares, podemos entonar nuestras canciones para que todos nos oigan. —Pues el barro de sus viviendas transportaba el sonido tan bien como el mar, y sus canciones llegaban tan lejos como las de las grandes ballenas.

TsuTsuNga tocó brevemente a LaDzhaRi, casi con desprecio.

—No somos héroes —dijo—. Márchate de aquí y déjame esa hembra.

Y LaDzhaRi se alejó a pesar de todo y escuchó los decrecientes sonidos mientras se apartaba. Era cierto. Con suerte eran héroes fallidos.

Los moradores del velero no estaban desprovistos de un rasgo tan humano como el orgullo. No les gustaba ser de los Heechees ¿qué? ¿Esclavos? No exactamente, porque lo único que se les pedía que hiciesen era transmitir información acerca de cualquier otro tipo de vida inteligente. Les complacía hacerlo por ellos mismos, más que por los Heechees.

Si no eran esclavos, ¿entonces, qué?

Sólo cabía describirlo con un término: mascotas.

Así que la psique racial de los habitantes del fango llevaba una impronta que no conseguían borrar. Sabían que eran sus mascotas. No era la primera vez para ellos. Mucho antes de que llegasen los Heechees, habían sido enseres, casi de la misma manera, de seres diferentes a los Heechees, o a los humanos, o a ellos mismos; y cuando, generaciones atrás, sus juglares cantaron las antiguas canciones acerca de aquellos otros en el sistema de escucha Heechee, los habitantes del fango no dejaron de darse cuenta de que los Heechees habían salido corriendo.

Ser la mascota de alguien no era lo peor que le podía pasar a uno, después de todo.

Así que el amor y el odio existían por todo el universo. Por amor (o lo que se entendía entre los habitantes del fango por amor) TsuTsuNga perjudicó su salud y arriesgó su vida. Soñando en el amor, y azgo en esta habitación, despertándose

menos de una hora al día mientras los injertos comprados para mí se reconcilian con el resto de mí ser. Aterrorizado por amor, el Capitán vio como Dosveces adelgazaba y se oscurecía.

Pues Dosveces no mejoró cuando la nave de carga estuvo en ruta. El descanso le había llegado demasiado tarde. Lo más parecido que tenían a un especialista en medicina era Ráfaga, el operador de agujeros negros; pero incluso en casa, incluso con los mejores cuidados, pocas hembras podían sobrevivir a la falta de satisfacción amorosa combinada con un esfuerzo terrible.

No fue una sorpresa para el Capitán ver llegar a Ráfaga apesadumbrado.

—Lo siento —le dijo—. Acaba de unirse a las mentes de nuestros antepasados.

El amor no es algo fácil de conseguir. No resulta barato. Algunos de nosotros podemos llegar a tenerlo sin que se nos presente nunca una factura; sólo si alguien la paga por nosotros.

ELNUEVO ALBERT

Todo el mundo conspiraba en mi contra, incluida la mujer de mi alma y mi procesador de datos de plena confianza. En los pocos momentos en que me permitían estar despierto, me hicieron una generosa oferta.

—Puedes ir al hospital para que te efectúen un chequeo completo —dijo Albert, chupando pensativamente su pipa.

—O puedes seguir dormidito sin dar la murga hasta que estés completamente restablecido —propuso Essie.

—¡Ajá! —exclamé—. ¡Lo sabía! Me habéis mantenido inconsciente, ¿no es eso? Probablemente hace días que me pusisteis fuera de combate y dejasteis que me abrieran.

Essie evitó mi mirada. Yo añadí magnánimo:

—No os culpo por ello, ¿pero no os dais cuenta de que tengo ganas de salir y ver lo que Walthers detectó? ¿No podéis entenderlo?

Essie seguía evitando mi mirada; con expresión ceñuda, miró al holograma de Albert Einstein.

—Parece que está bastante animado, ¿no? ¿Te parece adecuado que dejemos despierto a este gamberro?

La imagen de Albert carraspeó:

—De hecho, señora Broadhead, el programa médico aconseja evitar todo tipo de sedantes innecesarios a estas alturas.

—¡Ay, Dios! ¡Así que va a quedarse despierto molestándonos noche y día! Bueno, pues entonces no queda más remedio, Robin; mañana, a la clínica.

Mientras me reñía, mantuvo todo el rato su mano en mi nuca, acariciándome; las palabras pueden ser engañosas, pero se puede distinguir la caricia del amor.

Por eso dije:

—Hagamos un trato: iré al hospital a que me hagan ese chequeo con la condición de que si lo paso no me pongáis más inconvenientes para salir al espacio.

Essie, en silencio, calculaba; en cambio, Albert me dijo arqueando una ceja:

—Eso puede ser una equivocación, Robin.

—Para eso estamos los humanos, para cometer equivocaciones. Bueno, ¿qué hay de comer?

Lo cierto es que yo había calculado que si mostraba un buen apetito, ellos lo tomarían como un buen síntoma, y tal vez así fue. Había calculado, asimismo, que mi nueva nave no estaría lista en bastante tiempo de todas formas, de modo que no había prisa. Desde luego, lo que no iba a hacer era embarcarme en otra Cinco abarrotada y maloliente cuando mi propia nave de lujo me estaba esperando. Lo único que no había previsto era el odio que me producen los hospitales.

Cuando Albert me examina, me toma la temperatura bolométricamente, estudia mi iris en busca de manchas blancas y mi piel en busca de marcas externas tales como varices y derrames, ecografía mi torso para examinar mis órganos internos y analiza las muestras que deposito en los inodoros para el recuento de bacterias. Albert llama a estos procedimientos «no agresivos». Yo los llamo «delicados».

Los procedimientos diagnósticos que utilizaron en la clínica no fueron en absoluto delicados. No es que resultaran dolorosos. Anestesiaron la epidermis antes de nada, y una vez por debajo de la epidermis, no hay demasiadas terminaciones nerviosas de las que preocuparse. Lo más que se sentí fueron cosquilleos, pellizcos y golpecitos. Pero a cientos, y además, sabía qué era lo que estaban haciendo. Sondas del grosor de un cabello estaban inspeccionando mis tripas. Pipetas afiladas como alfileres absorbían muestras de tejidos para analizarlas. Había sifones absorbiendo mis fluidos corporales; las suturas se comprobaban, las cicatrices se examinaban. Todo ello duró menos de una hora, pero pareció mucho más y, sinceramente, habría preferido estar en otro sitio.

Cuando todo acabó, me permitieron volverme a vestir y dejaron que me sentara en un sillón bastante cómodo en presencia de un doctor de carne y hueso. Incluso dejaron a Essie entrar, pero a ella no le di opción a decir palabra.

—¿Qué dice doctor? —pregunté adelantándome—. ¿Cuánto más después de la operación tengo que esperar antes de salir al espacio? Nada de cohetes, desde luego, me refiero a un acelerador Lofstrom, que es tan peligroso como usar un ascensor. El acelerador Lofstrom lo único que hace es deslizarte a lo largo de una cinta magnética y...

—Ya sé lo que es un Lofstrom —dijo el doctor deteniéndome con un gesto de su mano; el doctor era una especie de Papá Noel robusto, de ojos azules y una larga barba blanca de tres puntas.

—Me alegro. ¿Así, pues?

—Bien —me dijo—, lo normal después de una operación como la suya es un período de convalecencia de un mes, más o menos, pero...

—¡Oh, no! ¡No, doctor! —exclamé—. ¡Por favor! ¡No quiero estarme todo un mes cruzado de brazos!

Me miró y miró a Essie; ella evitó su mirada. El doctor sonrió.

—Señor Broadhead —me dijo—, creo que hay dos cosas que debería saber. La primera de ellas es que generalmente suele procurarse que el paciente permanezca inconsciente durante la primera parte de la convalecencia. A través de estímulos eléctricos en los músculos, de masajes, de una dieta adecuada y de un cuidado atento, puede conseguirse, sin atrofiar ninguna función... Y además, es mejor para el sistema nervioso del paciente. Y para el de todo el mundo.

—Sí, bueno —le dije, muy poco interesado en lo que me estaba diciendo—. ¿Qué era la otra cosa que tenía que saber?

—La otra cosa es que esta mañana hace cuarenta y tres días que le operaron. Ahora ya puede hacer lo que le plazca. Hasta subirse a uno de esos aceleradores.

Hubo un tiempo en que el camino a las estrellas pasaba a través de la Guayana o de Baikonur o de Cabo Cañaveral. Era necesario quemar hidrógeno líquido por valor de un millón dólares para ponerse en órbita antes de poder transferirse a otro aparato que le llevara a uno más lejos. Ahora, teníamos los aceleradores de cápsulas Lofstrom situados a lo largo del ecuador, unas enormes estructuras en forma de tela de araña que eran casi invisibles hasta que uno se encontraba a su lado... Bueno, a unos veinte kilómetros de distancia, que era el lugar en que estaba emplazado el campo de aterrizaje del satélite. Lo observé con deleite y orgullo mientras descendíamos en espiral antes de tocar tierra. En el asiento a mi lado, Essie murmuraba algo para sí con expresión reconcentrada mientras trabajaba en un nuevo proyecto, tal vez un nuevo programa computeracional, quizás un plan de jubilación para los empleados de sus cadenas de restaurantes de comida rápida; no lo sé, porque lo que murmuraba lo murmuraba en ruso. En la consola plegable frente a mí, Albert estaba enseñándome mi nueva nave, e iba rotando lentamente la imagen al tiempo que recitaba los pormenores de su capacidad, sus accesorios, su masa y las comodidades que incluía. Puesto que había invertido mis buenos millones y una parte considerable de mi tiempo en aquel jueguecito, la cosa me interesaba, pero no tanto como lo que se avecinaba.

—Más tarde, Albert —ordené y, obediente, se esfumó.

Estiré el cuello para seguir viendo el acelerador mientras recorríamos los últimos metros. No muy claramente, a lo largo de la parte superior del trampolín, podía ver varias cápsulas ganar una aceleración de tres G para desaparecer, limpia y grácilmente, en la parte superior de la pendiente, antes de perderse en el azul. ¡Lindo! Nada de química, nada de combustión, nada de perjuicios a la capa de ozono. Ni tan siquiera la pérdida de energía de los despegues de las naves Heechees; incluso podíamos hacer algunas cosas mejor que ellos.

Hubo también un tiempo en que alcanzar la órbita era insuficiente, y se hacía

entonces necesario emprender el lento y largo trayecto Hohmann hasta el asteroide Pórtico. Generalmente, muertos de miedo porque se sabía que Pórtico producía más prospectores muertos que ricos; y también porque estaba uno harto de permanecer en aquella lata interestelar, apretujados, enfermos y condenados a seguir allí dentro durante días y semanas antes de llegar al asteroide; y también, en gran medida, porque habías vendido todo lo que tenías o te habías empeñado hasta las cejas para costear el pasaje. Ahora, en cambio, había una nave Heechee Tres esperándonos en órbita baja a la que podríamos transbordar, como quien dice, en mangas de camisa y antes de haber hecho la digestión de la última comida efectuada en Tierra; es decir, nosotros podríamos, porque teníamos el dinero y los recursos para hacerlo.

Hubo un tiempo en que saltar a esa nada interestelar era como jugar a la ruleta rusa. La única diferencia era que, fuera lo que fuera lo que encontraras al final del viaje, podías hacerte más rico de lo que cabía imaginar, como me había sucedido a mí. Pero generalmente, lo que uno conseguía era morir.

—Sí, es mucho mejor ahora —suspiró Essie mientras descendíamos del aparato para quedar cegados con la hiriente luz sudamericana—. Pero bueno, ¿se puede saber dónde está la maldita furgoneta que nos han prometido los responsables de ese desastre de hotel?

No hice ningún comentario al hecho de que hubiera leído mi pensamiento. Después de los años que llevábamos casados, ya me había acostumbrado. De cualquier manera, no era telepatía; era, ni más ni menos, lo que cualquier ser humano habría pensado en idénticas circunstancias.

—Me gustaría que Audee Walthers viniera con nosotros —comenté.

Estaba mirando al acelerador de cápsulas; se hallaba aún a bastantes kilómetros de distancia, en la lejana orilla del lago Tehigualpa. Podía ver al acelerador reflejarse en las aguas, azules en el centro del lago, de un amarillo verdoso cerca de la orilla, donde habían plantado algas comestibles; una vista bonita.

—Pues si le querías a tu lado, no haberle dado dos millones para que se pusiera a buscar a su esposa —dijo Essie, muy pragmática, y después añadió, acercándoseme—: ¿Cómo te sientes?

—Absolutamente estupendo —le contesté, no muy lejos de la verdad—. Deja de preocuparte por mí. Cuando tienes el Certificado Médico Completo Extra, no te dejan morir antes de que hayas cumplido los cien años; si no, no resulta rentable.

—No sé qué decirte —dijo con preocupación—; cuando el cliente es un incurable forajido a la caza constante de Heechees imaginarios. En fin —añadió con expresión más animada—, por ahí viene la furgoneta para el transporte de ganado.

Una vez dentro de la furgoneta me incliné hacia delante y le besé la nuca, lo

que no me resultó difícil porque se había sujetado la larga melena en una trenza que había pasado alrededor de la frente a modo de diadema. Ella se recostó sobre mi boca.

—Gamberro —suspiró—, aunque no eres malo, después de todo.

El hotel no resultó, a fin de cuentas, tan malo. Nos habían asignado una cómoda suite en el piso más alto, que daba al lago y desde donde se veía el acelerador. De todas maneras, no íbamos a pasar allí más que unas pocas horas. Dejé a Essie conectando sus programas a la pantalla de la PV del hotel y me dirigí a la ventana, diciéndome a mí mismo, con indulgencia, que no era en verdad un gamberro. Aunque tal vez lo fuera, porque ciertamente no se esperaba de un adulto ya entrado en años, adinerado y con una respetabilidad que observar, que se pusiera a hacer travesuras en el espacio tan sólo por el « glamour » y la excitación que de ello se derivaba.

Se me ocurrió en aquel momento que tal vez Essie no contemplara el asunto desde mi punto de vista. Quizá creyera que mis motivos eran muy otros, que buscaba algo distinto de la mera emoción.

Pensé entonces que tal vez fuera mi perspectiva la equivocada. ¿Eran en realidad los Heechees lo que quería salir a buscar? Ciertamente, así era, o podría haber sido, porque todo el mundo se moría de curiosidad en todo lo relativo a los Heechees. Pero no todo el mundo había perdido algo en el espacio. ¿Era posible que en algún recóndito lugar de mi mente, lo que me obligaba hacer todo aquello era la esperanza de que de algún modo, en algún lugar, podría recuperar aquel objeto perdido? Yo sabía cuál era aquel objeto. Y sabía dónde lo había perdido. Lo que no sabía era qué iba a hacer con ello —o mejor dicho, con ella— si volvía a encontrarla.

Y entonces sentí una especie de estremecimiento, casi dolor, en mis entrañas. No tenía nada que ver con los dos metros y tres cuartos de vísceras nuevas que me habían colocado. Con lo que tenía que ver era con la esperanza —o el miedo— de que, de algún modo, Gelle-Klara Moynlin volviera a aparecer en mi vida. Había en mi interior más emociones al respecto de las que me había imaginado que quedarán. Hizo que se me nublara la vista, porque la estructura reticular pareció desvanecerse ante mis propios ojos.

Pero no había lágrimas en mis ojos.

Y aquello no era una ilusión óptica.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Essie!

Y vino a la carrera para situarse a mi lado a fin de ver el débil resplandor de una cápsula mientras se deslizaba por el acelerador y el temblor, el estremecimiento de toda la estructura de frágiles soportes. Y a continuación, el ruido: una única y débil explosión, como un cañonazo distante; y después, un crujido más largo, más bajo y más lento de toda la estructura al venirse abajo.

—¡Dios mío! —respiró Essie a mi lado, apretándome el brazo—. ¿Terroristas?

Acto seguido, ella misma se contestó.

—Por supuesto —dijo amargamente—. ¿Quién si no podría ser tan vil?

Había abierto la ventana para disfrutar de una buena vista del lago y del acelerador; fue una suerte, porque de esa manera evité que los cristales saltaran en pedazos hacia el interior de la habitación. Otros en el hotel no tuvieron tanta suerte. El aeropuerto en sí no sufrió daño alguno, sin contar el avión que saltó por los aires por no estar a cubierto. Pero los oficiales de aeropuerto estaban asustados. No sabían si la destrucción del acelerador respondía a un acto de sabotaje terrorista aislado o si se trataba del inicio de una revuelta; en ningún caso, nadie dio la impresión de pensar que se tratara de un simple accidente. La cosa daba miedo, ésa es la verdad. Hay una endiablada cantidad de energía cinética concentrada en un acelerador Lofstrom, más unos veinte kilómetros de rampa de acero que pesa unas cinco toneladas moviéndose a una velocidad de unos doce kilómetros por segundo. Llevado por simple curiosidad, le pregunté a Albert qué cantidad de energía se necesita para mantener los veinte kilómetros de rampa en movimiento, y resulta ser de $3,6 \times 10^{14}$ julios. Y cuando el acelerador queda colapsado todos esos julios salen a la vez, por un sitio u otro.

Se lo pregunté a Albert más tarde, claro está, porque ni pude ponerme en comunicación entonces con él. Naturalmente lo primero que hice después de la explosión fue intentar hablar con él, o con cualquier otro programa de actualización de datos o de simple información que me pusiera al corriente de lo que estaba pasando. Los circuitos de comunicación estaban colapsados; nos habíamos quedado sin energía. No obstante, el circuito local de PV estaba aún en funcionamiento, por lo que me planté delante para contemplar la imagen del hongo de la explosión y la información que al respecto iban facilitando. Había una nave en aceleración en el momento en que la rampa se vino abajo; aquélla había sido la primera explosión, tal vez porque la cápsula llevaba una bomba. Otras tres cápsulas se encontraban en el túnel de acceso. Más de doscientos seres humanos eran ahora carne picada; eso sin tener en cuenta a los que no habían podido contar todavía y que se encontraban trabajando en las instalaciones o en las freeshops o en los bares que había debajo del acelerador, o los que estaban paseando por las cercanías.

—Ojalá pudiera hablar con Albert —le mascullé a Essie.

—Por lo que a eso se refiere... —empezó vacilante.

Pero no pudo acabar, pues llamaron a la puerta: ¿Serían el señor y la señora tan amables de venir en seguida a la sala Bolívar, por favor, pues se trata de un asunto de la máxima importancia?

El asunto de la máxima importancia resultó ser un control policial, y yo nunca había visto semejante control de pasaportes. La sala Bolívar era una de esas habitaciones multiuso que se cierran en pequeños compartimentos cuando se celebran reuniones y que se abren del todo para dar cabida a banquetes, y uno de

esos compartimentos estaba lleno de turistas como nosotros, la mayoría sentados sobre sus maletas, todos con cara de enfado y de temor. A ellos les hicieron esperar. A nosotros no. El botones que había ido a buscarnos llevaba las iniciales «S.E.R.» en un brazaletes, y nos llevó hasta el entarimado en que un teniente de la policía estudió nuestros pasaportes rápidamente y nos los devolvió.

—Señor Broadhead —me dijo en un inglés impecable, con un ligero acento del Medio Oeste—, ¿se le ha ocurrido pensar que este acto de violencia terrorista podía haber estado dirigido contra su persona?

Me lo quedé mirando con cara de tonto.

—Hasta este preciso momento, no —conseguí contestar. El asintió.

—No obstante —continuó, tocando con su pequeña y elegante mano una copia de un informe—, hemos recibido de la Interpol el informe de un atentado terrorista llevado a cabo en la persona de su esposa hace tan sólo dos meses. Bastante bien organizado, por cierto. Los comisarios de Rotterdam coinciden en subrayar que no parece un acto casual, y que nuevos atentados podrían tener lugar.

Yo no supe qué contestarle. Essie se inclinó hacia el Teniente.

—Dígame, Teniente —le dijo mirándole—, ¿es ésa su teoría?

—Ah, mi teoría. Ojalá tuviera una teoría —dijo con enfado—. ¿Terroristas? Sin duda. ¿Atentando contra ustedes? Es posible. ¿Atentando contra la estabilidad del gobierno? Es más que probable, me temo, porque ha habido un malestar creciente en las zonas rurales; hasta circulan informes, y se lo digo a título de confidencia, que hablan de la posibilidad de que un grupo de oficiales esté preparando un golpe de mano. ¿Cómo puede uno estar seguro? Por eso voy a hacerles las preguntas de rigor: ¿Han visto a alguien cuya presencia les haya extrañado por casual o sospechosa? ¿No? ¿Tienen alguna idea de quién pudo haber atentado contra ustedes en Rotterdam? ¿Pueden arrojar alguna luz sobre este terrible incidente?

Disparaba las preguntas a tanta velocidad que parecía que no esperara nuestras respuestas o que no quisiera escucharlas. Eso me inquietó tanto como la destrucción del acelerador; era un reflejo, en este lugar, de lo que había estado viendo en otras partes del mundo. Una especie de desesperada resignación, como si todo tuviera que ir a peor y no hubiera manera de hacer que mejorara. Me hizo sentirme angustiado.

—Nos gustaría partir cuanto antes y dejarles el terreno libre —le dije—, de manera que si ha terminado con las preguntas...

Se tomó un instante antes de contestar, y empezó a mirarme como alguien que tiene que empezar de nuevo la misma tarea.

—Tenía la intención de solicitarles un favor, señor Broadhead. ¿Sería posible que pudiéramos pedirle prestada su nave durante un par de días? Es para los heridos, porque nuestro hospital general se encontraba, desgraciadamente, en el

mismo recinto del acelerador.

Me avergüenza reconocer que vacilé antes de contestar, pero no así Essie.

—Por descontado que sí, Teniente —dijo—, porque además vamos a tener que hacer una nueva reserva en otro acelerador antes que decidamos adonde queremos ir.

El Teniente sonrió:

—Eso, mi estimada señora, podemos arreglarlo nosotros a través de los servicios de comunicación del ejército. Mi más sincero agradecimiento por su generosidad.

Todos los servicios de la ciudad estaban fuera de orden, pero cuando entramos en nuestra suite, encontramos flores en las mesas y una cesta de frutas y botellas de vino que no estaba allí antes. Las ventanas habían sido cerradas. Al abrirlas de nuevo, descubrí por qué. El lago Tehiguialpa había dejado de ser un lago. No era más que el recalentado sumidero en el que estaba previsto que se precipitara la rampa en caso de tener lugar el accidente en el que nadie creía y que acababa de producirse. Ahora que había ocurrido, el lago había quedado reducido a un montón de cieno. Una neblina recubría lo que quedaba del acelerador, y había un hedor de fango recocado que me hizo cerrar inmediatamente la ventana.

Probamos con el servicio de habitaciones. Funcionaba. Nos sirvieron una comida francamente buena, y se disculparon por el hecho de que el mayordomo no pudiera estar presente para escanciarnos el clarete; pertenecía a los *Servicios de Emergencia de la República*, y había sido llamado a servicio. Así que nos atendieron las camareras del servicio de habitaciones y, aunque nos aseguraron que al cabo de una hora dispondríamos de un camarero regular, mientras tanto esperaron formadas junto a las paredes de la antecámara.

Soy muy rico, no lo niego, pero eso tampoco quiere decir que me haya mal acostumbrado. Pero me gusta el servicio eficiente, sobre todo el que me prestan los eficientísimos programas que Essie ha ido creando a lo largo de veinticinco años para mi uso exclusivo.

—Echo de menos a Albert —comenté al tiempo que miraba a la nebulosa escena nocturna.

—No sabes qué hacer sin tus muñecos, ¿eh? —se burló Essie, pero adiviné que se traía algo entre manos.

Bueno, tampoco en ese sentido me he mal acostumbrado, pero después de tanto tiempo he llegado a la conclusión de que cuando Essie parece que se trae algo entre manos, suele ser que lo que quiere es hacer el amor, y de ahí a que yo también quiera, hay tan sólo un pequeño paso. No hago más que recordarme, de cuando en cuando, que por lo que hace a la mayoría de los seres humanos, personas de nuestra edad se habrían mostrado mucho menos deseosas de hacer el amor y menos exuberantes en su actividad erótica, aunque ése es su problema.

Consideraciones de este estilo no me detenían. Sobre todo por ser Essie quien es. Además de premio Nobel, Essie había recibido otros galardones, entre los que se incluía el aparecer cada dos por tres en las listas de las diez mujeres mejor vestidas del mundo. El Nobel se lo merecía; lo de ser de las mejor vestidas es, para mí, injusto. El aspecto de Essie Broadhead no tenía nada que ver con lo que llevaba puesto, sino con lo que había debajo de lo que llevaba puesto. Lo que lucía en aquel preciso momento era un ajustado vestido deportivo de líneas sobrias y de color azul celeste; un vestido como los hay a montones en los grandes almacenes, y aun así, habría vuelto a ganar el premio a la más elegante.

—¿Por qué no te acercas, eh? —le dije, recostado en el amplio y largo diván.

—¡Sátiro! ¡Bof!

Pero fue un « ¡Bof!» bastante permisivo.

—Verás —proseguí—, he pensado que, como no hay manera de ponerse en contacto con Albert y no tenemos nada que hacer...

—Oh, Robin —dijo al par que movía la cabeza a lo desesperado. Pero sonreía. Juntó los labios en un mohín de meditación y añadió—: Te diré lo que vamos a hacer. Vete a recoger mi maletín de viaje a la antecámara. Tengo un regalito para ti. Ya veremos entonces lo que hacemos.

De la bolsa salió un paquetito envuelto en papel brillante que contenía un molinete de oración Heechee mayor de lo habitual. No era Heechee, desde luego; era demasiado grande. Era del tipo de los que Essie había desarrollado para su uso exclusivo.

—Te acuerdas de los Difuntos y de Vida Nueva, ¿verdad? —me dijo—. Software Heechee de muy buena calidad que decidí quedarme. Con ello he reprogramado a tu antiguo programa de actualización de datos. Te garantizo que vas a tener un Albert Einstein real.

Sopesé el molinete en mis manos.

—¿Un Albert Einstein real?

—Ay, Robin, ¡no seas tan literal! Real, real, no. No puedo resucitar a los muertos. Pero es real en lo concerniente a la personalidad, recuerdos, manera de pensar... casi es real, de todas formas. Programé una actualización de datos de toda la información disponible acerca de Einstein: libros, papeles, correspondencia, biografías, entrevistas, fotografías... Todo. Hasta las películas del barco en el que fue hasta Nueva York en 1932, de Pathé Films. Está todo aquí dentro, o sea que, cuando tú le hablas a Albert Einstein, ¡es el propio Albert Einstein el que te contesta!

Se inclinó sobre mi cabeza y me besó la coronilla.

—Luego, para quedarme más satisfecha —se jactó—, le añadí algunas habilidades que el Albert Einstein real no tuvo nunca: pilotaje de naves Heechees, reciclaje total en ciencias y tecnologías desde 1955, fecha del deceso de Einstein; hasta habilidades más sencillas como cocina, secretariado, abogacía, medicina.

No me quedó sitio para Sigfrid von Shrink —se disculpó—, pero ya no necesitas más psicoanálisis, ¿eh, Robin? O tal vez sólo para que te cure de ciertos inexplicables lapsus de memoria.

Me estaba mirando con una expresión que había logrado reconocer en las dos últimas décadas. Alargué la mano y la atraje hacia mí.

—Venga, Essie, hagámoslo.

—¿Que hagamos el qué? ¿Estás hablando de sexo otra vez, Robin? —me preguntó, sentada con aire de inocencia en mi regazo.

—¡Venga ya!

—Oh, no es por nada... Yo ya te he dado mi regalo de plata.

—¿El qué, el programa? —Sí, era cierto que iba envuelto en papel plateado... ¡Entonces caí en la cuenta!—. ¡Ay, no, Dios! ¡Se me ha olvidado que era nuestro veinticinco aniversario!

—¿No es eso? ¿Cuándo...? —pero, pensando rápidamente, callé la pregunta.

—¿Cuándo ha sido? —concluyó por mí—. Bueno, es aquí. Es ahora. Es hoy, cariño. Felicidades, Robin, amor.

Yo la besé, mucho más para compensarla por el olvido que por otro motivo, he de admitirlo, y ella me devolvió el beso muy seria. Le dije, sintiéndome despreciable:

—Essie, cariño, de veras que lo siento. Te prometo que cuando volvamos te haré un regalo que hará que se te ponga los pelos de punta.

Pero ella presionó su nariz contra mis labios para acallarme.

—No hace falta que me prometas nada, Robin, amor —me susurró desde, más o menos, la altura de mi nuez—, porque durante estos veinticinco años me has dado, cada día, espléndidos regalos. Sin contar los dos años que estuvimos tonteando. Claro que —añadió, levantando la mirada—, ahora estamos los dos solos, y la cama está en la habitación de al lado, hemos de pasar aún varias horas más aquí. Así que, si de veras quieres que se me pongan los pelos de punta con un regalo acepto encantada. Sé que tienes algo para mí. Y, además, es de mi talla.

El hecho de que no quisiera tomar el desayuno puso todos los sentidos de Essie en estado de máxima alerta, pero la tranquilicé diciéndole que me apetecía entretenerme con mi nuevo juguete. Era cierto. Como también lo era el hecho de que, a fin de cuentas, yo no siempre tomaba desayuno, y ambas razones consiguieron que Essie bajase al comedor a desayunar sin mí aunque la auténtica razón —que a mi estómago no le apetecía en absoluto tomar nada— era la que en realidad contaba.

Conecté al nuevo Albert en el procesador y se produjo un rápido y rosado relampagueo, y allí apareció, sonriéndome.

—Hola, Robin —me dijo—, y feliz aniversario.

—Fue ayer —dije yo, un poco decepcionado. No esperaba pillar a Albert en descuidos tan tontos.

Él se restregó el extremo de la boquilla de su pipa por la nariz, al tiempo que parpadeaba por debajo de aquellas ceja suyas tan espesas.

—Según el horario hawaiano, ahora son... déjame ver —y simuló mirar la hora en un reloj de pulsera digital que asomaba de modo anacrónico por debajo de la manga de la chaqueta de su pijama a rayas—. Sí, las once y cuarenta y dos minutos de la noche, así que a tu veinticinco aniversario le quedan aún casi veinte minutos de existencia, Robin—. Se inclinó hacia adelante para rascarse el tobillo—. Poseo un buen número de nuevas capacidades —añadió con orgullo—, que incluyen el manejo de todo tipo de sistemas horarios y la adaptabilidad a todo tipo de ambientes, y que funcionan lo mismo estando conectado como no. Tu mujer es una experta en este tipo de cosas, y a lo sabes.

Ya, ya sé que Albert no es más que un programa computerizado, pero aun así fue como reencontrarme con un viejo amigo.

—Tienes un aspecto magnífico —le felicité—. De todas formas, no sé si deberías llevar un reloj digital. No creo que tuvieras uno antes de morir, y ya que por aquel entonces no existían este tipo de cosas.

Puso cara de enfurruñado, pero me devolvió el cumplido:

—Veo que estás muy fuerte en historia de la tecnología, Robin. No obstante, aunque yo sea el redivivo Albert Einstein en la medida en que ello es posible, no me veo limitado por las capacidades del auténtico Albert Einstein. La señora Broadhead ha introducido en mi programación lo último en materia de tecnología Heechee, por ejemplo, y el Albert Einstein de carne y hueso no sabía ni tan siquiera que los Heechees existieran. Además, he asumido casi todas las atribuciones de los otros programas que poseas, así como sistemas de rastreo de información, que, por cierto, están trabajando en estos momentos para conseguir establecer contacto con la red general de gigabits de información, si bien tengo que admitir —añadió en son de disculpa— que no he tenido en ello éxito alguno, aunque me las estoy apañando con los servicios de información militares. Tu vuelo a Lagos, Nigeria, está confirmado para mañana al mediodía, y tu avión particular se te devolverá a tiempo para que puedas enlazar los vuelos. —Me miró ceñudo—. ¿Pasa algo?

No había dedicado tanta atención a lo que decía como a estudiarle a él. Essie había realizado un trabajo excepcional. Ya no tenían lugar los antiguos lapsus en los que empezaba una conversación pipa en mano y la acababa jugueteando con un trozo de tiza.

—Tienes una apariencia más real, Albert.

—Gracias —me contestó, y presumió de su nueva apariencia abriendo un cajón de su escritorio para coger una cerilla con la que encender su pipa. En los viejos tiempos se hubiera limitado a materializar en su mano una caja de cerillas, sin más—. ¿Te interesaría saber algo más de tu nueva nave, Robin?

Me animé.

—¿Ha habido algún progreso desde que aterrizamos?

—Si lo ha habido —se disculpó—, no puedo saberlo, pues como te he dicho, me ha resultado imposible enlazar con la red general. De todas formas, tengo una copia del certificado de la comisión de la Corporación de Pórtico en la que la catalogan como una Doce, o sea, que podría transportar doce pasajeros equipados para una misión convencional.

—Ya me imagino qué significa que la hayan catalogado como una Doce, Albert.

—Sí, claro. En cualquier caso, ha sido acondicionada para cuatro pasajeros con posibilidad de dar cabida a otros dos. Se llevó a cabo un vuelo de prueba de ida y vuelta hasta Pórtico Dos, y el comportamiento de la nave fue impecable. Buenos días, señora Broadhead.

Eché un vistazo por encima de mi hombro; Essie había terminado de desayunar y se unió a nosotros. Se inclinó sobre mi cabeza para estudiar mejor a su creación.

—Qué buen programa —se autohalagó, y dijo—: ¡Albert! ¿Quién demonios te ha enseñado a hurgarte la nariz?

Albert se sacó un dedo del interior de uno de los agujeros de su nariz, con aire condescendiente.

—Lo he sacado de las cartas inéditas de Enrico Fermi a un familiar; es auténtico, se lo garantizo. ¿Quieren saber algo más? ¿No hay más preguntas? En ese caso, Robin, señora Broadhead —concluyó—, me permito sugerirles que empiecen a hacer el equipaje, porque acabo de recibir la notificación de la policía, a través de sus sistemas de información, de que su avión acaba de aterrizar y lo están poniendo a punto. Podrán salir dentro de dos horas.

Así era, y así lo hicimos, bastante contentos... o casi. Los últimos instantes fueron menos agradables. Estábamos subiéndonos al avión cuando se oyó un ruido que llegaba desde la terminal de pasajeros, y nos volvimos a mirar.

—Oye —dijo Essie pensativa—, eso suena a tiros. Y los trastos grandes esos que hay en el aparcamiento retirando los coches, ¿los ves? Uno acaba de cargarse una boca de incendio y el agua está saliendo a chorros. ¿Se trata de lo que me imagino?

La arrastré al interior del avión.

—Puede ser —le dije—, si de lo que me estás hablando es de carros blindados. Salgamos de aquí cuanto antes.

Así lo hicimos. No hubo problemas. Al menos no para nosotros, aunque Albert, que en aquel momento consiguió enlazar con la red general recién recuperada, nos informó de que las peores predicciones del Teniente se habían hecho realidad, y de que una verdadera revuelta estaba teniendo lugar de

manera cruenta por todas partes. No, no hubo entonces problema alguno para nosotros, aunque a lo largo y ancho del universo, al mismo tiempo que esto sucedía, estaban ocurriendo cosas que iban a causarnos grandes problemas más tarde, algunos de ellos muy, muy dolorosos.

AL OTRO LADO DE LA DISCONTINUIDAD DE SCHWARZSCHILD

Al despertar, Gelle-Klara Moynlin descubrió que, al contrario de lo que decididamente había creído, no estaba muerta. Se encontraba en el interior de una nave de exploración Heechee. Por su aspecto, parecía una Cinco acorazada, pero por lo que recordaba no era la misma en la que se encontraba antes de despertar.

Lo que recordaba era caótico, atemorizante, sumido en el dolor y el terror. Lo recordaba muy bien. Sus recuerdos, empero, no incluían a aquel individuo flaco, cetrino, con expresión enfurruñada que llevaba un taparrabos y un fular por toda vestimenta. Ni tampoco a la extraña muchacha rubia que se estaba dañando los ojos a fuerza de llorar. Lo último que Klara recordaba era gente llorando, sí, ¡y de qué manera! Gente que lloraba y gritaba y se orinaba encima, porque habían quedado atrapados en la barrera Schwarzschild de un agujero negro.

Pero ninguna de aquellas personas era las que tenía delante.

La joven se inclinó sobre ella con solicitud.

—¿Te encuentras bien, cariño? Has sufrido una experiencia difícil, ¿eh? — Nada de lo que le había dicho resultaba nuevo para Klara. Ella sabía perfectamente hasta qué punto había sido una experiencia difícil. La muchacha llamó por sobre su hombro—: ¡Wan! ¡Se ha despertado!

Él se acercó a zancadas, echando a un lado a la joven. No se tomó la molestia de preguntar por el estado de salud de Klara.

—¿Tu nombre? Quiero también que me digas la órbita y el número de tu misión. ¡Deprisa!

Una vez se lo hubo dicho, a él no le resultó familiar su respuesta. Se limitó a desaparecer y la joven volvió.

—Me llamo Dolly —le informó—. Siento el estado en que me encuentro, pero la verdad es que estaba muerta de miedo. ¿De veras estás bien? Estabas fatal, y no es que tengamos un gran equipo médico a bordo.

Klara se sentó y descubrió que, en efecto, tenía un aspecto horrible. Le dolía todo, empezando por la cabeza, que se debía de haber golpeado contra algo. Echó un vistazo a su alrededor. Nunca había estado en el interior de una nave tan llena

de instrumentos y maquinaria, ni en ninguna que oliese tan acogedoramente a comida.

—Oye, ¿dónde estoy? —preguntó.

—Estás en su nave —señaló—. Se llama Wan. Se ha dedicado a buscar agujeros negros y meterse dentro. —Dio la impresión de que Dolly iba a echarse de nuevo a llorar, pero se pasó la mano por la nariz y continuó—: Oye, yo... lo siento, pero todos los demás que estaban contigo han muerto. Eres la única superviviente.

Klara contuvo el aliento.

—¿Todos? ¿Robin también?

—No sé sus nombres —se disculpó la muchacha, y no le extrañó que su inesperada invitada volviera su magullado rostro a un lado y empezara a sollozar.

Al otro lado de la habitación, Wan reconvinó a ambas mujeres con un gruñido de impaciencia. Estaba sumido en sus propias preocupaciones. No se imaginaba qué hallazgo acababa de hacer, ni de qué manera ese hallazgo iba a complicarme la vida.

Porque es bastante cierto que me casé con mi mujer, Essie, en parte a consecuencia de la pérdida de Klara Moynlin. O al menos, a consecuencia de la renovación de sentimientos que experimenté cuando conseguí deshacerme del sentimiento de culpabilidad —al menos, de parte de ese sentimiento— que me había provocado la pérdida de Klara.

Yo no pude conocer a Gelle-Klara Moynlin antes de su accidente en agujero negro. En aquella época, Robin no podía pagarse un sistema de actualización de datos tan sofisticado como yo. Pero desde luego, le oí hablar de ella muchísimo a lo largo de los años. Lo que más veces me explicó Robin era lo muy culpable que se sentía a raíz de su muerte. Ellos dos, en compañía de varios más, habían salido en una misión científica para la Corporación Pórtico, con el objetivo de investigar un agujero negro; prácticamente todas las naves de la Corporación habían quedado allí atrapadas; Robin consiguió escapar.

No había una razón lógica por la que sentirse culpable, claro está. Además Gelle-Klara Moynlin, a pesar de ser una hembra humana de competencia normal, no era en absoluto irremplazable. Robin la reemplazó, de hecho con bastante rapidez con una serie de hembras, para acabar emparejándose durante un período de larga duración, con S. Ya. Lavorovna, no sólo una hembra de lo más competente, sino justamente la persona que me

creado. A pesar de que estoy muy bien informado a propósito de las conductas y las motivaciones de los seres humanos, hay cosas que el comportamiento de los hombres que jamás llegaré a entender.

Cuando me enteré de que Klara estaba de nuevo viva, sufrí un terrible shock. Pero por Dios que nada, absolutamente nada, puede compararse al shock que debió sufrir ella. Incluso ahora y en las presentes circunstancias no puedo evitar el sentir lo que, de manera bastante incongruente, sólo puedo definir como un dolor físico cada vez que pienso en mi pobre y antaño adorada Klara en el momento en que se encontró de vuelta de la muerte. No se trata sólo de quién es, o de quién había sido para mí. Se merecía la compasión de cualquiera. Atrapada, aterrorizada, malherida, convencida de que iba a morir... y un momento después, milagrosamente a salvo. ¡Que Dios se apiade de la pobre! Sabe Dios que yo lo hago, y que las cosas tardaron en irle bien. Pasó inconsciente gran parte del tiempo, ya que su cuerpo había sufrido una terrible conmoción. Cuando despertaba, no siempre tenía la certeza de estar despierta. Por el hormigueo y las oleadas de calor y el zumbido en los oídos que sufría, supo que la habían atiborrado de analgésicos. Y aun así todo le dolía terriblemente. Y no sólo el cuerpo. Por lo que experimentaba, cada vez que se despertaba bien podía encontrarse bajo los efectos de una alucinación, porque el psicópata de Wan y una muy desmoralizada Dolly no eran unas figuras muy sólidas a las que aferrarse. Cuando hacía preguntas, obtenía respuestas de lo más extraño. En una ocasión en que vio a Wan hablar con una máquina, le preguntó a Dolly qué estaba haciendo, y no pudo entender la respuesta de Dolly:

—Oh, ésos son sus Difuntos. Les ha facilitado todos los datos de la misión y ahora les está haciendo preguntas sobre ti.

¿Pero qué sentido podía tener aquello para alguien que no había ni siquiera oído hablar de los Difuntos? ¿Y qué podía experimentar al oír, en cierta ocasión, que una voz fina y vacilante hablaba de ella a través de los altavoces de la nave?

—...no, Wan, no hay nadie que se llame Schmitz en esa misión. En ninguna de las dos naves. Ya sabes que fueron dos las naves que salieron juntas y que...

—¡Me importa un comino cuántas naves salieron juntas!

La voz quedó en silencio. Luego, insegura:

—¿Wan?

—¡Pues claro que Wan! ¿Quién te crees que tienes delante?

—Oh... Bueno, pues tampoco hay nadie que se ajuste a la descripción de tu padre. ¿Cómo dices que se llama la persona a la que has rescatado?

—Dice que se llama Gelle-Klara Moynlin. Una mujer. No demasiado guapa. Tendrá unos cuarenta años, más o menos —dijo Wan, sin molestarse en mirar a Klara para comprobar cuan equivocado estaba.

Klara se puso tensa; luego pensó que el duro trance la hacía parecer sin duda mayor de lo que era.

—Moynlin —susurró la voz—... Moynlin... Gelle-Klara, sí, estaba en la misión, aunque la edad no es la correcta, me parece.

Klara asintió a medias, produciéndose al hacerlo una nueva punzada de dolor en la cabeza, mientras la voz proseguía:

—Déjame ver... Sí, el nombre es el correcto. Pero nació hace sesenta y tres años.

La punzada aumentó su ritmo y su intensidad. Seguramente debió lanzar un gemido, porque la muchacha, Dolly, llamó a Wan y luego se le acercó solícita, diciéndole:

—Te vas a poner bien, ya lo verás, pero ahora voy a pedirle a Henrietta que te vuelva a dormir, ¿eh? Cuando te despiertes, estarás mejor.

Klara la miró sin comprender y a continuación cerró los ojos. ¡Sesenta y tres años!

¿Cuántos shocks puede soportar una persona sin venirse abajo? Klara no era precisamente una persona frágil; era una prospectora de Pórtico con cuatro misiones sobre sus espaldas, todas ellas duras, cualquiera de ellas capaz de producirle pesadillas al más pintado. Pero la cabeza le laceraba terriblemente al tratar de pensar. ¿Dilatación temporal? ¿Era ése el término que se utilizaba para describir lo que sucedía en un agujero negro? ¿Era posible que hubieran pasado veinte o treinta años en el exterior mientras ella daba vueltas en torno del pozo más profundo que existiese?

—¿Qué tal —sugirió Dolly esperanzada— si comes algo?

Klara negó en silencio. Wan, chasqueando la lengua en son de menosprecio, levantó la cabeza y dijo.

—¡Pero qué estúpida! ¡Mira que ofrecerle comida! Dale algo de beber.

Wan no era precisamente del tipo de personas a las que a uno le gustaría dar la satisfacción de asentir cuando llevan razón, pero su idea era demasiado buena como para pasarla por alto. Aceptó que Dolly le trajera algo de beber, algo que parecía whisky puro y que la hizo toser y atragantarse, pero que la reconfortó.

—Cariño —dijo Dolly con cautela—, ¿es que alguno de ellos, de los que han muerto, quiero decir, era alguien importante para ti?

No había razón para negarlo.

—Más que especial. Vaya, que estábamos enamorados... creo. Habíamos reñido y rompimos, pero empezamos otra vez y entonces... Robin iba en una nave y yo en la otra...

—¿Robbie?

—No, Robin. Robin Broadhead. Su nombre era en realidad Robinette, pero a él no le gustaba que... ¿se puede saber qué es lo que pasa?

—Robin Broadhead. ¡Dios, claro! —dijo Dolly, a la vez atónita e impresionada—. ¡El millonario!

Wan se volvió y se acercó a su lado.

—Robin Broadhead, por supuesto, le conozco —se jactó.

—¿Que le conoce? —La boca de Klara se quedó de pronto seca.

—¡Claro que sí, naturalmente! Hace años que le conozco. Sí, desde luego —dijo, recordando—, había oído decir que escapó de un agujero negro hace años. Qué curioso que también tú estuvieras allí. Somos socios, ¿sabes? Recibo de él y de sus compañías casi dos séptimos de mi renta actual, incluidos los royalties que me pagan las empresas de su esposa.

—¿Su esposa? —murmuró Klara.

—Sí, su esposa, eso he dicho, ¿es que no me escuchas cuando te hablo?

Dolly, otra vez de lo más atenta, terció:

—La he visto un par de veces en la PV. Cuando la eligieron entre las diez mujeres mejor vestidas del mundo y cuando le concedieron el premio Nobel. Es bastante guapa. ¿Quieres otra copa?

Klara asintió, provocando con ello que le aumentase el dolor de cabeza, pero consiguió hacer el suficiente acopio de fuerzas como para contestar:

—Sí, por favor. Otra copa... por lo menos.

Durante dos días, casi, Wan decidió mostrarse benévolo con la primera amante de su antiguo socio. Dolly era amable y trataba de ser útil. No había ninguna fotografía de *S. Ya.* en sus limitados bancos de memoria, pero Dolly sacó sus muñecos para mostrarle a Klara cómo era, al menos, una caricatura de Essie; y cuando Wan, aburrido, le pidió a Dolly que representara una de sus funciones, consiguió contestarle. Klara dispuso, pues, de tiempo de sobra para pensar. Por aturdida y magullada que estuviera, era aún capaz de realizar sencillas operaciones de aritmética.

Había perdido más de treinta años de su vida.

No, no sólo de su vida; había perdido treinta años de vida, en general. Era apenas un día o dos más vieja que cuando entró en la singularidad simple. El dorso de sus manos estaba cubierto de arañazos y moretones, pero no mostraban esas manchas color canela producto de la edad. Tenía la voz ronca por la fatiga y el sufrimiento, pero la suya no era la voz de una anciana. No era una anciana. Era Gelle-Klara Moynlin, no mucho mayor de treinta años, a quien había sucedido algo terrible.

Al despertarse el segundo día, los agudizados dolores y los pinchazos bien localizados le advirtieron que no estaba ya bajo los efectos de los analgésicos.

Sobre ella, el hosco rostro del Capitán la observaba.

—Abre los ojos —le espetó—. Ahora que ya estás bien, puedes empezar a pagarte el pasaje, me parece a mí.

¡Qué criatura tan desagradable! Y sin embargo, si ella estaba viva y, según parecía, recuperándose, era gracias a él, y le debía gratitud.

—Me parece bastante razonable —dijo Klara, sentándose.

—¿Que te parece razonable? Soy yo el que decide qué es razonable aquí, no tú —aclaró Wan—. Tienes un único derecho a bordo de mi nave. Ese derecho era el derecho a ser rescatada, y eso hice. A partir de ahora, los derechos son todos míos. Sobre todo porque por tu culpa tenemos que regresar a Pórtico.

—Cariño —intervino Dolly intentando apaciguarlo—, eso no es del todo cierto; hay mucha comida a...

—No de la que me gusta, y cállate. Como te decía, Klara, tienes que compensarme por este contratiempo. —Alargó la mano hacia atrás; Dolly entendió a la perfección lo que el gesto significaba, y le tendió un plato lleno de galletas de chocolate, del que él cogió una con los dedos.

¡Qué grosero! Klara se apartó el cabello de los ojos, estudiándole fríamente.

—¿Cómo tengo que compensarte? ¿Igual que ella?

—Por supuesto, como hace ella —contestó Wan masticando—, ayudándola a mantener limpia la nave y ... ¡Oh, ja, ja, ja! ¡Qué bueno! —boqueó, escupiendo trocitos de galleta sobre Klara al reírse—. ¡En la cama, querías decir! Qué estúpida eres, Klara. Yo no copulo con viejas feas.

Klara se limpió el rostro de migas al tiempo que él alargaba la mano para coger otra.

—No —dijo nervioso—, me vas a ayudar de una manera más útil; quiero que me expliques todo lo que sepas de los agujeros negros.

Intentando frenarle, ella dijo:

—Todo ocurrió muy deprisa. No es mucho lo que pueda decirte.

—¡Dime lo poco que sepas, en ese caso! Y te lo advierto, ¡no trates de engañarme!

« Dios mío », pensó Klara, « ¿Cuánto más de esto voy a tener que soportar? ». Y « esto » significaba no solamente la insolencia de Wan, sino toda la desorientación de su recién recuperada vida.

La respuesta a cuánto tiempo iba a tener que soportarlo fue once días. Tiempo suficiente para que los morados desaparecieran de la piel de sus manos y de sus brazos, tiempo suficiente para conocer mejor a Dolly Walthers y compadecerla y de conocer también mejor a Wan y despreciarlo. Pero no era suficiente para conjeturar qué iba a hacer con su vida.

Pero su vida no esperó a que ella estuviera preparada. Lista o no, la nave de

Wan aterrizó en Pórtico, con ella dentro.

Hasta los olores de Pórtico eran distintos. El volumen de los ruidos también había cambiado: era bastante más elevado. La gente era radicalmente distinta. De entre ellos, no parecía que hubiera ni una sola persona de las que había conocido treinta años antes; treinta años o treinta días, según los parámetros que se usasen para medirlos. Y, además, estaba lleno de uniformes.

Cosa que le resultó bastante novedoso a Klara, y en absoluto agradable. En los «viejos tiempos» —independientemente de lo lejos que pudieran estar esos tiempos— se veían a lo sumo uno o dos uniformes al día; miembros de la tripulación de los cruceros de las cuatro potencias encargadas de la custodia del asteroide, que estaban de permiso. Por descontado que jamás se veía a ninguno llevar armas. Todo aquello pertenecía al pasado. Ahora se veían uniformes por todas partes, e iban armados.

El sistema de evaluación había cambiado como todo lo demás. Siempre había sido un fastidio. Volvías a Pórtico sucio, exhausto y todavía con el miedo en el cuerpo, porque hasta el último momento no podías estar seguro de lograrlo, y entonces aparecían los de la Corporación de Pórtico y te sentaban frente a los interrogadores, los evaluadores y los contables. ¿Qué era lo que habías encontrado? ¿Qué tenía de particular? ¿Qué valía? Las Juntas de Evaluación eran las encargadas de contestar a esas preguntas, y del resultado de su evaluación de una misión dependía la diferencia entre el fracaso más absoluto y —más raramente— una riqueza de ensueño. Un prospector de Pórtico necesitaba ciertas habilidades para, sencillamente, lograr sobrevivir una vez que se encerraba en una de aquellas impredecibles naves para salir a efectuar uno de tantos Cruceros A Saber Dios Dónde. Pero para prosperar hacía falta algo más que habilidades. Hacía falta un informe favorable de la Junta de Evaluación.

La Junta de Evaluación no era bienvenida, pero ahora era incluso peor. El equipo de interrogadores no pertenecían ya a la Corporación de Pórtico. Ahora había cuatro equipos de interrogadores, uno por cada una de las potencias custodias. El lugar de la evaluación había sido trasladado al que fuera antiguo casino de juego y principal sala de fiestas del asteroide, el Infierno Azul, donde había cuatro pequeñas salas separadas, cada una con la correspondiente bandera en la puerta. Los brasileños se encargaron de Dolly. La República Popular China secuestró a Wan. La policía militar de los Estados Unidos cogió a Klara por el brazo, y cuando el teniente que estaba apostado delante de la sala de interrogatorios de la Unión Soviética palmeó la culata de su Kalashnikov con cara de pocos amigos, el americano le miró con idéntica expresión y se llevó la mano al Colt que pendía de su cintura.

Lo cierto es que no tenía ninguna importancia, ya que tan pronto como los americanos acabaron con ella, fueron los brasileños quienes iniciaron su ronda de preguntas a Klara, y cuando un soldado joven te invita a que le sigas, poco

importa si el arma que lleva es un Colt o una Paz.

Mientras se dirigía de los brasileños a los chinos, Klara se cruzó por el camino con Wan, sudoroso e indignado, quien a su vez iba de los chinos a los rusos, y entonces Klara descubrió que tenía de qué alegrarse. Los interrogadores eran groseros, insoportables y rudos con ella, pero al parecer lo eran aún más con Wan. Por razones que ella desconocía, sus sesiones duraban el doble que las suyas, que eran de por sí muy largas. Uno tras otro, todos los equipos de interrogadores subrayaron el hecho de que se suponía que estaba muerta, que su saldo hacía tiempo que había revertido a los fondos de la Corporación de Pórtico, que no se le debía nada en concepto del vuelo de regreso a Pórtico a bordo de la nave de Juan Henriquette Santos-Schmitz —dado que la suya no era una misión autorizada por la Corporación—, y que por lo que hacía a cualquier tipo de reembolso por su viaje hasta el agujero negro, bien, no había vuelto en la misma nave, ¿no? Con los americanos, se atrevió a reclamar al menos una bonificación científica. ¿Qué otra persona había estado en el interior de un agujero negro? Le contestaron que tendrían en cuenta su reclamación. Los brasileños le respondieron que ésa era materia para una negociación cuatripartita. Los chinos le dijeron que todo dependía de la interpretación que se diera a la recompensa que se le había ofrecido a Robinette Broadhead, y a los rusos el asunto les trajo sin cuidado, pues todo lo que querían averiguar era si Wan había manifestado inclinaciones terroristas.

La Junta de Evaluación duró una eternidad, y a continuación tuvo que pasar un control médico que duró casi lo mismo. Los programas de diagnosis no se habían encontrado jamás ante un ser humano que hubiera estado expuesto a la demoleadora radiación de una barrera Schwarzschild, y no la dejaron marcharse hasta que hubieron examinado todos sus huesos y ligamentos y se hubieron servido a voluntad con muestras de todos sus fluidos corporales. Y entonces la pasaron a la sección de contabilidad para informarla del estado de su cuenta. Le entregaron una tarjeta, y todo lo que decía, era:

MOYNLIN, Gelle-Klara

Saldo actual: 0

Bonificaciones debidas: sin evaluar

Dolly Walthers estaba esperando frente a las oficinas de la contabilidad, preocupada y aburrida.

—¿Cómo ha ido, cariño? —le preguntó.

Klara hizo una mueca.

—Cómo lo siento. Wan sigue dentro —explicó Dolly—, porque le han retenido en la Junta de Evaluación. Hace horas que estoy aquí sentada. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé exactamente —contestó Klara con lentitud, pensando en lo limitadas que resultaban las opciones en Pórtico para quien no tenía dinero.

—Ya, a mí me pasa igual —suspiró Dolly—. Es que con Wan nunca se sabe. No puede estar demasiado tiempo en un mismo sitio porque empiezan a hacerle preguntas sobre el equipamiento de su nave y me da la sensación de que no se hizo con ella de manera del todo legal. —Tragó saliva y dijo rápidamente—: Mira, ahí viene.

Para sorpresa de Klara, cuando Wan levantó la mirada de las tarjetas que estaba examinando, le sonrió.

—Ah —dijo—, mi querida Gelle-Klara. Estaba estudiando tu situación financiera. Es de lo más prometedor, ¿no te parece?

¡Prometedor! Se lo quedó mirando con considerable desprecio.

—Si te refieres a que es probable que me envíen al espacio de una patada en el trasero en un plazo máximo de cuarenta y ocho horas en concepto de facturas impagadas, no, no me parece que mi situación sea prometedora.

Él la miró y decidió tomarse su respuesta a broma.

—Qué sentido del humor tienes. Mira, como no estás acostumbrada a manejarte con sumas tan grandes, déjame que te recomiende un amigo que tengo en el mundo de la banca y que es la mar de útil...

—Ya vale, Wan. Esto no tiene ninguna gracia.

—¡Desde luego que no tiene ninguna gracia! —La miró con ira como antes pero acto seguido su expresión cedió a la incredulidad—: ¿Es... es posible que no te hayan dicho lo del pleito?

—¿Qué pleito?

—Contra Robinette Broadhead. Mi programa legal dice que podrían darte hasta el cincuenta por ciento de sus bienes.

—¡Qué tontería! —dijo Klara, nerviosa.

—¡Nada de tontería! ¡Tengo un programa legal muy bueno! Es la doctrina del ojo por ojo, no sé si me entiendes. Tendrías que haber recibido una participación igual a la suya en los beneficios de la misión; ahora, a lo que tienes derecho es a la mitad del monto total, y también al capital que le ha añadido, porque procede de aquel otro capital.

—Pero... pero qué estupidez —le espetó—, ¿cómo quieres que le ponga un pleito?

—¡Pues claro que sí! ¿Cómo si no vas a conseguir que te den lo que es tuyo? Escucha, Gelle-Klara, yo pongo pleitos a centenares de personas a lo largo del año. Y hay mucho dinero en juego. ¿Sabes a cuánto asciende el patrimonio de Broadhead? ¡Es mucho, mucho mayor que el mío! —Y, acto seguido, con la fraternal camaradería de un rico hacendado que se dirige a otro: —Claro está que mientras deliberan al respecto, es posible que tengas que hacer frente a ciertas contingencias. Deja que introduzca una pequeña cantidad de mi dinero en

tu cuenta... un momento... —hizo las necesarias operaciones con las tarjetas—. Sí, aquí tienes. ¡Y buena suerte!

Así se encontraba mi perdido amor, más perdida de lo que nunca antes hubiera estado. Conocía Pórtico bien. Pero el Pórtico que ella conocía, había desaparecido. Su vida se había saltado un paso, y todo aquello que estimaba o que le interesaba o que le preocupaba, había sufrido los cambios de un tercio de siglo, mientras que ella, como la bella durmiente del bosque, había pasado todo ese tiempo dormida. «Buena suerte», le acababa de desear Wan, ¿pero qué futuro podía aguardar a la princesa encantada cuyo príncipe se había casado con otra? «Una pequeña cantidad», le había dicho Wan, y tal era. Diez mil dólares. Lo justo para pagar las cuentas de unos pocos días... ¿y luego, qué?

Al menos, pensó Klara, le quedaba la excitación de conocer algunas de las respuestas a los enigmas por los que habían muerto tantos como ella. Así, una vez que hubo encontrado una habitación y después de haber comido algo, se dirigió a la biblioteca. Ya no contenía bobinas de cinta magnética. Todo estaba ahora registrado en una especie de molinete de oración Heechee de segunda generación (molinetes de oración: ¡Así que servían para eso!), y se vio obligada a contratar los servicios de un ayudante para que le enseñaran a utilizarlos. («Servicios de biblioteca @ \$125/hora; \$62.50» rezaba su tarjeta). ¿Había valido realmente la pena?

Para sorpresa de Klara, más bien no. ¡Tantas respuestas a tantas preguntas! Y, curiosamente, tan poca satisfacción al saberlas.

Cuando Klara era un prospector de Pórtico como cualquier otro, las respuestas a esas preguntas eran literalmente cuestión de vida o muerte. ¿Qué significaban los símbolos de los paneles de control de las naves Heechees? ¿Qué destinos conducían a la muerte? ¿Cuáles a la fortuna? Ahora, ahí estaban las respuestas; quizá no todas, ya que seguía abierta la cuestión más importante, la de quiénes eran los Heechees, en primer lugar. Pero había miles de problemas resueltos, hasta se tenía la respuesta a preguntas que a nadie se le había ocurrido hacer treinta años antes.

Pero las respuestas la satisficieron poco. Los problemas pierden urgencia cuando se sabe que las soluciones están al final del libro.

La cuestión que más le interesaba era, lo sé, y o.

¿Robinette Broadhead? Oh, sí, sin duda. Se disponía de abundante información sobre él en los bancos de datos. Sí, estaba casado. Sí, seguía vivo, y todavía con salud. Imperdonablemente, mostraba todos los indicios de ser feliz. Y lo que era casi peor, era viejo. No que estuviera senil ni decrepito, eso no; su cráneo conservaba todo su cabello y su rostro no estaba marcado por las arrugas, pero a fin de cuentas eso era producto del Certificado Médico Completo, proveedor

infalible de salud y juventud a aquellos que podían costárselo. Pero no dejaba de ser viejo. Había una robusta solidez en su cuello y una seguridad en su sonrisa que emanaban de la imagen que le sonreía en la piezopantalla, y que no formaba parte del individuo confundido y amedrentado que le había partido la boca y le había jurado amarla por siempre. Ahora, pues, Klara disponía de una definición aproximada de un término más: «Siempre». Significaba un período substancialmente menor a treinta años.

Después de haberse deprimido lo suficiente en la biblioteca, deambuló a través de Pórtico para comprobar qué cambios habían tenido lugar. El asteroide se había vuelto más impersonal y civilizado. Había muchos comercios en Pórtico ahora. Un supermercado, una sucursal de una cadena de restaurantes de comida rápida, un estereoteatro, un centro de salud física, hermosas y recientes pensiones para turistas, tiendas llenas de relucientes souvenirs. Había gran variedad de actividades en Pórtico. Pero no para Klara. La única que verdaderamente atrajo su atención fue el casino de juego instalado en la sala central en forma de huso que reemplazaba al antiguo Infierno Azul; pero no podía permitirse semejantes lujos.

No tuve oportunidad de conocer a Gelle-Klara Moynlin en la época en que Robin estuvo sentimentalmente unido a ella. Por lo demás, tampoco entonces conocía a Robinette Broadhead, puesto que era demasiado pobre para poder costearse la compra de un programa tan sofisticado como lo soy yo. A pesar de que no puedo experimentar personalmente el arrojamiento físico —ya que no puedo experimentar físicamente el temor—, aprecio el de ambos en lo que vale.

Y estimo como casi igualmente notable su ignorancia. No sabían cómo manejar el sistema de navegación MRL. No sabían cómo funcionaban los controles. No sabían interpretar las cartas de navegación Heechees, ni tenían ninguna que interpretar, ya que no se descubrieron hasta una década después de que Klara quedara atrapada en el agujero negro. Me sorprende la cantidad de acciones que pueden llevar a cabo las inteligencias biológicas con tan poca información.

La verdad es que no podía permitirse semejantes lujos ni ningún otro, y estaba bastante deprimida. Las revistas para mujeres de la época de su infancia estaban llenas de trucos recurrentes para combatir la depresión; les llamaban « escapes ». Ordenar la casa. Llamar a alguien por el piezófono. Lavarse el pelo. Pero ella no tenía casa que limpiar y ¿a quién podía llamar en Pórtico? Después de haberse lavado el pelo por tercera vez, empezó a pensar de nuevo en el Infierno Azul. Unas pocas apuestas sin importancia no iban a perjudicarla demasiado, aunque perdiera. Únicamente, se vería obligada a prescindir de algunos caprichos...

Once vueltas de la ruleta más tarde, estaba sin un céntimo.

Un grupo de turistas gaboneses se alejaba, riendo y dando traspiés, y detrás de ellos Klara vio a Dolly en la barra corta y estrecha. Fue directamente hacia ella y dijo:

—¿Me invitas a una copa?

—Sí, claro —le contestó Dolly sin gran entusiasmo, haciéndole una seña al barman.

—¿Podrías prestarme algún dinero?

Dolly se rió sorprendida.

—Has perdido en la ruleta, ¿eh? Pues has ido a dar con la persona menos indicada. No estaría aquí bebiendo si no fuera porque algunos turistas me han regalado un par de fichas. —Cuando les sirvieron el whisky, Dolly dividió el escaso cambio en dos mitades y le pasó una a Klara—. Podrías intentar camelarte a Wan —le dijo—, pero no está de muy buen humor.

—Eso me suena a conocido —contestó Klara con la esperanza de que el whisky le subiera la moral. No fue así.

—Peor que de costumbre, quiero decir. Tengo la impresión de que se va a encontrar con el agua al cuello otra vez. —Se le escapó el hipo y puso cara de sorpresa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Klara sin demasiado interés. Sabía que, en cuanto formulara la pregunta, la chica se lo contaría sin dilación, pero pensó que sería una manera como otra cualquiera de compensarle por la parte del cambio que le había cedido.

—Le van a poner las peras a cuarto antes o después —dijo Dolly echándose un trago al colete—. Qué imbécil, venir aquí cuando podía haberte dejado en cualquier otro sitio y comprar allí su chocolate del demonio.

—En fin, yo prefiero estar aquí que en según y dónde —repuso Klara, preguntándose hasta qué punto era cierto.

—No seas boba. No lo hizo por ti. Lo hizo porque está convencido de que es capaz de salirse con la suya en cualquier situación. Porque es un imbécil. —Se

quedó mirando la botella enfurruñada—. Hasta hace el amor como un imbécil. Es torpe, no sé si me entiendes. Incluso jodiendo es torpe. Se te acerca con esa expresión en la cara, como si intentara recordar la combinación de la caja fuerte; me entiendes, ¿no? Acto seguido me quita la ropa, y empieza. Un achuchón por aquí, una caricia por allá, otro magreo por allí. Creo que le voy a comprar un manual de instrucciones. El muy imbécil.

Cuántas bebidas se tomaron a costa de las fichas de Dolly, es algo que Klara no pudo comprobar; muchas, en cualquier caso. Tiempo después, Dolly recordó que tenía que comprar las galletas y el chocolate al licor para Wan. Más tarde aún, dando tumbos en soledad, Klara se dio cuenta de que tenía hambre. Lo que se lo recordó fue el olor a comida. Le quedaba aún algo del cambio que le había cedido Dolly. No era suficiente para tomarse una comida decente, y de todas formas, lo razonable hubiera sido volver a su cubículo para tomarse allí algún plato precocinado: ¿pero qué más daba comportarse de manera razonable ya? Además, el olor venía de cerca. Atravesó una especie de área de metal Heechee, ordenó lo primero que le vino en mente y se sentó lo más cerca que pudo de una pared. Levantó la rebanada superior del sandwich para saber qué había pedido; era algo sintético, pero desde luego no procedía ni de las minas de alimentos ni de las piscifactorías, como antaño. No era malo. O, por lo menos, no del todo, aunque tenía la impresión de que en aquellas circunstancias cualquier plato la habría dejado indiferente. Comió poco a poco, analizando cada bocado, no tanto porque la calidad de la comida lo justificase sino para posponer tanto como le fuera posible la siguiente cosa que iba a tener que hacer, esto es, decidir qué hacía con su vida.

Fue entonces cuando se aperció del revuelo. La muchacha de la limpieza empezó a barrer el suelo con el doble de diligencia, mirando de soslayo por encima del hombro a cada pasada de la escoba; los del mostrador estaban aún más tiesos que antes, y hablaban más claramente. Alguien importante debía de haber llegado.

Era una mujer, alta, madura y hermosa. Espesas mechadas de pelo dorado le caían espaldas abajo, y conversaba atentamente, pero con autoridad, lo mismo con clientes que con los empleados. Pasó las manos por encima de las bandejas para comprobar que estuvieran limpias, probó algún bocado para comprobar su consistencia, se aseguró de que los servilleteros estaban llenos y rehizo el lazo del delantal de la encargada de la limpieza.

Klara se la quedó mirando con un sentimiento de creciente reconocimiento que se parecía bastante al miedo. ¡Era ella! ¡Ella! La mujer cuya fotografía había visto en tantos de los informes acerca de Robin Broadhead. S. Ya. Lavorovna-Broadhead inaugura cincuenta y cuatro sucursales de su cadena de restaurantes en el Golfo Pérsico. S. Ya. Lavorovna-Broadhead bautiza con su nombre a un carguero interestelar. S. Ya. Lavorovna-Broadhead dirige los

trabajos de programación de las nuevas secciones de la red general de datos.

A pesar de que sólo le quedaba un último bocado de sandwich, que era el último que Klara podía costearse, no pudo obligarse a terminarlo. Se deslizó furtivamente hacia la puerta, con el rostro vuelto, dejó la bandeja en el contenedor de los residuos y desapareció.

Le quedaba un único sitio al que dirigirse. Cuando vio que Wan estaba solo allí, pensó que había sido cosa de la divina providencia el que hubiese tomado aquella decisión.

—¿Dónde está Dolly? —preguntó.

Wan estaba tumbado en una hamaca, mordisqueando con enfado una papaya fresca comprada, sin duda, a un increíble precio que Klara no era capaz de imaginar.

—¡Mira por donde a mí también me gustaría saberlo! —le dijo—. ¡Voy a decirle cuatro cosas cuando vuelva!

—Me he quedado sin dinero —le dijo ella.

Él se encogió de hombros con indiferente desprecio.

—Y —se inventó sobre la marcha— he venido a decirte que tú también. Van a confiscarte la nave.

—¿Qué me la van a confiscar? —chilló—. ¡Los muy cerdos! ¡Los muy hijos de puta! Oh, créeme que cuando vea a Dolly... ¡Seguro que ha sido ella la que les ha dicho lo del equipamiento especial!

—O tú —le espetó Klara con brutalidad—, porque seguro que te has ido de la lengua. Sólo te queda una alternativa.

—¿Una alternativa?

—En el mejor de los casos, si eres lo suficientemente listo y no te falta el valor.

—¿Si soy lo bastante listo y no me falta el valor? ¿Es que te has olvidado de que pasé solo la primera parte de mi vida...

—No, no lo olvido —dijo con reticencia ella—, porque constantemente me lo repites. Lo que ahora importa es lo que tienes que hacer a continuación. ¿Lo tienes todo a bordo? ¿Las provisiones también?

—¿Las provisiones? No, por supuesto que no. Acabo de decirte: las barras de helado sí, pero las galletas y el chocolate al licor, todavía no...

—¡A la porra con el chocolate! —dijo Klara—. Y ya que no está cuando se la necesita, a la porra con Dolly también. Si quieres conservar la nave, vete ahora.

—¿Ahora? ¿Solo? ¿Sin Dolly?

—Con una sustituta —aventuró Klara—. Cocinera, amante, alguien a quien podrás gritarle... estoy a tu disposición. Y sé manejarme en la nave. A lo mejor no cocino tan bien como Dolly, pero sé hacer mejor el amor. Por lo menos, más a menudo. Y no te queda tiempo para pensártelo demasiado.

Él la miró con la boca desencajada durante unos instantes. Luego, sonrió.

—Coge esas cajas del suelo —le ordenó—. Y también lo que hay debajo de la hamaca y...

—Espera —le atajó ella—. Hay un límite para lo que soy capaz de llevar.

—Por lo que se refiere a tus limitaciones —le dijo él—, te aseguro que vamos a comprobar a su debido tiempo cuáles son. Ahora, no discutas. Recoge ese saco, llénalo y nos vamos; y mientras lo haces, te voy a contar un cuento que me explicaron los Difuntos hace mucho tiempo. Érase una vez dos prospectores que encontraron un gran tesoro dentro de un agujero negro, y no sabían cómo sacarlo fuera. Por fin, uno de ellos dijo: « Ya sé. Me he traído a mi pequinés: le ataremos el tesoro al lomo y que tire hasta sacarlo ». El segundo prospector le contestó: « ¡Qué estupidez! ¿Cómo quieres que un perro tan pequeño sea capaz de sacar un tesoro de un agujero negro? ». Y el primer prospector le contestó: « El estúpido eres tú, por no creer que podrá. ¿Es que no ves que he traído también un látigo? » .

RETORNO A PÓRTICO

Pórtico me proporcionó mi inmensa fortuna, pero también los momentos más angustiosos de mi vida. Volver a Pórtico fue como retroceder en el tiempo para volver a encontrarme conmigo mismo. Yo era en aquella época un ser humano joven, sin un céntimo, asustado y desesperado, cuyas únicas posibilidades en la vida eran salir en una misión que podía significar la muerte, o bien pasar el resto de mis días en un lugar en el que nadie deseaba vivir. No había cambiado demasiado, Pórtico. Aun ahora nadie habría querido vivir, aunque la gente vivía y los turistas no hacían más que llegar o irse constantemente. Al menos ahora las misiones no eran tan temerariamente arriesgadas como acostumbraban a serlo. Mientras atracábamos, le dije a mi programa Albert Einstein que acababa de hacer un descubrimiento filosófico; a saber, que existe una ley de mutua compensación. Pórtico se había convertido en un lugar más seguro mientras que el planeta Tierra, nuestro hogar, se había convertido en un lugar más peligroso.

—A lo mejor es que hay una ley de conservación de la miseria que asegura un mínimo de infelicidad para cada ser humano, y todo lo más que puede hacerse es esparcirla en un sentido u otro.

—Cuando dices cosas como ésas, Robin —suspiró—, es cuando me pregunto si mis diagnósticos no son tan buenos como deberían. ¿Estás seguro de que no es consecuencia de la operación?

Albert estaba, o así aparecía, sentado en el borde de su asiento, guiando nuestra nave para aterrizar mientras me hablaba, pero yo sabía que su pregunta era retórica. Tenía mis constantes ininterrumpidamente monitorizadas.

Tan pronto como la nave quedó asegurada, desconecté la cinta del programa de Albert y me la encajé debajo de la axila, encaminándome hacia mi nueva nave.

—¿No quieres echar un vistazo? —me preguntó Essie, estudiándome con una expresión casi idéntica a la que me había mostrado Albert—. Entonces, ¿quieres que vaya contigo?

—La verdad es que me muero por ver la nueva nave —le dije—; sólo quiero acercarme para ver cómo es. Nos podemos encontrar allí más tarde.

Yo sabía que estaba ansiosa por ver cómo marchaba la nueva sede de su amadísima cadena de restaurantes de comida rápida en Pórtico. Por descontado, yo ignoraba con quién iba a encontrarse.

Así que yo no pensaba en nada en concreto mientras me encaramaba por la escotilla de mi nave personal, construida por manos humanas, mi propio yate interestelar, y maldita sea si no resultó cierto que estaba tan excitado como le acababa de decir a Essie. Vaya, ¡es que fue como ver convertidas en realidad mis fantasías de niño! Era de verdad. Y era enteramente mía, y tenía de todo.

O por lo menos, casi de todo. El camarote principal tenía una cama anisoquinética maravillosamente ancha, y al otro lado de la puerta había un genuino cuarto de aseo. Tenía una despensa repleta hasta los topes y algo que se parecía muchísimo a una cocina de verdad. Tenía también dos camarotes-despacho, uno para Essie y otro para mí, que podían convertirse en sendos dormitorios extra en caso de que decidiéramos estar en compañía de invitados. Poseía el primer sistema de navegación jamás construido por seres humanos en una nave civil a mayor rapidez lumínica; bien, algunos de sus componentes eran Heechees, rescatados de naves de exploración dañadas, pero la mayoría eran de factura humana. Y era potente, con un sistema de navegación más amplio y veloz. Incluía un cubículo para Albert, un receptáculo para cintas de datos con su nombre grabado encima; deslicé el rollo dentro, pero no lo activé porque quería gozar a solas de aquel espectáculo. Había cintas con música o piezas de PV grabadas, obras de consulta y programas especializados capaces de llevar a cabo casi cualquier cosa que o bien Essie o bien yo les pidiéramos que hicieran. La pantalla panorámica era una copia de la del transporte *S. Yá.*, cuyo tamaño era diez veces superior al de las borrosas planchas de las naves de exploración. Tenía todo lo que yo había soñado que pudiera haber en una nave, realmente, y lo único que le faltaba era un nombre.

Uno de los descubrimientos de menor importancia realizados por l Heechees era el «empuje anisoquinético»: una sencilla herramienta q lograba convertir cualquier impacto en una fuerza igual a la recibida, fue cual fuera el ángulo. La teoría que lo sustentaba era a la vez profunda elegante. El uso que le dio la gente, no tanto. El artefacto más popular de l construidos con materiales anisoquinéticos fue un colchón de cama elástico cuya fuerza era vector más que escalar, lo que producía un soporte titilante la actividad sexual. ¡Actividad sexual! ¡La de tiempo que malgastan los ser humanos en semejante cosa!

Me senté al borde de la gran cama anisoquinética y sentí el divertido empuje en mi trasero, porque empujaba mi cuerpo hacia arriba en vez de ser mi cuerpo el que empujaba el colchón hacia abajo para quedar hundido en él, como sucede en los colchones corrientes, y pensé en el problema del nombre. Era un buen lugar para hacerlo, porque la persona que iba a compartir aquella cama conmigo era la persona con cuyo nombre quería bautizar a la nave. Sin embargo, ya le había dado su nombre al transporte interestelar.

Por supuesto, pensé, había muchas maneras de resolver el dilema. Podía ponerle *Semya*. O *Essie*. O, puestos a ello, *Señora de Robinette Broadhead*, aunque sonaba de lo más estúpido.

El asunto era bastante urgente. Estaba todo preparado para partir. No había nada que nos retuviera en Pórtico, salvo el hecho de que yo no pudiera salir en una nave que carecía de nombre. Me encontré a mí mismo en la cabina de los controles, y me senté en el asiento del piloto. Éste estaba diseñado para un trasero humano, y, con sólo eso, se había logrado ya una inmensa mejora sobre el antiguo modelo.

De niño, cuando vivía en las minas de alimentos, solía sentarme en una silla de la cocina, frente al horno de microondas, y me imaginaba estar pilotando una nave de Pórtico hacia los remotos confines de la Galaxia. En aquel momento estaba haciendo lo mismo. Alargué la mano y toqué las ruedas que establecían el curso y me imaginé que apretaba la teta de despegue y... y bueno, me puse a fantasear. Me imaginé a mí mismo cruzando el espacio de la misma manera despreocupada, aventurera y sin riesgos que había soñado de niño. Quásares arremolinados. A toda velocidad hacia las Galaxias cercanas. Atravesando el velo de polvo de silicona del corazón de la Galaxia. ¡Encontrándome con un Heechee! Entrando en un agujero negro...

La ensoñación quedó colapsada entonces, porque era, para mí, algo demasiado real, pero fue también entonces cuando me di cuenta de que tenía un nombre para la nave. Se ajustaba a *Essie* perfectamente, pero sin duplicar la denominación de la *S. Ya*:

Único Amor.

¡Era el nombre perfecto!

Mas, siendo así, ¿por qué me dejó vagamente melancólico, sentimental y suspirando de amor?

Ésa era una cuestión que prefería no averiguar. Y ahora que había decidido un nombre, había varias cosas que hacer: había que rectificar el registro, ultimar

los documentos del seguro, notificar al mundo mi decisión. La manera de hacerlo era diciéndole a Albert que se encargara de hacerlo. Sacudí, pues, la cinta que lo contenía para asegurarme de que estaba firmemente encajado y lo conecté.

No me había acostumbrado todavía al nuevo Albert, por lo que me di un buen susto cuando, en lugar de aparecer dentro del proyector holográfico, ni tan siquiera cerca de éste, se me apareció junto a la puerta del camarote principal. Se plantó allí con un codo apoyado en la palma de una mano, y la pipa en la mano que tenía libre, mirando a su alrededor como si acabara de llegar.

—Una nave bonita, si señor —juzgó—. Mi enhorabuena, Robin.

—¡No tenía la menor idea de que pudieras pasearte así!

—Mi querido Robin, de hecho no me estoy «paseando» —me corrigió amablemente—. Es parte de mi actual programación el dar la máxima sensación de realismo. Aparecer como un genio que sale de la lámpara de Aladino no sería realista, ¿verdad que no?

—Eres un programa la mar de listo —reconocí, y él, sonriendo, me dijo:

—Y un programa alerta también, si es necesario, Robin. Por ejemplo, aseguraría que tu encantadora esposa se está acercando en este preciso instante.

Se hizo a un lado —¡algo completamente innecesario!— al entrar Essie, que trataba de recuperar el resuello y de no dar la impresión de que estaba triste.

—¿Qué pasa? —le pregunté, súbitamente alarmado.

No me contestó directamente.

—Entonces, ¿no te has enterado? —dijo por fin.

—¿Enterado de qué?

Puso cara a la vez de sorpresa y de alivio.

—Albert, ¿no has establecido aún la conexión con la red de información?

—Estaba a punto de hacerlo, señora Broadhead —dijo amablemente.

—¡Pues no lo hagas! Hay... bueno, hay algunos reajustes que debo hacer por culpa de las condiciones de la Corporación.

Albert juntó los labios pensativamente, pero no dijo nada. Yo no me mordí la lengua:

—¡Essie, escúpelos ya de una vez! ¿Qué pasa?

Se sentó en el banco del comunicador, abanicándose.

—¡El canalla de Wan! —dijo—. ¡Está aquí! Es la comidilla de todo el asteroide. Me sorprende que no hayas oído nada. ¡Buf! ¡Qué carrerón! Tenía miedo de que te deprimieras.

Le sonreí comprensivo.

—Hace semanas que me operaron, Essie —le recordé—. No estoy tan delicado, ni voy a armar ningún revuelo por culpa de Wan si es eso lo que te preocupa. ¡Ten un poco más de confianza en mí!

Ella misma me miró fijamente y asintió.

—Es cierto —admitió—. Ha sido una bobada. Bien, yo me vuelvo al trabajo.

—Se puso en movimiento, se levantó y se dirigió a la puerta—. ¡Pero recuerda, Albert: nada de conectar con la red principal hasta que yo vuelva!

—¡Espera! —le grité—. No has oído mis noticias. —Ella se detuvo lo suficiente para dejarme decir lleno de orgullo—: He encontrado un nombre para la nave. *Único Amor*. ¿Qué te parece?

Se tomó mucho tiempo para pensárselo, y la expresión de su rostro fue mucho más forzada y mucho menos complacida de lo que yo había esperado. Entonces, me dijo:

—Sí, es muy buen nombre. Que Dios la bendiga y a todos los que viajan en ella, ¿eh? Bien, ahora tengo que irme.

Después de veinticinco años juntos, aún no acabo de comprender a Essie. Así se lo dije a Albert. Estaba sentado despreocupadamente en la banqueta frente al tocador de Essie, mirándose al espejo, y se encogió de hombros.

—¿Crees que no le ha gustado el nombre? —le pregunté—. ¡Es un buen nombre!

—A mí me lo hubiera parecido —dijo mientras experimentaba diferentes expresiones ante el espejo.

—¡Si ni siquiera daba la impresión de querer ver la nave!

—Parecía como si algo la preocupara —asintió.

—¿Pero qué? Te lo juro —repetí—, no siempre consigo entenderla.

—Te confieso que a veces a mí me sucede lo mismo. Pero en mi caso —dijo volviéndose hacia mí para guiñarme un ojo—, supongo que se debe a que soy yo una máquina y ella es humana. Me pregunto cuál será la causa en tu caso.

Me lo quedé mirando, un tanto preocupado, y entonces le sonreí.

—Eres bastante más divertido en tu nueva programación, Albert —le dije—. ¿Se puede saber qué te propones al mirarte en un espejo cuando sé perfectamente que no puedes ver nada?

—¿Puede saberse qué beneficio obtienes tú al mirar a la *Único Amor*, Robin?

—¿Por qué siempre que te hago una pregunta me contestas con otra pregunta? —le respondí, y se echó a reír con fuertes carcajadas.

Era una buena actuación. Mientras tuve al antiguo programa Albert éste era capaz de reír e incluso de inventar chistes, pero siempre sabías que no era más que una imagen sonriendo. Incluso podías creer que se trataba de la imagen de alguien, si así lo preferías; digámoslo sin ambages pues yo mismo lo hacía a menudo, algo así como la imagen de alguien tal como aparece en la Piezovisión. Pero lo que no había... ¿cómo definirlo? Lo que no había era presencia. Pero ahora sí la había. No es que se oliera. Pero yo podía sentir su presencia en la habitación con más sentidos que sólo la vista y el oído. ¿Cosa de temperatura, de sensación de masa? No lo sé. Se trataba de lo mismo que te dice que hay alguien

a tu lado, sea lo que sea.

—La verdadera respuesta —dijo presumiendo—, es que este aspecto es mi propio equivalente a una nave nueva, o el equivalente al traje de los domingos, o la analogía que prefieras establecer. No hago más que contemplarlo para comprobar hasta qué punto me gusta. ¿Y a ti qué te parece?, que a fin de cuentas es lo que importa.

—No te hagas el humilde —le dije—; claro que me gusta. Pero preferiría que estuvieras conectado a la red principal de información. Me gustaría saber, por ejemplo, si alguna de las personas con quienes he estado trabajando ha hecho algo en relación al asunto de los terroristas.

—Sabes que haré cualquier cosa que me ordenes, pero la señora Broadhead fue bastante explícita —me contestó.

—No, no quiero que el conflicto te haga saltar en pedazos o afecte a tus auxiliares. Ya sé qué es lo que voy a hacer —le dije, levantándome con una lucecita encendida en mi cabeza—. Voy a salir al pasillo y voy a establecer la comunicación a través de uno de los circuitos de comunicación, si es que —bromeé— no he olvidado cómo hacerlo yo solo.

—Sí, claro, puedes hacerlo —el tono de su voz era de preocupación, por algún motivo—, pero es innecesario, Robin.

—Sí, de acuerdo —le dije mientras me detenía en el umbral de la puerta—, pero me pica la curiosidad, ¿sabes?

—En lo referente a tu curiosidad —repuso sonriendo mientras embutía el tabaco en la cazoleta de su pipa (aunque, pensé, es una sonrisa forzada)—, en lo que a eso se refiere, tengo que recordarte que hasta que atracamos estuve en constante comunicación con la red. No había ninguna novedad digna de mención. Aunque es posible, no obstante, que la misma ausencia de noticias sea, en sí misma, interesante. Por no decir tranquilizadora.

No acababa de acostumbrarme al nuevo Albert. Volví a sentarme y me quedé mirándole.

—Eres un jodido jeroglífico, doctor Einstein —le dije.

—Sólo cuando tengo que transmitir información de por sí poco clara. —Sonrió—. El general Manzbergen no recibe tus llamadas en este preciso momento. El senador dice que ha hecho todo cuanto le ha sido posible. Maitre Ijsinger dice que Kwiatkowski y nuestro amigo de Malasia no responden a los esfuerzos realizados por tu parte para contactar con ellos, y todo lo que ha conseguido de los albaneses es un mensaje que reza: « No se preocupe» .

—¡Pues entonces algo ha pasado! —exclamé, poniéndome de nuevo en pie.

—Es posible que algo pueda pasar —me corrigió—, y en tal caso, de verdad, lo único que podemos hacer es dejar que ocurra. En cualquier caso, Robin —dijo con tono engatusador—, preferiría que no abandonarás la nave ahora. Hay una buena razón: ¿Cómo puedes estar seguro de que ahí fuera no hay alguien con una

pistola y tu nombre en una lista?

—¿Un terrorista? ¿Aquí?

—Aquí o en Rotterdam, ¿qué te hace pensar que en un lugar es más probable que en el otro? Permíteme que te recuerde, Robin, que poseo alguna experiencia en ese terreno. En cierta ocasión los Nazis le pusieron a mi cabeza un precio de veinte mil marcos; ¡puedes estar seguro de que no le dejé a nadie hacerse con ella!

Me detuve antes de cruzar el umbral.

—¿Los quiénes?

—Los Nazis, Robin. Un grupo de terroristas que ocupó el poder en Alemania hace muchos años, cuando yo estaba vivo.

—¿Cuándo estabas qué?

—Quiero decir, claro está —comentó con indiferencia— en la época en la que el ser humano cuyo nombre me habéis dado estaba vivo; pero desde mi punto de vista, ésa es una distinción poco importante.

Distraído, se metió la pipa llena de tabaco en el bolsillo y se sentó de manera tan natural, tan sin reservas, que automáticamente yo también me senté.

Aunque es interesante verme desde el punto de vista de Robin, es agradable. La programación que la señora Broadhead me había asignado n constreñía a hablar, comportarme, e incluso pensar, de la misma manera que lo habría hecho el genuino Albert Einstein de haber vivido lo suficiente como para ocupar mi lugar. Robin cree que es grotesco. En cierto sentido tiene razón. Los seres humanos son grotescos.

—Creo que no acabo de acostumbrarme a tu nueva personalidad, Albert.

—No hay mejor tiempo que el presente, Robin.

Me sonrió seductor. Todo él era más sólido. Los antiguos hologramas lo presentaban en una docena, más o menos, de poses características: con un viejo jersey o en camiseta, con o sin calcetines, con bambas o en zapatillas, con la pipa o con un lápiz. Sin duda, en aquel momento llevaba una camiseta, pero encima de ésta llevaba puesto un suéter, de esos holgados que se abrochan por delante y llevan bolsillos, un cárdigan, que tanto se llevan en Europa. En la chaqueta había

una chapita que decía « Dos por ciento », y alrededor de la barbilla se veía una barba rala blanca de dos días, que sugería que no se había afeitado aquella mañana. ¡Bueno, claro que no se había afeitado! Ni entonces ni nunca, por lo demás, ya que no era sino la proyección holográfica de un proceso computerizado... ¡Pero tan real, tan convincente, que estuve a punto de ofrecerle mi propia máquina de afeitar!

Me eché a reír y sacudí la cabeza.

—¿Qué es eso del dos por ciento?

—Ah —dijo con reserva—, un lema de mi juventud. Si el dos por ciento de la humanidad se negase a pelear, no habría guerras.

—¿Lo crees en estos momentos?

—Confío en ello, Robin —me corrigió—. Aunque las noticias no sean portadoras de mucha esperanza, tengo que admitirlo. ¿Quieres conocer el resto de las noticias?

—Supongo que debería querer —contestó, y le observé dirigirse al tocador de Essie.

Se sentó en la banqueta frente al tocador y se puso a jugar ociosamente con los frascos de perfume y con los objetos de decoración femenina mientras me hablaba; tan normal, tan humano, que me distrajo de lo que me estaba diciendo. Afortunadamente, porque las noticias no podían ser peores. La destrucción del acelerador Lofstrom había sido el primer movimiento de una insurrección, y una pequeña guerra sangrienta había estallado en aquella parte de Sudamérica. Los terroristas habían vertido toxinas de botulismo en los abastecimientos de agua de Londres. Noticias así prefería no saberlas, y se lo dije.

Él suspiró y asintió.

—Los tiempos eran mejores cuando yo era joven —dijo nostálgico—. Aunque no eran perfectos, desde luego. Hubiera podido llegar a ser presidente del estado de Israel, ¿lo sabías, Robin? Pues sí. Pero sentí que no debía aceptar. Yo luchaba por la paz, siempre, y un estado en ocasiones debe declarar la guerra. Loeb me dijo una vez que todos los políticos son casos patológicos, y me temo que así es. —Se sentó erguido y más animado—: ¡Pero hay buenas noticias después de todo, Robin! El Premio Broadhead a los Descubrimientos Científicos...

—¿El qué?

—Acuérdate, Robin —dijo con impaciencia—, el sistema de premios que me autorizaste a organizar justo antes de que te operaran. Ha empezado a dar frutos.

—¿Acaso has resuelto el Gran Misterio de los Heechees?

—Ah, Robin, ya veo que me quieres tomar el pelo —me reprochó amablemente—. Desde luego que por ahora no hay nada de tan vasto alcance. Pero hay un físico en Laguna Beach, Beckfurt. ¿Conoces su trabajo? ¿Aquel con

el que proponía un sistema para llegar al espacio plano?

—No, ni siquiera sé qué es el espacio plano.

—Bueno —dijo, resignándose ante mi ignorancia—, creo que eso no importa demasiado de momento; ahora está trabajando en un análisis matemático de la pérdida de masa. ¡Según parece, se trata de un fenómeno bastante reciente, Robin! ¡No se sabe cómo pero de alguna manera al universo se le ha estado añadiendo masa en los últimos millones de años!

—Vaya —dije, haciendo ver que entendía lo que me decía. Pero no le engañé.

Siguió, paciente:

—Si te acuerdas, Robin, hace algunos años aquella Difunta, o sea, la mujer registrada en lo que ahora es el transporte *S. Ya. Broadhead*, nos llevó a pensar que el fenómeno de la pérdida de masa tenía que ver con una intervención Heechee. Descartamos esa posibilidad entonces, porque no parecía haber razón alguna para que así fuera.

—Lo recuerdo —dije, pero era verdad sólo en parte.

Recordaba, eso sí, que por aquel entonces Albert había concebido la absurda idea de que los Heechees habían colapsado la expansión del universo para conducirlo de nuevo al átomo primordial, para lograr de esta manera un nuevo Big Bang y, en consecuencia, un universo nuevo con leyes físicas algo distintas. Pero entonces cambió de parecer. Sin duda, debió de explicarme sus razones, pero yo no las había sabido retener.

—¿Mach? —dije—, ¿tiene algo que ver con nuestro amigo Mach? ¿Y con alguien que se llama Davies?

—¡Exactamente, Robin! —aplaudió, sonriéndome encantado—. La Hipótesis sugiere una buena razón para haberlo hecho, pero la Paradoja de Davies convierte tal hipótesis en improbable. ¡Bien, pues ahora Beckfurt ha demostrado analíticamente que no es necesario aplicar la Paradoja de Davies si se parte del presupuesto que las expansiones y contracciones del universo son finitas!

Se levantó y se puso a pasear por la estancia, demasiado satisfecho consigo mismo como para seguir sentado y quieto. Yo no entendía qué era lo que le causaba aquel regocijo.

—Albert —le pregunté, todavía incierto—, ¿estás sugiriéndome que el universo entero se está estrechando alrededor de nuestras cabezas y que al final nos vamos a quedar todos aprisionados dentro del? ¿cómo lo llamas? ¿phloem?

—¡Exactamente, mi querido muchacho!

—¡Y eso te pone contento!.

—¡Naturalmente! ¡Oh, bueno! —dijo, deteniéndose junto a la puerta para mirarme—. Ya veo qué es lo que te preocupa. No va a ocurrir pronto. Con toda seguridad, no antes de varios miles de millones de años.

Me arrellané en mi asiento, mirándole. Me iba a llevar algún tiempo

acostumbrarme a este nuevo Albert. Todo le parecía estupendo; parlotaba y parlotaba sin cesar, satisfecho a más no poder, de las teorías a medio cocer que le habían estado lloviendo encima desde que se había instaurado el premio, y de las interesantísimas nociones que, a raíz de las teorías, se le habían estado ocurriendo.

¿Qué se le habían estado ocurriendo?

—Un momento —dije, con el entrecejo fruncido porque había algo que no acababa de ver claro—. ¿Cuándo?

—¿Cuándo, qué, Robin?

—¿Cuándo has podido reflexionar tú sobre lo que acabamos de hablar si has estado desconectado todo el tiempo menos este rato que llevamos hablando?

—Exactamente, Robin. Cuando estaba desconectado, como tú dices. —Parpadeó—. Ahora que la señora Broadhead me ha facilitado un circuito de información incorporado, no dejo de existir ni siquiera cuando me pides que me retire, ¿sabes?

—No, no lo sabía —le contesté.

—¡Y me proporciona un placer que no puedes ni hacerte idea! ¡Pensar y nada más! Es lo que ansié a lo largo de toda mi vida. Siendo joven suspiraba por la mera oportunidad de poderme sentar a pensar, para poder hacer cosas tales como reconstruir pruebas de conocidos teoremas físicos y matemáticos. ¡Ahora puedo hacerlo muy a menudo, y mucho más rápidamente que cuando estaba vivo! Le estoy muy agradecido a tu esposa por ello. —Se tiró del lóbulo de la oreja—. Y aquí viene de nuevo tu esposa, Robin. Señora Broadhead, acabo de recordar que debo expresarle mi gratitud por la nueva programación.

Robin no entendía demasiado bien la Paradoja de Davies, pero es que siquiera acababa de entender la Paradoja de Olbers, que ya preocupaba los astrónomos en el siglo diecinueve. Olbers predicaba que si el universo infinito, debe comprender un número infinito de estrellas. Lo que significa que lo que nosotros debemos percibir no es estrellas aisladas sobre el fondo negro del espacio, sino una bóveda de luz estelar sólida, de un blanco deslumbrante. Y lo probó matemáticamente. (Lo que él ignoraba es que las estrellas están agrupadas en Galaxias, lo que altera los cálculos matemáticos).

Un siglo después, Paul Davies decía: Si es cierto que el universo es cíclico que se expande y contrae sin cesar, entonces, si es posible que un fragmento de materia o de energía atravesase sus límites hasta alcanzar el siguiente

universo, en un tiempo infinito, esa luz dejada escapar aumenta infinitamente y volveremos a tener un cielo como el descrito por Olbers. Lo que él ignoraba es que el número de oscilaciones que permite la fuga de fragmento de energía no es infinito. Y nosotros nos encontrábamos na menos que en la primera.

Ella le miró sorprendida y a continuación hizo que no con la cabeza.

—Robin, cariño —me dijo—, hay algo que debo decirte. Un momento.

Se volvió hacia Albert y le espetó tres o cuatro rápidas frases en ruso. Él asintió, con expresión grave.

A veces soy tan lento que me cuesta ver lo que tengo delante, pero en esta ocasión la cosa era demasiado obvia. Algo pasaba de lo que tenía que ser informado.

—Venga ya, Essie —le dije alarmado, y más alarmado todavía porque ignoraba de qué estaba receloso—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que ha hecho Wan esta vez?

—Wan ha abandonado Pórtico, y no podía haberlo hecho en momento más adecuado, porque está en aprietos con la gente de la Corporación, y con un montón más de gente, también. Pero no es de Wan de quien quiero hablarte. Es de una mujer que he visto en mi sucursal de Pórtico. Se parecía muchísimo a la mujer de quien estabas enamorado antes de conocerme: Gelle-Klara Moynlin. Se parecía tanto que he pensado que se trataba tal vez de una hija suya.

Me la quedé mirando.

—¿Cómo? ¿Y tú cómo sabes qué aspecto tenía Klara?

—Oh, Robin —dijo con impaciencia—, hace veinticinco años que estamos casados, y yo soy especialista en la actualización de datos. ¿No supondrás que no he podido apañármelas para enterarme, verdad? Lo sé todo de ella, cada dato almacenado.

—Ya, pero... ella jamás tuvo una hija, ya sabes.

Me detuve, preguntándome súbitamente qué era lo que yo mismo sabía. Había amado mucho a Klara, pero no durante mucho tiempo. Era más que probable que hubiera cosas en su vida que no me hubiera contado.

—Mira, de hecho —dijo Essie en tono de disculpa—, mi primera hipótesis es que fuera hija tuya. Sólo en teoría, ya me entiendes, pero era posible. —Se volvió a Albert para preguntarle—: Albert, ¿has acabado las indagaciones?

—Sí, señora Broadhead —asintió con expresión grave—. No hay nada en los informes de Gelle-Klara Moynlin que permita creer que tuvo una hija.

—¿Y?

Buscó la pipa y jugueteó con ella.

—No hay dudas en lo relativo a la identidad, señora Broadhead. Su nombre aparece en el registro, junto con el de Wan, con fecha de hace dos días.

Essie suspiró.

—Entonces —dijo con valor—, no hay duda. La mujer que he visto en la sucursal es la propia Klara. No se trata de una impostora.

En aquel momento, mientras trataba de digerir lo que acababan de decirme, lo que más deseé en este mundo, o en cualquier caso lo que más urgentemente necesitaba en aquel momento, fue la restablecedora y tranquilizadora presencia de mi programa psicoanalítico, Sigfrid von Shrink. Necesitaba ayuda.

¿Klara? ¿Viva? ¿Aquí? Y en caso de que semejante imposibilidad resultara cierta, ¿qué debería hacer yo al respecto?

Al menos, era capaz de decirme a mí mismo que no le debía nada a Klara que no le hubiera pagado ya. Le había pagado ya con un prolongado período de luto y un amor permanente, con un sentimiento de pérdida que tres décadas no habían conseguido disipar del todo. Había sido arrancada de mi lado, atrapada al otro lado de un mar que me era imposible atravesar, y lo único que conseguía hacérmelo más llevadero era el haber llegado por fin a creer que No Era Culpa Mía.

Pero el mar parecía haberse abierto solo, de un modo u otro. ¡Ella estaba aquí! También yo estaba aquí, felizmente casado desde hacía muchos años, con la vida perfectamente establecida, sin un lugar en ella para la mujer a la que había jurado querer exclusivamente y para siempre.

—Pero hay más —dijo Essie, escrutando mi rostro.

Yo estaba bastante ausente de la conversación.

—¿Sí?

—Digo que hay más. Wan llegó con dos mujeres, no con una. La otra mujer es Dolly Walthers, la esposa infiel de la persona a quien vimos en Rotterdam, ¿te acuerdas, no? Joven, estaba llorando, tenía el rimel corrido... es bonita, aunque no está en el mejor estado psíquico. Los de la policía militar americana la arrestaron cuando Wan se largó dejándola sin blanca, así que he ido a verla.

—¿Dolly Walthers?

—¡Oh, Robin, escúchame por favor! Sí, Dolly Walthers. Pero de todos modos no ha podido decirme gran cosa, porque los de la policía militar tenían otros planes para ella. Los de los Estados Unidos querían llevársela al Alto Pentágono. La policía militar brasileña quería impedirlo. Ha habido una buena discusión y al final los americanos se han salido con la suya.

Asentí para demostrar que entendía lo que me estaba diciendo. Essie me

estudió con la mirada.

—¿Te encuentras bien, Robin?

—Desde luego que estoy bien. Sólo estoy un poco preocupado porque si hay fricción entre americanos y brasileños, espero que ello no sea obstáculo para que lleguen a un acuerdo en lo de los terroristas.

—Ah —dijo Essie, asintiendo—, ahora lo entiendo. Hubiera jurado que había algo que te preocupaba pero no daba con el qué. —Entonces se mordió el labio—. Por favor, perdóname Robin, creo que yo también estoy un poco triste.

Se sentó en el borde del colchón anisoquinético, y se crispó con irritación cuando el colchón la empujó hacia arriba.

—Los asuntos prácticos en primer lugar —dijo concentrándose—. ¿Qué hacemos? Las alternativas son éstas: uno, salir a investigar el objeto localizado por Walthers como habíamos planeado; dos, intentar obtener más información respecto a Gelle-Klara Moynlin; tres, comer algo y dormir bien antes de empezar a hacer nada, porque —añadió en tono de reconvencción—, no debemos olvidarnos de que estás todavía convaleciente de una importante operación intestinal. Yo personalmente me inclino ante la tercera alternativa, ¿qué opinas tú?

Como yo estaba reflexionando sobre una cuestión tan importante, Albert se aclaró la garganta:

—Se me ocurre, señora Broadhead, que no resultaría demasiado caro, tal vez unos cientos de miles de dólares, fletar una Uno para un servicio de unos pocos días y enviarla en un servicio de fotorreconocimiento.

Le miré, intentando seguir su razonamiento.

—De esta manera —explicó—, podríamos hacer que la nave buscara ese objeto, que lo localizara y lo observara y nos trajera los informes. No hay una gran demanda de naves de un solo tripulante actualmente, según tengo entendido, y en el peor de los casos aquí en Pórtico hay muchas disponibles.

—¡Qué buena idea! —exclamó Essie—. Está decidido entonces, ¿no? Encárgate de arreglarlo, Albert, y prepáranos algo delicioso para comer, en nuestra primera comida a bordo de la nueva nave, hum, sí, *Único Amor*.

Ya que yo no manifestaba ninguna objeción, eso fue lo que hicimos. No manifesté ninguna objeción porque me hallaba en pleno shock. Lo peor del shock es que mientras lo padeces no te das cuenta de que estás bajo sus efectos. Creí estar perfectamente lúcido y consciente. De modo que me comí todo lo que me pusieron por delante, y no noté nada extraño hasta que Essie me metió en la cama saltarina.

—No has dicho palabra —le dije.

—Claro, porque las diez últimas veces que te he dirigido la palabra no me has contestado —me dijo, sin hacerme ningún reproche—. Nos veremos mañana por la mañana.

Comprendí rápidamente lo que había querido decir con aquello.

—Te vas a dormir al camarote de los invitados, ¿no es eso?

—Sí, cariño, pero no porque esté enfadada o dolida. Sólo para que puedas estar a solas esta noche, ¿de acuerdo?

—Supongo que sí. Quiero decir que sí, claro, cariño; es una buena idea, probablemente —le contesté.

Empecé a darme cuenta de que Essie estaba muy triste e incluso llegué a pensar que podía ser preocupante. Cogí su mano y le besé la muñeca antes de que la retirara, y me esforcé por darle conversación:

—Essie, ¿habría debido consultarte antes de ponerle nombre a la nave?

Apretó los labios.

—*Único Amor* es un nombre —juzgó.

Pero me dio la impresión de que tenía alguna reserva, y yo no entendía por qué.

—Te lo habría consultado —le expliqué—, pero me pareció que hacerlo habría sido bastante torpe. Quiero decir, que preguntárselo a la persona en honor a la cual pones el nombre es como preguntarte qué quieres que te regale por tu cumpleaños en lugar de comprarte algo yo mismo.

Ella me sonrió, relajándose.

—Pero Robin, si siempre me haces ese tipo de preguntas. Pero de veras, no tiene importancia. Y, sí, *Único Amor* es un nombre excelente, ahora que sé que el amor que tenías en mente es el mío.

Me temo que Albert estuvo manipulando de nuevo sus pociones mágicas para dormir, porque me quedé fuera de combate al poco. Pero no dormí mucho. Tres o cuatro horas más tarde yacía tumbado boca arriba en la cama anisoquinética completamente despierto, la mar de tranquilo y bastante perplejo.

En el lugar en que se encuentran los fosos de amarre, en el perímetro orbital de Pórtico, hay algo de fuerza centrífuga que se debe a la velocidad de rotación del asteroide. Las posiciones se invierten y arriba es abajo. Pero no en la *Único Amor*. Albert había puesto en marcha la nave, y la misma fuerza que evitaba que flotáramos en órbita estando en vuelo neutralizaba y a la vez invertía la fuerza del empuje del asteroide; yo me mantenía delicadamente sujeto a la delicada cama. Podía sentir el débil vibrar de los sistemas de acondicionamiento de la nave mientras renovaban el aire y mantenían estable la presión en las tuberías y efectuaban todas las demás pequeñas operaciones que mantenían en marcha a la nave. Sabía que, de mencionar su nombre, Albert aparecería ante mí, y casi valía la pena hacerlo para ver si elegiría hablarme desde el otro lado de la puerta o si saldría de debajo de mi cama para divertirme. Supongo que la comida y la bebida contenían tanto una droga para dormir como algún estimulante para mi estado de ánimo, porque me encontraba bastante tranquilo frente a mis

problemas, si bien con la sensación de que ninguno de ellos se resolvía.

¿Cuáles eran los problemas a resolver? Ése era el primer problema. Mis prioridades habían sido reordenadas tantas veces en las últimas semanas que no sabía cuál de ellas colocar en primer lugar. Estaba el doloroso y duro problema de los terroristas, y había más razones que las mías personales por las que era de primer orden resolverlo; pero había retrocedido en el escalafón después de que Audee Walthers me anunciara en Rotterdam que tenía un nuevo problema para mí. Estaba el problema de mi salud, pero parecía pasajero, o al menos, a la espera. Y estaba el problema, nuevo e insoluble, de Klara. Con cualquiera de ellos podía enfrentarme, y con los cuatro a la vez posiblemente también, de un modo u otro, pero específicamente, ¿cómo?, ¿qué era lo que tenía que hacer al día siguiente?

No conocía la respuesta a la última pregunta, de manera que no me levanté de la cama.

Volví a dormirme, y cuando me desperté de nuevo, no estaba solo.

—Buenos días, Essie —la saludé mientras me estiraba para cogerle la mano.

—Buenos días —me contestó ella, apretándome la mano contra su mejilla, como solía hacer. Pero el asunto que quería discutir no era en absoluto uno de los habituales—. ¿Te encuentras bien, Robin? Estupendo. He estado pensando en tu situación.

—Ya lo veo. —Podía sentirme a mí mismo ponerme en tensión: la atmósfera relajada empezaba a disiparse—. ¿Y cuál es esa situación?

—Se trata del problema Klara Moynlin, desde luego —me dijo—. Ya sé que te resulta difícil.

—Oh —murmuré vagamente—, estas cosas pasan y ya está.

No era aquel un problema que me apeteciera discutir con Essie, pero eso no iba a disuadirla de intentar discutirlo conmigo.

—Mi querido Robin —me dijo, con la expresión tranquila y la voz calma, en la media luz de la habitación—, no tiene sentido que sigas guardándotelo en tu interior: si no descorchas la botella, explotará.

Le apreté la mano.

—¿Has estado tomando lecciones de Sigfrid von Shrink? Siempre solía decirme eso.

—Era un buen programa, Sigfrid. Por favor, créeme, sé cómo te sientes.

—Sé que lo sabes, lo que sucede...

—Lo que sucede —asintió—, es que resulta difícil hablar de esto conmigo y a que yo soy La Otra Mujer en cuestión. Sin la cual el problema no existiría.

—¡Eso no es verdad, maldita sea! —no era mi intención gritar, pero tal vez era cierto que había demasiado gas dentro de la botella.

—No, Robin, es verdad. Si yo no existiera, podrías salir en busca de Klara, encontrarla sin más problemas y decidir juntos qué hacer con esta nueva

situación. Podrías incluso volver a ser amantes. O quizá no; Klara es una mujer joven, y tal vez no se conformaría con las piezas oxidadas y los remiendos de un viejo amante, ¿eh? Me temo que hay que descartar esta hipótesis.

Meditó durante un instante para corregirse:

—No, no es cierto; no siento en absoluto que nos amemos los dos. Tengo nuestro amor en gran estima... pero el problema sigue ahí. ¡Pero, Robin, nadie tiene que sentirse culpable por ello! Tú no te mereces culpa alguna, y yo no la acepto para mí, por supuesto que Klara Moynlin no ha hecho nada para sentirse culpable. Toda la culpa, toda la preocupación y todo el temor están en tu interior. No, Robin, no me mal interpretes, sé que lo que está en la cabeza puede afectar muchísimo a lo que hay en el corazón, sobre todo en el caso de personas con una autoconciencia tan desarrollada como tú. Pero no es más que un castillo de naipes, saldrá por los aires si soplas. El problema no es la reaparición de Klara, el problema es que tú te sientes culpable.

Era más que evidente que yo no había sido el único que había dormido poco aquella noche; era obvio que Essie había estado preparando esta charla.

Me senté en la cama y olfateé el aire.

—¿Es café lo que has traído contigo?

—Sólo si te apetece de verdad.

—Me apetece. —Medité durante unos instantes mientras me tendía el termo —. Tienes razón. Sé que la tienes. Lo que no sé, como solía decirme Sigfrid, es cómo integrar esta certeza en mi vida.

Asintió.

—Veo que me he equivocado —dijo—. Hubiera debido incluir las capacidades de Sigfrid en la programación de Albert, en lugar de sus conocimientos de gastronomía, pongo por caso. He pensado en efectuar algunos cambios en la programación de Albert, por ti, porque todo esto me pesa en la conciencia.

—Oh, cariño, no es...

—Culpa mía, no. Éste es el meollo del asunto, ¿no? —Essie se inclinó hacia mí para darme un beso rápido y a continuación puso cara de preocupación—. Oh, Robin, espera, retiro ese beso, por lo que tengo que decirte: como tú mismo me has explicado en las curas psicoanalíticas, lo que importa no es el analista. Lo importante es lo que tiene lugar en la mente del paciente, en este caso, tú. Por eso el psicoanalista puede ser una máquina, incluso una máquina muy rudimentaria, o un ser humano que tenga el título de doctor..., o incluso yo misma.

—¿Tú?!

Puso un gesto de disgusto.

—Te he oído tonos más halagüeños —se quejó.

—¿Que vas a psicoanalizarme tú?

Se puso a la defensiva.

—Sí, yo, ¿por qué no? Como amiga tuya. Como muy buena amiga tuya, inteligente, con ganas de escucharte, y te prometo que sin prejuicios. Te lo prometo, Robin, cariño. Te dejaré hablar, luchar, gritar, llorar incluso, si ello es necesario para que lo echas todo fuera, hasta que veas claro qué es lo que sientes y qué lo que necesitas.

Me enterneció el corazón, pero lo que conseguí decir fue:

—Ah, Essie... —Me habría resultado sencillísimo echarme a llorar.

Sin embargo, volví a remover el café y negué con la cabeza.

—No funcionará —le dije.

Me sentía pesaroso, y ésa fue la sensación que debía transmitir, pero también me sentía... ¿cómo definirlo? Técnicamente interesado. Interesado en ello como problema que había que resolver.

—¿Y por qué no ha de funcionar? —me preguntó combativa—. Escucha, Robin, he pensado en esto con cuidado. Recuerdo a la perfección lo que me has dicho al respecto, y te lo voy a repetir ahora: según decías, lo mejor de las sesiones con Sigfrid se producía cuando ibas a verle, mientras ensayabas lo que él iba a preguntarte, lo que tú ibas a contestarle.

—¿Yo te he dicho eso? —Siempre me sorprendía la increíble memoria de Essie en lo relativo a esas pequeñas conversaciones casuales mantenidas a lo largo de veinticinco años juntos.

—Exactamente eso —contestó autosatisfecha—. Así, pues, ¿por qué no conmigo? ¿Porque estoy implicada en el asunto?

—Bien, sin duda eso lo haría más duro.

—Las cosas difíciles se hacen inmediatamente —repuso animosa—, las imposibles llevan algo más de tiempo.

—Dios te bendiga, pero —pensé durante unos instantes— ...no es solamente cuestión de escuchar. Lo bueno de un programa psicoanalítico eficaz es que también le presta atención a la parte no verbal. ¿Entiendes lo que quiero decir? El «yo» que habla no siempre sabe qué es lo que intenta decir. Uno se bloquea, porque dar salida a todas esas cosas viejas implica dolor, y uno no quiere padecer dolor.

—Sostendré tu mano mientras dure el dolor, cariño.

—Sé que lo harías. ¿Pero serías capaz de entender la parte no verbal? Ese «yo» interno, que no habla, se comunica a través de símbolos, de sueños, de deslices freudianos. Traduce aversiones inexplicables, temores, necesidades, o asfixia, o insomnio. No quiero decir que yo padezca todas esas cosas, no...

—¡Desde luego, no todas!

—...pero son parte del vocabulario que Sigfrid era capaz de leer. Yo no puedo. Y tú tampoco.

Essie suspiró y aceptó la derrota.

—Entonces habrá que poner en marcha el plan dos —dijo—. ¡Albert,

enciende las luces y ven!

Las luces de la habitación se encendieron paulatinamente y Albert Einstein atravesó la puerta. No puedo decir que se desperezase y bostezara, pero tenía el aspecto de un viejo genio recién sacado de la cama, preparado para cualquier contingencia, pero todavía somnoliento.

—¿Has enviado ya la nave para el fotorreconocimiento? —le preguntó Essie.

—Ya está de camino, señora Broadhead —le respondió.

No estaba en absoluto seguro de haber dado mi conformidad para que lo hiciera, aunque tal vez la hubiera dado.

—¿Y has despachado los mensajes como acordamos?

—Todos, señora Broadhead. Tal como me ordenó que lo hiciera. A todas las personas importantes en el escalafón militar o de la presidencia de los Estados Unidos que le deben algún favor a Robin, pidiéndoles que hagan todo lo posible para persuadir a los del pentágono de que nos dejen hablar con Dolly Walthers.

—Exacto. Eso te dije que hicieras —corroboró Essie y a continuación se volvió hacia mí—. ¿Ves? Ahora sólo podemos hacer una cosa. Encontrar a Dolly, encontrar a Wan después, y por último encontrar a Klara. Entonces —dijo, hablando mucho más rápidamente pero con una voz y una expresión súbitamente mucho menos segura y muy vulnerable—, entonces veremos lo que haya que ver, y mucha suerte para todos.

Estaba yendo mucho más deprisa de lo que yo era capaz de seguir, y en direcciones a las que estaba seguro de no haber dado nunca mi conformidad. Mis ojos estaban abiertos por la estupefacción.

—¡Essie! ¿Qué estás tramando? ¿Quién ha dicho...?

—He sido yo, cariño, está claro. No es posible enfrentarse a Klara en forma de fantasma del subconsciente. Pero a lo mejor es posible enfrentarse a Klara viva, cara a cara. ¿No te parece que es la única manera?

—¡Essie! —yo estaba terriblemente conmocionado—. ¿Has enviado todos esos mensajes? ¿Has falsificado mi nombre? ¡Tú...!

—¡No, Robin, no, espera! —me contestó, también bastante conmocionada—. ¿De qué falsificación estás hablando? Los mensajes iban firmados «Broadhead». Ése es mi nombre, al fin y al cabo, ¿no? Tengo derecho a firmar los mensajes con mi nombre, ¿no?

La miré con frustración, con terrible frustración.

—Mujer —le dije—, eres demasiado lista para mí, ¿lo sabías? ¿Por qué tengo la sensación de que conocías de antemano cada palabra de esta conversación, antes de que la empezáramos incluso?

—Soy una especialista en información —me contestó encogiéndose de hombros orgullosamente—, como no he hecho más que decirte. Sé qué hacer con la información, sobre todo cuando se trata de veinticinco años de información acerca de alguien a quien quiero muchísimo y a quien sólo deseo

que sea feliz. Pues sí, pensé cuidadosamente qué es lo que podía hacerse y qué lo que tú ibas a permitir que se hiciera, y he llegado a las inevitables conclusiones. Haría todavía más si ello fuera necesario, Robin —concluyó, levantándose y desperezándose—. Haré lo que sea mejor, incluyendo desaparecer seis meses para que tú y Klara podáis hablar de vuestras cosas.

Así, diez minutos después, mientras Essie y yo nos lavábamos y vestíamos, Albert recibió la conformidad de despegue y sacó a la *Único Amor* de su anclaje, y nos pusimos de camino hacia el Alto Pentágono.

Mi amada esposa Essie posee muchas virtudes. Una de ellas es un altruismo que a veces me deja sin aliento. Otra de sus virtudes es el sentido del humor, que en ocasiones contagiaba a sus programas. Albert se había vestido para desempeñar las funciones de piloto temerario; llevaba puesto un casco de cuero y piel con orejeras y una bufanda blanca a lo Barón Rojo en torno al cuello, y se había sentado en el puesto del piloto mirando ceñudo los controles.

—Deshazte de todo eso —le dije, y él se volvió hacia mí con una tímida sonrisa de disculpa.

—Sólo trataba de divertirme —me dijo, quitándose el casco.

—Te aseguro que lo has conseguido. —Era verdad que me había hecho gracia.

Yo me encontraba mejor en conjunto. La única manera de combatir la aplastante depresión que producen los problemas con los que uno no ha querido enfrentarse, es enfrentándose a ellos de un modo u otro, y ciertamente aquélla era una manera de hacerlo tan buena como cualquier otra. Supe valorar el cuidado amoroso de mi esposa. Me gustó como volaba mi nueva nave. Disfruté incluso con la manera en que la proyección holográfica llamada Albert Einstein se desprendía de su casco y su bufanda holográficos. No los hizo desaparecer como por arte de magia, truco demasiado vulgar. Lo que hizo fue enrollarlos y dejar ambas prendas entre sus pies, me imagino que a la espera de que nadie mirara para hacerlos desaparecer entonces.

—¿Te obliga el pilotaje de esta nave a poner en ello toda tu atención, Albert? —le pregunté.

—La verdad es que no, Robin —admitió—. En realidad la nave cuenta con su propio programa de autopilotaje total.

—O sea, que el que estás ahí no es más que otra manera de divertirme, ¿no? Bueno, ¿y por qué no me diviertes de otra manera? Cuéntame, háblame de todas esas cosas de las que tanto te gusta presumir. Ya sabes, cosmología, los Heechees, el sentido de la vida, Dios...

—Si así lo deseas, Robin —dijo en tono complaciente—. Aunque tal vez prefieras antes echarle un vistazo a este mensaje que acaba de llegar.

Essie, en el rincón donde estaba atendiendo la correspondencia de sus clientes, levantó la vista hacia donde nos encontrábamos, en tanto que Albert borraba las imágenes que mostraba la pantalla central para reproducir el mensaje:

Robinette, chaval, no hay nada imposible para el tipo que ha conseguido doblegar a los brasileños a su antojo. Los del Alto Pentágono están avisados de tu visita y tienen orden de sacar a relucir sus mejores modales. El acuerdo es tuyo.

Manzbergen

—¡Dios! —exclamé, sorprendido y contento—. ¡Lo han hecho! ¡Se han puesto de acuerdo para combatir a los terroristas!

Albert asintió:

—Eso parece, Robin. Creo que tienes una razón más que buena para estar orgulloso de lo que has hecho.

Essie se me acercó y me besó en la nuca.

—Ratifico lo que Albert acaba de decir —ronroneó—. ¡Excelente, Robin! Eres un hombre de gran influencia.

—¡Caray! —dije sonriendo.

No pude evitar la sonrisa. Si los brasileños habían accedido finalmente a facilitar a los americanos sus instrumentos de rastreo y localización, sin duda los americanos iban a poder utilizar a su vez sus propios instrumentos para encontrar de esta manera un modo de enfrentarse con los malditos terroristas del espacio y acabar de una vez con aquel TTP que nos estaba volviendo a todos locos. ¡Sin duda, el General Manzbergen estaba encantado conmigo! ¡Yo también lo estaba! Aquello me demostró que cuando los problemas parecen absolutamente insolubles y no sabes por cuál de ellos empezar primero, basta con que empieces por uno cualquiera para que los demás empiecen a resolverse...

—¿Qué?

—Digo que si sigues interesado en que hablemos —me preguntó Albert tímidamente.

—Pues, claro; claro que sí.

Essie estaba otra vez frente a su mesa de trabajo, pero mirando a Albert en lugar de a sus papeles.

—Entonces, si no te importa —sugirió Albert tímidamente—, me encantaría hablarte no de cosmología, escatología o de la pérdida de masa, sino de mi vida anterior.

Essie, con el ceño fruncido, abrió la boca para impedirlo, pero yo levanté la

mano para que lo dejara estar.

—Déjale que hable, cariño. De todas formas creo que en estos momentos no estoy para pérdidas de masa.

Y volamos, volamos rápida y apaciblemente hacia el Alto Pentágono mientras Albert, apoltronado en el asiento del piloto con las manos entrelazadas en torno del prominente estómago que ocultaba el viejo jersey nos explicaba cosas de su juventud, de la oficina de patentes en Suiza, y cómo la reina de Bélgica solía acompañarle al piano cuando él tocaba el violín; y mientras tanto, a mi amiga de tercera mano Dolly Walthers la interrogaba la policía militar del Alto Pentágono con gran vigor; mientras tanto, mi aún no amigo el Capitán estaba borrando los rastros de su intervención y se dolía por la pérdida de su compañera; y mientras tanto, mi más que amiga Klara Moynlin estaba... estaba...

Yo ignoraba qué era lo que Klara estaba haciendo mientras tanto. No lo sabía. De hecho, creo que tampoco hubiera querido saberlo con detalle.

BORRANDO LAS HUELLAS

La parte más difícil de la nueva vida de Klara era mantener la boca cerrada. Klara tenía un carácter combativo, estaba en su naturaleza, y con Wan era extremadamente fácil entrar en conflicto. Lo que Wan quería era comida, sexo, compañía y ayuda ocasional en la tarea de guiar la nave, pero sólo cuando él lo pedía y en ningún otro momento. Lo que quería Klara era tiempo para pensar. Quería meditar sobre aquel sorprendente cambio en su vida. A la posibilidad de morir había sabido enfrentarse siempre, si no bravamente, al menos sí decididamente. La posibilidad de que una desgracia del calibre de quedarse atrapada en el interior de un agujero negro, durante toda una generación, mientras el mundo seguía su marcha sin ella, jamás se le había pasado por la imaginación. Necesitaba meditar en ello.

Wan no sentía el más mínimo interés por las necesidades de Klara. Cuando la necesitaba para algo, la necesitaba a toda costa. Cuando no la necesitaba para nada, lo dejaba bien claro. No eran las necesidades sexuales de él lo que preocupaba a Klara. En general no representaban un problema mayor, o en cualquier caso no eran personalmente más significativas, que ir al lavabo a hacer sus necesidades. El juego preliminar para Wan consistía en quitarse los pantalones. El acto tenía lugar a su ritmo, y su ritmo era rápido. No era tanto la utilización de su cuerpo como la distracción que le suponía lo que la molestaba.

Para Klara, los mejores momentos tenían lugar cuando Wan estaba durmiendo. Solían durar poco. Wan tenía el sueño ligero. Solía entonces acomodarse para conversar con los Difuntos, o aprovechaba para prepararse algo de comer que no gustara particularmente a Wan, o simplemente se sentaba a contemplar el espacio; algo que cobró un nuevo sentido, ya que el único objeto al que podía contemplar a una distancia de más de un brazo de longitud más allá de su cuerpo era a la misma pantalla que se asomaba al espacio. Y justo entonces, cuando conseguía relajarse, le llegaba de nuevo la voz aguda y burlona: «¿Otra vez de brazos cruzados, Klara? ¡Mira que eres perezosa! Dolly ya me habría preparado algún pastel». O peor aún si se despertaba jugueteón; entonces hacían su aparición los paquetitos con envoltorio de papel, los frascos y

las cajitas plateadas con píldoras rosadas y púrpuras. Wan había descubierto las drogas. Quería compartir su descubrimiento con Klara. Y a veces, llevada por el aburrimiento y el desprecio, se dejaba arrastrar. No se inyectaba ni esnifaba ni ingería nada que no fuera capaz de identificar, razón por la que rechazó muchas de las cosas que le ofreció Wan. Pero aceptó otras muchas. La embriaguez, la euforia, no duraban mucho, pero eran una bendita distracción del vacío de una vida que agonizaba y moría e intentaba recomenzar una vez más. Ser golpeada por Wan o hacer el amor con él era mejor que intentar evadir las preguntas que Wan le hacía y que ella, honestamente, prefería no contestar:

—Klara, sinceramente, ¿crees que encontraré a mi padre?

—No hay la más mínima esperanza, Wan; el viejo hace tiempo que debe de estar muerto.

Y realmente, el viejo debía de estar muerto. El hombre que engendró a Wan dejó Pórtico en misión individual en la misma época en que su madre empezaba a preguntarse si no habría perdido ya el primer período. Los informes lo dieron por desaparecido. Por supuesto, pudo haberse tratado de que un agujero negro le hubiera atrapado. Podía seguir allí, congelado en el tiempo, como la propia Klara lo había estado.

Pero las probabilidades eran mínimas.

Una de las cosas que más perpleja dejaba a Klara —una de las muchas cosas surgidas de aquellos treinta años que la hacían quedarse perpleja— era la facilidad con que Wan desentrañaba las cartas de navegación Heechees. En un momento de buen humor —un auténtico récord, ya que había durado más de un cuarto de hora— le había enseñado las cartas de navegación y le había señalado los lugares que había visitado incluido el agujero negro de donde la había sacado. Cuando el buen humor se esfumó y Wan se retiró furioso a dormir en plena rabieta, Klara interrogó a los Difuntos al respecto. No podía decirse que los Difuntos entendieran las cartas de navegación, pero lo poco que sabían era mucho más de lo que los contemporáneos de Klara habían podido averiguar.

Algunas de las normas cartográficas eran bastante simples, incluso obvias, una vez que sabías qué querían decir, lo mismo que el huevo de Colón. A los Difuntos les encantó enseñarle a Klara su significado. El único problema fue conseguir que no siguieran explicándole y explicándole cosas hasta marearla. ¿Qué quería decir el color de los objetos? Nada más sencillo, dijeron los Difuntos: Cuanto más azules, más alejados estaban; cuanto más colorados, más cercanos eran.

—Eso demuestra —dijo el más pedante de los Difuntos, que resultó ser una mujer—, que los Heechees conocían la ley de Hubble-Humason.

—Por favor, abstente de explicarme en qué consiste la ley de Hubble-Humason —repuso Klara—. ¿Y qué me dices de las otras marcas? Ésas que parecen cruces con barras de más.

—Son instalaciones de gran tamaño —susurró la Difunta—. Como Pórtico, o como Pórtico Dos, o como la Factoría Alimentaria, o...

—¿Y éstas que parecen barras de cheques?

—Wan las llama signos de interrogación —murmuró la débil voz. Realmente parecían signos de interrogación invertidos, de los utilizados al final de una pregunta—. La mayoría son agujeros negros. Si cambias el rumbo a veintitrés ochenta y cuatro...

—¡Silencio, por favor! —gritó Wan, saliendo de su litera despeinado e irritado—. ¡Es imposible dormir con este ruido infernal!

—No estábamos gritando, Wan —contestó Klara en tono conciliador.

—¡No estábamos gritando! —gritó—. ¡Ja!

Se dirigió a zancadas hacia el asiento del piloto y se sentó, con los puños apretados sobre los muslos y los hombros hundidos.

—¿Qué te parece si te pido ahora que me prepares algo para comer? —inquirió.

—¿Me lo vas a pedir?

Negó con la cabeza.

—¿Y si quiero hacer el amor?

—¿Quieres?

—¡Quieres, quieres! ¡Siempre la misma canción contigo! Y encima no eres gran cosa cocinando, y en la cama eres bastante menos interesante de lo que dijiste que eras. Dolly era mejor.

Klara se encontró conteniendo el aliento, y lo dejó escapar lentamente y sin hacer ruido. Pero no consiguió forzar una sonrisa.

Wan sí sonrió, al ver que había logrado molestarla.

—¿Te acuerdas de Dolly? —prosiguió jovialmente—. Tú me dijiste que la abandonara en Pórtico. Allí tienen por norma que quien no paga, no tiene derecho al aire que respira. Me pregunto si sigue viva.

—Sigue viva —dijo Klara apretando los dientes, con la esperanza de que fuera cierto. Dolly sabría siempre encontrar la manera de pagar sus facturas. Desesperada por cambiar de tema antes de que empeoraran las cosas, le preguntó—: ¿Qué significan los destellos amarillos de la pantalla? Los Difuntos no parecen saberlo.

—Nadie lo sabe. Si los Difuntos lo ignoran, ¿no te parece tonto pensar que yo pueda saberlo? A veces eres muy tonta —se quejó.

Y justo a tiempo, en el preciso instante en que Klara estaba alcanzando el punto de ebullición, se oyó la aguda y débil voz de la Difunta:

—Curso veintitrés, ochenta y cuatro, noventa y siete, ocho, catorce.

—¿Qué? —exclamó Klara sorprendida.

—Curso veintitrés... —la voz repitió los números.

—¿Qué es eso? —preguntó Klara, y fue Wan quien se encargó de contestarle;

no había cambiado de posición, pero la expresión de su rostro era distinta, menos hostil, más tensa, más atemorizada.

—Son las coordenadas de un objetivo, está claro —dijo.

—¿De qué destino?

Él desvió la mirada:

—Establécelo y averígualo —ordenó.

A Klara le resultaba difícil manipular las ruedas dentadas, porque en su experiencia previa hacerlo equivalía a un suicidio seguro: en aquella época no se conocía todavía el mecanismo de elección de rumbo, y una variación en el rumbo significaba casi invariablemente un cambio de curso impredecible y generalmente fatal. Pero todo lo que ocurrió fue que las imágenes de la pantalla parpadearon, se difuminaron y volvieron a tomar forma para mostrar... ¿qué? ¿una estrella? ¿un agujero negro? Fuera lo que fuera, aparecía en la pantalla de color amarillo cadmio, y a su alrededor parpadeaban no menos de cinco de los signos de interrogación invertidos.

—¿Qué es? —preguntó.

Wan se volvió para mirar.

—Es muy grande —dijo—, y está muy lejos, y ahí es donde vamos a ir.

Todo ánimo pendenciero había desaparecido de su rostro ahora. Klara casi deseó que volviera a él, porque lo que su expresión revelaba era miedo puro y simple.

Y mientras tanto...

Mientras tanto, la misión del Capitán y su tripulación se acercaba a la consecución de su primera fase, aunque no les produjo a ninguno de ellos la menor alegría. El Capitán estaba todavía apenado por la muerte de Dosveces. Su cuerpo delgado, amarillento, brillante, privado ahora de su personalidad, había sido ya eliminado. En su hogar, habría ido a reunirse con los demás desechos contenidos en los receptáculos para tal fin, porque los Heechees no eran en absoluto sentimentales con los cadáveres. Pero a bordo de la nave se carecía de contenedores a tal fin, por lo que su cuerpo hubo de ser arrojado al espacio. Lo que quedaba de Dosveces estaba almacenado con el resto de las mentes de sus antepasados, y mientras el Capitán deambulaba por su nueva nave desconocida, palpaba el recipiente en que ella estaba guardada sin darse cuenta de que lo hacía.

No era únicamente la pérdida personal. Dosveces era la encargada de las maniobras y sin ella era difícil llevar a término la operación de desensamblaje. Mestiza hacía todo lo que podía, pero no era su función principal la de ocuparse de ello. El Capitán, de pie detrás de ella, no era de mucha ayuda:

—¡No ahogues la aceleración todavía, esa órbita no es estable! —siseó

nervioso—. Espero que esa pobre gente sea inmune al mareo, porque les estás dando unas buenas sacudidas.

Mestiza apretó los músculos de sus mandíbulas, pero no dijo nada. Ella era consciente de lo apenado y tenso que estaba el Capitán.

Pero al fin se mostró satisfecho con su trabajo y le palmeó el hombro para darle a entender que podía soltar el carguero. La gran burbuja salió dando bandazos y revueltas. De pronto, una banda de oscuridad apareció de extremo a extremo y se abrió como una flor. Mestiza, siseando satisfecha por fin, soltó al ajado velero y dejó que se deslizara en libertad.

—Les espera un viaje duro —comentó el oficial de comunicaciones, situándose detrás de su Capitán.

El Capitán replegó su abdomen, en un gesto equivalente al humano encogerse de hombros. El velero estaba ya bastante alejado de la esfera abierta y Mestiza empezó a cerrar el enorme hemisferio.

—¿Qué hay de lo tuyo, Zapato? ¿Siguen los humanos de palique?

—Más que nunca, me temo.

—¡Por las mentes de nuestros antepasados! ¿Has hecho algún progreso en la traducción de lo que dicen?

—Las mentes trabajan en ello.

El Capitán asintió tristemente y alargó la mano hacia el medallón de ocho caras que estaba sujeto al saco que colgaba entre sus piernas. Se detuvo justo a tiempo. La satisfacción que le iba a producir el preguntarles a las mentes cómo iba la traducción no le compensaría del dolor de oír a Dosveces entre ellas. Más tarde o más temprano iba a tener que oírla. Pero todavía no.

Expulsó aire a través de los agujeros de su nariz, y se dirigió a Mestiza:

—Desconecta, desacelera y deja que flote libre. No podemos hacer nada más de momento. ¡Zapato! Transmíteles un mensaje. Diles que sentimos no poder proporcionarles nada mejor, pero que haremos todo lo posible por volver. ¡Narizblanca! Muéstrame la posición de todas las naves.

El navegante asintió, volvió a sus instrumentos y en un momento, la pantalla se llenó con una rebullente masa de cometas de cola amarilla. El color del núcleo indicaba la distancia; la longitud de la cola, su velocidad.

—¿Quién es ese loco que gira como un torbellino? —preguntó el Capitán.

La pantalla contrajo su campo para mostrar un cometa en particular. El Capitán siseó sorprendido. Aquella nave la última vez que la había visto estaba felizmente amarrada en su sistema solar. Ahora estaba viajando a gran velocidad y había dejado su lugar de origen muy atrás.

—¿Adónde se dirige? —preguntó el Capitán.

—Me llevará un minuto averiguarlo —contestó Narizblanca tensando los músculos nudosos de su rostro.

—Bien, pues hazlo ya.

En otras circunstancias, el tono del Capitán habría ofendido a Narizblanca. Los Heechees no acostumbraban a hablarse de modo desconsiderado los unos a los otros. Pero no podían olvidarse las presentes circunstancias. El hecho de que esos advenedizos humanos poseyeran el mecanismo que permitía atravesar los agujeros negros era de por sí bastante intranquilizador. Pero constatar que estaban llenando el aire con sus alocadas comunicaciones era todavía peor. ¿Qué harían después de eso? Y la muerte de un compañero de tripulación había sido la gota que colmara el vaso, la que había convertido aquel viaje en peor que los efectuados en los viejos tiempos, anteriores al nacimiento de Narizblanca, la época en que habían descubierto la existencia de los otros...

—No lo entiendo —dijo Narizblanca—. No puedo ver nada en el rumbo que siguen.

El Capitán miró ceñudo a los crípticos signos de la pantalla. Su lectura era tarea de especialistas, pero como Capitán, él tenía que poseer un poco de los conocimientos y las habilidades de todos, y así pudo comprobar que nada había, en el trazado geodésico, que señalara la existencia de objeto alguno en una distancia razonable.

—¿Qué hay de ese racimo globular? —preguntó.

—No lo creo, Capitán. No está en su línea de vuelo, y además no hay nada ahí. Nada de nada hasta el extremo de la Galaxia.

—¡Por las mentes! —se oyó una voz detrás de ellos.

Capitán se volvió. Ráfaga, el rastreador de agujeros negros, estaba de pie, y todos sus músculos temblaban alocadamente. Antes incluso de que se dirigiera al Capitán, había conseguido transmitirle todo su miedo.

—Ampliad el geodésico. —Narizblanca le miró sin comprender—. ¡Amplíalo, más allá del extremo de la Galaxia!

El navegante iba a hacer una objeción cuando comprendió lo que quería darle a entender. Sus propios músculos empezaron a tensarse mientras obedecía. La pantalla parpadeó. La borrosa línea amarilla se alargó. Atravesó regiones, en la pantalla, en las que no había más que un vacío y oscuro espacio negro.

Aunque tal vez no estuviera tan vacío.

Un objeto de color azul oscuro surgió de las profundidades de la pantalla, palideciendo y amarilleando. Mostraba un quintuple pabellón. Todos los miembros de la tripulación dejaron escapar un siseo mientras la nave se acercaba, se detenía y la línea amarilla del trazado geodésico la alcanzaba.

Los Heechees se miraron unos a otros, y ninguno supo qué decir. La nave que más daño podía hacer estaba de camino al lugar en que más destrozos podía causar.

EN EL ALTO PENTÁGONO

El Alto Pentágono no es exactamente un satélite en órbita geostática. Se trata de cinco satélites en órbita geostática. Las órbitas no son exactamente iguales, de tal manera que las cinco carcasas metálicas, blindadas y de corazón endurecido, danzan las unas en torno a las otras. Primero es Alfa la que está en el extremo más distante y Delta la que más cerca de la Tierra; a continuación se van desplazando y es Epsilon la que queda por fuera y Gamma la de dentro, cambio de parejas, do-si-do; y así constantemente. Uno se pregunta: ¿por qué lo han hecho así en lugar de construir un único artefacto? Claro, se contesta uno mismo, cinco satélites son cinco veces más difíciles de alcanzar que uno solo. También, creo yo, porque tanto la estación orbital soviética Tiuram como el puesto de mando de la República Popular China son estructuras simples y, naturalmente, los Estados Unidos de América tenían que demostrar que eran capaces de hacerlo más difícil todavía. O más diferente, por lo menos. Todas databan de la época de las guerras. Se decía que por aquel entonces habían sido la última palabra en materia de defensa. Se decía que sus potentísimos láseres eran capaces de interceptar cualquier tipo de misil enemigo a una distancia de más de cincuenta mil kilómetros. Probablemente, era cierto que podían hacerlo —al menos, cuando fueron construidos— y que fueron lo más moderno por lo menos durante tres meses, hasta que el enemigo empezó a utilizar los mismos sistemas de rastreo y de láser, y vuelta a empezar. Pero ésa es otra historia.

Por eso, no veíamos nunca cuatro quintos del Alto Pentágono más que en nuestra pantalla. El satélite hacia el que nos dirigían era el que albergaba los cuarteles de la dotación, la administración... y también los calabozos. Se trataba de Gamma, sesenta mil toneladas de carne y metal, del tamaño de la gran pirámide y con una forma bastante parecida. Descubrimos que por más atento que el general Manzbergen hubiera estado con nosotros desde la Tierra, allí en las alturas éramos tan bien recibidos como un mal catarro. Por ejemplo, nos tuvieron un buen rato a la espera de concedernos permiso para desembarcar.

—Supongo que habrán tenido problemas después del último ataque de locura —especuló Essie, mientras observaba con expresión ceñuda la pantalla, que no

mostraba nada más que el flanco metálico de Gamma.

—No es excusa —dije yo, y Albert hizo oír su opinión:

—No es porque hay an tenido problemas serios con el último ataque del TTP, sino porque los podían haber causado ellos, y más graves, me temo; no me gustan estas cosas, he visto ya muchas guerras.

Se estaba toqueteando la chapita del Dos Por Ciento, de manera bastante nerviosa para ser un holograma. Llevaba mucha razón en lo que decía. Un par de semanas antes, durante la última emisión que los terroristas habían lanzado al mundo desde el espacio con su TTP, la estación orbital entera se había vuelto loca durante un minuto. Literalmente durante un minuto, no había durado más. Por fortuna no había durado más, porque en aquel minuto, ocho de las once estaciones de servicio cuyos rayos de fotones apuntaban a varias ciudades terrestres estaban al completo de sus dotaciones. Y las dotaciones estaban ansiosas por entrar en acción.

Pero no era eso lo que preocupaba a Essie.

—Albert —le dijo—, no juegues a cosas que me ponen nerviosa. Jamás en tu vida has visto una guerra. No eres más que un holograma.

Él se inclinó hacia delante.

—Como usted diga, señora Broadhead. A propósito, acabo de recibir el visto bueno para su desembarco pueden entrar en el satélite.

Y así lo hicimos, mientras Essie miraba pensativa por encima de su hombro al programa que habíamos dejado atrás. El alférez que nos estaba esperando no parecía muy entusiasmado. Pasó el pulgar por encima de la tarjeta de nuestra nave como para estar seguro de que la tinta magnética no desaparecía.

—Sí —dijo—, hemos recibido órdenes en relación a ustedes. Pero me temo que el brigadier no va a poder verles de momento, señor.

—No es al brigadier a quien queremos ver —dijo Essie suavemente—, sino simplemente a la señora Dolly Walthers, a quien ustedes retienen aquí.

—Sí, ya, señora; pero el brigadier Cassata es quien ha de firmar su pase, y como le he dicho está muy ocupado en estos momentos. —Se disculpó mientras mascullaba algo a través de su comunicador y luego, con expresión más relajada —: Si tienen la bondad de acompañarme, señor, señora —dijo, y nos sacó por fin de la zona de embarques.

Si no se practica, se pierde la costumbre de caminar en atmósferas de gravedad baja o cero, y yo hacía un montón de tiempo que no practicaba. Además, estaba muerto de curiosidad. Todo me resultaba nuevo. Pórtico es un asteroide que los Heechees llenaron de túneles hace mucho tiempo, túneles cuya cara interna ellos recubrieron con su metal favorito azul brillante. La Factoría Alimentaria, el Paraíso Heechee y todas las demás estructuras de gran tamaño que yo había visitado en el espacio, eran construcciones Heechees. Me resultaba extraño encontrarme por primera vez en un artefacto espacial de gran tamaño

construido enteramente por humanos. Resultaba más alienígena que cualquiera de las construcciones de los Heechees. Nada del familiar brillo azul, tan sólo acero pintado. Nada de salas principales en el corazón del artefacto en forma de huso. Nada de prospectores con aire aterrorizado o triunfante, nada de museos con colecciones de fragmentos y piezas de tecnología Heechee hallados aquí y allá a lo largo y ancho de toda la Galaxia. De lo que sí había mucho allí era personal de la policía militar, embutidos en trajes apretados y, por alguna misteriosa razón, con los cascos puestos. Lo más curioso de todo era que, aunque todos llevaban cartucheras, ninguna de éstas albergaba un arma.

Disminuí mi marcha para hacérselo notar a Essie.

—Parece como si no se fiaran de su propia gente —le comenté.

Ella me asió por el cuello y me hizo seguir adelante, en dirección al lugar en que nos esperaba el alférez.

—No hables mal de tus anfitriones, al menos no hasta que desaparezcan de tu vista. Supongo que debe ser aquí.

No pudo ser más oportunamente, pues el ejercicio de caminar a lo largo de un pasillo de gravedad cero me estaba dejando sin resuello.

—Pasen dentro, señor, señora —dijo el alférez invitándonos a entrar, y, claro está, hicimos como nos indicó.

Pero lo único que había en el interior de la habitación eran cuatro paredes desnudas y una doble fila de asientos en torno a las paredes, y nada más.

—¿Dónde está el brigadier? —pregunté.

—Señor, ya le he dicho que estamos bastante ocupados en estos momentos. Les atenderá tan pronto como le sea posible.

Y con una sonrisa de tiburón nos cerró la puerta en las narices; y lo bueno del caso, de lo que nos percatamos inmediatamente, era que aquella puerta carecía de pomo en la parte de dentro.

Como todo el mundo, alguna vez me había imaginado mi propio arresto. Tu vida transcurre apaciblemente, llevando los libros de cuentas de alguien, o escribiendo una nueva sinfonía, cuando de pronto llaman a tu puerta. « Siganos sin ofrecer resistencia », te dicen. Te colocan las esposas y te leen tus derechos, y acto seguido te encuentran en un lugar como aquél. Essie tembló: también ella debía haberlo imaginado, aunque, si hay alguien inocente, es ella.

—Qué tontería —dijo, más para sí que a mí—. Lástima que no haya una cama, podríamos aprovechar el tiempo.

Le acaricié el dorso de la mano; sabía que intentaba subirme la moral.

—Nos han dicho que estaban atareados —le recordé.

Esperamos.

Media hora después, sin advertencia previa, sentí como Essie se ponía rígida bajo el brazo que le había pasado por encima del hombro, y su expresión cambió súbitamente a una de ira y de locura; yo mismo sentí una rápida sacudida

enfermiza y furibunda en mi interior.

Desapareció casi instantáneamente y nos miramos el uno al otro. Había durado apenas unos segundos. Lo suficiente como para que adivináramos qué les había mantenido tan ocupado: y por qué no llevaban armas en las cartucheras.

Los terroristas habían vuelto a golpear, pero sólo un instante.

Cuando al fin regresó, el alférez estaba de buen humor. No quiero decir con ello que su actitud fuera amistosa. Los civiles seguíamos sin gustarle. Estaba lo suficientemente contento como para mostrar una enorme sonrisa, pero seguía lo suficientemente hostil como para no explicarnos el porqué de aquella sonrisa. Había transcurrido un buen rato. No se disculpó por ello, tan sólo nos condujo al despacho del comandante, sin dejar de sonreír. Y llegamos al final de nuestro recorrido: paredes de acero pintadas con colores pastel en las que se veía el aguilucho de la academia de West Point y los purificadores ambientales que trataban de acabar con el humo del cigarro del brigadier Cassata, quien también sonreía.

Las posibles —y buenas— explicaciones para tanta íntima jovialidad eran pocas, de modo que, dando palos de ciego aventuré una de ellas:

—Enhorabuena, brigadier —dije educadamente— por la captura de los terroristas.

Su sonrisa vaciló, pero afloró de nuevo. Cassata era un hombre de talla menuda, y algo más rechoncho de lo que habrían preferido los médicos del ejército; sus muslos asomaban al final de las perneras de sus pantalones cortos color aceituna sentado como estaba en el borde de su mesa al saludarnos.

—Según tengo entendido, señor Broadhead —me dijo—, su propósito aquí es el de entrevistar a la señora Dolly Walthers cosa que va a poder hacer, esté tranquilo, teniendo en cuenta las instrucciones que al respecto me han sido dadas, pero no puedo contestarle sus preguntas en lo referente a asuntos de alta seguridad.

—No le he hecho ninguna pregunta —señalé. Entonces, sin dejar de sentir la hiriente mirada de Essie en mi cogote que quería decir «¿Por qué te enfrentas con este gusano?» , añadí—: Sea como sea, es muy amable por su parte el dejarnos hacerlo.

Él asintió, sin duda alguna convencido de que estaba siendo realmente muy amable.

—Sin embargo, hay una pregunta que quisiera hacerle: ¿por qué quieren verla? Si es que no le importa que se lo pregunte.

La mirada de Essie seguía escociéndome en el cogote, por lo que me abstuve de contestarle que sí me importaba.

—En absoluto —mentí—. La señora Walthers ha pasado algún tiempo en compañía de cierta persona muy allegada a mí y a quien estoy ansioso por volver a ver. Esperamos que la señora Walthers nos diga cómo ponernos en

contacto con, esto, con esa persona.

Era absurdo tratar de ocultar el sexo revelador de la identidad de aquella persona. Sin duda alguna habían interrogado a fondo a la pobre Dolly Walthers y debían ya de saber que tan sólo eran dos las personas a quienes podía referirme, y era muy poco probable que de esas dos considerase a Wan como un allegado. Me miró con extrañeza, y después a Essie, y luego dijo:

—La señora Walthers es muy popular aquí. No les entretengo más. —Y nos hizo seguir al alférez encargado de guiarnos.

Como guía turístico, el alférez era un rotundo fracaso. No contestó ni una sola de nuestras preguntas y no nos facilitó espontáneamente información alguna. Y eso que había mucho de que sorprenderse, puesto que el Pentágono mostraba señales de recientes disturbios. No se trataba de daños materiales, no hasta ese extremo, pero las celdas habían resultado dañadas en el último ataque de locura que había durado un minuto. El cierre automático había sido destrzado por los guardas de servicio, y había sido una suerte que hubiera quedado abierto; de lo contrario, unos cuantos esqueletos lastimosos habrían perecido de inanición allí dentro.

Me di cuenta de ello al pasar frente a una hilera de celdas y al poder comprobar que todas estaban abiertas, con miembros de la policía militar apostados enfrente con cara de aburrimento para asegurarse de que quienes tenían que estar allí dentro, dentro seguían. El alférez se detuvo para intercambiar unas breves frases con el oficial de la guardia y, mientras esperábamos, Essie me susurró:

—Si no han cazado a los terroristas, ¿por qué estaba el brigadier tan risueño?

—Buena pregunta —le contesté—. Ahí va otra. ¿Qué ha querido decir con lo de que « la señora Walthers es muy popular aquí » ?

Nuestra charla escandalizó al alférez. Abrevió la suya con el teniente de la policía militar y nos hizo avanzar por un pasillo hasta una celda igual a las demás, con la puerta abierta. Señaló a su interior:

—Ahí tienen a su prisionero —dijo—. Pueden preguntarle todo lo que gusten, pero no sabe gran cosa.

—Me lo imagino —contesté—, porque de no ser así, a buen seguro que no nos la dejaban ver, ¿me equivoco?

Cacé al vuelo una de las hirientes miradas de Essie después de decir aquello. Tenía razón. Si no le hubiera molestado, el alférez habría tenido la mínima decencia de retroceder unos pasos para que pudiéramos hablar con Dolly Walthers en privado, en lugar de plantarse firmes a la puerta.

O tal vez no... Me inclino por esto último.

Dolly Walthers era una mujer del tamaño de una niña, tenía una voz chillona

de niña y una fea dentadura. No estaba en su mejor momento. Estaba asustada, fatigada, hambrienta y triste.

Y yo no me encontraba mucho mejor. Era absoluta y desconcertantemente consciente de que aquella mujer que tenía delante acababa de pasar dos semanas en compañía del amor de mi vida, o de uno de los amores de mi vida, o de uno de los dos grandes amores de mi vida. Decirlo es sencillo. Sentirlo no lo era. No sabía qué hacer, ni qué decir, tampoco.

—Salúdala, Robin —me indicó Essie.

—Hola, señora Walthers —obedecí—. Soy Robin Broadhead.

Todavía le quedaban buenos modales. Alargó la mano como una niña bien educada.

—Lo sé, señor Broadhead, esto sin contar con que conocí a su esposa el otro día.

Nos dimos la mano ceremoniosamente y por su cara cruzó el fantasma de una triste sonrisa. No fue hasta algún tiempo después, al ver su marioneta que me representaba, cuando supe por qué había sonreído. Pero a la vez parecía sorprendida.

—Creí que eran cuatro las personas que me habían dicho que querían verme.

—Sólo somos nosotros dos —dijo Essie, y esperó que yo dijera algo.

Pero no abrí la boca. No sabía qué decir. No sabía qué preguntarle. Si solamente hubiera estado Essie presente, quizá habría sido capaz de explicarle a Dolly Walthers lo que Klara significaba para mí y pedirle ayuda, de cualquier clase. O si sólo hubiera estado presente el alférez, tal vez habría conseguido ignorarle como si se tratara de una pieza del mobiliario. O al menos eso pensaba yo... pero allí estaban los dos, y me quedé con la lengua trabada en tanto que Dolly Walthers me miraba con curiosidad y Essie con expectación; incluso el alférez se volvió para mirar.

Essie suspiró, con un suspiro lleno de exasperación y compasión y se decidió. Tomó impulso. Se volvió hacia Dolly Walthers.

—Dolly —dijo animosa—, tienes que perdonar a mi marido. Es muy traumático para él, por razones demasiado complejas para exponerlas ahora. Tienes que perdonarme a mí también por dejar que te llevara la policía militar; también es para mí traumático por razones relacionadas con esto. Lo importante es lo que tenemos que hacer ahora, que va a ser lo siguiente: en primer lugar nos vamos a asegurar de que abandonas este sitio; en segundo lugar requerimos tu compañía y tu ayuda en un viaje en el que debemos localizar a Wan y a Gelle-Klara Moylnin. ¿Estás de acuerdo?

También para Dolly Walthers estaba todo sucediendo demasiado deprisa.

—Bueno —dijo—, yo...

—¡Bien! —dijo Essie, asintiendo—. Hay que arreglar esto. ¡Usted, alférez! Llévenos a nuestra nave inmediatamente. Es la *Único Amor*.

El alférez abrió la boca escandalizado, pero me adelanté:

—Essie, ¿no crees que deberíamos consultárselo al brigadier?

Ella me apretó la mano y me miró. La mirada era compasiva. El apretón, una advertencia tipo « ¡Robin, cállate la boca, so tonto!» que casi me deshizo los nudillos.

—Pobrecillo —le dijo al oficial en tono de disculpa—, hace poco sufrí una grave operación. Está desconcertado. ¡Rápido, hay que ir a la nave a por su medicina!

Cuando mi esposa Essie ha decidido hacer algo, lo mejor que puede hacerse es dejar que haga lo que tenía decidido. Yo ignoraba qué se proponía, pero sabía perfectamente qué era lo que esperaba que yo hiciera. Asumí el comportamiento de un hombre mayor aturrido por los efectos de una operación reciente, y la dejé que me guiara pasillo adelante a través del Pentágono en pos del alférez.

No avanzábamos muy deprisa porque los pasillos del Pentágono estaban abarrotados de gente. El alférez nos detuvo al llegar a una intersección mientras un grupo de prisioneros pasaba ante nosotros. Por alguna razón, estaban desalojando todo un bloque de celdas. Essie me dio un codazo y me señaló los monitores de las paredes. De éstos, unos cuantos no eran más que carteles indicadores —*Comisariado 7, Personal Autorizado, Letrinas, Muelle V*—, pero en otro...

En otro se veía la zona de ataque, y había un objeto de gran tamaño acercándose. Era grande, pesado, construido por seres humanos; a primera vista podía decirse que había sido construido en la Tierra y que no era Heechee. No era tan sólo cuestión de líneas, ni tampoco el que estuviera hecho de acero gris en lugar del habitual metal Heechee azul brillante. La prueba radicaba en los misiles de feroz aspecto que asomaban sus narices al delicado exterior.

Yo sabía que el Pentágono había perdido seis de esas naves, una detrás de otra, en el intento de adaptar el sistema de navegación MRL Heechee a naves de factura humana. No podía reprocharles semejante derroche, porque el diseño de mi *Único Amor* se había beneficiado de sus errores. Pero las armas eran poco agradables de ver. Nunca se ven armas en una nave Heechee.

—¡Venga! —nos espetó el alférez, mirándonos—. Se supone que no tendrían que estar aquí. Sigamos.

Empezó a caminar por un pasillo realmente despoblado, pero Essie le hizo aflojar la marcha.

—Por aquí se llega antes —dijo señalando el indicador que decía *Muelles*.

—¡Está fuera de mi jurisdicción! —exclamó el alférez.

—No cuando un buen amigo del Pentágono se encuentra mal —le respondió ella y, cogiéndome del brazo, hizo que nos dirigiéramos hacia el lugar en que más gente había.

Los secretos de Essie a veces guardan otros secretos, pero en esta ocasión el misterio quedó pronto desvelado. La conmoción la había causado los terroristas capturados, que el acorazado había traído, y Essie quería echarles un vistazo.

El acorazado había interceptado la nave robada por los terroristas en el momento en que abandonaba la MRL. La sacudieron a base de bien. Al parecer, los terroristas a bordo de la nave eran ocho. ¡Ocho en una nave Heechee que cinco personas abarrotaban! De los ocho, sólo tres habían sobrevivido para convertirse en prisioneros. Uno estaba en coma. Al otro le faltaba una pierna, pero estaba consciente. El tercero se había vuelto loco.

Era el terrorista loco el que más llamaba la atención. Era una joven negra de Sierra Leona, decían, y no paraba de gritar. Llevaba puesta una camisa de fuerza. Por el aspecto que ofrecía la camisa de fuerza, debía hacer rato que la joven estaba dentro, porque estaba sucia y grisienta y ella tenía el pelo revuelto y las facciones demacradas. Alguien gritaba mi nombre, pero me abrí paso con Essie para ver mejor.

—Está hablando en ruso —me explicó Essie, ceñuda—, pero no lo habla muy bien. Tiene acento de Georgia, muy marcado. Dice que nos odia.

—Ya me lo figuraba —le contesté.

Yo ya había tenido bastante. Cuando el alférez llegó, gritándole órdenes a la gente para que se alejaran de allí, le dejé que me obligara a retroceder a empujones, y de nuevo oí que alguien me llamaba.

O sea, que no era el alférez. De hecho, no era la voz de un hombre la que se oía. Procedía del grupo de prisioneros al que se estaba desalojando, y pude ver de quién era la voz. Era la joven china. Janie nosequé.

—¡Dios bendito! —le dije al alférez—. ¿Por qué la han arrestado?

Carraspeó.

—Ése es un asunto estrictamente militar que no le concierne, Broadhead. ¡Sígame, no tendría usted que estar aquí!

Es inútil discutir con alguien que ya ha tomado una decisión, de manera que no se lo volví a preguntar. Me fui directamente a la fila de prisioneros para preguntárselo a la propia Janie. El resto de los prisioneros eran mujeres también, todas ellas personal militar, arrestadas sin duda por haberse tomado más días de permiso que los debidos o por haberle cerrado la boca de un puñetazo a alguien parecido al alférez; buena gente, desde luego. Estaban todas quietas, calladas, escuchando.

—Audee se empeñó en venir porque tenían aquí a su mujer —me explicó, como si hubiera querido decir «su caso de sífilis incurable» —, así que tomamos un transbordador y en cuanto llegamos nos metieron entre rejillas.

—¡Ahora mismo, Broadhead —me gritó el alférez—, va a venir conmigo, bajo arresto usted también! —Y su mano descansaba en la cartuchera, que esta vez contenía un arma.

Essie terció, conciliadora:

—Alférez, no tiene usted de qué preocuparse ya, porque la *Único Amor* está ahí esperándonos. Así que no nos perdamos en nimiedades. Queda solamente hacer venir al brigadier aquí para discutir un par de asuntos pendientes.

El alférez se echó a reír.

—¡Pero, señora, usted no puede hacer venir aquí al brigadier! —tartamudeó.

—¡Ya lo creo que puedo! Mi marido necesita atención médica, luego es aquí donde vamos a recibirle. El brigadier Cassata es un hombre cortés, ¿no?, de West Point, ¿no? Entonces, seguro que ha recibido muchos cursillos de protocolo y buenos modales, que incluyen hasta cómo estornudar en público. Ah, y por favor dígame al brigadier que aquí, donde mi pobre marido va a tener asistencia médica, tenemos un bourbon excelente a su disposición.

El alférez se alejó dando tumbos desesperado. Essie me miró y yo a ella.

—Y ahora, ¿qué? —le pregunté.

Ella sonrió y me palmeó la cabeza.

—Lo primero es darle instrucciones a Albert para lo del bourbon... y lo demás —dijo, mientras se volvía para decir un par de frases en ruso—. Y una vez hecho esto, a esperar que aparezca el brigadier.

El brigadier no tardó mucho en presentarse, pero cuando llegó, yo casi me había olvidado de él. Essie estaba conversando animadamente con el guardia que el alférez nos había dejado, y yo estaba pensando. Para variar, en lo que más estaba pensando no era en Klara, sino en la africana demente y en sus compañeros que casi lo eran también. Me daban miedo. Los terroristas me lo daban. Tiempo atrás había habido un PLO y un IRA, nacionalistas puertorriqueños y secesionistas serbios, y jóvenes americanos, italianos y alemanes que manifestaban su desprecio por sus ricos progenitores, pero estaban todos separados. Era el hecho de que hubieran unido sus fuerzas lo que me asustaba. Los pobres y los furiosos habían unido sus odios y sus recursos, y no había duda de que iban a conseguir que el mundo les prestase atención. El haber capturado una de sus naves no iba a detenerles; sólo iba a hacer sus maquinaciones soportables durante algún tiempo... o casi soportables.

Pero para solucionar sus problemas, para aliviar su odio y satisfacer sus necesidades, era necesario mucho más. La colonización de planetas como Peggy era la mejor y quizás la única solución, pero era lenta. Los transportes podían llevar tres mil ochocientas de esas pobres gentes cada mes hacia una vida mejor. Pero cada mes nacían alrededor de un cuarto de millón de nuevos pobres, y la terrible operación aritmética era fácil de efectuar:

250.000

— 3.800

246.200

Ésa era la cantidad de nueva gente pobre con la que había que vérselas cada mes. La única esperanza eran cientos y cientos de nuevos y más grandes transportes. Un centenar nos dejaría con el actual nivel de miseria. Un millar solventaría el problema de una vez y para siempre. ¿Pero de dónde iban a salir esos mil nuevos transportes? Se había tardado ocho meses en construir la *Único Amor* y había costado más dinero del que yo hubiera querido gastarme. ¿Cuánto costaría construir algo mil veces más grande?

La voz del brigadier me distrajo de mis pensamientos.

—¡Eso es del todo imposible! —estaba diciendo—. ¡Les he dejado que la vieran porque se me ha perdido que lo hiciera, pero que la deje ir con ustedes está fuera de toda discusión!

Me miró con ira cuando me uní a ellos y le di la mano a Essie.

—Está también la cuestión de Walthers y de la joven china —le dijo Essie—. Queremos que vengan con nosotros.

—¿Ah, sí? —le pregunté, pero el brigadier no me prestaba la menor atención.

—¿Y qué más, por amor de Dios? —preguntó—. ¿Quieren también que le dé la vuelta a mi sección del Pentágono o que les facilite un par de acorazados?

Essie negó cortésmente con la cabeza.

—No, gracias, nuestra nave es más comfortable.

—¡Jesús! —Cassata se secó la frente y permitió que Essie le llevara al salón principal de la nave para tomar el bourbon prometido—. Bien, no hay ningún cargo serio en contra de Walthers y Yee-xing. No tenían ningún derecho a venir aquí sin autorización, pero si los llevan con ustedes podemos hacer la vista gorda.

—¡Espléndido! —exclamó Essie—. Ahora sólo queda la cuestión de la otra Walthers.

—Me es imposible asumir esa responsabilidad —empezó, pero Essie no le dejó acabar:

—¡Claro que no! Lo entendemos perfectamente. Por eso vamos a dirigirnos a sus superiores, ¿verdad que sí, Robin? Llama al general Manzbergen. Hazlo desde aquí, para que no haya ninguna posibilidad de que alguna grabación vaya a comprometernos, ¿eh?

Es inútil discutir con Essie cuando algo se le mete en la cabeza y además yo tenía curiosidad por ver qué estaba tramando.

—Albert —dije—, ya has oído, por favor.

—Desde luego, Robin —se oyó su voz sumisa.

Y un instante después la pantalla se encendía y allí estaba el general Manzbergen sentado frente a su mesa de trabajo.

—Buenos días, Robin, Essie —nos saludó de manera original—. Vaya, veo que está con vosotros Perry Cassata; mi enhorabuena a todos.

—Gracias, Jimmy —dijo Essie mirando de soslayo al brigadier—, pero no te hemos llamado por eso.

—¿Ah, no? —Fruició el entrecejo—. Pues sea lo que sea, rápido, ¿eh? Tengo que estar en una reunión importantísima dentro de minuto y medio.

—Te va a llevar mucho menos tiempo, mi querido general. Sólo queremos que le des al brigadier Cassata las órdenes oportunas para que nos deje a Dolly Walthers.

Manzbergen puso cara de sorpresa.

—¿Para qué?

—Para que nos ayude a localizar a Wan, mi querido general. Lleva un TTP, ya sabes. Es en interés de todos por lo que hay que obligarle a devolverlo.

Él sonrió cariñosamente.

—Un minuto, querida —dijo, y se inclinó hacia un comunicador privado.

El brigadier podía estar preocupado, pero no se le escapaba una.

—¿Y esa pausa? —señaló—. ¿No es ésa una radio de velocidad cero?

—Se trata de comunicación concentrada momentánea —le mintió Essie—. Pero nuestra nave es pequeña y no tiene demasiada energía, de manera que hay que ahorrar mientras la comunicación está interrumpida —volvió a mentirle—. Ah, ahí está el general otra vez.

El general se dirigió a Cassata.

—Está autorizado —ladró—. Podemos confiar en ellos, y además, les debemos un favor. Puede que nos ahorren muchos problemas en el futuro. Déles a quien le pidan, bajo mi entera responsabilidad. Y ahora, por amor de Dios, déjenme que me vaya a la reunión... ¡Y no volváis a llamarme a menos que estalle la cuarta guerra mundial!

El brigadier se marchó, desesperado; al poco rato, la policía militar trajo a Janie Yee-xing, un minuto después a Audee Walthers, y bastante más tarde, a Dolly Walthers.

—Me alegro de volver a veros —les dijo Essie dándoles la bienvenida a bordo—. Me imagino que tenéis mucho de que hablar entre vosotros, pero antes, alejémonos de este condenado lugar. ¡Albert, en marcha!

—Desde luego, señora Broadhead —cantó Albert. No se tornó la molestia de materializarse súbitamente en el puesto del piloto, sino que apareció en la puerta,

apoyado en el dintel y sonriéndonos.

—Las presentaciones protocolarias las dejaremos para más tarde —dijo Essie—. Este buen amigo es un programa computerizado. Albert, ¿estamos ya lo bastante lejos del Pentágono?

Él asintió guiñando un ojo. Entonces, ante mis propias narices dejó de ser el anciano con una pipa y un suéter usado para convertirse en el General James P. Manzbergen, más alto, más delgado, uniformado y cubierto de medallas:

—Desde luego que lo estamos, querida —exclamó—. ¡Y ahora, pongamos nuestros traseros en MRL antes de que descubran que les hemos engañado!

LAS PERMUTACIONES DEL AMOR

¿Quién duerme con quién? ¡Ah, ésa era la cuestión! Los pasajeros eran cinco, y sólo había tres camarotes en que acomodarlos. La *Único Amor* no había sido pensada para dar cabida a muchos pasajeros, menos aún si venían desparejados. ¿Había que acomodar a Audee con su mujer, Dolly? ¿O con su más reciente compañera de cama, Janie Yee-xing? ¿Sería mejor poner a Audee solo en un cuarto y a ambas mujeres juntas? ¿Qué se harían la una a la otra si así lo hacíamos? Aunque no era tanto el que ambas mujeres se mostraran hostiles mutuamente, sino que Audee se mostraba inexplicablemente hostil hacia ambas.

—No sabe con cuál de las dos sincerarse —dijo Essie con razón—, y si hay en este mundo alguien que quiera ser sincero con una mujer, ése es Audee.

Yo entendía perfectamente ese problema, y sabía que más de uno de los pasajeros a bordo lo sufría.

Aunque hay una palabra en esa aseveración que yo no me autoaplicaría, y se trata de la palabra sufrir. Ya ven, yo no estaba sufriendo. Estaba disfrutando. Y estaba disfrutando con Essie, pues la manera como resolvimos el problema de acomodar a nuestros invitados fue huyendo del problema. Nos metimos en el camarote del Capitán y nos encerramos con llave. Nos dijimos a nosotros mismos que la razón por la que actuábamos así sería porque era mejor que nuestros invitados resolvieran ellos solos sus problemas. Era una buena razón. Dios sabe que necesitaban tiempo para hacerlo, porque la tensión acumulada en sus relaciones interpersonales era suficiente para hacer explotar una estrella; pero teníamos otras razones, además, y la más importante era que queríamos hacer el amor.

Y lo hicimos. Con entusiasmo. Con mucho placer. Se pensará que después de un cuarto de siglo, a nuestra avanzada edad —por no mencionar la familiaridad y el aburrimiento, y el hecho de que, después de todo, haya un determinado número de superficies mucosas que acariciar con un relativamente escaso número de extremidades con que hacerlo— estaríamos muy poco motivados para ello. Pues no. Estábamos condenadamente motivados.

Tal vez a causa del apiñamiento a bordo de la *Único Amor*. El estar

encerrados en nuestro camarote con nuestro colchón anisoquinético le daba al asunto un aire de refocilo juvenil en el porche de casa, papá y mamá al otro lado de la ventana. Nos reímos a base de bien mientras el colchón nos empujaba en direcciones impensadas. ¿Sufrir? Nada de nada. No me había olvidado de Klara. Se asomaba constantemente a mis pensamientos, a menudo en momentos muy íntimos.

Pero era Essie quien estaba conmigo en la cama, no Klara.

Por eso, allí tumbado, apretaba de vez en cuando el colchón para sentir cómo éste devolvía la presión, para sentir cómo hacía rebotar a Essie, abrazada muy fuerte junto a mí, y también ella empujaba un tanto —era como jugar al billar, no a tres bandas sino a tres cojines, y con piezas mucho más interesantes—, y pensaba, tranquilo y feliz, en Klara.

En aquellos momentos sentí la certeza de que todo se resolvería con bien. ¿Qué estaba mal, a fin de cuentas? El amor. Tan sólo el hecho de que las personas se amen. ¡Y no hay nada de malo en ello! Era una complicación, desde luego, el que de dos personas que se querían, una, o sea yo, formara parte de otra pareja que también se amaba. Pero las complicaciones pueden resolverse, de un modo u otro, ¿o no? El amor es lo que hace que el universo se mueva. El amor era lo que me hacía retozar con Essie en el camarote del Capitán. El amor era lo que había hecho que Audee siguiera a Dolly hasta el Alto Pentágono; y cierta clase de amor era lo que había hecho que Janie fuera con él; y otra clase de amor, o tal vez la misma, era la responsable de que Dolly se hubiera casado con Audee, puesto que una de las funciones del amor es, sin duda, darle a una persona otra persona en torno a la cual organizar su vida. Y en el otro extremo de aquellos eriales de polvo, gases y estrellas (aunque yo entonces no lo supiera), el Capitán estaba de luto por amor; hasta Wan, que jamás había querido a nadie con excepción de a sí mismo, estaba buscando a alguien hacia quien dirigir su amor. ¿Ven ahora lo que quiero decir? El amor es el agente desencadenante.

—Robin —me susurró Essie junto al cuello—, has estado muy bien. Mi enhorabuena.

Por supuesto, también ella hablaba del amor, aunque en aquel momento yo preferí interpretarlo como un cumplido por mi manera de demostrarlo.

—Gracias —contesté.

—Aunque me pregunto —continuó, echándose a un lado para poder verme— si estás del todo recuperado. ¿Te encuentras bien? ¿No tienes molestias? ¿Los dos metros y medio de vísceras nuevas están funcionando al unísono con las antiguas? ¿Qué dicen los informes de Albert?

—Me encuentro bien —le dije, y de hecho, así era, y me incliné sobre ella para besarle la oreja—. Tan sólo me pregunto si al resto del universo le va tan bien.

Ella bostezó y se despezó.

—Si te refieres a la nave, Albert es perfectamente capaz de ocuparse del pilotaje.

—Eso lo sé, pero lo que no sé es si se las arregla tan bien con los invitados.

Ella rodó soñolienta sobre la cama.

—Pregúntaselo —me dijo.

Así lo hice.

—Albert, ven, queremos hablarte.

Me volví hacia la puerta, curioso por ver cómo se las arreglaría esta vez para aparecer a través de una puerta de verdad que daba la casualidad de estar cerrada. Me engañó. Se oyó el sonido, a modo de disculpa, de la voz de Albert al aclararse la garganta, y cuando me di la vuelta, lo vi sentado frente al tocador de Essie con la mirada recatadamente apartada.

Essie se quedó boquiabierta y agarró la colcha para cubrir con ella sus lindos y pequeños senos.

Algo ciertamente curioso. Nunca antes se había molestado Essie en taparse delante de sus otros programas. Y lo más curioso del caso es que ese gesto no pareció fuera de lugar en aquel momento.

—Siento interrumpiros, mis queridos amigos —dijo Albert—, pero me habéis llamado vosotros.

—Sí, sí —dijo Essie, sentándose para mirarle mejor... pero con la colcha apretada contra su cuerpo. Tal vez ya en ese momento su propia reacción le hubiera chocado a ella misma por lo rara, pero aun así lo único que dijo fue—: Bueno, ¿qué tal nuestros invitados?

—La verdad es que muy bien —dijo Albert con tono serio—. Mantienen una tranquila conversación a tres voces en la cocina. El Capitán Walthers está preparando unos sandwiches y las dos mujeres le ayudan.

—¿Nada de peleas? ¿No hay ojos morados? —pregunté.

—Nada de nada. La verdad es que están de lo más educado, no se oye más que «perdona», «por favor» y «gracias». Aunque —añadió, satisfecho consigo mismo— ha llegado un mensaje acerca del velero. ¿Queréis oírlo ahora? ¿O tal vez preferís, se me acaba de ocurrir uniros a vuestros invitados y escucharlo en su compañía?

Mi primer impulso fue de quererlo escuchar inmediatamente, pero Essie me miró y me dijo:

—Sólo por cortesía, Robin. —Y yo asentí.

—¡Espléndido! —exclamó—. Lo encontraréis extremadamente interesante, estoy seguro. Como a mí mismo me lo ha parecido. —Continuó su perorata—: Cuando cumplí los cincuenta, el *Berliner Handelsgesellschaft* me regaló un velero tan bonito... que se perdió, por desgracia, cuando tuve que abandonar Alemania por culpa de esos malditos nazis. ¡Mi querida señora Broadhead, le debo a usted tanto! ¡Poseo ahora tantos nítidos recuerdos que no poseía antes! Recuerdo mi

pequeña casa cerca de Ostende, en la playa por la cual solía pasear con Alberto... o sea —nos guiñó un ojo—, con el príncipe Alberto de Bélgica. Acostumbrábamos a hablar de vela, y por las tardes su mujer me acompañaba al piano cuando tocaba mi violín. ¡Y todo esto puedo recordarlo únicamente gracias a usted!

Mientras duró la charla, Essie permaneció sentada a mi lado, rígida, observando a su criatura con un rostro como la piedra. Entonces, intentó sofocar la risa y, al fin, estalló en carcajadas.

—¡Payaso de programa! —exclamó mientras alargaba la mano para coger la almohada—. ¡No me importa que hayas entrado, pero ahora vete, por favor! ¡Eres tan humano, con tantos recuerdos y anécdotas terribles, que no me puedo permitir que me veas desvestida!

Tomó impulso y le arrojó la almohada, que se estrelló blandamente y sin consecuencias en los cosméticos que había detrás de él. Albert se limitó a desviar la mirada mientras Essie y yo, abrazados, nos reíamos.

—Bueno, y ahora a vestirse —ordenó Essie por fin—, a ver si podemos presentarnos a escuchar lo del velero de manera satisfactoria para nuestro programa. Qué gran medicina es la risa, ¿verdad? Así que no temas por tu salud, que un cuerpo que se lo pasa tan bien tiene que durar siempre.

Nos dirigimos a la ducha, aún sofocando carcajadas, sin darnos cuenta de que en mi caso, « siempre », equivalía en aquel momento a once días, nueve horas y veintidós minutos.

Nunca había habido en la *Único Amor* un escritorio para Albert Einstein, y menos aún uno con su pipa señalando el lugar en que había interrumpido su lectura, una botella de Skrip junto a su tabaquera de piel y una pizarra detrás emborronada con numerosas ecuaciones. Pero allí estaba el escritorio, y allí estaba él, entreteniéndolo a nuestros invitados con anécdotas de su vida.

—Cuando estaba en Princeton —explicó—, contrataron a un hombre para que me siguiera con un cuaderno en ristre, de manera que si yo escribía algo en una pizarra, él pudiera copiarlo. No lo hacían por mí, sino en beneficio suyo. Es decir, tenían borrar las pizarras.

Sonrió a nuestros invitados y nos saludó con la cabeza a Essie y a mí, que estábamos de pie en la puerta, cogidos de la mano.

—Les estaba explicando, señor y señora Broadhead, cosas de mi vida a estos señores, pues tal vez no hayan oído hablar de mí, aunque he de reconocer que yo era bastante famoso. ¿Sabían, por ejemplo, que como no me gustaba la lluvia, la administración de Princeton hizo construir una galería cubierta, que aún puede verse, para que pudiera visitar a mis amigos sin necesidad de salir al exterior?

Por lo menos, no llevaba puesto el foulard de seda blanca a lo Barón Rojo ni

mostraba la cara del general, pero me puso igual de nervioso. Sentí la necesidad de disculparme delante de Audee y sus dos señoras, pero en su lugar, dije:

—Essie, ¿no te parece que todos estos recuerdos se están haciendo un poco pesados?

—Es posible —me contestó pensativa—. ¿Quieres que lo suprima?

—Que lo suprimas, no. Es un programa mucho más interesante ahora, pero si intentaras al menos disminuir el incremento de personalidad individual de su banco de datos base, o aflojar el potenciómetro de la nostalgia de sus circuitos...

—Qué bobo eres, cariño —me sonrió ella condescendiente. Acto seguido, ordenó—: Albert, corta el comadreo, que a Robin no le gusta.

—Por supuesto, mi querida Semya —dijo muy cortés—. Sin duda, querrán oír lo del velero, al menos eso sí.

Se puso de pie detrás de su escritorio; quiero decir, su imagen holográfica carente de existencia física se alzó por detrás de su asimismo inexistente escritorio. Me veía obligado a recordar ese detalle constantemente. Tomó el borrador y empezó a borrar los trazos de tiza y después se quedó meditando. Mirando a Essie en son de disculpa, apretó un botón del escritorio y dejó de borrar. La pizarra se desvaneció. En su lugar apareció la familiar superficie granulosa y gris de la pantalla de navegación Heechee. Entonces apretó otro botón y el granulado gris desapareció, siendo reemplazado esta vez por una carta de navegación astral. También ésta parecía real; lo único que se necesitaba para convertir una pantalla de navegación Heechee en una simple pantalla multiuso era un sencillo mecanismo que se conectaba a sus circuitos (aunque un millar de exploradores había muerto sin percibirse de ello).

—Lo que veis —dijo muy cordial— es el lugar en el que el Capitán Walthers localizó el velero y, como podéis ver, ahí no hay nada.

Walthers había permanecido sentado delante del hogar de imitación tan lejos de Dolly como de Janie, y cada una de ellas estaba tan lejos de la otra como le resultaba posible, sentadas las dos tan tranquilas como Walthers mismo. Pero en ese momento Walthers explotó, sublevado:

—¡Imposible! ¡El registro era muy preciso! ¡Disponéis de los datos!

—Por supuesto que era preciso —repuso Albert conciliador—, pero cuando llegó allí la nave de exploración, el velero había desaparecido ya.

—¡Pues no puede haberse ido muy lejos si su único carburante es la radiación estelar!

—No, no puede estar muy lejos, pero el caso es que ya no estaba allí. Sin embargo —prosiguió Albert sonriendo alegremente—, yo ya había previsto semejante contingencia. Si lo recuerdan, mi reputación (en mi anterior vida, quiero decir) descansaba sobre la asunción de que la velocidad de la luz es una constante fundamental, aspecto —dijo mientras parpadeaba displicentemente en torno suyo— que hemos aprendido de los Heechees en cierto sentido. En fin, la

velocidad es constante, casi trescientos mil kilómetros por segundo. Razón por la cual di instrucciones a la nave de exploración de desplazarse a una velocidad de trescientos kilómetros por segundo por cada segundo pasado desde el avistamiento, en caso de que no encontrara el velero en el lugar previsto.

—Bendito programa ególatra —le dijo Essie cariñosamente—. Qué piloto tan experimentado has debido de alquilar para la nave, ¿eh?

Albert carraspeó.

—Bien, es una nave un tanto especial —se excusó—, ya que prevé ciertas necesidades. Me temo que el coste va a ser muy elevado. No obstante, cuando la nave hubo cubierto la distancia adecuada, esto es lo que vio.

Y movió una mano y la pantalla mostró el entramado de alas múltiples. No se veía con nitidez, pues se estaba replegando y contrayendo ante nuestros propios ojos. Albert aceleró las imágenes, siempre desde la perspectiva de la nave de exploración, y vimos como las grandes alas se encogían... y desaparecían.

Bien, lo que vimos acaban de leerlo. Lo que les concede una ventaja sobre nosotros es que ustedes saben qué era lo que vimos. Allí estábamos los cinco: Walthers, su harén, Essie y yo.

Habíamos abandonado el enigmático mundo de los hombres para ir en pos de un enigmático misterio, y allí estábamos, ¡contemplando cómo algo se comía al objeto que estábamos viendo! Así pareció a nuestros desconcertados y poco preparados ojos. Nos quedamos sentados, congelados, mirando las alas plegadas y la enorme esfera azul brillante que había surgido de la nada para tragárselas.

Me di cuenta de que alguien se estaba carcajeando sofocadamente, y me quedé petrificado por segunda vez al ver de quién se trataba.

Era Albert, sentado ahora en el borde de su mesa y secándose una lágrima de regocijo.

—Os pido mil perdones —dijo—, pero es que si os pudierais ver las caras...

—Maldito programa ególatra —murmuró Essie apretando los dientes, sin un ápice de cariño en sus palabras—. Corta inmediatamente tu risa de mierda.

Albert miró a mi mujer. No pude descifrar enteramente su expresión: la mirada era a la vez cariñosa, y condescendiente, y otras muchísimas cosas que no pude asociar a una imagen computerizada, ni siquiera con la de Albert. Pero era también una mirada incómoda.

—Mi querida señora Broadhead —le dijo—, si no deseaba que tuviera sentido del humor, hubiera debido programarme sin él. Si la he molestado, lo siento.

—¡Cifñete a las instrucciones! —ladró Essie, desconcertada.

—Está bien. Lo que acabáis de ver —explicó, desviando decididamente su mirada de Essie para seguir ilustrando al grupo— es lo que yo considero el primer ejemplo de una operación realizada por tripulantes Heechees en tiempo real. O sea, que el velero ha sido raptado. Notad esta nave más pequeña. —Movió una mano con indolencia y la imagen se debilitó y parpadeó, ampliando la

escena. La ampliación superaba las posibilidades reales de los objetivos de la nave de exploración, razón por la cual la silueta de la esfera se tornó granulosa y difusa.

Pero había algo detrás.

Había algo detrás de la esfera que iba eclipsándose lentamente. Justo en el instante en que iba a desaparecer, Albert congeló la imagen, y nos encontramos contemplando un objeto de pequeño tamaño, mal enfocado, difuminado y con forma de pez.

—Una nave Heechee —dijo Albert—. Al menos, ésa es la única explicación que le encuentro.

Janie Yee-xing produjo un sonido de sofoco:

—¿Estás seguro?

—No, por descontado que no —dijo Albert—. De momento no es más que una teoría. Uno nunca le da el « sí » a una teoría, señorita Yee-xing, ya que seguramente tarde o temprano aparecerá una mejor que la que ha parecido buena hasta el momento, y habrá que darle un « no » . Por eso a las teorías sólo se les concede un « tal vez » . Pero mi teoría sostiene que los Heechees han decidido raptar el velero.

¡Ahí era nada! ¡Heechees! De verdad, de lo que daba fe el sistema de actualización de datos más inteligente jamás construido. Me había pasado dos tercios de siglo buscando a los Heechees, de un modo u otro, desesperado por dar con ellos y muerto de miedo ante la posibilidad de encontrármelos. Y cuando sucedió, lo que más reclamó mi atención no fueron los Heechees sino el sistema de actualización de datos. Le dije:

—Albert, ¿por qué te estás comportando de manera tan cómica?

Él me miró respetuosamente, dándose golpecitos en los dientes con la boquilla de su pipa.

—¿Cómico en qué sentido, Robin? —me preguntó.

—¡Maldita sea, venga ya! ¡Tu manera de comportarte! ¿Es que...? —dudé, tratando de decirlo de manera suave—. ¿Es que no te das cuenta de que eres un programa computerizado?

Me sonrió tristemente.

—No necesito que se me recuerde eso, Robin. No soy real, ¿no es eso? Y sin embargo, la realidad en la que estás inmerso no me interesa en lo más mínimo.

—¡Albert! —grité, pero él levantó una mano para hacerme callar.

—Deja que te diga esto —siguió—: Para mí, la realidad es, lo sé, un determinado y elevado número de conexiones de procesado paralelo en conformación heurística. Si lo analizas, no es más que una especie de truco llevado a cabo ante el público. Pero, ¿y en tu caso, Robin? ¿Es la realidad muy distinta para una inteligencia orgánica? ¿O no es más que cierto número de transacciones químicas que tienen lugar en un órgano amorfo de un kilo de peso

que carece de vista, de oído y de órganos sexuales? Todo lo que sabe, lo sabe de oídas, porque previamente algún sistema de percepción le ha facilitado la información. Cada una de las sensaciones que experimenta le ha llegado a través de la red nerviosa. ¿Somos de verdad tan diferentes, Robin?

—¡Albert!

Negó con la cabeza.

—Sí, ya sé —dijo con amargura—. En mi caso, el truco no puede embaucarte porque conoces al prestidigitador; está entre nosotros. ¿Pero acaso no te engaña tu propio truco? ¿Es que no me merezco la misma estima y la misma tolerancia? Yo era un hombre bastante importante, Robin. ¡Mucha gente de relieve me tenía en gran aprecio! Reyes. Reinas. Grandes científicos. Todos ellos magníficas personas. Cuando cumplí los setenta años, me dieron una fiesta de cumpleaños; Robertson y Wigner, Kurt Goedel, Rabí, Oppenheimer... —Se secó una lágrima.

Y hasta ahí estaba Essie dispuesta a dejarle desbarrar.

Se puso en pie.

—Mis queridos amigos y esposo, está claro que se trata de serias disfunciones. Os pido que me disculpéis. Debo efectuar un exhaustivo examen de sus circuitos. Me disculpáis, ¿no es cierto?

—No es culpa tuya, Essie —dijo tan amablemente como me fue posible, pero ella se lo tomó a mal. Me miró como no me había vuelto a mirar desde que habíamos empezado a vernos, cuando yo le explicaba las bromas que solía gastarle a mi programa psicoanalítico, Sigfrid von Shrink.

—Robin —dijo fríamente—, aquí se está hablando demasiado de culpas y culpabilidades. Lo discutiremos más tarde. Amigos, tengo que retirarme a mi cuarto de trabajo durante algún tiempo. ¡Albert! ¡Preséntate allí de inmediato!

Una de las servidumbres de ser rico y famoso estriba en el hecho de que mucha gente te hace el honor de invitarte con la esperanza de ser invitados por ti más tarde. No se cuenta entre mis virtudes la de ser un buen anfitrión. A Essie, por el contrario, le encanta, por lo que a lo largo de los años hemos encontrado una buena manera de atender satisfactoriamente a nuestros invitados. Yo me dejo ver mientras estoy a gusto, lo que puede variar entre varias horas o cinco minutos. Entonces desaparezco en mi estudio y le dejo la tarea a Essie. Disfruto particularmente haciéndolo cuando el ambiente entre los invitados es especialmente tenso. Y funciona muy bien... sobre todo para mí.

Pero en ciertas ocasiones la cosa deja de funcionar y es entonces cuando me toca a mí hacer de anfitrión. Ésta era una de esas ocasiones. No podía pasárselos a Essie, porque Essie estaba ocupada. Tampoco quería dejarlos solos porque ya lo habíamos hecho durante demasiado rato. Así que allí estaba yo, tratando de

recordar cómo parecer ocurrente ya que no me quedaba otra opción.

—¿Os apetece beber algo? —pregunté encantador—. ¿Queréis comer alguna cosa? Hay algunos programas interesantes para ver, si es que Essie no ha acabado con todos para poder vérselas con Albert...

Janie Yee-xing me interrumpió.

—¿Adónde vamos, señor Broadhead?

—Bien —dije, sonriendo jovial, tal como se esperaría de un buen anfitrión, tratando de conseguir que los invitados se sintieran cómodos, aun en el caso de que te hayan hecho una buena pregunta que no sabes cómo contestar porque has tenido en mente demasiadas otras cosas mucho más urgentes como para pararte a pensar en ello—. Supongo que la pregunta es, más bien, ¿adónde queréis ir? Quiero decir que no parece tener demasiado objeto salir en pos del velero.

—No —admitió Janie Yee-xing.

—En ese caso me temo que es cosa vuestra. Supuse que lo que no queráis era seguir entre rejas —y así les recordé que les había hecho un favor, a fin de cuentas.

—No —volvió a asentir Janie Yee-xing.

—¿Volvemos a la Tierra, pues? Podríamos dejaros en cualquiera de los puntos de enlace. O en Pórtico, si lo preferís. O, qué sé yo, tú eres de Venus, ¿verdad, Audee? ¿Quieres regresar allí?

Esta vez le llegó a Walthers el turno de decir «No». No añadió nada más. Yo pensé que era muy poco considerado por parte de mis invitados no ofrecerme más que negativas cuando yo estaba tratando de serles hospitalario.

Dolly Walthers me sacó del apuro. Levantó su mano derecha, en la que llevaba puesto uno de sus muñecos, el que se suponía que representaba a un Heechee.

—El problema, señor Broadhead —dijo con una voz susurrante y edulcorada, sin despegar los labios—, es que ninguno de nosotros tiene adonde ir.

Puesto que aquello era obviamente cierto, nadie sintió la necesidad de añadir nada al respecto. Entonces Audee se levantó.

—Me tomaré ahora esa copa, Broadhead —masculló—. ¿Dolly? ¿Janie?

Obviamente, era la mejor idea que había tenido alguien desde hacía un buen rato. Todos aceptamos, como invitados que llegan demasiado pronto a una fiesta y encuentran algo con que entretenerse para no mostrar tan a las claras que no están haciendo nada.

Había muchas cosas que hacer, ciertamente, pero la más candente en mi cabeza no era la de seguir mostrándome cordial a mis acompañantes. Lo más importante para mí en aquellos instantes no era ni tan siquiera el tratar de asimilar el que tal vez hubiéramos visto una nave Heechee de verdad tripulada por Heechees de verdad. Eran mis vísceras lo que ocupaba mis pensamientos. Los doctores habían dicho que podía llevar una vida normal. Pero no habían

dicho nada al respecto de una anormal como estaba resultando aquélla, y yo sentía el peso de mis años y mi fragilidad. Me alegró poder tomarme mi ginebra con soda sentado cerca del hogar ficticio de llamas ficticias, y me puse a esperar que alguien recogiera el guante.

Ese alguien resultó ser Audee Walthers.

—Broadhead, le estoy muy reconocido por habernos sacado de chirona, y sé que tiene cosas que hacer. Creo que lo mejor para usted es dejarnos a los tres en el lugar que le venga más a mano y solucionar sus propios asuntos.

—Bien, pero hay muchos sitios, Audee. ¿No hay ninguno que prefiráis?

—Lo que preferiría —me contestó—, lo que creo que todos preferiríamos, es una oportunidad para poder averiguar cada cual por su cuenta qué es lo que queremos hacer. Supongo que habrá notado que hay ciertos problemas personales entre nosotros que necesitan solucionarse. —No es ésta una afirmación a la que a uno le guste asentir, y como tampoco podía negarla, me limité a reír—. Así es que lo que necesitamos es salir de aquí y estar solos para poder hablar de ello.

—Ah —dije—, entonces es que no os dejamos tiempo suficiente cuando Essie y yo nos retiramos a nuestro camarote, y a veo.

—Ustedes sí. Fue su amigo Albert el que no nos dejó en paz.

—¿Albert? —No se me había pasado por la imaginación que él mismo fuera capaz de presentarse a los huéspedes, sobre todo si nadie le había invitado a hacerlo.

—Ni un minuto, Broadhead —dijo Walthers con amargura—. Estaba sentado justo donde está usted ahora. No hizo otra cosa que hacerle preguntas a Dolly.

Sacudí la cabeza con desesperación y alargué mi vaso para que me lo llenaran otra vez. Probablemente, no era una buena idea, pero no se me ocurría ni una sola idea que me pareciera buena. Cuando, en mi juventud, mi madre agonizaba —porque no teníamos bastante dinero para procurarnos medicamentos a ambos y, culpa, culpa, culpa, decidió que los cuidados médicos fueran para mí — llegó un momento en que dejó de reconocermme, de recordar mi nombre, y empezó a hablarme como si yo fuera su jefe, o el casero o alguno de los muchachos con los que había salido antes de conocer a mi padre. Algo terrible. Era peor verla en aquel estado que hacerse a la idea de que se estaba muriendo: era una sólida figura que se desmoronaba delante de mí.

De la misma manera que se desmoronaba Albert.

—¿Qué clase de preguntas hacía? —pregunté mirando a Dolly.

—Oh, acerca de Wan —dijo jugueteando con uno de los muñecos pero hablando con su propia voz, aunque sin despegar los labios prácticamente—. Me preguntó adónde se dirigía, qué hacía. Sobre todo quería que le mostrara en las cartas de navegación los objetos por los que Wan se interesaba.

—Enséñamelos —le dije.

—No sé hacer funcionar la cosa esa —dijo de mal humor, pero antes de que terminara de hablar, Janie Yee-xing se había levantado e instalado frente a los controles. Palpó el teclado de la pantalla, frunció el entrecejo, tecleó una combinación e hizo un mohín y se volvió hacia nosotros.

—Su esposa debe de haberlo bloqueado al sacar al piloto del circuito —dijo.

—De todas maneras —dijo Dolly—, se trataba de agujeros negros, de todas clases.

—Creí que no había más que una clase —dije, y ella se encogió de hombros. Estábamos todos apiñados alrededor del asiento del piloto, mirando la pantalla de navegación que no mostraba otra cosa más que estrellas.

Y desde detrás nos llegó la voz de Albert, que dijo friamente:

—Lo siento si te he molestado, Robin.

Nos volvimos todos a la vez como las figuras de esos relojes mecánicos que hay en los campanarios alemanes. Estaba sentado en el borde del asiento que yo acababa de dejar vacante, estudiándonos. Tenía un aspecto distinto. Más joven. Menos seguro en sí mismo. Tenía un cigarro puro entre los dedos —un cigarro puro, no su pipa— y su expresión era sombría.

—Creí que Essie estaba trabajando en ti —le dije, estoy seguro que con irritación.

—Ya ha acabado, Robin. Es más, viene hacia acá en estos instantes. Creo que puedo decir con satisfacción que no ha encontrado nada que estuviera mal, ¿no es así, señora Broadhead?

Essie llegó hasta la puerta y se detuvo. Tenía los puños apoyados en las caderas, y la vista fija en Albert. Ni tan siquiera me miraba.

—Es cierto, programa —declaró tristemente—. No he encontrado ningún error en tu programación.

—Me alegra oír eso, señora Broadhead.

—¡Pues no te alegres tanto! El caso es que eres un programa en mal estado. Así que, dime, programa inteligente sin errores de programación, ¿qué va a pasar ahora?

El holograma se pasó la punta de la lengua por los labios, nervioso.

—Bueno —dijo vacilante—, supongo que querrá echarle un vistazo al hardware.

—Precisamente —dijo Essie mientras se disponía a sacar la cinta de su receptáculo.

Juraría que vi pasar una sombra de pánico por el rostro de Albert; la suya fue la mirada de un anciano al que anestesian antes de someterlo a una operación grave. A continuación, desapareció junto con el resto de Albert.

—Seguid hablando —ordenó Essie acercándose una lupa al ojo y empezando a examinar la superficie del rollo de la cinta.

Pero hablar, ¿de qué? La miramos mientras seguía escrutando cada una de

las estrías del rollo. La seguimos con la mirada cuando, con el ceño fruncido, se llevó la cinta a su cuarto de trabajo y la observamos en silencio mientras la tocaba con calibradores y sondas, introducía el rollo en un receptáculo de prueba, apretaba botones, giraba los nonios y leía los resultados. Yo la contemplaba acariciándome el estómago, que había empezado a producirme molestias de nuevo, y Audee me susurró:

—¿Qué es lo que está buscando?

Pero yo no lo sabía. Una muesca, un arañazo, corrosión, cualquier cosa; y fuera lo que fuera, no daba con ello.

Se puso en pie con un suspiro.

—Aquí no hay nada —anunció.

—Buena cosa —dije yo.

—Sí, buena cosa —admitió— porque si se tratara de algo grave no podría arreglarlo aquí. Pero también es mala cosa, Robin, porque lo que está claro es que ese jodido programa está completamente jodido. Esto ha sido una auténtica lección de humildad.

Dolly terció:

—¿Está usted segura de que está cascado, señora Broadhead? Mientras estuvieron ustedes en la otra habitación, parecía bastante coherente. Quizás un poco raro.

—¿Un poco raro? Dolly, querida, cada vez que lo he puesto a prueba, ¿sabes de qué me hablaba? De la Hipótesis de Mach. De la pérdida de masa. De agujeros negros más negros de lo normal. Hubiera hecho falta un auténtico Albert Einstein para... Pero, cómo... ¿es que estuvo hablando con vosotros?

Y después de haber oído la confirmación de boca de los otros, se sentó con los labios apretados, meditando un buen rato. Luego, sacudiendo la cabeza, dijo con desánimo:

—Demonios, es inútil seguir conjeturando cuál es el problema; si hay alguien que sepa qué es lo que le pasa a Albert, ése es el propio Albert.

—¿Y si Albert no quiere decírtelo? —le pregunté.

—Ése no es el problema —me contestó, volviendo a conectar la cinta—. El problema es: ¿Y si no puede?

Albert parecía estar en perfectas condiciones, o casi en perfectas condiciones. Estaba sentado en su sillón favorito jugueteando con su cigarro. Daba la casualidad de que aquél era también mi sillón favorito, pero en aquel momento no estaba dispuesto a discutirlo con él.

—Bueno, Albert —le dijo Essie con voz amable pero firme—, sabes que tu funcionamiento no es correcto, ¿verdad?

—Sí, creo que me estoy comportando de manera un tanto aberrante —dijo él

en son de disculpa.

—¡Aberrante del todo, me temo! Bien, Albert, esto es lo que vamos a hacer. En primer lugar, te voy a formular unas cuantas preguntas meramente factuales, nada de motivaciones, nada de cuestiones técnicas complejas, sólo preguntas que puedas contestar a partir de hechos objetivos. ¿Entiendes lo que te digo, Albert?

—Desde luego que la entiendo, señora Broadhead.

—Bien. En primer lugar: ¿es cierto que estuviste hablando con nuestros invitados mientras Robin y yo estábamos en el camarote del Capitán?

—Es cierto, señora Broadhead.

Essie apretó los labios.

—Me sorprende un comportamiento tan poco usual en ti, ¿a ti no? Les estabas haciendo preguntas. Dime, por favor, cuáles eran esas preguntas y las respuestas.

Albert cambió de postura, incómodo.

—Me interesaban sobremanera los objetos que Wan estaba investigando, señora Broadhead. La señora Walthers tuvo la amabilidad de señalármelos en las cartas de navegación.

Señaló a la pantalla, y cuando nos volvimos a mirar, ésta iba mostrando, una tras otra, distintas cartas de navegación.

—Si las observan con atención —dijo Albert, apuntando con su cigarro aún por encender—, se darán cuenta que hay una clara progresión. Sus primeros objetivos eran simples agujeros negros, que en las cartas de navegación Heechees vienen señalados con esos símbolos que parecen anzuelos. Esos símbolos significan peligro, según la cartografía Heechee.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Essie, y acto seguido—: No, borra esa pregunta. Supongo que tienes tus buenas razones para haber llegado a semejante conclusión.

—Las tengo, señora Broadhead. Tal vez no he sido lo bastante comunicativo al respecto, me temo.

—¡Bueno, parece que estamos llegando a alguna parte! Sigue.

—Sí, señora Broadhead. Cada uno de los agujeros negros normales tiene dos de esas señales. A continuación, Wan investigó una singularidad simple: un agujero negro carente de rotación; de hecho, se trata del mismo en el que Robin sufrió aquella experiencia tan terrible hace años. Fue allí donde Wan rescató a Gelle-Klara Moynlin.

La imagen vaciló y mostró el fantasma azul antes de volver a desplegar las cartas de navegación.

—Éste en particular poseía tres marcas, lo que significa más peligro. Finalmente —movió la mano, y la fotografía cambió para mostrar otra sección del mapa estelar Heechee—, aquí está el que la señora Walthers identificó como el siguiente objetivo de Wan.

—¡Yo no he dicho eso! —objetó Dolly.

—No, señora Walthers —admitió Albert—, pero usted dijo que lo estudiaba con frecuencia, que lo discutía a menudo con los Difuntos y que le daba miedo. Creo que es a éste al que se dirige ahora.

—¡Muy bien! —aplaudió Essie—. Has pasado la primera parte de la prueba admirablemente bien, Albert. Vamos ahora a por la siguiente, pero esta vez, sin participación del público —añadió, mirando a Dolly.

—Lo que usted diga, señora Broadhead.

—Desde luego que lo que yo diga. Seguimos con las preguntas objetivas. ¿Qué se entiende por el término « pérdida de masa » ?

Albert dio muestras de sentirse incómodo, pero respondió con bastante rapidez.

—La llamada « pérdida de masa » es aquella cantidad de masa sobrante, que jamás ha sido observada, que ha escapado siempre a nuestras comprobaciones y que explicaría la causa de ciertas órbitas galácticas.

—¡Excelente! Y ahora explícame qué es la Hipótesis de Mach.

Albert se humedeció los labios.

—Señora Broadhead, no me siento en absoluto a gusto hablando de especulaciones cuánticas. Me cuesta creer que Dios se dedique a jugar a los dados con el universo.

—¡No te he preguntado qué es lo que crees! Cíñete a las reglas del juego, Albert. Solamente te pido la definición usual de ese término científico.

Él suspiró y cambió de postura.

—Muy bien, señora Broadhead, pero permítame explicarlo en términos sencillos. Hay razones para creer que se está produciendo un desarreglo a gran escala en el movimiento de expansión y contracción del universo. La expansión está siendo invertida. Se está procediendo hacia la contracción, hacia un único punto que, por lo que parece, es el mismo que precedió al Big Bang.

—¿Y qué es eso? —preguntó Essie.

Él arrastró los pies.

—Sinceramente, me estoy poniendo muy nervioso, señora Broadhead.

—Puedes contestarme a lo que te pregunto en términos de lo que es opinión general.

—¿Opinión general, cuándo, señora Broadhead? ¿Lo que es opinión general ahora, o lo que se creía en la época de Hawking y los demás teóricos de la física cuántica? Hay una teoría definitiva respecto del universo en su primer momento, pero es de tipo religioso.

—Albert —dijo Essie en tono de advertencia.

Él sonrió débilmente.

—Quisiera únicamente citar a San Agustín de Hipona. Cuando le preguntaron qué era lo que Dios estaba haciendo antes de crear el universo, respondió diciendo que estaba creando el infierno para aquellos que hacían semejante

pregunta.

—¡Albert!

—¡Oh, está bien, está bien! —dijo irritado—. Sí, dicen que con anterioridad a un momento muy temprano, la teoría de la relatividad no sirve para explicar ciertas leyes físicas del universo y que es necesario efectuar ciertas correcciones cuánticas. Empiezo a cansarme de este examen para escolares, señora Broadhead.

He visto pocas veces a Essie anonadada. « ¡Albert! », le volvió a gritar, pero en un tono del todo distinto. No era amenazador, sino sorprendido y lleno de desconcierto.

—Sí, Albert —prosiguió él con brutalidad—. Así me creó y así soy. Terminemos con esto de una vez, por favor. Tenga la bondad de escuchar. ¡No sé qué es lo que ocurrió antes del Big Bang! Lo único que sé es que hay alguien por ahí que está convencido de que lo sabe y de que puede controlarlo. Y me da mucho miedo, señora Broadhead.

—¿Qué te da mucho miedo? —se quedó boquiabierta—. ¿Y quién te ha programado para que sientas miedo?

—Usted, señora Broadhead. No puedo vivir con ello. Y no pienso discutirlo ni un minuto más.

Y se desvaneció.

No hubo necesidad de que hiciera aquello. Hubiera podido ahorrarnos la escena sin herir nuestros sentidos ni nuestros sentimientos. Hubiera podido simular que salía atravesando la puerta, o desaparecer en un momento en que nadie le mirase. Pero no hizo ninguna de ambas cosas. Simplemente, desapareció. Fue como si se hubiera tratado de un ser humano real, enfadado de tal manera que hubiese puesto fin a una discusión cerrando la puerta tras de sí de un golpe. Estaba demasiado airado como para pensar en las apariencias.

—Se supone que no debería perder los estribos —comentó Essie desesperada.

Pero el caso era que los había perdido; y la impresión que ello nos produjo no fue ni la mitad de grande que la que nos causó el descubrir que ni la pantalla de navegación ni los controles del piloto obedecían nuestras órdenes.

Albert los había bloqueado. Nos estábamos moviendo con una aceleración constante hacia un objetivo que ignorábamos.

ENCUENTRO NO DESEADO

El teléfono sonaba en la nave de Wan. Bueno, no era un teléfono exactamente, y ciertamente, no estaba «sonando»; pero se había encendido la señal que indicaba que alguien estaba enviando un mensaje a la nave a través de la radio MRL.

—¡Cuelga! —gritó Wan indignado, despertándose—. ¡No quiero hablar con nadie! —Y entonces, un tanto más despierto, su expresión no fue sólo de enfado, sino también de sorpresa:

—Pues ha colgado —dijo mirando a la radio MRL, y su mirada recorrió todo el espectro del miedo.

Lo que hace que Wan me resulte menos odioso, eso creo, era esa úlcera de temor que lo devoraba a todas horas. El cielo sabe que era bruto; que era un ladrón; nada le importaba aparte de sí mismo. Pero eso sólo significa que era todavía lo que todos los demás habíamos sido ya, aunque a nosotros nos educaban padres, compañeros de juego, escuelas y policía. Nadie jamás había de civilizar a Wan; así pues, continuaba siendo un niño.

—¡No quiero hablar con nadie! —gritó, y despertó a Klara.

Puedo ver a Klara tal como estaba entonces, puesto que puedo ver ahora muchas cosas que estaban ocultas. Estaba cansada, estaba irritable, y había soportado a Wan más de lo que cualquier ser humano habría podido aguantar.

—Más vale que contestes —le dijo, y Wan la miró como si estuviera loca.

—¿Qué conteste? ¡Te aseguro que no pienso hacerlo! En el mejor de los casos será un burócrata entrometido que querrá quejarse porque no he seguido los procedimientos de rigor...

—Que querrá quejarse porque has robado la nave —le corrigió Klara con suavidad mientras se dirigía a la radio MRL—. ¿Cómo haces para contestar? —le preguntó.

—¡No seas idiota! —le gritó él—. ¡Espera! ¡Quieta! ¿Pero qué haces?

—¿Es esta palanca? —le preguntó ella.

Su grito fue respuesta suficiente. Se precipitó a través de la estrecha cabina, pero ella era más grande y más fuerte. Le desvió. El tintineo de la radio cesó; la

luz dorada se apagó; y Wan, de pronto relajado, se rió a carcajadas:

—¡Ja, ja, qué idiota eres! No hay nadie... —gritó.

Pero se equivocaba. Durante un breve instante se oyó un sonido siseante, acto continuo palabras inteligibles, o bastante inteligibles, al menos. Una voz aguda y extrañamente tensa dijo:

—Nos voy... ahacer... danio...

A Klara le costó un considerable esfuerzo entender el sentido de aquellas palabras, y una vez que las hubo comprendido, no alcanzaron el objetivo que las había guiado. ¿Sonaban a lo que decía? Había algún ser extraño, con un considerable defecto al hablar, que decía: No os voy a hacer daño. ¿Y por qué habría de decir eso? Para tranquilizarle a uno en un momento en el que no hay razón para creer que hay motivos para no estar tranquilo. Lo cual es poco tranquilizador.

Wan frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —chilló—. ¿Quién hay ahí? ¿Qué es lo que quiere? —siguió gritando con voz aguda mientras empezaba a sudar.

No hubo respuesta. Y la razón de que no hubiera respuesta era que el Capitán había agotado su vocabulario y estaba ensayando su próxima frase; no obstante, para Wan y Klara, el silencio fue más significativo que las palabras.

—¡La pantalla! —exclamó Wan—. ¡Mujer estúpida, conecta la pantalla! ¡Averigua qué es!

A Klara le llevó algún tiempo hacerse con los controles; el uso de la pantalla de navegación Heechee era un conocimiento que había empezado a adquirir durante aquel viaje, ya que nadie de su tiempo había sabido cómo manejarla. Se aclaró para mostrar una nave de gran tamaño. Era la más grande que había visto Klara, mayor aún que las Cinco que se utilizaban en Pórtico en su época.

—¿Qué... qué... qué —gimoteó Wan, y sólo en el cuarto intento consiguió acabar la frase—... qué es eso?

Klara, ni trató de contestar. No lo sabía. Pero le daba miedo. Temía que se tratara de lo que todo prospectador de Pórtico temía y esperaba a la vez, y cuando el Capitán acabó de ensayar su nueva frase y la pronunció, no le cupieron dudas:

—Voy... asubir... a bordo.

¡Iba a subir a bordo! Klara sabía que no era imposible que una nave abordara a otra en movimiento; se había hecho. Pero ningún piloto humano poseía tanta práctica.

—¡No le dejes subir! —chilló Wan—. ¡Corre, escóndete! ¡Haz algo! —Miró a Klara muerto de miedo, y entonces, arremetió contra los controles.

—¡No hagas locuras! —gritó ella al tiempo que intentaba cortarle el camino.

Klara era una mujer fuerte, pero en aquel momento fue más de lo que pudieron sus fuerzas. El miedo le había dado ánimos a Wan. La echó a un lado y ella salió dando tumbos, en tanto que Wan, llorando, se abalanzaba sobre los

controles.

Aun en medio del terror de aquel encuentro inesperado, Klara experimentó un terror todavía más profundo. Todo lo que le habían enseñado a propósito de las naves Heechees insistía en que jamás, jamás debía intentar variarse el rumbo una vez establecido. La adquisición de nuevos conocimientos había hecho posible que pudiera hacerse, y ella lo sabía; pero también sabía que no debía hacerse a la ligera, sino solamente después de haberlo calculado y planeado cuidadosamente, y Wan no estaba en condiciones de hacer bien ninguna de ambas cosas.

Y aun así no cambió nada. La enorme nave en forma de escualo seguía acercándose.

Muy a su pesar, Klara contempló con admiración cómo el piloto de la otra nave igualaba el cambio de curso y el incremento de velocidad sin dificultad. Era un proceso técnicamente fascinante. Wan se quedó helado en los controles, mirándolo, con la boca abierta y cayéndole la baba. Entonces, al aumentar de tamaño la otra nave y desaparecer de la vista de los scanners, y al oírse un chirriante gemido que procedía de la escotilla del módulo, gritó de puro miedo y salió corriendo en dirección al lavabo. Klara se encontró sola en el momento en que la escotilla del módulo se abrió; y fue así como Gelle-Klara Moylnin fue el primer ser humano que estuvo en presencia de un Heechee.

Emergió de la escotilla, se quedó de pie y enfrentó su mirada. Era más bajo que ella. Apestaba a amoníaco. Sus ojos eran redondos —y a que éste es el mejor diseño para un órgano que ha de rotar en todas direcciones— pero no eran ojos humanos. No había un círculo de color concéntrico en torno a una pupila central. No había pupila, sino únicamente una mancha oscura en forma de cruz en el centro de un mármol rosado que la miraba. Su pelvis era ancha. Colgando por debajo de la pelvis, entre lo que habrían sido sus muslos si sus piernas se hubieran articulado de manera similar a la humana, había una cápsula de brillante metal azul. A lo que más se parecía un Heechee era a un bebé con los pañales sucios.

La idea atravesó el terror de Klara y lo alivió, un poco, muy brevemente, pero no lo suficiente. Al moverse la criatura hacia delante, Klara se echó atrás.

Al moverse Klara, el Heechee se movió a su vez. Empezó a hacerlo cuando se abrió de nuevo la escotilla y emergió de ésta una nueva criatura. Por la tensión y la vacilación de sus movimientos, Klara intuyó que estaba tan atemorizado como ella misma, por lo que dijo, no con la esperanza de que la entendiera, sino porque le resultaba imposible seguir sin decir nada:

—Hola.

La criatura la estudió. Una lengua bífida de color negro humedeció las arrugas de su rostro. Produjo un sonido extraño, ronroneante, como si estuviera pensando. Entonces, en algo que se parecía a un inglés inteligible, dijo:

—Soy Hitchi. No...te...voy ahacer...danio.

Observó con fascinación y repugnancia a Klara; murmuró apresuradamente

algo al otro ser, quien empezó a registrar la nave. No les costó gran trabajo encontrar a Wan, ni les costó demasiado conducir a ambos, a Klara y a Wan, a través de la escotilla y a través de los módulos ensamblados, al interior de la nave Heechee. Klara oyó el chasquido de las escotillas al cerrarse, y un instante después, notó la sacudida que significaba que la nave de Wan había sido lanzada al espacio.

Se encontraba prisionera de los Heechees, en una auténtica nave Heechee.

No le hicieron ningún daño. Si tenían intención de hacérselo, por lo menos no tenían ninguna prisa. Eran cinco, y estaban todos muy atareados.

Klara no podía saber qué era lo que les mantenía tan atareados, y aparentemente, el único que poseía aquel vocabulario inglés tan reducido, estaba demasiado ocupado como para tomarse la trabajosa molestia de explicárselo. Lo que de verdad querían ellos de Klara en aquel momento, era que no estorbara. No tuvieron ningún problema a la hora de hacérselo entender. La tomaron con pocos miramientos del brazo, con una garra dolorosa, y la arrastraron al lugar donde querían que se quedara.

Wan no dio trabajo alguno. Se quedó tumbado hecho un ovillo en un rincón, con los ojos fuertemente cerrados. Cuando descubrió que Klara estaba a su lado, la miró con un solo ojo y le dio un golpe en la espinilla para llamar su atención, y le susurró:

—¿Tú crees que lo decían de verdad, eso de que no querían hacernos daño?

Ella se encogió de hombros. Él sollozó casi imperceptiblemente, y acto seguido volvió a su posición fetal. Klara observó con asco como un hilillo de saliva se le escapaba de la boca. Estaba casi catatónico.

Si alguien iba a echarle una mano, desde luego no iba a ser Wan. Tendría que enfrentarse a los Heechees sola... fuera lo que fuese lo que tenían intención de hacer con ellos.

Pero lo que estaba teniendo lugar era fascinante. ¡Tantas cosas le resultaban nuevas a Klara! Había pasado las décadas de vertiginoso incremento del saber acerca del fenómeno Heechee dando vueltas alrededor del núcleo del agujero negro casi a la velocidad de la luz. Su conocimiento de las naves Heechees se limitaba a los modelos antiguos que ella, y o y los demás prospectores de Pórtico habíamos manejado.

Pero esto era distinto. Era mucho mayor que una Cinco. Por lo que hacía al equipamiento, eclipsaba incluso a la nave de Wan. No tenía un único panel de control: tenía tres; claro está que Klara ignoraba que los otros dos estaban destinados a otras funciones que las del mero pilotaje de la nave. Esos dos poseían instrumentos que ella no había visto antes. No era únicamente que tuviera un volumen ocho o diez veces superior al de una Cinco, sino que, comparativamente, la instrumentación ocupaba menos espacio. ¡Podía uno moverse con bastante libertad! Incluía los artilugios acostumbrados: el aparato

con forma de gusano que se iluminaba mientras se viajaba a MRL, los asientos en forma de V, y todo lo demás. Pero tenía también cajas de metal brillante que zumbaban, parpadeaban y se iluminaban, y otro aparato en forma de gusano — se lo dijo Wan aterrorizado— que servía para penetrar en los agujeros negros.

Y, por encima de todo, la nave llevaba Heechees.

¡Heechees! ¡Los casi míticos, sorprendentes, semidivinos Heechees! Jamás un ser humano había visto uno, ni siquiera una fotografía. Y allí estaba Gelle-Klara Moynlin, con no menos de cinco a su alrededor, todos refunfuñando, bisbiseando y desprendiendo un olor bastante extraño.

También su aspecto era extraño. Eran de talla más pequeña que la humana, y sus caderas desmesuradamente anchas les hacían caminar como a esqueletos. Su piel era suave como el plástico y casi toda ella oscura, aunque presentaba manchas y dibujos de color dorado y escarlata que parecían las pinturas de guerra de un indio. Su fisonomía no era meramente magra. Era famélica. Apenas si había carne en aquellos dedos y miembros ágiles y fuertes. A pesar de que sus rostros parecían esculpidos en plástico brillante, eran lo suficientemente elásticos como para mostrar expresiones faciales... por más que Klara no pudiera estar segura de lo que aquellas expresiones significaran.

Y balanceándose entre las piernas de todos ellos, lo mismo machos que hembras, colgaba un gran cono.

En un principio, Klara pensó que formaba parte de sus cuerpos, pero cuando uno de ellos se retiró a lo que a todas luces parecía un lavabo, el cono le molestó y se lo quitó. ¿Era una especie de mochila? ¿De libro de bolsillo? ¿Una bolsa colgante en la que llevar lápices, papel y una fiambrera para el almuerzo? Fuera lo que fuera, podían quitárselo a voluntad, y cuando lo llevaban puesto, explicaba uno de los grandes misterios de la anatomía Heechee, a saber: cómo hacían para sentarse en aquellos incómodísimos asientos en forma de V. Eran los conos colgantes los que llenaban el hueco en forma de V. El Heechee propiamente dicho se encaramaba cómodamente sobre éste. Klara sacudió la cabeza con incredulidad... con tantos chistes y lucubraciones como se habían hecho al respecto en Pórtico, y que a nadie se le hubiese ocurrido aquello.

Durante décadas, los «Molinetes de Oración Heechees» constituyeron un misterio. No sabíamos que eran de hecho el equivalente a libros y bancos de memoria, dado que las mejores mentes del momento (incluida la mía) no encontraban el modo de leerlos, ni tan siquiera la menor indicación que permitiera conjeturar que contenían algo para ser leído. La razón estriba

en que, aunque su desciframiento era bastante sencillo, sólo podía tener lugar en presencia de un fondo de microondas determinado.

Los Heechees no tenían ese problema, ya que sus conos emitían constantemente la radiación precisa de microondas, puesto que estaban en constante contacto con los bancos de datos que contenían las memorias de sus antepasados, que estaban en sus conos. Es excusable que a los seres humanos no se les ocurriera que los Heechees llevaran datos entre sus piernas, ya que su fisiología no lo permite. (Que sea excusable en mi caso, más discutible).

Sintió el caliente aliento de Wan contra su nuca.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó.

Casi se había olvidado de que estaba allí. Casi había olvidado estar atemorizada, tan fascinante era lo que estaba viendo. No era prudente. ¿Quién podía estar seguro de lo que iban a hacer aquellos monstruos con sus prisioneros humanos?

Por lo demás, ¿quién podía saber qué era lo que estaban haciendo en aquel momento? Estaban todos gorjeando y murmurando con nerviosismo, los cuatro de mayor tamaño apiñados en torno al —no, definitivamente a la— de menor volumen, que llevaba marcas azules y amarillas en sus extremidades superiores. Ninguno de los cinco prestaba la menor atención a los prisioneros humanos. Estaban concentrados frente a uno de los paneles, que mostraba una carta astral que a Klara le resultó vagamente familiar. Un grupo de estrellas con alrededor una nube de marcas de atención. ¿No había mostrado esa misma carta la pantalla de la nave de Wan?

—Tengo hambre —masculló Wan junto a su oído.

¡Hambre! Klara se alejó decididamente de él, con tanta perplejidad como repugnancia. ¡Hambre! Ella estaba mareada, con el estómago revuelto por culpa del miedo y la preocupación y también, se dio cuenta, por culpa de un olor peculiar, entre amoníaco y madera podrida que parecía proceder de los propios Heechees. Además, necesitaba ir al lavabo... ¡Y a este otro monstruo sólo se le ocurría decir que tenía hambre!

—Por favor, cállate —le dijo Klara medio volviendo el rostro, provocando así la fácil ira de Wan.

—¿Cómo? ¿Que me calle? —le preguntó—. ¡No, más bien cállate tú, estúpida mujer! —Estuvo a punto de eruirse, pero no fue más allá de estar en cuclillas, volviendo rápidamente a tenderse sobre el suelo, porque uno de los Heechees se

volvió a mirarlos y se dirigió hacia ellos.

Se plantó delante suyo durante un instante, mientras ensayaba lo que tenía que decirles con su boca grande de labios finos.

—Sed buenos —dijo claramente, y movió un brazo delgado hacia la pantalla.

Klara ahogó nerviosamente la risa que pugnaba por escapársele de la garganta. ¡Que fueran buenos! ¿Con quién? ¿Por qué?

—Sed buenos —repitió—, porque...esosson...losAsesinos.

Allí estaba mi Klara, mi único y verdadero amor. En cuestión de semanas había padecido el terror del agujero negro, el shock de haber perdido décadas de su vida, las miserias de Wan, el insoportable trauma de ser capturada por los Heechees. Y mientras tanto...

Y mientras tanto, yo tenía mis propios problemas. Aún no había sido ampliado y no sabía dónde estaba ella; no oí la advertencia de guardarse de los Asesinos; ni siquiera sabía entonces que existieran los Asesinos. No podía acudir a su lado para confortarla, no sólo porque no lo supiera, sino porque yo mismo estaba lleno de temores. Y el peor de todos ellos no tenía nada que ver con Klara o con los Heechees; ni siquiera con mi aberrante programa Albert Einstein; eran mis visceras.

ABANDONADOS POR ALBERT

Nada funcionaba. Lo probamos todo. Essie sacó el rollo que contenía a Albert de su receptáculo, pero había bloqueado los controles de tal modo que aun sin él no podíamos cambiar nada. Essie preparó otro programa para el pilotaje y trató de insertarlo; seguía el bloqueo. Llamamos a Albert, le reñimos y le rogamos que apareciese. Todo en vano.

Durante días que parecieron semanas seguimos viajando, guiados por las invisibles manos de mi inoperante sistema de actualización de datos, Albert Einstein. Y mientras tanto, el loco de Wan y la dama de mis sueños estaban en la nave de los Heeches y a nuestras espaldas el mundo rebullía y bramaba en medio de una violencia demasiado grande y a para ser aliviada. Pero no era todo esto lo que ocupaba nuestras mentes. Nuestras preocupaciones eran más inmediatas. Comida, agua, aire. Habíamos aprovisionado a la *Único Amor* para un largo viaje, mucho más largo que aquél.

Pero no para cinco personas.

No estábamos cruzados de brazos. Hacíamos todo lo que se nos ocurría que podía intentarse. Walthers y Yee-xing arreglaron por su cuenta varios programas de pilotaje, los probaron, y no consiguieron atravesar el bloqueo de Albert. Essie hacía más que cualquiera de nosotros, ya que Albert era su creación y no quería aceptar la derrota. Comprobó y volvió a comprobar; redactó pruebas para los programas y vio como le eran devueltos en blanco; casi no dormía. Rehizo todo el programa de Albert y lo introdujo en un rollo sobrante, con la esperanza de que el fallo fuera mecánico. Pero si así era, ese mismo fallo se había producido de nuevo. Dolly Walthers, sin una sola queja, nos daba de comer, procuraba no estorbar en los momentos que creíamos haber dado con algo (a pesar de que no dábamos con nada) y escuchaba nuestras ideas en los momentos en que nos sentíamos confundidos (cosa que sucedía a menudo). Y a mí me tocó el trabajo más pesado de todos. Albert era mi programa, me explicó Essie, de manera que, de querer escuchar a alguien, sería a mí. Así, pues, me senté y hable con él. Le hable a las paredes, en realidad, porque no tuve el menor indicio de que me escuchara mientras razonaba con él, hablaba con él, le llamaba, le gritaba y le

pedía disculpas.

Él no contestó, no dijo ni media sílaba.

Al hacer una pausa para comer, Essie se puso detrás de mí, de pie, y me masajeó los hombros. Le agradecí el detalle, si bien lo que de verdad me dolía era la garganta.

—Por lo menos —dijo vacilante, dirigiéndose más al aire que a mí—, debe de saber lo que está haciendo, digo yo. Será consciente de que las provisiones son limitadas. Tiene que prever el retorno a la civilización por causa nuestra, porque Albert no puede dejarnos morir...

La frase era una afirmación. Pero su tono no era afirmativo.

—Estoy seguro de ello —le dije yo, pero no me volví para que no viera mi rostro.

—Yo también —dijo con una voz triste, mientras yo apartaba mi plato; y Dolly, por cambiar de tema, me preguntó en tono maternal:

—¿Es que no te gusta cómo cocino?

Los dedos de Essie dejaron de masajearme los hombros y se clavaron en ellos.

—¡Robbie! ¡No comes nada!

Y se me quedaron mirando todos. A mí me divirtió aquello. Allí estábamos, en mitad de ningún sitio, sin saber cómo volver a casa, y los cuatro me miraban porque no comía. Había sido Essie, cómo no, parlotando en las primeras etapas del viaje, antes de que Albert enmudeciera. Ahora se daban cuenta los demás de que quizá no me encontrase bien.

Y de hecho no lo estaba. Me fatigaba con rapidez. Me hormigueaban los brazos, como si se me hubieran quedado dormidos. No tenía apetito; apenas había probado bocado en los últimos días, y si había burlado su atención era porque picábamos apresuradamente cuando teníamos un momento.

—Ayuda a economizar las provisiones —sonreí, pero nadie me devolvió la sonrisa.

—No digas estupideces —susurró Essie, y sus dedos abandonaron mis hombros para palparme la frente, en busca de señales de fiebre. Pero no iba a encontrarlas, porque había estado tragando aspirinas últimamente. Asumí una expresión de paciencia.

—Estoy bien, Essie —le dije. No era exactamente una mentira; tal vez estuviera formulando un deseo, pero es que tampoco tenía la certeza de estar mal —. Supongo que hubiera debido hacerme un chequeo, pero con Albert fuera de servicio...

—¿Para un chequeo? ¿Albert? ¿Y quién le necesita? —Retorcí el cuello, sorprendido para mirar a Essie—. Para el chequeo se necesita solamente el programa médico auxiliar.

—¿Auxiliar?

Ella dio un taconazo en el suelo.

—Programa médico, programa legal, programa secretarial... están todos asumidos por Albert, pero se puede acceder a ellos por separado. ¡Haz el favor de llamar al programa médico!

Me la quedé mirando boquiabierto. Durante unos instantes no pude hablar, mientras mi pensamiento volaba.

—¡Haz lo que te digo! —chillé, y yo por fin di con mi voz.

—¡El programa médico, no! —grité—. ¡Hay alguien mejor para esto! —Me volví y bramé a voz en cuello:

—¡Sigfrid von Shrink! ¡Te necesito desesperadamente!

Durante el año que duró mi psicoanálisis, hubo un tiempo en que esperar a que Sigfrid apareciera era un auténtico suplicio. A veces la espera era real, ya que por aquel entonces, Sigfrid no era más que un amasijo de circuitos Heechees y software humano, y el software no era de mi querida Essie. Essie era muy buena en su campo. Los milisegundos de respuesta se convirtieron en nano-, pico-, etc, hasta que Albert fue capaz de responder con tanta rapidez como un ser humano... ¡Bueno, no, más deprisa que un ser humano!

De manera que cuando Sigfrid no apareció, sentí lo mismo que cuando uno enciende el interruptor de la luz y todo continúa a oscuras porque el cable está quemado. Uno no pierde el tiempo dándole al interruptor en un sentido y en otro. Sabes que no se encenderá.

—No pierdas el tiempo —dijo Essie por encima de mi cabeza. Si las voces pueden ser pálidas, la suya lo era.

Me volví y le sonreí sin demasiada confianza.

—Me temo que las cosas están peor de lo que creíamos —dije, y vi que su rostro estaba pálido. Puse mi mano sobre la suya. Comenté como al acaso, para no tener que seguir prestándole atención a lo delicado de nuestra situación—: Recuerdo que cuando me psicoanalizaba con Sigfrid, esperar a que apareciera era la peor parte. Solía ponerme de mal humor y...

Sí, la verdad era que estaba divagando, y hubiera podido seguir haciéndolo durante varias horas más si no hubiera visto en los ojos de Essie que era mejor abstenerse.

Me volví y oí su voz al tiempo.

—Siento que las cosas te resultaran tan difíciles, Robin —dijo Sigfrid von Shrink

Incluso teniendo en cuenta que se trataba de una proyección holográfica, el aspecto que ofrecía era de lo más pobre. Estaba incómodamente sentado en el aire con las manos entrelazadas sobre su regazo. El programa no se había tomado la molestia de rodearse de mobiliario; ni una silla. Nada. Tan sólo Sigfrid, con un

aspecto, por lo que yo recuerdo de él, de lo más intranquilo. Echó un vistazo a su alrededor, mirándonos a los cinco —que le mirábamos a él— y dejó escapar un suspiro antes de volver a dirigirse a mí:

—Bueno, Robin, ¿te importa decirme qué es lo que te preocupa?

Pude oír cómo Audee Walthers tomaba aliento para contestarle, y a Janie chasquear la lengua para detenerle, porque Essie movió la cabeza en sentido negativo. No miré a ninguno de ellos. Dije:

—Sigfrid, viejo mago de hojalata, tengo un problema que es de tu exclusiva competencia.

Él me observó por debajo de sus cejas.

—¿Sí, Robin?

—Es un caso de evasión.

—¿Grave?

—Incapacitante —le dije.

Asintió como si hubiera dicho lo que él esperaba.

—Prefiero que no utilices terminología técnica, Robin —suspiró, pero sus dedos se entrelazaban y desentrelazaban en su regazo—. Y dime, ¿es por ti por quien pides ayuda?

—No, la verdad —admití. Toda la maniobra estuvo a punto de irse al traste en aquel momento. Creo que casi se fue al traste. Guardó silencio durante unos instantes, pero no dejaba de estar inquieto; sus dedos seguían serpenteando unos alrededor de los otros, y se produjo un resplandor azulado alrededor de su silueta cuando movió su cuerpo. Le dije—: Se trata de un amigo mío, Sigfrid, tal vez mi mejor amigo, y lo está pasando francamente mal.

—Ya veo —me contestó como si así fuera, y yo quise creer que sí—. Supongo que sabes —mencionó de pasada— que no puedo ayudar a tu amigo si no está presente.

—Está presente, Sigfrid —le dije con suavidad.

—Sí, por lo menos, creo que lo estaba. —Los dedos descansaban ahora quietos, y se reclinó como si hubiera a su espalda un asiento contra el que reclinarse—. ¿Y por qué no me cuentas, Robin? Y esta vez... —me dijo, con una sonrisa que es la más reconfortante que recuerdo haber visto—, esta vez puedes utilizar términos científicos si lo deseas, Robin.

Detrás de mí oí a Essie exhalar débilmente, y entonces me di cuenta de que ambos habíamos estado conteniendo el aliento. Alargué mi mano hacia atrás en busca de la suya.

—Sigfrid —empecé con esperanza—, según tengo entendido, el término « amnesia » designa un escape de la realidad. Si una persona se encuentra en una situación de frustración recíproca; perdón, quiero decir que si una persona se encuentra en una situación en que cada uno de sus instintos más poderosos entra en conflicto con los demás, de manera que tal conflicto le resulta insostenible...

le vuelve la espalda. Huye. Simula que no existe. Sé que estoy mezclando las teorías de varias escuelas de psicoanálisis, ¿pero he captado la idea?

—Sí, bastante bien, Robin. Por lo menos puedo entender lo que intentas decirme.

—Un ejemplo podría ser... —vacilé— tal vez alguien profundamente enamorado de su esposa que descubre que ésta le ha engañado con su mejor amigo. —Sentí la mano de Essie apretarse contra la mía. No porque hubiera herido sus sentimientos, sino porque me animaba a seguir.

—Estás confundiendo impulsos y emociones, Robin, aunque da lo mismo. ¿Adonde nos lleva todo esto?

No dejé que me metiera prisas.

—Otro ejemplo —proseguí—, podría ser de tipo religioso. Alguien con una fe a toda prueba que descubre que Dios no existe. ¿Me sigues, Sigfrid? Se trata de un dogma de fe para él, pero descubre que hay muchas personas inteligentes que no piensan como él... y poco a poco, encuentra más y más razones que sustentan la teoría de los demás hasta que se le hace insoportable...

Él asintió cortésmente, pero sus dedos habían empezado de nuevo a dar vueltas.

—De modo que, finalmente, acepta creer en la mecánica cuántica —dije.

Ésa fue la segunda vez que creí que todo había terminado. Creo que faltó muy poco. El holograma parpadeó de mala manera un momento, y la expresión de la cara de Sigfrid cambió. No puedo decir en qué sentido lo hizo. No era nada que pudiera detectar; era como si después de haber vacilado, la imagen se hubiese desdibujado.

Pero cuando volvió a hablar, su voz era firme.

Al hablar de impulsos y amnesias, Robin —me dijo—, estás hablando de seres humanos. Suponte que el paciente en el que estás interesado no es humano. —Vacilé y añadió a continuación—: No del todo.

Yo dejé escapar un sonido de corroboración, aunque no sabía cómo continuar a partir de aquel punto.

—O sea, supongamos que esas emociones y esos impulsos se los han, eh, programado, pongamos por caso, pero únicamente de la misma manera que un ser humano está programado para hacer ciertas cosas, como hablar un idioma, una vez que ha alcanzado la madurez. El conocimiento lo posee, pero lo ha asimilado mal. Queda el acento. —Se detuvo. Luego, añadió—: No somos humanos.

La mano de Essie apretó la mía. Una advertencia.

—Albert está programado con una personalidad humana —le dije.

—Sí, en la medida en que ello es posible. Casi lo es —admitió Sigfrid, pero su

mirada era seria—. Albert sigue sin ser humano, porque ningún programa computerizado lo es. Te mencionaré simplemente el hecho de que ninguno de nosotros puede experimentar, por ejemplo, el TTP. Cuando la humanidad entera se vuelve loca por culpa de la locura de alguien, nosotros no experimentamos nada.

Estábamos pisando un terreno muy delicado en aquellos momentos. Una corteza de hielo sobre aguas pantanosas, y si pisaba con demasiada fuerza, ¿a dónde iba a caer? Essie sujetaba mi mano con fuerza; los demás apenas se atrevían a respirar. Dije:

—Sigfrid, también los seres humanos son diferentes entre sí. Pero tú solías decirme que eso no importaba gran cosa. Solías decirme que los problemas de la cabeza están en la cabeza, y que la solución a esos problemas está también en la cabeza. Lo que tú hacías era ayudar a tus pacientes a llevar esos problemas a la superficie, donde podían enfrentarse a ellos, en lugar de dejarlos escondidos, porque ahí podían causar obsesiones y neurosis y... y amnesias.

—Es cierto que te lo he dicho, Robin.

—Le dabas unos golpecitos a la vieja maquinaria para desincrustarla, ¿no es eso, eh, Sigfrid?

—Sí, supongo que sí. —Sonrió débilmente, pero sonrió a fin de cuentas.

—Muy bien. Pues ahora deja que pruebe una teoría contigo. Digamos que este amigo... —no me atreví a decir su nombre todavía—, que este amigo mío sufre un conflicto que no sabe cómo resolver. Es muy inteligente y está muy, muy bien informado. Tiene acceso a los mejores y más modernos conocimientos científicos, en particular... Bueno, de todas clases, en particular física, astrofísica y astronomía y todo eso. Dado que la mecánica cuántica está en la base de todo ello, él la acepta como válida. De hecho, no podría realizar las tareas que le han sido programadas sin aceptarla. Es una condición básica de su, eh, programación. —En este punto, casi se me escapó «personalidad».

Su sonrisa era más de dolor que de regocijo, pero seguía escuchándome.

—Pero al mismo tiempo, Sigfrid, tiene otra condicionante inserta en su programación. Ha sido programado para pensar y comportarse, bueno, de hecho para ser, si ello es posible, como una persona muy inteligente y sabia que vivió hace un montón de tiempo y que, da la casualidad, pensaba sinceramente que la mecánica cuántica era un error. No sé si esto bastaría para crearle un conflicto a un ser humano, pero puede causarle muchos problemas a un, eh, programa computerizado.

La frente de Sigfrid, en aquel punto, estaba perlada de gotitas de sudor. Asintió en silencio, y en aquel instante un recuerdo acudió a mi mente: el modo en que Sigfrid me miraba, ¿no era idéntico al mío cuando él me psicoanalizaba, hace ahora tantísimo tiempo?

—¿Es posible? —le pregunté.

—Sí, es una dicotomía muy seria —susurró.

Y ahí me quedé atascado.

El hielo se había roto y yo estaba con el agua hasta las rodillas. No me hundía todavía, pero estaba allí atascado; no sabía cómo seguir adelante.

Mi concentración se rompió. Miré a mi alrededor en busca de ayuda, con la sensación de estar muy viejo y muy cansado... y también muy mal. Había estado tan envuelto en el problema técnico de psicoanalizar a mi psicoanalista, que me había olvidado del dolor de mis vísceras y del adormecimiento de mis brazos; pero en aquel momento los sentí otra vez. La cosa no funcionaba. No sabía lo suficiente. Estaba seguro de haber dejado al descubierto el problema que había producido el conflicto de Albert... ¡Y no había conseguido ningún resultado!

No sé cuánto tiempo hubiera seguido sentado como un tonto si no llegan a echarme una mano. Dos personas a la vez.

—Sigue —me susurró Essie con urgencia al oído, y al mismo tiempo Janie Yee-xing, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Pero no tendría que haber habido un incidente desencadenante?

La cara de Sigfrid empalideció. Le había dado de lleno. Un buen golpe.

—¿Cuál ha sido ese incidente, Sigfrid? —le pregunté. No hubo respuesta—. Venga, Sigfrid, mi vieja computadora psicoanalista, escúpelo. ¿Qué fue lo que causó el conflicto de Albert?

Me miraba directamente a los ojos, y sin embargo me resultaba imposible descifrar su expresión, porque su rostro se había desdibujado. Era como cuando hay una imagen en la pantalla y por dentro los circuitos empiezan a quemarse con lo que la imagen empieza a desvanecerse.

¿A desvanecerse o a huir?

—¡Sigfrid! —grité—. ¡Por favor! ¡Dinos qué es lo que hizo huir a Albert! ¡Y si no puedes, al menos haz que vuelva para que nos lo explique él mismo!

Las interferencias aumentaron. Ya ni siquiera estaba seguro de que me estuviese mirando.

—¡Dinoslo! —le ordené, y desde la nube borrosa de la proyección holográfica me llegó una respuesta:

—El kugelblitz.

—¿El qué? ¿Qué es un kugelblitz? —Miré a mi alrededor con frustración—. Maldita sea, que venga él y que nos lo explique en persona.

—Aquí está —me susurró Essie al oído.

La imagen volvió a hacerse nítida, pero no se trataba ya de Sigfrid. El elegante rostro de Freud se había suavizado y ampliado hasta convertirse en el rostro afable y bonachón de director de orquesta alemán, y el cabello blanco coronaba los ojos del mejor de mis amigos.

—Aquí estoy, Robin —dijo Albert Einstein avergonzado—. Te agradezco tu

ayuda. Pero no estoy seguro de que vaya a devolverme las gracias.

En eso, Albert llevaba razón. No se las devolví.

Al mismo tiempo, se equivocaba al respecto, o tenía razón, pero por dos distintos motivos, ya que la razón por la que no le devolví las gracias no fue únicamente porque lo que dijo a continuación fuera tan espantoso, tan atterradoramente incomprensible, sino porque, además, cuando terminó no me hallaba en condiciones de hacerlo.

Mi situación no era mucho mejor cuando empezó, porque el bajón que sufrí al reaparecer él no me dejó ya recuperarme. Me había quedado seco. Exhausto. Me dije a mí mismo que era perfectamente comprensible que estuviese exhausto, porque sabe Dios que toda aquella tensión había sido de lo peor con lo que había tenido que enfrentarse, pero me sentía peor que simplemente exhausto. Me sentía acabado. No era sólo mi estómago, mis brazos o mi cabeza; era como si me estuviera quedando sin baterías, y me fue necesario hacer acopio de toda la concentración que fui capaz de reunir para prestar atención a lo que decía.

—Ni había huido ni sufría evasión ni bloqueos, como tú has dicho —dijo, dándole vueltas a la pipa apagada entre sus dedos. No se molestaba en aparentar buen humor. Llevaba una camiseta y pantalones cortos, pero calzaba zapatos con los cordones atados—. Es cierto que la dicotomía existía, y que me hacía vulnerable... espero que se dé cuenta, señora Broadhead, una falla en mi programación; estaba desorientado. Aunque, como usted me hizo homeostático, había otra urgencia; reparar la disfunción.

Essie asintió dolida.

—Homeostasis, de acuerdo, pero para autorrepararte era necesario un autoanálisis, Albert. ¡Hubieras debido consultarme!

—Opino que no, señora Broadhead —dijo—. Con todos mis respetos, la disfunción estaba en áreas en las que yo estoy mejor equipado que usted.

—¡Cosmología, ya!

Me esforcé por hablar; no me resultaba fácil, porque el letargo era considerable.

—Albert, ¿te importaría limitarte a decir qué es lo que hiciste?

—Lo que hice es fácil, Robin —dijo lentamente—, traté de resolver esos problemas. Sé que resultan más importantes para mí de lo que resultan para vosotros; vosotros podéis vivir felices sin plantearos problemas cosmológicos, pero yo no. Dedicué más y más de mis capacidades a estudiar. Como tal vez ignoráis, introduje gran cantidad de molinetes de oración Heechees en los bancos de datos de la nave, algunos de los cuales no habían sido analizados totalmente con anterioridad. Era una tarea muy difícil, y al mismo tiempo me dedicaba a hacer observaciones por mi cuenta.

—¡Limitate a lo que hiciste! —le rogué.

—Pero es que esto es lo que hice. En los molinetes Heechees encontré muchas referencias a lo que llamamos pérdida de masa. Lo recuerdas, ¿no? Es esa cantidad de masa que tendría que tener el universo para explicar ciertos comportamientos gravitacionales que manifiesta, pero que ningún astrónomo ha sido capaz de hallar...

—¡Lo recuerdo!

—Sí. Bueno, pues tal vez yo haya dado con ella. —Se arrellanó en su sillón—. No obstante, con ello no resolví mi problema. Más bien lo empeoré. Si no habéis sido capaces de resolverlo gracias al ingenioso truquito de convocar a mi programa psicoanalítico auxiliar, tal vez siga aún desvariando.

—¿Que has encontrado qué? —grité. El flujo de adrenalina casi consiguió, pero no, hacerme olvidar el dolor con el que mi organismo trataba de avisarme sobre mi estado.

Movió su mano en dirección a la pantalla, y vi que había algo.

Lo que vi en aquella primera ojeada no tenía sentido. Y cuando le eché una segunda mirada, más atenta, lo que me dejó helado y boquiabierto no fue lo que de veras importaba.

La pantalla prácticamente no mostraba nada. En uno de los ángulos se veía un remolino de luz, una Galaxia, claro está; pensé que parecía la M-31 de Andrómeda, más que cualquier otra, aunque no soy un experto en Galaxias. Sobre todo cuando las veo sin las salpicaduras de las estrellas, y no había ninguna salpicadura allí.

Había algo que se parecía a estrellas. Aquí y allí, pequeños puntos de luz. Pero no eran estrellas, porque se encendían y apagaban como las bombillas de un árbol de navidad. Imagínense a unas dos docenas de luciérnagas en una noche fría, de manera que apenas dejan ver su reclamo, y a demasiada distancia para verlas con claridad. Ese era el aspecto que ofrecía aquello. Lo más sospechoso del conjunto, y aun así, no era demasiado conspicuo, era algo que se parecía al enorme agujero negro no rotante en cuyo interior yo había perdido a Klara, pero no era ni tan grande ni tan amenazador. Todo aquello era muy raro, pero no fue eso lo que me dejó sin habla. Oí lo que los demás decían.

—Es... ¡es una nave! —dijo Dolly con nerviosismo. Y eso es lo que era.

Así lo dijo Albert. Se volvió, con expresión grave.

—Es una nave, sí, señora Walthers —dijo—. De hecho, se trata de la nave Heechee que habíamos visto, estoy casi seguro. Me he estado preguntando si sería posible establecer comunicación con ella.

—¡Comunicación! ¡Con los Heechees! ¡Albert! —le grité—, ya sé que estás loco, pero, ¿te das cuenta de lo peligroso que es eso?

—Si hablamos de miedo, te diré que me preocupa mucho más el kugelblitz —dijo sombríamente.

—¿El kugelblitz? —perdí los estribos completamente—. Albert, pedazo de imbécil, ni sé lo que es eso ni me importa un pimiento. Lo único que me importa es que has sido tan mal nacido que has estado a punto de matarnos y...

Me callé, porque Essie me tapó la boca con la mano.

—¡Cállate, Robin! ¿Es que quieres que desaparezca otra vez? —Añadió con más calma—: Bueno, Albert, explícanos por favor qué es un kugelblitz. Se parece a un agujero negro, ¿no?

Él se pasó una mano por la frente.

—El objeto central, quiere decir. Sí, bien, es un tipo de agujero negro. Pero no hay un agujero negro ahí; hay muchos. No he podido contar cuántos, ya que no es posible detectarlos a menos que haya una absorción de materia que les obligue a producir radiación, y no es que haya demasiada materia aquí entre Galaxias...

—¿Entre Galaxias?! —gritó Walthers, pero se calló al recibir la mirada de Essie.

—Por favor, Albert, continúa —le animó.

—No sé cuántos agujeros negros están presentes. Más de diez. Probablemente, más de diez al cuadrado, en total. —Me miró como pidiéndome disculpas—. Robin, ¿te das cuenta de lo extraño que es eso? ¿Cómo puede uno explicarlo?

Le había explicado a Robin miles de veces lo que era un kugelblitz: un agujero negro causado por la condensación de una enorme cantidad de energía en lugar de materia. Pero como nadie había visto jamás ninguno, me prestó atención. También le había hablado del estado general del espacio intergaláctico: mínimas cantidades de materia o energía en estado libre, con excepción de escasos flujos de fotones procedentes de Galaxias lejanas. Claro está, la radiación universal 3.7K. Eso es lo que convierte al espacio intergaláctico en el lugar ideal para poner un kugelblitz si no quieres que caigan cosas adentro.

—No sé cómo explicarlo. Ni siquiera sé qué demonios es un kugelblitz.

—Por amor de Dios, Robin —dijo con exasperación— lo hemos discutido un montón de veces con anterioridad. Un agujero negro se produce por el

agrupamiento de una enorme cantidad de materia en una densidad formidable. John Wheeler fue el primero en postular la existencia de otro tipo de agujero negro, de un tipo que no contiene materia sino energía... tanta energía, tan densamente concentrada, que su propia masa absorbe la materia circundante. ¡Eso es un kugelblitz!

Suspiró y añadió, acto seguido:

—Tengo dos hipótesis. La primera es que toda esa construcción es un artefacto. El kugelblitz está rodeado de agujeros negros; creo que con el fin de atraer toda materia libre (de la que no hay mucha por aquí en primer lugar) para evitar así que la absorba el propio kugelblitz. La segunda teoría es que creo que estamos contemplando la masa perdida...

Salté.

—¡Albert —grité—, ¿sabes lo que estás diciendo?! ¿Intentas decir que eso es obra de alguien? ¿Intentas decir...?—Pero no pude acabar la segunda frase.

No pude acabar la frase porque me resultó imposible. En parte, la razón fue que había demasiados conceptos aterradoros en mi cabeza; y a que, si alguien había construido el kugelblitz, y el kugelblitz era parte de la masa que faltaba en el universo, entonces la conclusión lógica es que alguien estaba jugando con las leyes del universo, intentando invertir el movimiento de expansión de éste, por motivos que (entonces) se me escapaban.

La segunda razón por la que no pude acabar de hablar fue que me caí.

Y me caí porque, por no sé qué causa, mis piernas se negaron a sostenerme. Sentía un insoportable dolor en la cabeza, justo encima del oído. Todo se tornó gris e indistinto.

Oí la voz de Albert gritar:

—¡Oh, Robin, no le he prestado atención a tu estado de salud!

—¿Mi qué?—pregunté, o intenté preguntarlo.

La frase no salió muy clara. Mis labios parecían negarse a formar correctamente las palabras, y de pronto sentí una gran somnolencia. Esta primera explosión de dolor había hecho acto de presencia y había desaparecido, pero había un distante estado de alerta en previsión de nuevos dolores. Oh, sí, nuevos dolores, más fuertes y acercándose a pasos agigantados.

Dicen que hay un mecanismo de memoria selectiva respecto del dolor. Uno no recuerda esa experiencia carnal sino en forma de un vago recuerdo de haberlo pasado condenadamente mal; de no ser por esto, dicen, ninguna mujer querría tener más de un hijo. Eso debe de ser cierto para la mayoría de la gente, supongo, y lo fue para mí durante muchos años. Pero ya no lo es.

Ahora lo recuerdo perfectamente, y no sin ciertas dosis de afectuoso humor. Lo que acababa de ocurrir en mi cabeza produjo su propia anestesia, y lo que

experimentaba era poco claro. Pero recuerdo aquella falta de claridad de manera sí muy clara. Recuerdo las voces llenas de miedo, y que me arrastraron a un sofá; recuerdo largos diálogos y las agujas que Albert me clavaba para suministrarme los medicamentos y para tomarme muestras. Y recuerdo el sollozo de Essie.

Acunaba mi cabeza en su regazo. A pesar de que le hablaba a Albert, y casi todo lo decía en ruso, mencionó mi nombre suficientes veces como para que me diese cuenta de que estaba hablando de mí, e intenté alargar la mano para acariciarle la mejilla.

—Me muero —le dije, o intenté decírselo.

Me entendió. Se inclinó sobre mí, pasándome su larga cabellera por la cara.

—Mi querido Robin —dijo a media voz—, sí, es verdad, te estás muriendo, tu cuerpo se muere; pero eso no significa tu fin.

Durante las décadas que habíamos pasado juntos hablamos alguna vez de religión. Conocía sus creencias. Conocía incluso las mías. «Essie —quise decirle—, nunca me has mentado, así que no es necesario que lo hagas ahora para aliviar mi muerte». Eso es lo que quise decirle. Y esto es lo que dije:

—Sí, sí.

Algunas lágrimas cayeron sobre mi rostro mientras me mecía y susurraba:

—No, de veras que no, Robin, mi amor; queda una oportunidad, una oportunidad muy buena...

Tuve que hacer un esfuerzo tremendo:

—No... hay... otra... vida —dije, con fuerza, espaciando las palabras tanto como me fue posible. Quizá no resultara claro, pero ella me entendió.

Se inclinó hacia delante y me besó la frente. Sentí sus labios moverse contra mi piel mientras murmuraba:

—Sí, ahora sí hay una nueva vida.

Aunque tal vez lo que dijo fue: «Una Vida Nueva».

¿HAY VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE?

Y las estrellas seguían pasando. Parecía que no les importara lo que le estaba sucediendo a un mamífero bípedo inteligente —bueno, semiinteligente— simplemente porque se trataba de mí. Siempre he suscrito la visión egocéntrica del mundo. Yo estoy en el centro y todo lo demás se dispone a mi lado o al lado de otra persona; «normal» es lo que yo soy; «importante» es lo que está próximo a mí; «relevante» es lo que yo percibo como importante. Ése era el punto de vista que yo subscribía, pero que no compartía el resto del universo. Todo seguía igual como si yo no tuviera ninguna importancia.

La verdad es que, entonces, yo no tenía la menor importancia ni siquiera para mí mismo, porque estaba fuera del curso del universo. A muchos años luz a nuestras espaldas, en la Tierra, el general Manzbergen estaba dando caza a otro grupo de terroristas que habían secuestrado una nave espacial, y los comisarios detenían a la persona que había atentado contra mi vida en Rotterdam; no tenía ni la más remota idea, y de haberla tenido no me habría importado en absoluto. Mucho más cerca, y aun así tan lejos como Antares lo está de la Tierra, Gelle-Klara Moynlin estaba tratando de entender lo que le decían los Heechees; tampoco de eso tenía yo noticia. Mucho más cerca, mi mujer, Essie, estaba tratando de hacer algo que no había hecho nunca antes —aunque ella había inventado el proceso— con la ayuda de Albert, que tenía todo el proceso almacenado en sus bancos de datos pero que carecía de manos para efectuarlo. En cuanto a esto, de haber sabido lo que se traían entre manos, me habría preocupado bastante.

Pero, claro está, no podía saberlo, dado que estaba muerto.
Aunque no permanecí en tal estado demasiado tiempo.

De pequeño, mi madre solía leerme historias. Había una sobre un hombre cuyos sentidos habían quedado algo dañados después de una operación de cerebro. No recuerdo quién era el autor; Verne, tal vez, o Wells, o cualquiera de los grandes maestros de la Edad de Oro, no sé. Lo que recuerdo es la trama. El

individuo sale de la operación viendo sonidos, oyendo el tacto, y al final de la historia acaba preguntándose «¿Qué huele a púrpura?».

Ésa era la historia que mi mamá me contaba de pequeño. Ahora, yo era ya un adulto. Y ya no era una historia.

Era una pesadilla.

Estaba siendo bombardeado por impresiones sensoriales y no sentía lo que eran. Actualmente, no soy capaz de describir lo que sentía mejor de lo que pueda describir... esmerglich. ¿Saben lo que es un esmerglich? No. Y yo tampoco, porque acabo de inventarme la palabra. No es más que una palabra. No tiene ningún significado hasta que se le dé uno, como tampoco lo tenían los millones de unidades de impresión que todos aquellos colores, sonidos, presiones, escalofríos, tirones, pellizcos, picores, retorcimientos, quemazones y ahogos ejercían sobre el pobre de mí. No podía reconocer su significado. Ni lo que eran. Ni aquello de lo que advertían. Ni tan siquiera sabía con qué compararlos. Tal vez nacer sea algo parecido. Lo dudo. Si así fuera, no creo que ninguno de nosotros sobreviviera.

Sin embargo, sobreviví.

Sobreviví por una única razón. No me era posible no sobrevivir. Esa es la última regla del libro: No puedes pegarle a una mujer embarazada, ni tampoco matar a alguien que ya está muerto. «Sobreviví» porque toda partícula de mi persona que podía morir, estaba muerta.

¿Son capaces de imaginárselo?

Inténtenlo. Agredido. Descuartizado. Y por encima de todo, consciente de que estaba muerto.

Entre las historias que mi madre solía leerme estaba el «Infierno» de Dante, y a veces me pregunto si Dante pudo prever cómo sería para mí. Si no, ¿de dónde sacó su descripción del Infierno?

Lo que pudo durar todo esto, no lo sé, pero me pareció eterno.

De pronto, todo disminuyó. Las luces penetrantes se alejaron y empalidecieron. Los inquietantes sonidos se aquietaron. Los pellizcos, los apretones y las turbulencias disminuyeron.

Durante un rato no hubo nada, como en las Carlsbad Caverns, en ese aterrador instante en el que apagan las luces para que veas lo que es la oscuridad. No había luz. No había nada más que un murmullo distante y confuso que muy bien podía haber sido la circulación sanguínea al pasar a través del yunque y el martillo de mi oído interno.

De haber tenido oído interno.

Y poco a poco, de entre el murmullo se fue aclarando una voz, y palabras, y, a mucha distancia, la voz de Albert Einstein:

Intenté recordar cómo se hablaba.

—¿Robin? Robin, mi querido amigo, ¿me oyes?

—¡Sí! —grité, no sé muy bien cómo—. ¡Estoy aquí! —Como si hubiera

sabido dónde era aquí.

Hubo una larga pausa. A continuación, de nuevo la voz de Albert, todavía débil pero acercándose.

—Robin —dijo, espaciando las palabras como si le hablara a un niño pequeño —; escucha, Robin, estás a salvo.

—¿A salvo?

—Estás a salvo —repitió.

No le contesté. No sabía qué decir.

—Te voy a enseñar, Robin —me dijo—, poco a poco. Ten paciencia, Robin. Dentro de poco serás capaz de ver y de oír y de comprender.

¿Que tuviera paciencia? ¿Y qué otro remedio tenía? No tenía más opción que la de soportar pacientemente mientras me enseñaba. Yo confiaba en el bueno de Albert, incluso entonces. Acepté su palabra de que podía enseñar a ver a los ciegos y a oír a los sordos.

¿Pero podía enseñar a vivir a los muertos?

No me apetece especialmente revivir la pequeña eternidad que vino a continuación. Según el tiempo de Albert y el de los relojes de celsio que concertaban los territorios humanos de la Galaxia, no duró más de ochenta y cuatro horas y un poquito más. Eso, según su tiempo. No según el mío: fue interminable.

Aunque lo recuerdo muy bien, algunas cosas sólo las recuerdo vagamente. No por incapacidad. Sino porque no quiero, y por el factor velocidad, también. Voy a aclarar esto último. El rapidísimo intercambio de bits en el interior de un banco de datos es mucho más veloz que el mundo orgánico que acababa de dejar atrás. El pasado queda desdibujado al incrementarse los estratos de nueva información. Y, ¿saben una cosa?, tanto mejor de esta manera, porque cuanto más alejado está aquel período de transición de mi presente, tanto mejor.

A pesar de mi reticencia a rememorar algunas de las partes más tempranas de aquella información, la primera que voy a traer a colación es de las importantes. ¿Que cuánto de importante? No lo sé. Mucho.

Albert dice que tengo a antropomorfizar. Probablemente sea cierto. ¿Qué hay de malo en ello? Pasé la mayor parte de mi vida con la forma de un hombre, y los hábitos contraídos en la infancia son difíciles de erradicar. Así que una vez que Albert me hubo estabilizado y yo me encontré —creo que ésta es la única palabra— ampliado, era en forma de un individuo antropomórfico como yo me veía a mí mismo. Teniendo presente, por supuesto, que ese ser era más grande que las Galaxias, más viejo que las estrellas y tan sabio como ha aprendido a serlo la humanidad entera a lo largo de toda su historia. Contemplaba el Grupo Local —nuestra Galaxia y sus vecinos más próximos— como si se

tratará de un salpicón en un mar cuajado de masa y energía. Podía verlo todo. Pero lo que miraba más atentamente era nuestro hogar, la Galaxia madre y M-31 a su lado, con las Nubes de Magallanes meciéndose muy cerquita y el resto de pequeñas nubes, glóbulos, tufo y retufos de gas vetado y luz de estrellas. Y —ésta es la parte antropomórfica del asunto— alcancé a tocarlas y a sostenerlas en mis manos y a pasar los dedos a su alrededor, como si fuera Dios.

La verdad es que no era Dios, ni siquiera lo suficientemente divinomórfico como para poder tocar de verdad ninguna Galaxia. No podía tocar ninguna cosa en absoluto, dado que carecía de con qué tocarlas. No era sino una ilusión óptica, como Albert y su pipa. Allí no hay nada. Ni Albert ni pipa.

Ni yo. No del todo. No era capaz de operar a la manera de un Dios, puesto que carecía de existencia tangible. No podía crear ni cielos ni tierra, ni destruirlos. No podía afectarles en lo más mínimo de una manera física.

Pero podía contemplar espléndidamente. Desde dentro, desde fuera. Podía estar en el corazón de mi Galaxia madre y ver, más allá de Masei 1 y 2, los millones y billones de otros grupos y Galaxias alargarse en una inmensidad espejeante hasta los límites visibles del universo, allí donde flotan racimos de estrellas a tal velocidad que la luz no puede volver a ellos para mostrarlos a la vista... y más allá incluso, si bien lo que podía yo ver más allá del límite óptico no era muy distinto... ni era más, me decía Albert, que una mera hipótesis almacenada en los molinetes de datos Heechees entre los que me estaba moviendo.

Porque, por supuesto, eso era todo. No se trataba de que el viejo Robin se hubiese vuelto de pronto inmenso. No era más que los escasos restos de Robinette Broadhead quien, en ese punto, no era más que un amasijo de bits de memoria encadenados nadando en el océano de datos de los rollos y molinetes de información de la *Único Amor*.

Una voz desgarró mi inmenso y eterno ensueño; era la voz de Albert:

—Robin, ¿estás bien?

No quise engañarle.

—No. Ni bien ni nada que se le parezca.

—Verás como todo se arregla, Robin.

—Eso espero —le contesté—... ¿Albert?

—¿Sí?

—No te culpo por haber perdido el juicio —dije—, si es que era con esto con lo que tenías que vértelas.

Hubo un silencio momentáneo, y a continuación, una risa sofocada.

—Robin —me dijo—, aún no has visto qué es lo que me ha vuelto loco.

No me es posible decir cuánto duró todo aquello. Ni tampoco qué significa el

concepto « tiempo », ya que a nivel electrónico, que es donde me encontraba, los parámetros temporales no se ajustan demasiado bien a nada « real ». Se malgasta mucho tiempo. Las inteligencias electrónicamente almacenadas no operan tan eficientemente como la maquinaria con la que todos nacemos: un algoritmo no es un buen sustituto de la sinapsis. Por otra parte, todo se mueve mucho más rápidamente en el mundo de las subpartículas, donde los femtosegundos son unidades que pueden sentirse. Si se hace la media entre las demoras y el tiempo que se gana, resulta que yo me encontraba en algún punto en el que el tiempo era entre diez y diez mil veces más rápido del que yo estaba acostumbrado.

Por descontado que hay patrones objetivos para medir el tiempo real, y cuando digo real quiero decir el tiempo a bordo de la *Único Amor*. Essie marcaba los minutos muy cuidadosamente. Preparar un cadáver para el delicado semialmacenaje que efectúan en su sociedad Vida Nueva, lleva bastante tiempo. Preparar ese fiambre en particular que era yo para el almacenaje, incluso un poco más sofisticado, que era capaz de realizar en sus cintas —un almacenaje igual al de Albert—, llevó aún más tiempo. Cuando su parte del trabajo terminó, se sentó con una copa en la mano a esperar. Copa que no se bebió, ni contestó a los esfuerzos de Audee y Janie por iniciar una conversación, aunque a veces tampoco ellos oyeron lo que ella les decía. No era aquél un grupo alegre, el que esperaba a bordo de la *Único Amor* para ver si era posible acceder a alguna parte de lo que quedaba de Robinette Broadhead, y la espera duró más de tres días y medio.

Para mí, encerrado en aquel mundo de aturdimiento y encanto y color y órbitas prohibidas al que se me había llevado a habitar, la cosa duró... bien, digamos que eternamente. Al menos, así lo sentí yo.

—Lo que tienes que hacer —me ordenó Albert—, es aprender a usar tus inputs y tus outputs.

—¡Vaya, fantástico! —grité con agradecimiento—. ¿Y nada más? ¡Joder, pero si está chupado!

Un suspiro.

—Me alegro de que conserves tu sentido del humor —me dijo, lo que significaba: « Porque te va a hacer más falta de la que te imaginas »—. Ahora te va a tocar trabajar, me temo. No me resulta fácil seguir encapsulándote de esta manera...

—¿Encapsuqué?

—Protegerte, Robin —dijo con impaciencia—. Estoy limitando tus accesos para que no padezcas demasiada confusión ni desorientación.

—Albert, ¿has perdido el juicio? —le dije—. ¡Pero si ya he visto el universo entero!

—No has visto nada más que lo que yo te he permitido que vieras, Robin.

Pero con esto no basta. No puedo seguir controlando tus accesos para siempre. Tienes que aprender a hacerlo por ti mismo. Así que voy a bajar la guardia, en cuanto estés preparado.

Me preparé.

—Estoy listo.

Pero no me había preparado lo suficiente.

No podrían imaginar lo doloroso que es. Las voces gorjeantes, agudas, quejas, suplicantes de todos los inputs me asaltaron... bueno, asaltaron esos lugares carentes de geometría espacial que yo seguía empeñado en considerar como mis oídos. Fue una tortura. ¿Fue tan horrible como mi primera exposición inermes a todas aquellas sensaciones nuevas? No. Fue todavía peor. En la primera y terrible explosión de sensaciones algo había jugado a mi favor. Todavía no había aprendido a identificar los ruidos con el sentido, el dolor como dolor. Ahora sí sabía hacerlo. Distinguía el dolor como dolor cuando lo sentía.

—¡Por favor, Albert! —aullé—. ¿Qué es eso?

—No es más que los molinetes y las cintas de información a los que tienes acceso, Robin —dijo con ánimo tranquilizador—. Sólo los que están a bordo de la *Único Amor*, más telemetría y más algunos sensores de la nave y de los propios pasajeros.

—Páralo.

—No puedo. —El tono de su voz era auténticamente compasivo, si bien no había ninguna voz allí, realmente—. Tienes que hacerlo, Robin. Escoge uno cualquiera y bloquea todos los demás.

—¿Qué? —exclamé, más confundido que nunca.

—Que elijas uno, Robin —dijo paciente—. Algunos de éstos son nuestros propios bancos de datos, otros son molinetes con información Heechee. Y también hay alguna que otra cosa. Tienes que aprender a interceptarlos, Robin.

—¿Interceptarlos?

—A consultarlos, Robin, como si fueran libros de consulta de una biblioteca. Como si se tratara de libros sobre un estante.

—¡Pero los libros no le gritan a uno! ¡Y esas cosas me están gritando!

—Claro. Es su manera de reclamar tu atención... de la misma manera que los libros que hay sobre un estante son perceptibles a tus ojos. Pero basta que mires al que quieres consultar. Hay uno en particular que creo que te lo va a hacer más fácil. Mira si puedes dar con él.

—¿Que intente dar con él? ¿Y cómo lo busco?

Se oyó algo así como un suspiro.

—Bueno, hay una estrategia que puedes probar, Robin. No puedo decirte ni arriba ni abajo ni a ese lado, porque me imagino que no cuentas todavía con puntos de referencia...

—¡Condenadamente cierto!

—Ya. Pero existe un viejo truco que usan los domadores de fieras para conseguir que los animales ejecuten maniobras complicadas que no entienden. Incluso hubo un mago que solía hacer bajar un perro hasta los espectadores, elegir una persona cualquiera a la que extraía un objeto cualquiera y...

—¡Albert —le rogué—, no es éste el momento de que me cuentes anécdotas largas y fuera de lugar!

—No, no se trata de una anécdota. Es un experimento psicológico. Con perros funciona bien... Que yo sepa no ha sido jamás probado en seres humanos adultos, pero vamos a ver. Esto es lo que vas a hacer. Empieza a moverte en cualquier dirección. Si es una buena dirección, ya te diré yo que sigas. Cuando deje de decírtelo, dejás de hacer lo que estés haciendo. Busca. Prueba cosas diferentes. Cuando lo que estés haciendo, o la dirección que hayas tomado, sea lo correcto, te lo haré saber. ¿Puedes hacer lo que te digo?

—¿Y me darás una galleta cuando lo haga bien, Albert? —le pregunté.

Una risa sofocada.

—Una galleta no, pero su equivalente electrónico puede que sí, Robin. Ahora, ponte a buscar.

¡Que empezara a buscar! ¿Pero cómo? Claro que no tenía sentido hacerse semejante pregunta, ya que si Albert hubiera sido capaz de darme un «Cómo», no habría tenido necesidad de intentar conmigo un truco de amaestrador de perros. Así que empecé... a buscar cosas.

No sé decir con exactitud qué es lo que estuve haciendo. En todo caso, lo que puedo hacer es facilitar una analogía. Cuando iba a la escuela, en la clase de ciencias nos enseñaron un scanner de electroencefalogramas, y nos enseñaron como todos nuestros cerebros emiten ondas Alfa. Según decían, era posible conseguir que las ondas se hicieran mayores y más veloces —aumentar su frecuencia y su amplitud— pero no había manera de decir cómo. Lo hicimos por turnos, éramos todos críos, y todos logramos acelerar el sinuoso trazo de la pantalla, pero no hubo dos que para lograrlo hubieran hecho la misma cosa. Uno dijo que había contenido la respiración; otro, que había tensado los músculos; otro dijo que había pensado en comida, y otro que había hecho como si gritara pero sin abrir la boca. Ninguno había hecho nada de todo aquello. Y sin embargo, había funcionado; lo que yo estaba haciendo tampoco era real, porque no tenía nada real con que hacerlo.

Pero me moví. No sé cómo, pero me moví. Y todo el rato la voz de Albert iba diciendo:

—No, no, no, no, no, así no, no, no...

Y de pronto:

—¡Sí! ¡Sí, Robin, sigue así!

—¡Estoy siguiendo!

—No hables, Robin. Límitate a seguir. Sigue. Siguesiguesiguesigue... ¡No!

¡Párate!

—No.

—No.

—No.

—No. ¡Sí! ¡Siguesiguesiguesigue! ¡No!... ¡Sí! Sigue. ¡Párate! Es ahí, Robin. Ese es el volumen que debes abrir.

—¿Aquí? ¿Eso de ahí? Pero esa voz parece...

Me detuve. No pude continuar. Bien, yo ya había aceptado el hecho de que estaba muerto, que no era nada más que electrones en una cinta de datos, capaz de comunicarme únicamente con el almacenaje mecánico de datos o con personalidades no vivas como Albert.

—¡Abre el volumen! —me ordenó—. ¡Deja que te hable!

Pero ella no necesitaba su permiso.

—Hola, Robin, cariño —dijo la voz no viviente de mi querida esposa Essie, extraña, forzada, pero no cabía la menor duda de que era su voz—. ¿Te gusta el sitio en el que estás ahora?

Estoy convencido de que nada, ni siquiera la aceptación de mi propia muerte, me ha producido un shock semejante al de encontrar a Essie entre los difuntos.

—¡Essie! —exclamé—. ¿Qué te ha pasado?

E, inmediatamente, la voz de Albert, solícita, a mi lado:

—Se encuentra perfectamente, Robin, no está muerta.

—Pero... ¡Tiene que estarlo! ¡Está aquí!

—No, mi querido muchacho, en realidad no está aquí —me explicó Albert—. Su libro está aquí porque ella misma se registró parcialmente como parte de los experimentos del proyecto Vida Nueva. Y en parte, también, de los experimentos que han conducido a mi estado actual.

—¡Bastardo, me habías dejado creer que había muerto!

—Robin —me dijo con gentileza—, tienes que acabar de una vez con esa obsesión humana por la biología. ¿Crees que realmente importa el que su metabolismo siga operando a nivel orgánico, además de la versión que hay de ella registrada aquí dentro?

Aquella extraña voz de Essie terció en aquel momento:

—Ten paciencia, Robin, mi amor. Ten calma. Todo se va a arreglar.

—Lo dudo muy seriamente —dije con amargura.

—Confía en mí, Robin —me susurró—. Escucha a Albert. Él te dirá lo que tienes que hacer.

—Lo más duro ha pasado ya —me tranquilizó Albert—. Espero que me perdones todos los traumas por los que te he hecho pasar, pero eran necesarios... eso creo.

—Así que eso crees, ¿eh?

—Sí, Robin, sólo lo creo, porque esto no se había hecho antes y estamos dando muchos palos de ciego. Sé que ha sido una impresión para ti encontrarte con el análogo de la señora Broadhead registrado aquí dentro, pero eso va a prepararte para cuando te encuentres con ella en carne y hueso.

Si hubiera tenido un cuerpo con que hacerlo, me hubiera sentido tentado de darle un puñetazo... De haber tenido Albert algo donde ser golpeado.

—¡Estás aún más loco que yo! —le grité.

Una risa ahogada.

—Más loco, no, Robin. Tan sólo igual de loco. Vas a poder verla y hablar con ella, de la misma manera que tú lo hacías conmigo mientras estuviste... vivo. Te lo prometo, Robin, va a funcionar... eso creo.

—¡Pues yo no!

Una pausa.

—No es fácil —concedió—, pero míralo así: yo puedo. ¿O es que no crees que vas a poder hacerlo mejor que un simple programa computerizado como yo?

—¡No intentes provocarme, Albert! Comprendo lo que me dices. Crees que voy a poder manifestarme yo mismo como un holograma y comunicarme con personas vivas en el tiempo real. ¡Pero es que no sé cómo!

—No, todavía no, Robin, y a que esas capacidades aún no están incluidas en tu programa. Pero puedo enseñarte cómo hacerlo. Te manifestarás, quizá no con la agilidad y la gracia con que yo lo hago —se jactó—, pero al menos se te reconocerá. ¿Listo para aprender?

Y la voz de Essie, o mejor dicho, esa copia degradada de la voz de Essie, susurró:

—Hazlo, por favor, Robin, porque te estoy esperando impaciente.

¡Qué agotador es nacer! Agotador para el recién nacido, y más agotador todavía para el estudiante en prácticas que no experimenta el parto pero que tiene que soportar todos los lamentos.

Lamentos que eran interminables y que espoleaban las constantes recomendaciones de mis dos comadronas.

—Puedes hacerlo —prometía la copia de Essie a uno de mis lados (admitamos de momento que yo tuviera « lados »).

—Es más fácil de lo que parece —confirmaba, al otro lado, la voz de Albert.

No había en todo el universo dos personas cuyas palabras creyera yo más a pie juntillas. Pero había echado mano de toda mi capacidad de confiar; no me quedaba ya más, y estaba muerto de miedo. ¿Que era fácil? Más bien era absurdo.

Porque me encontré viendo el camarote tal y como lo había estado viendo Albert todo el rato. Carecía de la perspectiva de dos ojos con los que enfocar mi visión y de dos oídos localizados en dos lugares concretos del espacio. Lo veía y lo oía todo a un tiempo. Hace mucho, el pintor aquel, Picasso, pintó cuadros así, con los elementos dispuestos en un orden aleatorio. Estaban todos, pero esparcidos y combinados de tal modo que no había una forma principal que se distinguiera, sino una especie de mosaico de piezas medio escondidas. Había recorrido junto a Essie la Tate y el Metropolitan para ver esas pinturas, y llegué a encontrar placer al verlas; algunas me parecieron hasta interesantes. Pero ver el mundo real descoyuntado de semejante manera, como piezas en una cadena de ensamblaje... eso no era interesante en absoluto.

—Déjame que te ayude —me susurró el análogo de Essie—. ¿Me ves allí, Robin? ¿Dormida en la cama? He estado sin dormir muchos días, Robin, transfiriendo tu antiguo receptáculo corporal en tu nuevo molinete, y claro, ahora estoy agotada; mira, acabo de rascarme la nariz con la mano. ¿Ves la mano? ¿Ves la nariz? ¿Me reconoces? —A continuación, una carcajada sofocada—. Claro que me reconoces, Robin, porque ésa de ahí soy yo.

FUERA DEL ESCONDITE HEECHEE

Había también que pensar en Klara, de haber estado entonces en condiciones de pensar en ella sin más, y no sólo en Klara sino también en Wan (aunque, francamente, éste apenas lo merecía), y también en el Capitán y sus Heechees, quienes se merecían, realmente, tanta atención como uno pudiera dedicarles. Pero en aquellos momentos, ni eso sabía. Me había ampliado, de acuerdo, pero no era mucho más inteligente.

Y, por lo demás, tenía mis propios problemas en los que pensar, aunque si el Capitán y yo nos hubiéramos conocido ya y hubiésemos podido comparar, habría resultado interesante ver de quién eran los problemas más graves. Seguramente habría habido un empate. Los problemas de ambos estaban, simple y sencillamente, fuera de escala, eran demasiado grandes como para resolverlos.

La proximidad física de sus dos cautivos humanos era uno de los problemas del Capitán. Para su olfato, hedían. Físicamente, eran repelentes. La línea de sus figuras quedaba estropeada por la grasa, fofa o compacta, vibrante, y por la carne acombada. Los únicos Heechees que habían llegado a ofrecer un aspecto tan desagradable, habían sido los pocos que habían muerto de una de las enfermedades degenerativas más horribles que su raza había conocido nunca. Pero ni siquiera en esos casos el hedor había resultado tan insoportable. El aliento humano olía al rancio de los alimentos en putrefacción. Las voces humanas rascaban como las sierras eléctricas. Al Capitán le produjo dolor de garganta el tratar de pronunciar las gruñentes y zumbonas sílabas de su pobre lengua.

Desde el punto de vista del Capitán, sus cautivos eran desagradables sin más, y no solamente porque se negaran, simple y llanamente, a entender la mayor parte de las cosas que él intentaba decirles. Cuando intentó darles a entender lo cerca que habían estado de poner en peligro sus vidas —por no mencionar las vidas de los Heechees allá en su escondrijo— la primera pregunta que se le ocurrió plantearle fue: «¿Sois Heechees?».

A pesar de todos sus problemas, al Capitán le quedó espacio para irritarse al oír aquello. (De hecho, se trataba de la misma irritación que habían

experimentado la gente del velero al enterarse de que los Heechees les llamaban « los habitantes del fango» . El Capitán lo sabía, pero no pensó en ellos).

—¡Heechees! —gruñó, y a continuación encogió su abdomen con indiferencia—. Sí. Da igual. Permaneced en silencio. Estaos quietos.

—¡Puf! —masculló Narizblanca, refiriéndose a más cosas que al simple hedor físico.

El Capitán le miró y después se volvió a Ráfaga.

—¿Has dispuesto ya de su nave? —le preguntó.

—Por supuesto —contestó Ráfaga—. Está de camino hacia un puerto de espera, pero ¿y el kugelblitz? (Por descontado, él no lo llamó kugelblitz).

El Capitán arrugó su abdomen con morosidad. Estaba cansado. Todos estaban cansados. Llevaban varios días operando al límite de sus capacidades y empezaban a evidenciar los efectos. El Capitán intentó poner sus pensamientos en orden. El velero había sido puesto ya fuera de la vista. A los dos errabundos seres humanos habían conseguido sacarlos de las proximidades de aquel el más terrible de los peligros, el kugelblitz, y su nave, en conducción automática, había sido puesta a buen recaudo. Hasta ese punto, lo sabía con certeza, había hecho tanto como se hubiera podido esperar de él. Y no había sido sin pagar por ello, pensó, acordándose con pena de Dosveces; le resultaba incluso difícil de creer que, de haber seguido las cosas el curso normal, hubiera podido llegar a disfrutar de su amor anual.

Pero con sólo aquello no bastaba.

Era completamente posible, reflexionó, que, llegados a aquel punto, y a nada de nada resultara bastante; podía muy bien ser demasiado tarde para que él o la entera raza Heechee pudieran ya hacer algo. Pero eso, él no podía aceptarlo. Mientras quedara alguna esperanza, tenía que actuar.

—Pasadme las cartas de navegación de su nave —ordenó, y se volvió una vez más a los descarnados y toscos corpachones balbuceantes que había capturado. Hablándoles como si fueran dos niños, les dijo—: Mirad esta carta.

Era una de las preocupaciones menos importantes en la situación en que el Capitán se encontraba, el que el individuo más delgado, y por tanto menos físicamente repulsivo, fuera también el más desagradable.

—Estate quieto, tú —ordenó mostrándole a Wan un fino puño; sus delirios habían casi llegado a desatarse más que los de la hembra—. ¡Tú! ¿Sabes lo que es esto?

Por lo menos, la hembra tenía el buen juicio de hablar despacio. Sólo fueron necesarias unas pocas repeticiones antes de que él entendiera la respuesta de Klara:

—Es el agujero negro que íbamos a visitar.

El Capitán se estremeció.

—Sí, exactamente —dijo, tratando de articular las consonantes poco

familiares.

Ráfaga les iba traduciendo a los demás, y podía ver cómo se les crispaban los tendones a causa de la impresión. El Capitán escogió cuidadosamente sus palabras, deteniéndose para comprobarlas con las mentes de sus ancestros, para estar seguro de que eran las adecuadas.

—Escuchad con atención —les dijo—. Esto es muy peligroso. Hace mucho, mucho tiempo, descubrimos que una raza de Asesinos había destruido todas las civilizaciones tecnológicamente avanzadas del universo... al menos, las de nuestra Galaxia y las de las Galaxias más próximas...

Bueno, la cosa no fue tan deprisa. El Capitán tuvo que repetir y repetir, en ocasiones, hasta una docena de veces una misma palabra, antes de que los balbucientes criaturas dieran señales de haber cogido la idea de lo que quería darles a entender. Mucho antes de que acabara, la garganta le ardía, y el resto de su tripulación, a pesar de saber tan bien como él la gravedad de los peligros en cuestión, dormitaba abiertamente. Pero él no se detuvo. La carta de navegación de la pantalla, con sus vórtices de energía arracimados y su quintuple señal de peligro, no le permitió la menor dilación.

Puesto que Robin estaba, de manera más que comprensible, preocupado por otras cuestiones, no fue posible entonces hablar del asunto del kugelblitz tan detalladamente como habría sido mi deseo. Las estadísticas eran interesantes. Calculé que su temperatura rondaba los tres millones de grados Kelvin, pero eso no me preocupaba. Lo que me intranquilizaba era la densidad de la energía condensada. La densidad de energía de la radiación de un cuerpo negro es igual al cubo de su temperatura —ésta es la vieja ley de Stefan Boltzmann— pero el número de fotones aumenta linealmente junto con la temperatura, de manera que hay un aumento de a la cuarta potencia en el interior del kugelblitz.

A una temperatura de un grado Kelvin, hay 4,72 electrones-voltios por litro. A una temperatura de tres millones de grados Kelvin, elevado a la cuarta potencia, digamos unos 382.320.000.000.000.000.000.000 electrones-voltios por litro. ¿Qué se desprende de ello? Que toda esa energía significa inteligencias organizadas. Asesinos. Todo un universo de Asesinos concentrados en un único kugelblitz, esperando a que madurasen sus planes a que el universo se les ajustara a medida.

Los Asesinos habían llevado a cabo su matanza varios milenios antes de que los Heechees aparecieran en escena. En un principio, los Heechees creyeron que se trataba de monstruos primordiales, algo así como el equivalente Heechee de un Tiranosaurio.

Fue entonces cuando descubrieron el kugelblitz.

Al llegar a ese punto, el Capitán vaciló, y miró en derredor a su tripulación. Lo que seguía era duro decirlo, puesto que conducía a una inevitable conclusión. Con los tendones tensos, arremetió hasta el final.

—Eran los Asesinos —dijo—. Se habían retirado a un agujero negro... a un agujero negro de una clase especial, que se compone de energía y no de materia, puesto que ellos mismos estaban constituidos de energía, de pura energía, sin materia. En el interior de su agujero negro ellos existen únicamente como en forma de una ola estancada en un mar de energía.

Lo había repetido ya varias veces, de varias maneras, y constató que algunas preguntas empezaban a tomar cuerpo; pero la lógica deducción que él temía no estaba entre ellas. La pregunta se la hizo la hembra, y fue tan sólo:

—¿Cómo puede sobrevivir un ser compuesto únicamente de materia?

Bien, ésa era un pregunta fácil de responder. La respuesta era «No lo sé». Había teorías, eso lo sabía el Capitán; teorías que decían que los Asesinos habían sido en tiempos remotos criaturas de cuerpos físicos de los que habían conseguido liberarse. Pero el que las teorías se ajustasen o no a los hechos, era algo que ni la más antigua de las mentes de los antepasados podía decir.

Pero era la dificultad que tienen para sobrevivir los seres que son pura energía. Continuó explicando el Capitán, lo que conducía, precisamente, al último y más terrible punto en relación a los Asesinos. El universo no les resultaba hospitalario. Así pues, habían decidido cambiar el universo. Hicieron algo para crear una gran cantidad de masa adicional en él. Originaron la inversión del proceso de expansión del universo. Se ocultaron en su kugelblitz... y esperaron.

—He oído hablar de esa masa extra a menudo —dijo el macho cautivo con impaciencia—. Los Difuntos me hablaban a menudo de ella cuando era niño, pero claro, como estaban locos...

La hembra le detuvo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué querrían hacer una cosa así?

El Capitán se tomó una pausa, estaba agotado por el esfuerzo que le suponía el tratar de comunicarse con aquellos peligrosos primitivos. Una vez más, la respuesta mejor fue «No lo sé», pero existían hipótesis.

—Las mentes de nuestros antepasados creen —dijo lentamente— que las leyes físicas del universo quedaron determinadas por las fluctuaciones casuales en la distribución de materia y energía en el primer instante posterior al Big Bang. Es posible que los Asesinos intenten intervenir en ese proceso. Una vez que hayas colapsado el universo y éste haya empezado a contraerse, podrían empezar a cambiar esas leyes básicas —la relación entre las masas del electrón, el número que relaciona la fuerza gravitacional con la electromagnética— y de esta manera conseguir un universo en el que podrían vivir más cómodamente... pero en el que no podríamos vivir ni vosotros ni yo...

Al macho cada vez le iba resultando menos y menos fácil contenerse, y finalmente estalló en unos sonidos hirientes que sólo poco a poco se fueron convirtiendo en palabras inteligibles.

—¡Jo, jo! —exclamó Wan, secándose una lágrima—. ¡Menudos cobardes estáis hechos! ¡Les tenéis miedo a unas criaturas que se esconden en un agujero negro para hacer no sé qué que no ocurrirá hasta dentro de millones de años! ¿Y a nosotros qué nos importa?

Pero la hembra había captado el sentido de las palabras del Capitán.

—Cállate, Wan —dijo tensando los músculos del rostro casi en una expresión Heechee—. Lo que tratas de decirnos es que esos Asesinos no piensan dejar ningún cabo suelto. Ya salieron una vez para acabar con todo aquel que diera muestras de ser lo suficientemente civilizado como para interferir en sus propósitos. ¡Y podrían hacerlo otra vez!

—¡Precisamente! —exclamó el Capitán encantado—. ¡Lo acabas de decir tal cual es! Y el peligro radica en que vosotros los bárbaros... vosotros los humanos, quiero decir —se corrigió a sí mismo—, estáis haciendo todo lo posible para que vuelvan. ¡Usando la radio, metiéndose en agujeros negros, volando arriba y abajo por el universo, hasta llegar a los mismísimos kugelblitses! ¡Seguro que dejaron sistemas de vigilancia para que les advirtieran en caso de que surgiesen nuevas civilizaciones tecnológicas... si no les habéis despertado ya, deben estar a punto de hacerlo!

Y cuando, por fin, los prisioneros lo hubieron entendido; Wan, temblando de miedo, y Klara, pálida y agitada; después de que les fueron dados paquetes de comida y de que se les obligara a descansar; cuando la tripulación estuvo apiñada en torno suyo para saber por cuál motivo los tendones de su rostro temblaban como serpientes, lo único que el Capitán consiguió decir, fue:

—Es increíble.

Conseguir que aquellos torpes cautivos le comprendiesen había sido difícil; entenderlos él a ellos, imposible. Añadió:

—Dicen que no pueden hacer que los suyos se detengan.

—¡Pero tienen que hacerlo! —exclamó Narizblanca espantado—. ¿Es que no son inteligentes?

—Sí que lo son —admitió el Capitán—, pues de lo contrario no utilizarían nuestras naves con tanta facilidad. Pero su sometimiento a las ley es no es total.

—¡Tiene que serlo! —exclamó Ráfaga sin poder darle crédito—. ¡Ninguna sociedad puede vivir sin someterse a las leyes!

—Su ley es la compulsión —dijo el Capitán con tristeza—. Si uno de ellos se encuentra allí donde los agentes del orden no pueden dar con él, puede actuar como guste.

—¡Entonces, obliguémosles a acatarla! ¡Acorralemos todas sus naves y hagamos que cese!

—Qué atolondrado eres, Narizblanca —dijo el Capitán negando con la cabeza—. Medita lo que has dicho. Perseguirles. Combatirles. Luchar contra ellos en el espacio. ¿Se te ocurre algún estrépito mayor? ¿Acaso crees que los Asesinos no iban a notarlos?

—¿Y entonces, qué?

—Entonces —dijo el Capitán—, tendremos que darnos a conocer.

Levantó una mano para indicar que daba por terminada la discusión y se puso a dar órdenes.

Fueron órdenes que su tripulación jamás había pensado que recibiría, pero todos eran conscientes de que el Capitán llevaba razón. Los mensajes partieron. En una docena de lugares de la Galaxia, naves que aguardaban en silencio desde hacía mucho recibieron sus esperadas órdenes por control remoto y volvieron a la vida. Un largo despacho fue enviado a los monitores que estaban cerca del corazón del agujero negro en que habitaban los Heechees; en aquellos momentos la primera advertencia debía de haber atravesado la barrera Schwarzschild y los primeros refuerzos debían estar saliendo. Era una labor hercúlea para la reducida tripulación, y la ausencia de Dosveces fue sentida más profundamente que nunca. Pero por fin quedó concluida, y la nave del Capitán retornó a su curso normal para el encuentro.

Mientras se acurrucaba para dormir, el Capitán se encontró a sí mismo sonriendo. No era una sonrisa de contento. Era el rictus de una paradoja, demasiado dolorosa como para soportarla de otra manera. A lo largo de la conversación mantenida con ambos cautivos, había estado temiendo que llegaran a una incómoda conclusión: una vez que supieran que los Asesinos se escondían en el interior de un agujero negro, fácilmente podrían sospechar que los Heechees habían hecho otro tanto, por lo que el mayor secreto de la entera raza Heechee quedaría al descubierto.

¡En realidad, mucho más que al descubierto! Y todo ello lo había hecho él por cuenta propia, sin una instancia superior que lo aprobara o lo prohibiera; había despertado a las flotas dormidas y había mandado venir refuerzos desde el otro

lado del horizonte eventual. El secreto había dejado de ser un secreto. Después de medio millón de años, los Heechees volvían a aparecer en escena.

LA GEOGRAFÍA DEL CIELO

Realmente, ¿dónde me encontraba? Me llevó mucho tiempo contestar a esa pregunta por mí mismo, entre otras razones —y no la menor, por cierto— porque mi mentor, Albert, la reputaba de tonta.

—La pregunta «dónde» no es más que una estúpida preocupación humana, Robin —gruñó—. ¡Concéntrate! ¡Aprende a cómo actuar y cómo sentir! Deja la filosofía y la metafísica para las tardes largas con una buena pipa y una buena cerveza.

—¿Cerveza, Albert?

Un suspiro.

—El análogo electrónico de la cerveza —dijo de mal humor—, es lo bastante «real» para el análogo electrónico de un ser humano. Ahora presta atención, por favor, a los inputs que te estoy ofreciendo, que son grabaciones de vídeo del interior de la cabina de mando de la *Único Amor*.

Hice como me decía, por descontado. Estaba como mínimo tan ansioso como el propio Albert de terminar mi entrenamiento para poder hacer... para poder hacer lo que fuera que me resultase posible en aquel mi nuevo y atemorizante estado. Pero en mis extraños femtosegundos no pude dejar de darle vueltas en la cabeza a aquella pregunta, y finalmente di con la respuesta. ¿Dónde me encontraba, exactamente?

Estaba en el Cielo.

Piénsenlo. Cumple con casi todos los requisitos: mis vísceras habían dejado de molestarme, había dejado de tener vísceras. Mi servidumbre en relación a la muerte había terminado, porque si se trataba de pagar con la propia muerte, la cuenta había quedado ya saldada para siempre. Si no era enteramente la eternidad lo que me aguardaba, era algo bastante parecido. El almacenaje de datos en los molinetes Heechees que conocíamos, valía para medio millón de años por lo menos sin graves deterioros —ya que los molinetes originales seguían funcionando—, lo cual da un elevado número de femtosegundos. Nada de preocupaciones mundanas; nada de preocupaciones en absoluto, salvo aquellas que yo decidiera buscarme.

Sí, era el Cielo.

Es probable que no lo crean, porque se negarán a aceptar que la existencia en forma de amasijo incorpóreo de bits de información tenga nada de « celestia » . Lo sé porque a mí mismo me costó aceptarlo. Y sin embargo, la « realidad » es —es « realmente »— una noción subjetiva. Nosotros, las criaturas de carne y hueso, percibimos la realidad tan sólo de segunda o tercera mano, como una analogía pintada por nuestros órganos sensoriales en las sinapsis de nuestros cerebros. Eso mismo me había dicho siempre Albert. Era cierto, o casi cierto; o no, más que cierto, en un sentido, ya que nosotros, los incorpóreos amasijos de bits poseemos un abanico de posibilidades más amplio que ustedes los vivos.

Pero si aun así se niegan a creerme, no puedo reprochárselo. A pesar de las muchas veces que intenté convencerme de que así era, tampoco yo lo encontraba demasiado celestial. Nunca antes se me había ocurrido pensar en lo terriblemente inconveniente que era —financiera, legalmente y de otras muchas maneras, por no decir maritalmente— estar muerto.

O sea, volviendo de nuevo a la pregunta: ¿dónde estaba? Bueno, pues estaba en casa. Después de que me hube —en fin— muerto, Albert, llevado por el remordimiento, hizo dar media vuelta a la nave. Nos llevó bastante estar de vuelta, pero no tenía nada especial que hacer. Ni más ni menos que aprender a simular que estaba vivo cuando, de hecho, estaba muerto. Hacer mis primeros pinitos en eso solamente, ocupó casi todo el viaje de vuelta, puesto que era mucho más duro nacer a una cinta de almacenaje de datos que nacer al mundo de la antigua manera biológica; tenía que participar activamente, si me entienden. Casi todo en mí era ahora muchísimo más vasto. En parte, me encontraba limitado a un molinete o cinta de información del tipo Heechee de una capacidad no muy superior a los mil centímetros cúbicos, y en ese sentido, se me podía desenchufar de mi receptáculo y se me podía pasar por las aduanas camino de casa con la misma facilidad con que se pasa una caja de zapatos. Pero por otra parte era más vasto que las Galaxias, ya que tenía a mí disposición todos los rollos de almacenaje de datos para jugar con ellos. Más veloz que una bala, rápido como una centella, podía ir a cualquier lugar de los que habían visitado los sistemas de almacenaje de datos humanos o Heechees, lo que era más de lo que yo había oído hablar. Escuché las canciones de los habitantes del fango y salí de patrulla con el primer grupo de exploración que capturara a los australopitécidos; conversé con los Difuntos del Paraíso Heechee (pobres despojos inarticulados que recordaban aún lo que significaba estar vivo, no obstante haber sido tan mal registrados, con tanta precipitación y por manos tan inexpertas). Bueno, lo mismo da que sepan o no todos los lugares que visité; no hay tiempo suficiente para que lo oigan. Y todo ello era tan fácil...

Los asuntos humanos eran más complejos.

Para cuando estuvimos de regreso en el mar de Tappan, Essie había podido descansar algo y yo adquirir la práctica de reconocer lo que veía, y ambos habíamos superado ya parte del trauma que nos había supuesto mi muerte. No digo que lo hubiéramos superado del todo, pero al menos podíamos hablarnos.

Al principio, fue sólo hablar, porque me daba vergüenza mostrarme en forma de holograma ante mi querida esposa. Hasta que Essie me imprecó:

—¡Oh, Robin! ¡Ya no lo aguanto más, esto de hablarte como por teléfono! ¡Ven que te vea!

—¡Sí, hazlo! —me ordenó la otra Essie, la que estaba registrada como yo, y Albert terció:

—Simplemente relájate y deja que suceda, Robin. Tus auxiliares están en su sitio.

A pesar de ambos, tuve que hacer acopio de todo mi valor antes de aparecer, y cuando lo hice, mi esposa, Essie, me miró de arriba abajo y dijo:

—¡Oh, Robin, qué mal aspecto tienes!

Sí, ya sé que no suena muy cariñoso, pero entendí lo que intentaba decirme. No estaba criticando mi aspecto, se estaba compadeciendo de él, al tiempo que trataba de no echarse a llorar.

—Ya mejorará, cariño —le dije, deseando poder tocarla.

—Desde luego que sí, señora Broadhead —dijo Albert muy en serio, lo que me hizo percatarme de que estaba sentado a mi lado—. De momento, estoy tratando de ayudarle, y el esfuerzo de proyectar dos imágenes a la vez está resultando arduo. Creo que las dos deben aparecer deterioradas.

—¡Bueno, pues desaparece! —le sugirió ella, pero él dijo que no con un gesto de la cabeza.

—Está también la necesidad que tiene Robin de practicar... y creo que usted misma querrá efectuar ciertos reajustes en su programación. La decoración, por ejemplo. No puedo facilitarle a Robin un fondo si no lo comparto con él. Se necesita también mejorar la animación global de la imagen, la consistencia entre secuencias...

—Sí, sí —gruñó Essie, y se puso manos a la obra en su despacho.

Todos nos pusimos manos a la obra. Había mucho que hacer, sobre todo en mi caso.

En mi tiempo, me habían preocupado muchas cosas, generalmente, eran las que menos lo merecían. La preocupación de mi propia muerte había estado revoloteando en la periferia de mis preocupaciones durante casi toda mi vida, igual que sucede con ustedes. Lo que más me angustiaba era la extinción en sí. Pero no me extinguí; me gané un buen número de nuevos problemas.

Un hombre muerto, ya saben, carece de derechos. No puede tener propiedades. No puede disponer de sus propiedades. No puede votar; no ya en las

elecciones generales a la presidencia; ni siquiera puede votar en las decisiones de las compañías que posee y que él mismo ha creado. Cuando la votación es en una compañía en la que sus intereses son menores, por más que poderosos, como lo eran, pongo por caso, los que tenía en el sistema de transporte de colonos al mundo de Peggy, ni tan siquiera entonces consigue hacer oír su voz. Muy bien podría decirse que está más que muerto.

Y a mí no me gustaba la idea de estar tan muerto.

No era por avaricia. Como inteligencia registrada tenía muy pocas necesidades; no había riesgo de que me cortaran el suministro energético por no pagar la luz. Se trataba de una urgencia más apremiante. Los terroristas no habían desaparecido porque el Pentágono hubiera capturado su nave espacial. Cada día se producían atentados, secuestros y tiroteos. Otros dos aceleradores habían sido atacados y uno de ellos había resultado dañado; un tanque de pesticida había sido deliberadamente volcado en la costa de Queensland, por lo que más de mil kilómetros del cinturón de arrecifes coralíferos estaba muriendo. Se sostenían combates en África, en América Central y en Oriente Próximo; sobre la olla a presión, la tapadera a duras penas conseguía mantenerse cerrada. Lo que hacía falta era un millar de nuevos transportes como el *S. Ya.*, ¿y quién iba a construirlos si yo me mantenía en silencio?

Por eso mentimos.

Empezó a circular el cuento de que Robinette Broadhead había sufrido una conmoción cerebrovascular —hasta ahí, de acuerdo—, pero la mentira consistía en que se decía que estaba mejorando de manera notable. Bien, y así era. Pero no en ese sentido, naturalmente. Casi tan pronto como llegamos a casa, era ya capaz de hablar —sin imágenes— con el general Manzbergen y con algunas de las personalidades de Rotterdam; una semana después me dejaba ver, de vez en cuando, envuelto en una bata que me había facilitado la fértil imaginación de Albert; un mes más tarde, dejé que un equipo de filmación PV me hiciera unas tomas en las que aparecía bronceado y en forma, si bien un poco más delgado, navegando en nuestra pequeña embarcación. Por descontado que el equipo de filmación era el mío, y las imágenes que salieron por la PV eran más habilidad que reportaje, e incluso como habilidad eran de calidad. No podía mantener todavía confrontaciones cara a cara. Pero tampoco lo necesitaba.

Así que, a fin de cuentas, ya ven que no estaba acabado. Dirigía mis negocios. Hacía planes, y los llevaba a cabo, para aliviar el fermento que nutría a los terroristas, no lo bastante como para acabar con el problema, pero sí para mantener un rato más la tapadera de la olla en su sitio. Tenía tiempo para dedicarlo a escuchar los temores de Albert en relación a ese curioso objeto llamado kugelblitz, y si por aquel entonces no alcanzamos a comprender qué significaba creo que, probablemente, fue mejor así. Lo único que me faltaba era un cuerpo, y cuando me quejaba de ello, Essie me decía con energía:

—¡Por Dios, Robin, que no se acaba el mundo por eso! ¡La de gente que se ha encontrado con el mismo problema!

—¿Verse reducidos a una cinta de almacenaje de datos? Me temo que más bien pocos.

—Pero si el problema es el mismo —insistió—. ¡Piénsalo! Un joven rebosante de salud que salta del trampolín en unas pistas de esquí y se cae y se parte la columna. ¡Parapléjico! No tienes un cuerpo que demande responsabilidades como darle de comer, cuidarlo, lavarlo... Te has ahorrado todo eso, Robin, pero te queda la parte más importante de ti mismo.

—Sí, claro —le dije.

No añadí lo que Essie, menos que nadie en este mundo, necesitaba que añadiera, y es que en mi definición de «importante» había algunas partes accesorias a las que tenía gran apego. Pero incluso en ese punto había ganancias que compensaban de las pérdidas. Al no tener, pongamos por caso, órganos sexuales, no había en consecuencia más problemas en lo tocante a mi vida sexual tan repentinamente complicada.

No había necesidad de decir nada de todo aquello. Lo que, en cambio dijo Essie, fue:

—¡Ánimate, Robin! No te olvides que de momento eres sólo un primer paso hacia un producto final mucho más elaborado.

—¿Qué intentas decirme con eso?—inquirí.

—¡Hubo graves problemas, Robin! El almacenaje Vida Nueva era bastante imperfecto, lo he de admitir. Gracias al nuevo Albert que te procuré he aprendido mucho. Nunca antes había intentado registrar la personalidad entera de alguien tan importante desaparecido tan prematuramente. Los problemas técnicos...

—Ya me imagino que hubo problemas técnicos —la interrumpí.

No me apetecía escuchar, no de momento, los detalles de la compleja, arriesgada y sofisticada operación que había consistido en sacarme a mí del receptáculo en putrefacción que era mi cabeza, para meterme en la lata de conservas de una matriz de almacenaje.

—Sí, claro. Bueno, ahora dispones de más tiempo libre. Ahora puedes resolver mejor tus problemas. Confía en mí, Robin, podemos hacer todavía muchas cosas.

—¿En mí?

—¡Pues claro que en ti! Y también —me dijo, guiñándome un ojo— en esa copia tan inadecuada de mí misma. Tengo buenas razones para creer que, por eso mismo, te va a resultar mucho más interesante.

—¡Oh! —dije—. ¡Vaya!

Y en aquel momento deseé más que nunca que me devolvieran algunas de las partes de mi cuerpo, porque deseaba más que ninguna otra cosa de este mundo pasarle a mi amada esposa los brazos alrededor de la cintura.

Y mientras tanto, mientras tanto, otros mundos seguían su curso. Incluidos los minúsculos mundos de Audee Walthers y sus complicados amorfos.

Vistos desde dentro, todos los mundos tienen el mismo tamaño. El de Audee no le parecía a él pequeño. De uno de sus problemas me encargué rápidamente. Les di a cada uno de ellos diez mil participaciones en los cargamentos del transporte al mundo de Peggy, el *S. Yá.*, y en sus empresas dependientes. Janie Yee-xing no tendría que volverse a preocupar de despidos; si lo deseaba, podía contratarse de nuevo como piloto o simplemente viajar a bordo del *S. Yá.* como pasajero. Lo mismo podía hacer Audee o, si lo deseaba, podía regresar al mundo de Peggy y convertirse en jefe de sus antiguos jefes en el campo petrolífero; o nada de lo anterior y dedicarse a la vida de ocio regalado para el resto de sus días; y lo mismo Dolly. Pero, por descontado, eso no solucionaba su problema. Los tres deambularon por las habitaciones de los invitados hasta que Essie sugirió que les prestáramos la *Único Amor* para que salieran de crucero sin un destino determinado y pudieran así aclarar sus ideas, y así se hizo.

Ninguno de los tres era tonto; como cualquier otro, se comportaban estúpidamente de tanto en cuando. Pero sabían reconocer un soborno cuando se encontraban con uno. Sabían perfectamente que lo que quería de ellos era que mantuvieran la boca cerrada con relación a mi nuevo estado incorpóreo.

Pero también supieron apreciar hasta qué punto se trataba del regalo de un buen amigo, y también había algo de ello en nuestro intercambio.

¿Y qué es lo que hicieron, los tres juntitos, en la *Único Amor*?

Creo que prefiero no decirlo. En conjunto no es asunto de nadie más que de ellos. Medítenlo. Hay momentos en la vida de cada cual —lo que incluye con seguridad la de ustedes, y, sin duda alguna, la mía— en los cuales lo que uno hace o dice no es ni bonito ni interesante. Se sofocan los retortijones del estómago, se tienen ideas fugaces y sorprendentes, se escapan eructos, se cuentan mentiras. Nada de todo eso importa gran cosa. Pero uno prefiere no dar publicidad a esos momentos de la propia existencia en que uno da la impresión de ser ridículo, despreciable o rastroso. Generalmente pasan desapercibidos porque no hay nadie que pueda verlos... pero desde que me ampliaron, hay siempre alguien que sí puede verlos, y ese alguien soy yo. Tal vez no constantemente, pero a medida que las memorias de todos se van añadiendo a la red básica, los misterios individuales van dejando de existir.

Es en esa medida en la que voy a hablar de los problemas de Audee Walthers. Lo que motivaba sus actos y alimentaba sus preocupaciones era ese sentimiento admirable y deseable, el amor. Era asimismo el amor lo que frustraba su capacidad de amar. Amaba a su esposa, Dolly, porque había aprendido a amarla mientras habían estado juntos... ésa era su concepción de cómo tenía que ser un matrimonio. Por otra parte, Dolly le había abandonado por otro hombre (si bien éste es un término inexacto en el caso de Wan), y Janie Yee-

ning había aparecido para consolarle. Ambas eran personas muy atractivas. Pero eran demasiadas. Audee era tan monógamo como yo mismo. Si decidía hacer las paces con Dolly, Janie estaba de por medio; ella había sido amable, le debía algún tipo de compensación, llamémosle amor. Pero entre él y Janie estaba Dolly: ellos dos habían planeado su vida en común y no era la intención de él cambiar de planes, y también a eso podemos llamarle amor. Complicado por el sentimiento de que tenía pendiente algún tipo de castigo con Dolly por haberle abandonado, y cierto tipo de resentimiento que experimentaba hacia Janie por ser la tercera en discordia... recuerden que les dije que había sentimientos ridículos y despreciables. Todo ello complicado aún más por los propios sentimientos de Dolly y Janie...

Estoy por decir que les resultó un alivio cuando, en perezosa órbita alrededor de una amplia elipse cometraria que les empujaba a los asteroides en ángulo con su plano de la eclíptica, la discusión que estaban manteniendo en ese preciso momento, fuese cual fuese, quedó interrumpida por el asombro de Dolly y un grito sofocado de Janie, y Audee Walthers se volvió hacia la pantalla para ver en ella un enorme conjunto de naves, todas ellas más grandes, mucho más, y más numerosas que todas las que hubiera podido haber visto con anterioridad cualquier ser humano en el sistema solar.

Estaban muertos de miedo, de eso no cabe la menor duda.

Pero no más que el resto de nosotros. A lo largo y ancho de toda la Tierra y en todos los lugares en el espacio en que hubiera seres humanos y medios de comunicación para transmitir las palabras, hubo sobresalto y terror. Era la peor pesadilla padecida por la humanidad en la última centuria más o menos.

Los Heechees volvían.

No estaban ya ocultos. Allí estaban... ¡Y eran tantos! Las cámaras de las estaciones orbitales enfocaron más de cincuenta naves... ¡Y qué naves! Había doce o catorce tan grandes como el *S. Yá*. Otra docena de mayor tamaño, estructuras globulares como la que se había tragado el velero. Había Treces y Cincos, y otras naves de tamaño intermedio que en el Alto Pentágono dieron la conspicua impresión de tratarse de acorazados, y todas ellas venían a nuestro encuentro en línea recta desde Vega. Podría decir que sorprendieron a las defensas terrestres desprevenidas, pero ésa iba a ser una mentira descarada. Lo cierto es que la Tierra no contaba con defensa que valga la pena mencionar. Había naves de patrulla, si, claro. Pero las habían construido seres humanos para enfrentarse a las de otros seres humanos. Nadie las había construido con la intención de lanzarlas contra los semimíticos Heechees.

Entonces, nos hablaron.

El mensaje era en inglés, y fue breve. Decía:

—Los Heechees no pueden permitir navegación interestelar ni comunicaciones de ese tipo por más tiempo, excepto en determinadas circunstancias que ellos determinarán y supervisarán. Todo lo demás tiene que cesar inmediatamente. Han venido dispuestos a que cese.

Eso fue todo lo que se oyó antes de que el portavoz, con una impotente sacudida de su cabeza, se retirara.

Se parecía mucho a una declaración de guerra.

Y así fue como lo interpretaron. En el Alto Pentágono, en los demás fortines orbitales de las otras potencias, en los consejos de poder de todo el mundo, se produjeron repentinas reuniones, conferencias y tomas de decisiones; se congregaba a las naves para su rearme, mientras que a otras se les cambiaba de objetivo y se las dirigía contra la flota Heechee; las defensas orbitales que llevaban varias décadas en silencio se revisaron y pusieron a punto; tal vez fueran tan inútiles como ballestas, pero era todo de cuanto se disponía para luchar, y con ellas se lucharía. La confusión y el susto sacudieron al mundo.

Y en ningún otro lugar se dejaron sentir tan vivamente el asombro y el estupor como entre la gente que alegraba mi existencia; y es que a la persona que había comunicado el ultimátum de los Heechees la había reconocido Albert de inmediato, y Essie un instante después, y también yo sin necesidad de ver su cara; era Gelle-Klara Moylin.

REGRESO A LA TIERRA

Gelle-Klara Moynlin, mi amor, mi amor perdido. Allí estaba, mirándome al otro lado de la pantalla de la PV, mostrando un aspecto en modo alguno mayor que el de la última vez que la había visto, tantas y tantas décadas atrás... pero sin que tampoco esta vez su aspecto fuera mejor, ya que en ambas ocasiones había sido tan duramente zarandeada por los acontecimientos como pueda serlo una persona. Sin mencionar el hecho de que la última paliza se la había propinado yo.

Pero a pesar de haberlas pasado muy negras y de evidenciarlo, a mi Klara le quedaban aún muchas reservas. Le dio la espalda a la pantalla desde la que había transmitido su mensaje a la raza humana y asintió a lo que el Capitán le preguntó.

—¿Se lo has dicho ya? —le preguntó con ansiedad—. ¿Les has dado las instrucciones tal y como te dije?

—Exactamente igual —le contestó Klara, y añadió—: Tu inglés es mucho mejor, ¿por qué no lo has transmitido tú mismo?

—Es un asunto demasiado importante como para correr riesgos —dijo el Capitán apresuradamente mientras daba media vuelta.

La mitad de los tendones de su cuerpo estaban ahora crispados y serpenteaban, y no era el único. El resto de su leal tripulación estaba tan agitada como él mismo, y en las pantallas de comunicación que mantenían su nave en contacto con las demás de la gran flota podía ver los rostros de los otros capitanes. Era una gran flota, pensó el Capitán, observándola en las imágenes que la mostraban en orgullosa formación; pero, ¿por qué era aquella su flota? No necesitaba preguntárselo. Conocía la respuesta. Los refuerzos que le habían sido enviados desde el corazón del agujero negro sumaban más de cien Heechees, y al menos una docena de entre ellos estaban en posición de darse a sí mismos el título de superiores suyos si así lo deseaban. Fácilmente habrían podido afirmarse en el control de la flota. Pero no lo habían hecho. Habían permitido que aquella fuera su flota porque de ese modo era también suya la responsabilidad, y suya sería también la esencia que iría a reunirse con las mentes de sus antepasados si las cosas iban mal.

—Qué insensatos son —masculló, y los músculos de su comunicador se

crisparon al asentar.

—Voy a ordenarles que mantengan el orden más cuidadosamente —dijo—, si es a eso a lo que te refieres.

—Desde luego, Zapato.

El Capitán suspiró mientras observaba como su comunicador disparaba las instrucciones a los demás capitanes y comunicadores. La silueta de la armada volvió a reorganizarse lentamente mientras los grandes cargueros, capaces de dar cabida a mil metros cúbicos de carcasa metálica en forma de esfera y de llevarlos a cualquier lugar, retrocedían hasta situarse detrás de los transportes y de las naves más pequeñas.

—Hembra humana Klara —la llamó—, ¿por qué no contestan?

Ella se encogió de hombros con rebeldía.

—Lo estarán discutiendo.

—¡Discutiendo!

—Traté de advertírselo —le dijo ella con resentimiento—. Hay más de una docena de estados mayores que deben ponerse de acuerdo, sin contar los centenares de estados más pequeños.

—Centenares de estados más pequeños —gruñó el Capitán, intentando imaginarse semejante cosa. No pudo...

Bien. Todo eso sucedió hace mucho tiempo, sobre todo si lo medimos en femtosegundos. ¡Han sucedido tantas cosas desde entonces! Tanto que, a pesar de estar ampliado, me resulta difícil abarcarlo todo a la vez. Es incluso más difícil (tanto si es con mi propia memoria como si es con la de algún otro) recordar cada detalle de cada uno de los sucesos que tuvieron lugar, aunque, como puede verse, puedo recordar bastantes cuando me pongo a ello. Pero aquella imagen no me ha abandonado. Allí estaba Klara, con sus espesas cejas negras fijas en los Heechees que temblaban de miedo y de angustia; también estaba allí Wan, al borde del coma, olvidado por todos en un rincón de la cabina. Allí estaba la tripulación Heechee, temblorosa y murmurándose cosas los unos a los otros; y allí estaba el Capitán, contemplando con orgullo y temor la armada que había resucitado al convocarla él para su misión. Se lo estaba jugando todo a una sola carta. Ignoraba qué podía ser lo que ocurriera a continuación; se esperaba cualquier cosa y se temía todo, pero creía que nada de lo que pudiera ocurrir podría sorprenderle... hasta que sucedió algo que le sorprendió muchísimo.

—¡Capitán! —gritó Mestiza, la integradora—. ¡Hay más naves!

El Capitán se animó.

—¡Ah! —aplaudí—. ¡Por fin responden! —Era curioso que los humanos lo hicieran físicamente en lugar de por radio, pero ya de entrada, los humanos eran bien extraños—. ¿Intentan comunicarse con nosotros, Zapato? —preguntó, y el comunicador retorció sus tendones dando a entender que no. El Capitán suspiró —: Hay que tener paciencia —dijo mientras estudiaba las imágenes. Desde

luego, las naves humanas se estaban acercando sin orden ni concierto. De hecho, daba la impresión de que las hubieran apartado de lo que quiera que fuese que estaban haciendo y las hubieran precipitado al encuentro de los Heechees, a toda prisa, sin el menor cuidado... casi frenéticamente. Una de ellas estaba a distancia lo suficientemente breve como para comunicar por radio; había otras dos un poco más lejos, y una de esas dos iba a una velocidad desenfrenada en la dirección equivocada.

El Capitán siseó sorprendido.

—¡Hembra humana! —ordenó—. ¡Ven aquí y dales la orden de que tengan más cuidado! ¡Mira lo que están haciendo!

De la nave más cercana había salido un objeto, un artefacto primitivo a propulsión química, demasiado pequeño como para dar cabida ni tan siquiera a una sola persona. Iba acelerándose a medida que se acercaba al corazón de la formación Heechee, y el Capitán hizo un gesto de asentimiento a Narizblanca, quien rápidamente ordenó un movimiento brusco que apartó a los cargueros más cercanos del peligro.

—¡Han de tener más cuidado! —gritó con severidad—. ¡Podrían colisionar con nosotros!

—No por casualidad —le contestó ella en tono grave.

—¿Cómo? Creo que no te entiendo.

—Eso de ahí son misiles —dijo Klara—, y llevan cabezas nucleares con fines bélicos. Ésa es su respuesta. ¡No esperan a que tú les ataques, te están atacando ellos primero!

¿Lo ven ahora? ¿Son capaces de ver al Capitán allí de pie con los tendones enloquecidos y la boca abierta, mirando incrédulamente a Klara? Se mordió su labio inferior duro y delgado y le echó rápidas ojeadas a la pantalla. Allí estaba su flota, la enorme caravana de cargueros y transportes, despertada tras medio millón de años de estar oculta para que él —con serias dudas, con grave riesgo para su persona— pudiera ofrecer a la raza humana, en turnos de dos millones, una manera generosa de alejarse de los Asesinos y un refugio seguro en el que esconderse de éstos en el mismo lugar en que se escondían los propios Heechees.

—¿Que nos están disparando? —repitió sin darle crédito—. ¿Para hacemos daño? ¿Para matarnos si les es posible?

—Exactamente —respondió Klara con ferocidad—. ¿Qué esperabas? Si quieres guerra, ahí la tienes.

El Capitán cerró los ojos, escuchando a medias el horrorizado siseo y el zumbido que producía su tripulación a medida que Narizblanca les iba traduciendo.

—Guerra —musitó sin poder creérselo, y por primera vez en su vida deseó

unirse a las mentes de sus antepasados sin miedo y casi con alivio, ya que, por malo que fuese, ¿cómo iba a ser peor que aquello?

Y mientras tanto...

Y mientras tanto todo ocurrió demasiado deprisa, o casi, pero por suerte para todos, no del todo. El misil de la nave brasileña era demasiado lento para acertarle a la nave Heechee, que esquivó el tiro. Cuando estuvieron en disposición de volver a abrir fuego —mucho antes de que cualquier otra nave humana estuviera lo bastante cerca— el Capitán había conseguido que Klara le comprendiera, y ésta estaba de nuevo frente a la radio, y el nuevo mensaje salió. No se trataba de una flota; invasora. Ni siquiera un comando de castigo. Se trataba de una misión de rescate... y de una advertencia de lo que había hecho que los Heechees corrieran a esconderse y que era ahora, también, nuestra preocupación.

AQUELLO A LO QUE TEMÍAN LOS HEECHEES

Ampliado como estoy ahora, puedo sonreír ante aquellos viejos temores y aprensiones dignos de lástima. Tal vez entonces no, pero ahora, vaya si me sonrío. Todo es a una escala mucho mayor, y mucho más interesante también. Sólo fuera de su agujero negro hay diez mil difuntos Heechees registrados, y puedo leerlos todos. Ya casi lo he hecho. Y sigo leyéndolos según me parece, tan pronto como descubro algo que me apetece estudiar más de cerca. ¿Libros en el estante de una biblioteca?

Son mucho más que eso. Ni tampoco es que los «lea», exactamente. Es algo mucho más parecido a recordarlos. Cuando «abro» uno de ellos, lo abro de un extremo al otro; lo leo de dentro afuera, como si fuese parte de mí. No era nada fácil hacerlo, aunque, por lo que a dificultad se refiere, nada de lo que he aprendido a hacer desde que he sido ampliado ha resultado fácil. Pero con la ayuda de Albert y con textos sencillos en los que iniciarme, he aprendido a hacerlo. Las primeras cintas de datos a las que tuve acceso no eran más que eso, cintas de datos; más o menos como consultar unas tablas de logaritmos. Después, pude acceder a los viejos Difuntos, registrados por los Heechees mucho tiempo atrás, y a algunos de los primeros casos de Essie para su compañía Vida Nueva, y lo cierto es que no estaban demasiado bien registrados. En ningún caso tuve duda alguna acerca de cuál de las partes pensantes era la mía.

Pero una vez que conseguimos deshacer el malentendido con el Capitán, se me permitió acceder a sus propios bancos de almacenaje de registros, y todo marchó mejor. Entre ellos estaba el último amor del Capitán, la hembra Heechee que llevaba por nombre Dosveces. «Acceder» a ella fue algo así como despertarse en la oscuridad y ponerse un montón de ropa encima que no puede verse... y que no es de tu talla. No se trataba sólo del hecho de que ella fuera hembra, aunque resultase bastante incongruente. Tampoco el que ella fuera Heechee y yo humano. Se trataba de lo que ella sabía y había sabido siempre, algo que ni yo ni ningún otro ser humano habíamos sido probablemente nunca capaces de imaginar. Tal vez Albert sí, y tal vez fuera eso lo que le había hecho enloquecer. Pero ni tan siquiera sus conjeturas le habían presentado la imagen de

una raza de Asesinos errabundos que había decidido hibernarse en un kugelblitz a la espera del nacimiento de un nuevo —y para ellos, mejor— universo.

Pero una vez superada la primera impresión, Dosveces se convirtió en mi amiga. Es una persona realmente encantadora, una vez que te has repuesto de la primera extrañeza, y tenemos un montón de intereses en común. La biblioteca Heechee de registros de inteligencias no es únicamente Heechee o humana. Allí están las enmohecidas voces quejumbrosas que una vez pertenecieron a una raza de seres alados que habitaba en un planeta de Antares, y las de los habitantes de mórbidos cuerpos de cierto racimo de estrellas. Y, por supuesto, también los habitantes del fango. Dosveces y yo hemos dedicado muchas horas a estudiarlos a ellos y a su historia. El tiempo es una de las cosas que me sobran, gracias a mis sinapsis de femtosegundos.

Tengo casi tanto tiempo como para querer visitar su agujero negro, y quizás lo haga algún día. Pero no para estar allí mucho tiempo. Mientras tanto, Audee y Janie Yee-xing ya han ido, ayudando a conducir allí una misión que se quedará durante seis o siete meses... o, tal como solemos medir el tiempo, unos pocos siglos. Para cuando regresen, la presencia de Dolly ya no será un problema, estando encantada como está con su éxito en la PV. Y Essie me concede la gracia de no estar demasiado contenta, faltándole como le falta mi dulce persona, pero parece que de todas formas ha encontrado con qué sustituirme. Lo que más le gusta (después de mí) es su trabajo; y tiene más del que quiere, mejorando los sistemas de Vida Nueva, utilizando los mismos elementos CHON de su cadena de restaurantes para producir elementos orgánicos más importantes... como, por ejemplo —y ella espera que para dentro de no mucho—, órganos y miembros de repuesto para aquellas personas que los necesiten, sin necesidad de que nadie nunca más tenga que quitárselos a otra persona... Y así es que, cuando uno se para a pensarlo, casi todo el mundo está bastante contento. Ahora que hemos conseguido prestada la flota Heechee y que podemos llevar a un millón de personas por mes con todos sus efectos personales a cualquiera de los cincuenta planetas ideales que nos estaban esperando. Se repetía la historia de las caravanas de pioneros, y a todos les esperaba un futuro prometedor.

Incluyéndome a mí.

Y quedaba Klara.

Al fin nos encontramos, naturalmente. Yo habría insistido de todas formas, y a la larga, tampoco habría podido ella mantenerse alejada de mí. Essie tomó una lanzadera espacial para recibirla en órbita y escoltarla personalmente, en nuestra propia nave, hasta nuestra residencia en el mar de Tappan. Cosa que debió crear no pocos problemas de etiqueta, estoy seguro. Pero de lo contrario, Klara se

habría visto atrapada entre gente de la prensa, empeñada en saber cómo se sentía una « cautiva de los Heechees » o « raptada por Wan », el niño-lobo o cualquiera de las muchas frasecitas recurrentes que decidieran manejar... y, de hecho, creo que ella y Essie se llevaron de maravilla. No parecía en absoluto que fueran a disputárseme. Por lo demás, yo ya no existía como para que se me disputase.

Así que anduve practicando mis mejores sonrisas y diseñe mi mejor entorno holográfico para la ocasión mientras la esperaba. Llegó ella sola al gran atrio donde la estaba esperando. Essie debió de tener el suficiente tacto como para enseñarle el camino y desaparecer. Y cuando Klara atravesó la puerta, pude adivinar, por su modo de detenerse y mirar boquiabierta, que se esperaba que tuviera un aspecto mucho más cadavérico —Hola, Klara —le dije. Ya sé que no es la quintaesencia de la retórica, pero ¿qué es lo más oportuno en estas ocasiones? Ella dijo:

—Hola, Robin. —Tampoco ella parecía capaz de pensar en nada mejor que añadir.

Se quedó de pie mirándome hasta que se me ocurrió pedirle que tomara asiento. Y, desde luego, también yo me harté de mirarla a ella, de todas las multifases maneras que tenemos para hacerlo nosotros las inteligencias electrónicas; pero la mirara como la mirara, de todas formas, tenía un aspecto condenadamente bueno. Cansada, quizás. Había pasado momentos terribles. Y la belleza de mi querida Klara no era del tipo clásico, no con esas espesas cejas negras y ese cuerpo suyo tan musculoso y fuerte... pero sí, su aspecto era bueno. Me imagino que aquel examen tan prolongado la puso algo nerviosa, porque se aclaró la garganta y me dijo:

—Tengo entendido que vas a hacerme rica.

—Yo no, Klara. Únicamente te voy a dar tu parte de lo que nos ganamos juntos.

—Ya, pero parece que el total se ha multiplicado bastante —me sonrió—. Tu... esto, tú mujer dice que puedo disponer de cincuenta millones en efectivo.

—Puedes disponer de más aún.

—No, no. De todas formas, hay más... Por lo que parece tengo muchas participaciones en un montón de compañías. Gracias, Robin.

—No se merecen.

Se produjo otro silencio, y entonces —¿se lo pueden creer?— las siguientes palabras que salieron de mi boca, fueron:

—¡Klara, tengo que saberlo! ¿Me has estado odiando durante todo este tiempo?

Al fin y al cabo era la pregunta que había estado en mi mente durante más de treinta años.

Aun así, la pregunta me sorprendió por lo incongruente. Hasta qué punto sorprendió a Klara, no lo sé, pero se quedó sentada un momento con la boca

abierta, tragó saliva y a continuación negó con la cabeza.

Y entonces, empezó a reírse. Rió con fuertes carcajadas acompañándose con todo el cuerpo, y cuando acabó de reírse se secó una lágrima de la comisura del ojo, y sofocando los últimos accesos de risa, dijo:

—¡Gracias a Dios, Robin, que por lo menos algo no ha cambiado! Has fallecido, te llora tu viuda, el mundo está al borde de la mayor oportunidad que haya tenido nunca, y tú... tú... estás muerto. ¡Y lo que te preocupa son tus malditos sentimientos de culpabilidad!

Y yo me reí también.

Por primera vez en, Santo Dios, más de la mitad de mi vida, el último y más mínimo vestigio de culpabilidad desapareció. Era difícil de definir lo que sentí entonces; había pasado tanto tiempo desde que sintiera tal sensación de liberación, contesté, riéndome, también yo, todavía:

—Ya sé que parece bastante estúpido, Klara, pero para mí ha pasado mucho tiempo, y durante todo ese tiempo he sabido que estabas en aquel agujero negro con el tiempo ralentizado casi suspendido... y no podía saber qué era lo que estabas pensando. Creí que, tal vez, no sé... que me estarías acusando de haberte abandonado...

—¿Pero cómo podría haberlo hecho, Robin? No sabía que había pasado contigo. ¿Quieres saber cómo me sentía realmente? Estaba aterrorizada y paralizada, porque sabía que te habías ido, y creí que estarías muerto.

—Y —le sonreí—, has vuelto, ¡y mira cómo me has encontrado!

Pude comprobar que era más sensible a los chistes acerca de ese tema que yo mismo.

—Todo marcha bien —seguí diciéndole—, de veras, todo marcha bien. Yo estoy bien y lo mismo el resto del mundo. Y de veras que lo estaba. Deseé poder tocarla, por descontado, pero ése era un deseo que parecía empezar a formar parte de una remota infancia ya superada; el presente consistía en que ella estaba allí, y a salvo, y el universo se abría ante nosotros. Al decírselo, se quedó de nuevo sorprendida.

—¡Qué optimista te veo! —me reprochó.

A mí sí que me sorprendió aquello.

—¿Y por qué no habría de estarlo?

—¡Los Asesinos! Llegarán un día u otro, ¿y qué haremos entonces? Si a los Heechees les dan miedo, imagínate a mí.

—Ah, Klara —le dije, comprendiéndola al fin—, ya veo que es lo que te preocupa. Quieres decir que es como cuando en los viejos tiempos sabíamos que los Heechees habían estado por ahí y que podían volver, y sabíamos que habían sido capaces de hacer cosas que nosotros no podíamos ni imaginar...

—¡Exacto! ¡No estamos tampoco a la par con los Asesinos!

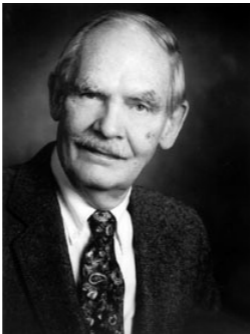
—No —le dije sonriendo—, no lo estamos por ahora. Tampoco estábamos a

la par con los Heechees entonces. Pero en el momento que han aparecido, si lo estábamos. Sin necesidad de que la suerte esté de nuestra parte, tenemos tiempo de sobra para enfrentarnos a los Asesinos.

—¿Y qué? ¡No dejarán de ser nuestros enemigos!

Negué con la cabeza.

—Enemigos no, Klara —dije—. Simplemente, otro recurso.



FREDERIK POHL nació en Nueva York en 1919 y falleció el 2 de septiembre de 2013 en Palatine, Illinois; pese a una escasa formación académica, sus lecturas le han otorgado una cultura enciclopédica que le ha valido en 1982 ser elegido miembro de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia y de la Sociedad Interplanetaria Británica.

Pohl ha ganado la mayoría de los premios que el campo de la ciencia-ficción puede ofrecer, incluyendo los *Memorial Edward E. Smith* y *Donald A. Wollheim*, el *International John W. Campbell* (dos veces), el premio francés *Apollo*, el *Vizija* yugoslavo, el *Nebula* (tres veces - incluyendo el *Nebula Gran Maestro* por sus contribuciones de por vida al campo) y el *Hugo* (seis veces - siendo la única persona en haberlo ganado como escritor y editor). Así como premios externos a la comunidad de la ciencia ficción, como el *Premio del Libro Americano*, el premio anual de la *Asociación de Cultura Popular*, y el premio de la *Sociedad de Escritores de las Naciones Unidas*.

Su actividad en la ciencia ficción se inició como aficionado fundador del mítico grupo *Futurians* junto a **C. M. Kornbluth**, **Damon Knight** y **Isaac Asimov** entre otros. Fue editor de *Astonishing Stories* y *Super Science Stories* a los diecinueve años. Como agente literario tuvo a Asimov entre sus clientes. Como editor de *Galaxy* y de *If* desde 1961 a 1969 revolucionó la ciencia ficción dando entrada a

temas de tipo político y sociológico por primera vez en el género, como fruto de sus intereses progresistas. Obtuvo por ello tres veces el premio *Hugo*.

Como autor colaboró con el prematuramente fallecido **Cyril M. Kornbluth** en *MERCADERES DEL ESPACIO* (1953), *BÚSQUEDA EN EL CIELO* (1954), *EL ABOGADO GLADIADOR* (1955) y *LA LUCHA CONTRA LAS PIRÁMIDES* (*WOLFBANE* 1959, recientemente reeditada en versión revisada por **Pohl**) entre otras. También colaboró con *JACK WILLIAMSON* en varias trilogías como *UNDERSEA QUEST* (1954), *UNDERSEA FLEET* (1955) y *UNDERSEA CITY* (1958), y *THE STARCHILD TRILOGY: THE REEPS OF SPACE* (1954), *STARCHILD* (1965) y *ROGUE STAR* (1969).

En esta misma época es autor en solitario de *NAVE DE ESCLAVOS* (1957), *LA MARCHA DEL BORRACHO* (1960), *THE AGE OF PYSSYFOOT* (1969) y varias antologías de relatos entre las que cabe destacar *CORRIENTES ALTERNAS* (1956), que incluye el relato *EL TÚNEL DEBAJO DEL MUNDO*, en el que se hace patente su interés y preocupación por el mundo de la publicidad en el que había trabajado profesionalmente.

Fue presidente de la *Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de América* entre 1974 y 1976 y después vuelve con renovadas fuerzas a la escritura. Sus libros más destacados en este último y fructífero período son: *HOMMO PLUS* (1976, premio *Nebula*), la tetralogía de la saga de los Heeche: *PÓRTICO* (1977, que obtuvo los premios *Nebula*, *Hugo*, *Locus* y el *John W. Campbell Memorial*), *TRAS EL INCIERTO HORIZONTE* (1980), *EL ENCUENTRO* (1984) y *LOS ANALES DE LOS HEECHE* (1987).

También escribió en este período la continuación de la famosísima *MERCADERES DEL ESPACIO*; *LA GUERRA DE LOS MERCADERES* (1984), y otras novelas como *JEM* (1979), *STARBUST* (1984), *LOS AÑOS DE LA CIUDAD* (1984, premio *John W. Campbell Memorial*), *TERROR* (1986), *LA LLEGADA DE LOS GATOS CUÁNTICOS* (1986) y *TCHERNOBYL* (1987)

Sus relatos han proliferado en las revistas del género y cabe destacar su antología *POHLSTARS* (1984) con la novela corta *THE SWEET, SAD QUEEN OF THE GRAZING ISLES*. Posteriormente, el relato *FERMI Y FROST* (1985) le ha merecido el premio *Hugo* de 1986. Otras antologías han sido: *DAY MILLION* (1970), *THE GOLD AT THE STARBOW'S END* (1972, que incluye la novela corta

del mismo título, premio *Locus* de ese año), *THE BEST OF FREDERIK POHL* (1975, editado por **Lester del Rey**), *IN THE PROBLEM PIT* (1976) y *CRITICAL MASS* (1977), que recoge relatos escritos junto a **C. M. Kornbluth**. También ha obtenido el premio *Hugo* por la publicación del relato *LA REUNIÓN* (1973), escrito en curiosa colaboración póstuma con su amigo **Kornbluth**, fallecido en 1958.

También ha publicado una interesantísima autobiografía con el título *THE WAY THE FUTURE WAS: A MEMOIR* (1978), en la que describe, desde adentro, los primeros cincuenta años de la ciencia ficción.

Muchos de los trabajos de **Pohl** se han adaptado para la radio, la televisión o el cine, comenzando con la versión en dos partes para el aire de la obra clásica *MERCADERES DEL ESPACIO* en 1953. En Europa, algunas de sus historias han sido televisadas por la BBC y su novela *THE MIDAS PLAGUE*, se convirtió en un especial de tres horas en la televisión alemana. En 1981, la película de dos horas para televisión de la NBC, *THE CLONEMASTER*, estaba basada en un concepto original suyo, su novela *PÓRTICO* se ha dramatizado en teatro, *EL TÚNEL DEBAJO DEL MUNDO* fue filmada en Italia y *HOMMO PLUS* y *PÓRTICO* están actualmente en proceso de desarrollo para películas en los Estados Unidos (*PÓRTICO* también fue realizada como juego de computadoras bajo título *PÓRTICO DE FREDERIK POHL* por *Legend Entertainment*; un segundo juego, *PÓRTICO II: EL MUNDO HOGAR*, fue lanzado un año más tarde.)

Aparte de el campo de la ciencia ficción, él es un conocido conferenciante, profesor en el área de estudio del futuro, y es autor, entre otros trabajos de no ficción, de *PRACTIC POLITICS*, un manual del proceso político americano.

Ha viajado extensamente, a veces como conferencista a nombre del departamento de estado de EEUU o para asistir a conferencias internacionales sobre ciencia ficción en lugares como Corea del Sur, Canadá, la República Popular de China, Australia, Brasil, la antigua Unión Soviética, la antigua Yugoslavia y la mayor parte de Europa Occidental. Es actualmente representante del Medio Oeste en el Gremio de Autores, sirviendo por nueve años como miembro del Consejo antes de mudarse.

Sudónimos: *Edson McCann; James MacCreigh; S. D. Gottesman; Dirk Wylie; Charles Satterfield; Paul Flehr; Elton Andrews; Paul Dennis Lavond; Donald Stacy; Jordan Park; Walt Lasly; Lee Gregor; Warren F. Howard; Ernst Mason*